

encuentro

DE LA CULTURA CUBANA



HOMENAJE A FINA GARCÍA MARRUZ

Rafael Almanza, Jorge Luis Arcos, Emilio de Armas

IGNACIO SOTELO

Cuba, reflexiones sobre un siglo perdido

JORGE VALLS

La Cabaña: patio número 1

LA ECONOMÍA CUBANA: HIPÓTESIS DE FUTURO

Carmelo Mesa-Lago, Carlos Quijano, Alberto Recarte,
José Juan Ruiz, Carlos Solchaga

invierno de 1998 / 1999

11

1.000 ptas.

DIRECTOR
Jesús Díaz

REDACCIÓN
Manuel Díaz Martínez
Luis Manuel García
Iván de la Nuez
Marifeli Pérez-Stable
Rafael Rojas
Rafael Zequeira

EDITA
ASOCIACIÓN ENCUENTRO
DE LA CULTURA CUBANA
c/ Luchana 20, 1º Int. A
28010 • Madrid
Teléf.: 91-593 89 74
Fax: 91-593 89 36
E-mail: encuentro@nexo.es

COORDINADORA
Margarita López Bonilla

DISEÑO GRÁFICO
Carlos Caso

COLABORADORES
Alejandro Aguilar • Eliseo Alberto •
Rafael Almanza • Uva de Aragón •
Jorge Luis Arcos • Emilio de Armas •
Guillermo Avello Calviño • Gastón Baquero † •
Carlos Barbáchano • Víctor Batista •
José Bedia • Antonio Benítez Rojo •
Beatriz Bernal • Elizabeth Burgos • Olga Cabrera •
Madelaine Cámara • Esteban Cárdenas •
Jorge Dávila • Josefina de Diego •
Reynaldo Escobar • Carlos Espinosa •
María Elena Espinosa • Tony Évora • Lina de Feria •
Miguel Fernández • Alberto Garrandés •
Mario Guillot • Emilio Ichikawa • José Kozser •
Alberto Lauro • Juan Leyva Guerra • César López •
Eduardo Manet • Carmelo Mesa-Lago •
Julio E. Miranda • Juan Antonio Molina •
César Mora • Joaquín Ordoqui • Mario Parajón •
Enrique Patterson • Waldo Pérez Cino •
Antonio José Ponte • José Prats Sariol •
Carlos Quijano • Tania Quintero •
Alberto Recarte • Juan José Ruiz • Raúl Rivero •
Marta Eugenia Rodríguez Gómez •
Guillermo Rodríguez Rivera •
Efraín Rodríguez Santana • Miguel Saludes García •
Miguel Ángel Sánchez • Fidel Sendagorta •
Pío E. Serrano • Carlos Solchaga •
Ignacio Sotelo • Osbel Suárez • Jorge Valls •
René Vázquez Díaz • Carlos Victoria •
Fernando Villaverde • Alan West •
Yoss (José Miguel Sánchez) •

UN ENCUENTRO INEVITABLE

Jesús Díaz • 3

■ Homenaje a Fina García Marruz ■

FINA

Jorge Luis Arcos • 4

HACIA FINA: SU CONCIENCIA FORMAL

Rafael Almanza • 8

LA POESÍA DEL ENCUENTRO EN «LAS MIRADAS PERDIDAS»
DE FINA GARCÍA MARRUZ

Emilio de Armas • 16



LOS NOMBRES Y LAS COSAS

Miguel Fernández • 23

■ La mirada del otro ■

CUBA, 1998: REFLEXIONES EXTEMPORÁNEAS
SOBRE UN SIGLO PERDIDO

Ignacio Sotelo • 27

■ En proceso ■

LA CABAÑA: PATIO NÚMERO I

Jorge Valls • 49



EL ESPEJO Y LA MÁSCARA. COMENTARIOS
A LA FOTOGRAFÍA CUBANA POSTREVOLUCIONARIA

Juan Antonio Molina • 59

LA PATRIA ES DE TODOS

Manuel Díaz Martínez • 74

EL PARTIDO DEL PUEBLO CUBANO (ORTODOXO)
Y LA SOCIEDAD CIVIL CUBANA

Olga Cabrera • 77

■ Cuentos de Encuentro ■

LA MENSAJERA

Jorge Dávila Miguel • 87

CUENTO Y EPÍLOGO
PARA OTRO AMIGO EN FUGA

Alejandro Aguilar • 100

■ ■ ■
LA ECONOMÍA CUBANA: HIPÓTESIS DE FUTURO
Carmelo Mesa-Lago, Carlos Quijano,
Alberto Recarte, José Juan Ruiz, Carlos Solchaga • 103

■ Poemas ■

COMPUERTA A LOS POEMAS DELICADOS

Lina de Feria • 129

A LA MADRE DE MARICUSA Y JOSEFINA MENÉNDEZ

Lina de Feria • 130

■ ■ ■

1898: HISPANISMO Y GUERRA
Arcadio Díaz Quiñones • 131

■ Textual ■

IRSE ES UN DESASTRE

Raúl Rivero • 146

CARTA ABIERTA A JOSÉ SARAMAGO

Manuel Díaz Martínez • 148

■ ■ ■

MARÍA ZAMBRANO: NOTAS SOBRE
«FILOSOFÍA Y POESÍA» Y SU HUELLA EN CUBA
Marta Eugenia Rodríguez Gómez • 150

ENCUENTROS QUE NO LO SON
Miguel Saludes García • 156

UN DESENCUENTRO SUPERABLE

Rafael Rojas • 159

PRIVILEGIO

Esteban Cárdenas • 160

JOSÉ BEDIA • 163

■ Buena Letra ■

165

■ Cartas a Encuentro ■

191

■ La Isla en peso ■

197

MAQUETACIÓN
Equipo Nagual, S.L.

IMPRESIÓN
Navagraf, S.A., Madrid

Precio del ejemplar: 1.000 ptas.

Ejemplar doble: 1.800 ptas.

Precio de suscripción (4 núm.):

España: 4.000 ptas.

Europa y África: 6.650 ptas.

América, Asia y Oceanía:

7.900 ptas. / \$ 55.00

No se aceptan
domiciliaciones bancarias.

ENCUENTRO DE LA CULTURA CUBANA ES UNA
publicación trimestral independiente
que no representa ni está vinculada a
ningún partido u organización política
dentro ni fuera de Cuba.

Las ideas vertidas en cada artículo son
responsabilidad de los autores.

Todos los textos son inéditos, salvo
indicación en contrario.

No se devolverán los artículos que no
hayan sido solicitados.

D.L.: M-21412-1996
ISSN: 1136-6389

Portada, contraportada e interior,
José Bedia

Contraportada
Espacio cerrado, 1989

Portada
*Tronco Ceiba ¿Y ahora quien
tocará el tambor?*, 1994.



Un encuentro inevitable

JESÚS DÍAZ

Encuentro de la cultura cubana dedica su homenaje de este número a la extraordinaria poeta y ensayista Fina García Marrúz. Quizá sea necesario insistir en que la obra de Fina nos pertenece a todos, vivamos donde vivamos y sea cual sea nuestra opción política. Si algo debe y puede unir un cuerpo roto, ese algo es la poesía.

En este número publicamos, también, textos que tratan de dos de los traumas más grandes y olvidados que ha sufrido la sociedad cubana en los últimos decenios: el presidio político y la guerra de Angola. En «La Cabaña: patio número uno», capítulo del libro de memorias de la cárcel de Jorge Valls, asistimos a una tragedia atroz; en «La Mensajera», relato de Jorge Dávila que tiene por escenario el sur de Angola, en el marco de la guerra más larga de la historia de nuestro país, nos acercamos a la narración de una verdadera hazaña popular, cuyo final propone una pregunta de dolorosa respuesta.

Jorge Valls estuvo veinte años preso en cárceles cubanas, Jorge Dávila peleó en la guerra de Angola y perdió allí un hermano, pero ni uno ni otro utilizan esas trágicas experiencias personales como razón para el panfleto y el clamor de venganza. En ambos casos el sufrimiento ha sido macerado por el tiempo, y sobre éste han operado el talento y una esencialidad narrativa que no dudamos en calificar de excepcional, dando como resultado textos que se inscriben por derecho propio en lo mejor de la literatura cubana de los últimos años. Como la obra de Fina García Marrúz, ambas experiencias y ambos trabajos nos conciernen a todos; juntos en nuestras páginas, protagonizan el encuentro inevitable de la poesía y la memoria.

Desde la entrega anterior se han integrado formalmente a la redacción de *Encuentro* Marifeli Pérez-Stable y Rafael Rojas, dos de los más destacados ensayistas cubanos de la actualidad, autores de *La revolución cubana* y *El arte de la espera*, respectivamente, y que, como nuestros lectores saben, han acompañado a esta revista desde su aparición.

Por último, deseamos dejar constancia de nuestro agradecimiento al Centro Internacional Olof Palme, que nos ha brindado un continuo apoyo desde el inicio de este proyecto, y al Partido Socialdemócrata Sueco, cuya generosa ayuda ha hecho posible la producción de este número.

Fina

*Vedla sentada a la puerta de su rostro,
guardadora de un misterio perdido*

FINA GARCÍA MARRUZ

FINA GARCÍA MARRUZ, POETA Y PENSADORA DEL LINAJE DE Santa Teresa de Jesús, María Zambrano, Simone Weil. De ella afirmó Eliseo Diego que en su obra «se encuentran algunos de los poemas de más apasionada belleza que se hayan compuesto en lengua española desde que asomó el mil novecientos». Es la única mujer del importante Grupo Orígenes, quien junto a José Lezama Lima, Eliseo Diego, Cintio Vitier, Virgilio Piñera, Gastón Baquero y otros poetas, integró uno de los movimientos poéticos más trascendentes de la cultura iberoamericana en el presente siglo. Lo hispánico, lo americano, son constantes en su obra —y también lo insular, lo «cubano» secreto, *poética* sobre la que ha escrito poemas y prosas de sutilísima y profunda captación de matices y esencias.

Escritora de profundo pensamiento, de vastas resonancias filosóficas, religiosas, éticas y estéticas. Crítica, investigadora, ensayista penetrante, ha escrito páginas perdurables sobre Quevedo, Sor Juana Inés de la Cruz, Gustavo Adolfo Bécquer, José Martí, Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna, Charles Chaplin, José Lezama Lima, María Zambrano y sobre la Poesía misma¹. Son notables sus poemas sobre Keats, Lezama, Sor Juana, Chaplin, Vallejo y Machado.

¹ Consúltese: «Lo Exterior en la Poesía». *Orígenes*. La Habana, año IV (16): 16-21, invierno, 1947; «Notas para un libro sobre Cervantes». *Orígenes*. La Habana, año VI (24): 41-52, invierno, 1949; «Hablar de la poesía». *Unión*. La Habana (1): 4-9, diciembre, 1970, y en su *Hablar de la poesía*. La Habana, Ed. Letras Cubanas, 1986.

Jorge Luis Arcos

La lectura de su obra lírica constituye una de las experiencias vitales y estéticas más estimulantes de la poesía contemporánea. Poeta de aparente sencillez expresiva, a veces de engañoso desaliño formal, su mirada es capaz de traspasar siempre las apariencias y, a la vez, recrearlas, retenerlas, «salvarlas» —y conmover profundamente, secreto de su estilo—, convencida de que «toda apariencia es una misteriosa aparición», y de que «lo profundo es lo que se manifiesta», o que el rostro es más misterioso que la entraña; convicciones que no le impiden iluminar, órficamente, esas *obscuras cavernas del sentido*, las abisales simas de la realidad, tanto de la visible como de la invisible, de lo conocido como de lo desconocido. Poeta con el don de la entrevisión, de apresar el «instante raro», al que se refiriera Martí, para detener ese temblor, ese momento en que las cosas sin dejar de ser ellas mismas comienzan a ser otra cosa. Acaso porque para ella toda realidad es simbólica: «Estaba a la vez cerca y lejos», dice del mar.

Su escritura es capaz de revelarnos, como Juan Ramón, la joya más espléndida, y como Martí, Unamuno, Vallejo, la confesión más conmovedora. Poeta estoica, ascética sequedad espiritual —«porque en lo seco arde el espíritu»— y, a la vez, de almado desbordamiento confesional. A veces, en la parquedad de su estilo, o en el *deslavazamiento* de sus versos, se encuentra el secreto de su despegue, de su sobrepasamiento, porque conoce el secreto de la obediencia a una forma, el secreto del límite como medio para acceder a una realidad más vasta: es la posesión del renunciamiento. Su estilo, pues, se hermana con su cosmovisión creadora: hace del silencio, de la oquedad, un clamor, un lleno; de lo cerrado, lo abierto; de la pobreza, un tesoro. Espléndido lo pobre; aurear pobreza. Y sus palabras, transidas por una suerte de agónica tensión, de dolorosa hermosura, de severa alegría, parecen siempre servir a una realidad mayor, inabarcable, «a manera de nota de órgano», dice. Pero asimismo es capaz de develarnos el misterio de los actos, de las cosas más simples y humildes, aunque a la luz de una radical *extrañeza*, ésa que le hace percibir una *distancia misteriosa* entre el ojo y lo mirado. Siente que le «falta» algo a la realidad, algo que huye, escapa, no se deja poseer; que lo que ella misma hace o escribe es siempre «insuficiente», pero su lucidez, su clarividencia poética suelen ser insondables. Esa dialéctica de conocimiento, ese religador pensamiento poético, y religioso, constituye la *marca* de su sensibilidad. Tiene el dominio del verbo, pero su mediación con la realidad se expresa la más de las veces a través de esa dinámica suspensión del ser, de esa «actividad» que es fruto de una extática contemplación, por donde accede a la *visión*, o la recibe, porque la visión es también una visitación, una manifestación de lo desconocido, porque *ve* siempre más allá o, simplemente, porque como mismo siente «el menos», *ve* «el más».

Su acendrada religiosidad se mueve dentro del reino de la caridad; ella configura un vacío que debe ser llenado. Es *lo que espera*, acaso porque, como escribiera María Zambrano en sus *Claros del bosque*, «mas si nada se busca, la ofrenda será imprevisible, ilimitada». Por eso, ella, que quiere «escribir con el silencio vivo», ha hecho del *sacrificio*, del servicio misterioso, de su callado

ascetismo, de su huraña lucidez, de su indecible renunciamiento, una profesión de profunda y consecuente fe cristiana. En pocos creadores ha encontrado el misterio de la Encarnación, del Verbo que se hace carne, un testimonio más vivo. De ahí ésa su visión poética, es decir, unitiva, religadora, de los órdenes aparentemente más lejanos entre sí, entre la apariencia y la esencia, entre lo inmanente y lo trascendente. Por eso ella sitúa su mirada «no en lo que permanece siempre huyendo, / sino entre lo que, huyendo, permanece». Filosofía de la relación, como intuyera Martí. Iluminación de la profunda dialéctica de la creación. Mas esa conciencia de que «el centro de toda realidad es trascendente», hace que sus palabras se organicen para servir más que para ostentar; y que descrea de toda «imagen idolátrica», porque cree en la *imagen encarnada*, o transfigurada, y de ahí la indecible alusión que portan sus materias poéticas, su consustancial simbolismo, en este sentido ajenos a todo intelectualismo o esteticismo.

La intensa espiritualidad de su pensamiento poético es de este modo esencial, pero a la par que se adentra en los misterios teológicos, que complejiza incluso la fe, tiene sobre todo la cualidad de desplegar una mirada que, al partir de un radical desasimiento de toda solitaria arrogancia intelectual, hace de la comprensión, y de la participación, de lo otro y en lo otro, su forma más natural y profunda de manifestarse. De ahí su inusitado realismo, como que parte de un conocimiento amoroso, y ve en cada extraña criatura, en cada engeguedora apariencia, una suerte de incesante transfiguración de lo real. Un misterio de amor, aun cuando lo exprese a través del sufrimiento. Su mirada entonces, al estar presidida siempre por esa suerte de fidelidad, se explaya a través de los *sentidos* —«eterna fuente de poesía», dice—: por eso las apariencias son tocadas, oídas, vistas, sentidas, paladeadas, como en un moroso zureo que las envuelve en una luz que a la vez que las ilumina, las mantiene veladas; que a la vez que las aísla, las protege como un manto de nieve; que a la vez que las lejaniza, las hace más íntimas, más cercanas. Al final, lo que ofrece siempre es una sabiduría, un saber poético, acaso el más antiguo —el de los orígenes—; el que mira y se oculta en el «instante raro», en el hoy minucioso, en el «fiel instante»; y el que siempre espera en el futuro, invisible, como «una luz desconocida». Toda su poesía cabe en este verso suyo: «Lo eterno en lo fugaz»; o en este otro: «¡Oh lo bello y lo triste!» Yo prefiero imaginarla siempre, paseando su mirada entre los «árboles del otoño» —ese *otoño* tan suyo como su *dulce nevada*, su *bello niño de oro*, sus *oscuras tardes*, sus *astros*, sus *jardines*, sus *parques*, sus *rostros* sucesivos, sus *azules*, su *esmeralda*, sus *violetas*, sus *noches* indecibles, su *intemperie*, sus *palmas*, sus *lilas* deslumbrantes—, o tocando la inasible textura de lo real «con dedos lejanísimos».



¿Por qué su poesía, y su obra toda, permanecen aún casi desconocidas, como un oculto tesoro? Ha publicado los poemarios *Transfiguración de Jesús en el monte* (1947), *Las miradas perdidas. 1944-1950* (1951), *Visitaciones* (1970), *Viaje*

a Nicaragua (1987), *Créditos de Charlot* (1991), *Los Rembrand de L'Hermitage* (1992), *Viejas melodías* (Caracas, 1993), *Nociones elementales y algunas elegías* (Caracas, 1994) y *Habana del Centro* (La Habana, 1997). Su obra ha sido antologada en Cuba, en *Diez poetas cubanos (1937-1947)* (1948) y *Cincuenta años de poesía cubana (1902-1952)* (1952), ambas selecciones de Cintio Vitier; *Panorama de la poesía cubana moderna* (1967), de Samuel Feijóo; *Poesías escogidas* (1984), de Jorge Yglesias; *Poetisas cubanas* (1985), de Alberto Rocasolano y *Antología poética* (1997), de Jorge Luis Arcos. Otra antología, muy similar a la presente, está actualmente en proceso de edición en Cuba. Pero lo cierto es que su obra poética apenas ha sido divulgada fuera de Cuba, con la excepción de la antología de Carmen Conde, *Once grandes poetisas americanas* (Madrid, 1967), y que poemas suyos han sido traducidos al italiano por Francesco Tentori, *Poeti ispanoamericani del novecento* (Milano, 1987), y al inglés por Margaret Randall, *Breaking the silence* (Vancouver, Canadá, 1982). A pesar de haber sido nominada en dos ocasiones al Premio Cervantes, y de su ya extensa y fecunda trayectoria intelectual, tampoco ha recibido la atención crítica que merece². En Cuba, libros suyos han sido reconocidos en varias oportunidades con el Premio de la Crítica, y ya le ha sido concedido el Premio Nacional de Literatura por el conjunto de toda su obra. Sin embargo, una buena parte de su labor ensayística permanece aún inédita o desperdigada en publicaciones periódicas. En este sentido, sus libros más importantes son *Temas martianos* (1969), *Temas martianos. Segunda serie* (1996) recopilación de ensayos suyos junto a otros de Cintio Vitier, y *Hablar de poesía* (1986)³.

² Consúltese: *En torno a la obra poética de Fina García Marruz*. Ciudad de La Habana, Ediciones Unión, 1990, 240 págs., de Jorge Luis Arcos.

³ También ha publicado *Los versos de Martí*. Separata de la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. La Habana, 1968; *Textos antimperialistas de José Martí*. La Habana, Ed. Pueblo y Educación, 1990. Es coautora, junto a su esposo Cintio Vitier, de *Flor oculta de poesía cubana (Siglos XVIII y XIX)*. Ciudad de La Habana, Ed. Arte y Literatura, 1978; *La literatura en el Papel Periódico de La Havana*. La Habana, Ed. Letras Cubanas, 1990. Ha participado en la edición crítica de las *Obras Completas* de José Martí.



Colonial Paradise. (1995)

Hacia Fina: su conciencia formal

ES DIFÍCIL LEER POESÍA, Y ACASO SEA MÁS FÁCIL ESCRIBIR-la a fondo que verdaderamente apreciarla: se necesitaría el escandaloso silencio del Paraíso, donde espero que nos hayamos podido deshacer al fin de la poesía escrita, por no hablar de la crítica. Cada poeta que ingresa al ruido de las palabras de los otros viene pues casi condenado no sólo a que no le oigan en vida, sino además a no oírse a sí mismo por los problemas de transmisión en la línea, y sospecho que el servicio del crítico preparadísimo no va más allá de tratar de restablecer el mínimo de interferencias entre las verdades del silencio que engendró el poema y los errores del multiloquio instalado en la oreja o el ojo del autor y del receptor. Cuando disminuye el alboroto, se incrementa el fragor del silencio, y la obra, en vez de perder significados, comienza a revelarlos abrumadoramente. Ha sido alcanzada la «masa crítica» —a Fina le interesa la Física— y la obra felizmente estalla, liberando la energía de su miríada de quantas de presciencia.

Y: Fina engendra lectores, no críticos. Apenas se ha escrito sobre su obra, en comparación con el reconocimiento de que merecidamente goza: yo mismo acabo de releer sus más de veinte títulos de poesía y, para ser sincero, no tengo ganas de pergeñar nada. Si ella ha querido escribir con el silencio vivo, así se le ha leído, y con ese fin, por los mejores, que no siempre son los más profesores. Eliseo quería una poesía que sirviera —«nada menos»— que para vivir: la de Fina. Esta literatura que ofrece todas las más benditas malicias —lo veremos enseguida— es sin embargo una obra doméstica, manuable, para cuando urge sentir la Vida de v(¿V?)eras. ¿Voy a ponerme a comentar la poética de lo Exterior en Fina —diferente a la de Eliseo (el juego) y la de Cintio (el testimonio)—, cuando tengo en las manos su Ofrenda? Pero si una puesta de sol es mejor que un poema, el poema puede ayudar a ver la puesta de sol que no todos ven. Un poco menos de egoísmo y el servicio

Rafael Almazán

del criterio ayudaría a desatarle a otros —y a mí mismo— el sello de la riqueza de esa ofrenda, la calidad del escándalo de ese silencio.

Habría que comenzar por el principio, por el persistente zumbido de que Fina escribe casi mal, con algún inacabado —precioso para algunos—, con espiritual desmaño, lo que quizás provocaría «la irregularidad cualitativa de su obra»¹. Nadie menos que Eliseo Diego apunta en la contraportada de *Visitaciones*: «‘Deslavazados’, dice en algún sitio de sus versos, y lo son, con ese descuido entrañable, que se quiere a oscuras, de Teresa de Jesús o de Miguel de Unamuno. Desaliño que le deja libres las dos manos, la que ella llama ‘mano de pintor’ de la memoria (...) y la otra reflexiva, conversacional, conceptuosa...»². Todo cierto; y con la memoria en una mano y el concepto en la otra, vaya si puede permitirse uno no terminar de escribirse. Pero como no soy muy filólogo, he tenido que buscar en el diccionario qué significa «deslavazado», lo que ya se me antoja extraño, pues no veo cómo una palabra más bien exquisita pueda servir para hablar mal de sí mismo. En todo caso, sería una muestra de competencia lexical. Deslavazar, deslavar: lavar muy por encima³. Como cuando un aguacero de primavera moja los naranjos. Pero no, se trata de que los versos no están muy limpios. ¿Si?

VERSOS A LOS DESCAMPADOS

*Nada me es más familiar que el descampado
donde se ven raíles de un tren que ya no cruza,
donde entre los yerbajos y las yerbas rociadas
un pajarillo apenas vistoso, nerviosamente brinca.*

*Un chivo agreste escoge un pequeño montículo.
Come papel, desdeña su alimento cifrado.
Ah, los chivos, amigos de Samuel! Por los malos
predios de nadie esmáltanse amarillos y azules.*

¹ Cf. Jorge Luis Arcos, *En torno a la obra poética de Fina García Marruz*, Ediciones Unión, La Habana 1990. Este libro, el único hasta el presente sobre la obra de Fina que conozco, recoge el reparo de «desaliño» apuntado por Cintio Vitier: «Más atenta a la plenitud expresiva que a la perfección de la forma, ese mismo desinterés le gana una hermosura interior en su estilo; pero a veces le debilita o desdibuja la eficacia verbal» (pág. 87). Arcos discrepa del último juicio, «pues precisamente es en esa acaso contradictoria ‘cristalización’ poética, donde el lenguaje ‘parece’ quebrarse para acoger el despegue de su pensamiento donde radica su más peculiar originalidad estilística» (pág. 81). También Jorge Yglesias en la «Nota introductoria» de las *Poesías escogidas* de Fina, Letras Cubanas, La Habana 1994, pág. 7, afirma que «lo que puede parecer defecto, no es sino condición esencial, virtud digna de elogio»; pero no creo que pueda hablarse de irregularidad cualitativa en una obra donde no encuentro una sola página débil, excepto en el sentido de poemas mayores o menores, que es otra cosa. La poesía, como la vida, no es antológica.

² Fina García Marruz, *Visitaciones*, Instituto del Libro, La Habana 1970: contraportada.

³ Diccionario *Aristos*, Sopena, Barcelona 1966; también el *Pequeño Larousse Ilustrado*, Instituto del Libro, La Habana 1968.

*Un poco parecidos los encuentro a mis versos.
Algo deslavazados, ni bien ni mal del todo.
Acá un mate apagado, allá un fulgor humilde
y espacios que aún alientan entre arrumbados oros.*

*Nada me gusta más que ver en las mañanas
cuando voy al trabajo, los frescos descampados,
donde entre hierros viejos y deshechos que aún arden
floreillas menudas pálidamente brillan.*

¿Tengo que creerme que este Arte Poética no está ni bien ni mal? Obsérvese cómo la primera estrofa escapa voluntaria y gloriosamente del esquema del alejandrino que luego va a dominar las restantes. De hecho el primer verso tiene catorce sílabas, pero los hemistiquios no son de siete sino de ocho y cinco; el último pudiera ingresar al canon si el «apenas vistoso» hubiese sido sustituido digamos por «mediocre», lo que de veras hubiese sido mediocrísimo porque nos perderíamos el brinco nervioso del verso por encima del alejandrino. Es la poesía del descampado. Las estrofas siguientes asumen la estructura clásica con toda soltura y garbo, incluyéndola de tal manera en la dicción que apenas nos damos cuenta de que las sílabas están muy delicadamente contadas. Pero lo están. El chivo desdeña el «alimento cifrado»; el papel del poema no. Ni Samuel Feijóo, el agreste. Amarillos («La tierra amarilla») y azules («Azules»). El verso final es una joya. Para colmo, la autora nos menciona casi descaradamente unas «yerbas rociadas», *deslavazadas* por el rocío. ¡Ah, Luisa Pérez de Zambrana! ¡Ah, la modestia de la mujer cubana (de antes)! Sí, eres bella. —¿Yo? Oh, no...

Ni descuido ni desaliño. Sólo una conciencia formal muy acendrada pudo engendrar esos versos en que la libertad de todo lo prístino encarna en una obediencia tan concertada y fiel. Atreverse a crear un poema que esté deslavazado como la yerba por el rocío, eso es un reto mayúsculo. Y no se trata de este texto, sino de su obra en pleno; y no sólo de esta poética y su leal maestría, sino del imponente despliegue de formas consagradas por la inspiración y la sabiduría que esa obra contiene. Esta aparente descuidada se las ha arreglado para cantar en todo el arco de las sílabas, desde los versículos —«espacios que aún alientan»— de su juvenil «Transfiguración de Jesús en el Monte» hasta los bisílabos de sus «Pequeñas canciones», «floreillas menudas»; el octosílabo, el endecasílabo, el alejandrino son para ella moldes naturales de su discurso fervoroso o simpático, —oros un poco arrumbados en la vulgaridad o la rigidez de los versificantes contemporáneos. Esta desaliñada clasifica como una innovadora del soneto y la décima: lo veremos enseguida. El poema en prosa le facilita su descubrimiento de la poesía en la realidad más inmediata y por eso más oculta. Otra vez en el extremo del arco, el epigrama de Fina indaga por las esencias, por las Ideas Madres, por lo enigmático o numinoso del Ser. El verso más libre le dibuja algunos de sus momentos de mayor emoción. Ni siquiera el prosaísmo coloquial, la «prosa picada» como verso, le es

del todo ajeno, ironía incluida. Semejante variedad y propiedad del desempeño formal no se asimila a un no querer o no saber escribir, a versos que no están del todo bien o mal; nadie con esos propósitos, dudas o limitaciones podría enfrentar exitosamente el tremendo ejercicio de literatura de sus tres volúmenes de lírica publicados hasta el presente. Sus poemas están entre los más lípidos de nuestra poesía: nada hay en ellos que sobre o que afee la expresión, que es siempre clara, entregada, transparente, ausente de toda dificultad que no sea la de la percepción y la emoción del misterio. Ella escribe, naturalmente, desde lo natural en el alma. Su conciencia formal es un espejo.

Estamos aún muy lejos de haber calibrado mínimamente la conciencia de la poesía de Fina. Veamos ahora sólo algunos resultados de su conciencia formal, tanto para acabar con esos malentendidos como para empezar a acercarnos al umbral de su *poiesis*. Para dejar convenientemente deslavazado el asunto, centrémonos en su uso de la rima en los sonetos y las décimas. Se diría que Fina no sabe rimar: aunque alguna vez el soneto o la décima están «perfectos» en sus rimas consonantes, lo habitual es que mezcle consonancias y asonancias sin ningún orden visible. Ya Eugenio Florit, entre nosotros, había publicado sus «casi sonetos» en los que introducía la rima asonante, la variación de medida en los versos y el soneto sin rimas⁴, pero en él la página seguía siendo pulcra, sin mixturas. Los «sonetos infieles» de Lezama habían dado quizás la pauta para estas audacias. Sólo que sus asonancias suenan fuertes, como si fueran consonancias, en el marco de un espectáculo de lucimiento verbal, de magistral gestualidad sonora: garboso desdén del maestro que se sabe por encima de la preceptiva. A Fina le interesa lo opuesto, la «Pobreza de la forma...», título de uno de los «Sonetos de la pobreza» de *Las miradas perdidas*: «¡Pobreza de la forma que consumes / en el rico verdor desposeído / del árbol libre! ¡Sol puro y ceñido! / Oh pobreza del ser, desnudez suma.» «Oh Dios, Tú eres el Pobre», es el verso final del soneto «Los siete días», como si el despojamiento incluyera la pérdida de cuatro sílabas. El Ser es pobre porque le falta Dios y Dios es pobre porque se ha vaciado totalmente en el Ser. Las rimas insistentes y en participio y las asonancias cantan paradójica y lealmente la

GLORIA DE DIOS

*Aunque piense yo en ti, no eres pensado,
milagro de tenerte y no tenerte,
en mi imagen infiel puedo yo verte
sin que por ello seas humillado.*

*El árbol, estudioso de tus manos,
en donde yo creí poder leerle,*

⁴ Cf. Samuel Feijóo, *Sonetos en Cuba*, Universidad Central, La Habana 1963, págs. 283-286.

*tan sólo digresión es de mi muerte.
Tu cercanía en cambio es lo lejano*

*total, que asoma a un Rostro y lo convierte,
ajeno a mi ceniza y a la espera
y a la avaricia oscura de la muerte.*

*Oh lo Exterior al fin, oh lo Ofrecido,
como la luz inmensamente afuera
del hombro mutilado del sentido.*

El árbol libre, la pobreza de lo creado, cede su poética a una otredad más completa, la que revela Jesús en la Transfiguración al volverse «totalmente exterior como la luz»⁵. ¿Una pobreza o una Gloria, una Gloria que vemos como pobreza? (Pedro proponiendo construir unas cabañas en el sitio y hora del Cristo transfigurado, como si la trascendencia pudiese ser habitada aquí). Luego de estas visiones el soneto mixto de Fina no se hace más pobre sino más rico, capaz de enfrentar el silencio mismo:

*Quiero escribir con el silencio vivo.
Quiero decir lo que la mano dice.
Porque tú lees mejor el texto vivo
y el alma, en su guerrear callado, escribe.*

*A veces la ola blanca da en la roca
de espumeantes cavernas y sus fauces
orla con su girón que hace y deshace
letras que tú descifras. Que la boca
calle y entre a lo blanco en la esforzada
faena que se pierde. La luz poca,
mi alejarme de ti de cada día,*

*pausas son del sentido, inacabadas
imágenes de mí. La línea tosca
salta y completa tú la melodía⁶.*

Es la autora quien ha completado la música del soneto. La repetición de rimas o su carácter imperfecto (esforzada / inacabadas) apuntan a la voluntad de pobreza, pero lo que escuchamos es las nupcias de la rima, una consonancia más completa en que lo consonante queda como incluido en lo asonante, como si éste fuera, por más amplio, lo incluyente. La superación de la

⁵ Fina García Marruz, *Las miradas perdidas*, La Habana 1951, págs. 150, 149, 147 y 175, respectivamente.

⁶ *Visitaciones*, ed. cit., pág. 260.

mutilación del sentido en lo Exterior viene insinuada ya en esta ampliación de la noción musical de la rima. ¿Seguiremos admitiendo sin más que la rima consonante es la «perfecta»? ¿Por ser más estrecha, o más dura? ¿Machismo del oído? Fina propone una concepción maternal de la rima, amplia, envolvente, que incluye lo consonante como un caso de lo asonante, al igualar ambos recursos en el sonido del sentido (la rima jamás es protagonista en ella) y en el sentido del sonido (el todo musical es, a pesar de todo, una pobreza). A lo Ofrecido de Dios Fina responde con una Ofrenda pobre —libre, total, natural. Una pobreza que es una abundancia para nosotros, un tesoro que es una insuficiencia frente a la Luz Exterior.

Y así, con no menor brillo, en la décima. Si a los «hierros viejos y desechos que aún arden» del soneto ella les devuelve y les conserva la majestad, la densidad barroca de la espinela es transgredida por las asonancias juguetonas, de filo popular. En las «Décimas a Seboruco», poeta del pueblo, se casan las dos rimas en la alegría de lo natural, lo espontáneo, lo auténtico:

*Tú que escribiste estos versos
que tan hondas cosas viste,
tú que llevas nombre triste,
ridículo, de desecho,
(espejo del contrahecho
burlón, más que de ti mismo)
caballero de tu abismo
rompes con disparatado
refrán vulgar el costado
del Louvre en mil cataclismos...⁷*

Las décimas «infieles» de Lezama en *Fragmentos a su imán* tendrán la misma propiedad de sus sonetos en *Enemigo rumor*: el dominio de la consonancia. Cuando Fina le dedica unas décimas a Lezama recordando versos de este último libro en *Habana del Centro* llegamos a la misma totalidad del sonido que hallamos en los sonetos de *Visitaciones*: indistinción del eco:

*¡Qué joven era aquel frío
de los otoños primeros!
Y sus versos ¡qué flecheros
del ciervo que no va herido!
¡Cómo era claro el estío
y las letras relucientes!
¡Cómo hablaba la vehemente
alondra, la poesía,*

⁷ *Ibid.*, pág. 33. Ver también las «Décimas» dedicadas a Samuel Feijóo, pág. 27.

*que empezaba en una huída
y acababa en un gran puente!*⁸

Que una poetisa cristiana obedezca a las formas no puede extrañarnos, puesto que el cristianismo es la única religión en que Dios es obligadamente forma, la Forma del Amor, el Rostro. Pero Fina recrea la forma tradicional introduciendo la libertad en la obediencia para obtener una Ofrenda distinta, pobre y rica a la vez por inclusividad y por espontaneidad. En el centro de su conciencia formal está la libertad como obediencia, la obediencia como posibilidad de la libertad. Para ella la libertad es una de las claves del misterio de Dios y también del misterio de la patria. En sus «Poemas sobre temas norteamericanos» leemos estas líneas irrefutables:

*Debe ser una cosa terrible ser Dios! Uno tiembla
de pensar que el que hizo los océanos insondables
se detenga ante la libertad del hombre
y no quiera forzarlo ni aun al bien,
para que su inocencia no sea como la de las bestias
que no pueden ser sino inocentes,
para que su libertad sea una imagen y una semejanza.
(...)
Pensad en su poder, y pensad luego
en el don inaudito de nuestra libertad.
Qué precioso ha de ser cuando Él lo ha pagado
a un precio tan inmenso. Nuestras iniquidades
no han podido lograr que nos retire
el don terrible y puro. Lo forzamos
y delicadamente retrocede ante ese abismo
de sí mismo en nosotros, ese misterio
de nuestra libertad. No ha querido robárnoslo.*

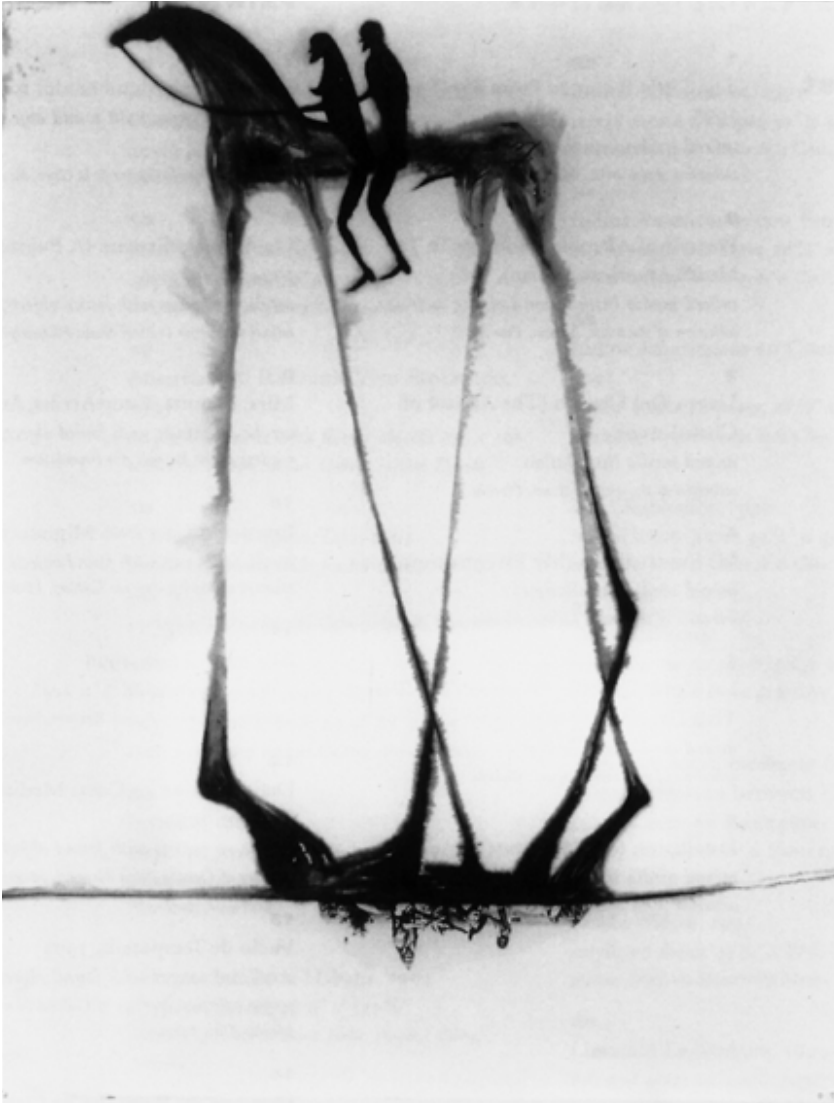
Ella ha obedecido, contemplando el árbol libre y el sol desnudo como maestros de su ofrenda. Ella ha recordado el areíto de nuestros aborígenes, que «fingían el movimiento del pez / en el momento de escapar, de escapar de lo extraño / asediando, hacia el ondeante azul, / su reino, el nuestro, el intocado eterno». Ella deja «algunos pensamientos / no escritos. / A alguna ocurrencia bella, / déjala! / Que algo escape, ciervo, / fuego, agua!»⁹. Ni de la belleza seremos esclavos los cubanos. Sus estancias flotantes, el fraseo de la exclamación que alcanza en su libre impulsión su propio definitivo dibujo, el hueso trascendentalmente articulado de la gramática, la fidelidad y a la vez la reinterpretación de los cánones de la escritura, toda la conciencia formal de

⁸ Fina García Marruz, *Habana del Centro*, Ediciones Unión, La Habana 1997, pág. 407.

⁹ *Visitaciones*, págs. 222-223 y 341, respectivamente.

☯ Hacia Fina: su conciencia formal ☯

Fina denuncia el matrimonio perfecto de la libertad y la obediencia, de la obediencia a partir de la libertad, de la libertad dentro y por la obediencia. No quiero deslazar más mi ofrenda. Sueñen otros pueblos, si es válido, con la riqueza y el poder; que le obsesionen la muerte o el conocimiento. Los cubanos creemos, entrañablemente, en la libertad y en el amor. Qué casualidad que nuestra más alta poetisa, esta voz mundial que va al trabajo admirando los descampados, lleve en el corazón de su conciencia formal la alianza irrenunciable de la libertad y de la obediencia. El Rostro le guarde.



Tewahila. (1995)

La poesía del encuentro en *Las miradas perdidas*, de Fina García Marruz

UN LIBRO VIVE O MUERE ENTRE LAS MANOS DEL LECTOR. El libro que se guarda para no volver a leerse, ya ha entrado en la muerte. Los libros que vuelven a leerse, en cambio, viven otra vez, y aun reviven. De los primeros están llenas las bibliotecas, mientras que los segundos pueden aparecer, reaparecer y desaparecer en cualquier parte.

De uno de estos libros voy a hablar ahora. Es el ejemplar de *Las miradas perdidas* (1951)¹, de Fina García Marruz, que encontré en una librería de la calle Obispo, en La Habana, durante los primeros días de 1968. La dedicatoria que diez años después me escribió la autora —cuando ella, Cintio Vitier y yo compartíamos los inolvidables trabajos de transcribir los manuscritos de José Martí— contiene una verdadera clave para acercarse a la poética de *Las miradas perdidas*: «este libro que quiso tocar, a través de la pérdida, la poesía del encuentro, —aunque sin lograrlo».

«La poesía del encuentro»... La proposición parece muy amplia, pues cabría preguntarse qué poesía no es encuentro en su cristalización verbal. Sin embargo, *Las miradas perdidas* se dirigen al encuentro no de lo que está, sino al de lo que estuvo. O, para ser más preciso, al encuentro no de lo que es, sino de lo que, siendo, está dejando o ha dejado ya de ser. Y en este dejar de ser siendo consiste la esencia del mundo que la poetisa —casi una adolescente cuando escribió aquellos poemas— percibe en torno suyo. De tal modo, el tiempo se le convierte en percepción de un transcurrir permanente e indetenible

¹ Fina García Marruz. *Las miradas perdidas*. La Habana, Úcar García S. A., 1951. Los números a continuación de las citas se refieren a las páginas de esta edición.

en el que las cosas fluyen del ser al no ser, para volver a ser a través de la mirada que trata de recrearlas: «mientras en lo que miro y lo que toco» —escribe en el poema inicial del libro— «siento que algo muy lejos se va huyendo». Este algo, por supuesto, es en realidad el todo: la vida universal que fluye y se diluye para reconformarse siempre en la otredad.

La genial percepción formulada por Heráclito es tan permanente como la fugacidad que nos revela, y nada habría de original en ella como fundante de una poética moderna, a no ser su propia validez. Pero la originalidad consiste, en este caso, en que dicha percepción se concreta, para Fina García Marruz, en un entorno familiar y cotidiano que su poesía deconstruye y reconstruye hasta convertirlo en concreción verbal de algo que podría denominarse como cultura postcolonial habanera: un fenómeno que tiene sus raíces en el apogeo de la cultura cubana durante el siglo XIX, y que responde a un estilo de vida —el de la intelectualidad criolla— que hacia la década de 1860 se identificaría con el pensamiento independentista, para derivar después hacia un nacionalismo interior de sello contemplativo y anhelante, y de notable hondura en la captación y expresión de «lo cubano».

La cultura postcolonial habanera se vuelve hacia una imagen de la capital insular como centro de lo que pudo haber sido la plenitud de la nacionalidad: una plenitud anunciada por el esplendor de la burguesía criolla durante el siglo XIX, y tronchada por la incompletez de los sucesivos esfuerzos independentistas realizados por esta misma burguesía. La ruina económica y el exilio que padecieron muchas de las familias criollas como consecuencia de aquellos esfuerzos, engendrarían entre algunos de sus descendientes la noción de pertenecer a un «linaje disperso» (la frase es de Octavio Smith). En el ámbito de la poesía, esta noción se convierte en conciencia. A ello contribuyen no sólo las obras, sino las muertes desdichadas o prematuras de algunos de los principales poetas cubanos del siglo XIX —José María Heredia, Juan Clemente Zenea, Julián del Casal, José Martí—, muertes que parecen responder a una aciaga fatalidad. Por otra parte, la ruptura de la dependencia colonial y el establecimiento de una república negada reiteradamente por sus instituciones hacen aún más evidente la contradicción entre la vida espiritual y la vida política de la nación («las bellezas del físico mundo, / los horrores del mundo moral» que dijo Heredia). De este modo, aquel esplendor interrumpido de la cultura criolla es evocado por un grupo excepcional de poetas y pintores del siglo XX, pero ahora en imágenes fragmentadas: los vitrales, los sillones de mimbre, los patios interiores y las estancias llenas de penumbras y rumores de los palacetes coloniales abandonados por sus moradores y convertidos —muchos de ellos— en casas de vecindad. Las imágenes, en fin, de una ciudad capital que no pudo erigirse en Ciudad-Estado, se reúnen en la poesía y la plástica de los años 40 como los restos de un tesoro rescatados por sus herederos espirituales mucho después del naufragio. Y este noble y patético esfuerzo por oponer a la frustración de lo contingente la realización de lo esencial engendra un nuevo momento de esplendor en la cultura cubana.

Los poetas de Orígenes —generación a la que pertenece Fina García Marruz— comparten esta actitud en diversos grados de intensidad. Títulos como *En la calzada de Jesús del Monte* y *Por los extraños pueblos*, de Eliseo Diego, y *Estos parques*, de Octavio Smith, dan ejemplo de aquel ahondar en la geografía interior de la Isla, que fue parte principal de la aventura de Orígenes, para generar uno de los procesos de interiorización poética más singulares y auténticos en la literatura hispanoamericana. El sitio que Fina García Marruz ocupa en la realización de aquella aventura —«sigilosa», sin duda alguna, para emplear el decir lezamiano— hace de ella una de las voces más sólidas de toda nuestra poesía. Ya en sus primeros textos, la autora parece hablarnos desde una sabiduría radicalmente suya, y al mismo tiempo desde un *nosotros* en el que pueden reconocerse cuantos tienen a la poesía cubana como patria. Esta sabiduría se nutre de una humildad esencial ante la existencia del mundo, humildad que equivale a la aceptación de esta existencia— y de su fluir hacia la muerte como un hecho irreversible. Pero en el reverso de tal fluir encuentra la poesía su propio camino, y, de este modo, la mirada que la poetisa dirige hacia el pasado (el tiempo que ya ha sido) no es de naturaleza quietista, sino dinámica: «comprendo que es el corazón extinto / de esos días manchados de temblor venidero / la razón de mi paso por la tierra» (18), admite con lucidez. Y en otro momento confiesa: «Al ayer, no al mañana, el tiempo insiste» (8), y en este insistir persiste otra forma de ser, y aun de estar siendo, que es el reverso de la nostalgia, tal como lo expresa un soneto de *Las miradas perdidas*:

*Yo quiero ver la tarde conocida,
el parque aquel que vimos tantas veces.
Yo quiero oír la música ya oída
en la sala nocturna que me mece*

*el tiempo más veraz. Oh qué futuro
en ti brilla más fiel y esplendoroso,
qué posibilidades en tu hojoso
jardín caído, infancia, falso muro.*

*¡Sustancia venidera de la oscura
tarde que fue! ¡Oh instante, astro velado!
Te quiero, ayer, mas sin nostalgia impura,*

*no por amor al polvo de mi vida,
sino porque tan sólo tú, pasado,
me entrarás en la luz desconocida. (22)*

Entrar «en la luz desconocida» será, pues, el deseo guiador de esta poesía que procura el encuentro a través de la mirada. Y la mirada se realiza en el instante, en una fracción del tiempo en que éste se detiene o anula, de tal

modo que el pasado y el presente convergen y se concretan en la visión pura o el conocimiento. El instante es un «astro velado» que se revelará sólo a la pureza de una mirada sin nostalgia, es decir, sin el velo que la apariencia del presente arroja sobre la apariencia del pasado. Así interpretada, la poesía de Fina García Marruz no puede estar más lejos de las recurrentes actitudes neorrománticas que embellecen lo perdido sólo porque es irrecuperable, y sí dentro de una corriente de la poesía hispánica en que la percepción y la expresión del tiempo como trasmutación de la sustancia de los seres y las cosas se convierte en cauce principal.

Por el cauce del tiempo, en efecto, se llega en *Las miradas perdidas* a la formulación de otra gran pregunta de la poesía de todos los tiempos: la de la identidad, «esa música que soy y que no abarco» (9). El ser cuya sustancia trascurre y se transforma en el tiempo se pregunta por su esencia, es decir, por aquello suyo que es capaz de existir fuera del tiempo, o más allá de éste. La respuesta de la poetisa parece basarse en una interpretación de orden teológico:

*No mira Dios al que tú sabes que eres
—la luz es ilusión, también locura—
sino la imagen tuya que prefieres,*

*que lo que amas torna valedera,
y puesto que es así, sólo procura
que tu máscara sea verdadera. (8)*

La mirada de Dios se tiende sobre el ser, en un acto de conocimiento absoluto. En esta mirada no puede haber pérdida, desviación o ilusión alguna, de tal modo que la identidad en que el ser se reconoce —«que tú sabes que eres»— no es su objeto, pues «la luz es ilusión, también locura». El objetivo de esta mirada mayor es «la imagen tuya que prefieres», en una aceptación divina de la voluntad del ser, validada por el amor: «que lo que amas torna valedera». Estamos ante la proposición filosófico-teológica según la cual nuestra verdadera identidad consiste en aquello que deseamos ser, pues este deseo no puede consistir, para el alma, en otra cosa que un acto de amor orientado hacia Dios. El neotomismo que por entonces había surgido en Francia (con Jacques Maritain como deslumbrante protagonista) no parece ajeno a esta posición, aunque resulta mucho más sencillo derivarla de la natural disposición a la piedad que ha prevaecido a todo lo largo de la obra de Fina García Marruz, y que la ha llevado a identificarse, de múltiples maneras, con las cosas y los seres que han perdido su lugar en el mundo. Entre estos seres están los que han sufrido la trasmutación de la muerte, los que ya no son visibles para la mirada o el amor que los busca aún dentro del tiempo de un día vacío, o en la luz y los colores de la mañana:

*Pienso a veces en vosotros, pobres muertos
hace ya tiempo o aun recién segados,*

*pienso en vuestro Domingo ya acabado,
tan final, tan transcurrido para siempre.*

*La mañana de oro y azul sobreviviente
ya olvidó vuestros ojos, ya no os pide nada
que hacer. Sin futuro, volvéis como una música.
Os arrollan de verde las infinitas hierbas.*

*El yacente camino queda y los negros coches
fueron a su alborada polvorienta.
Hoy me parece mucho a un tiempo y poco*

*improvisar la obra maestra del instante
a cada paso único, más bello
que el inmenso crepúsculo que vuelve. (25)*

Esta disposición, en suma, es lo que dirige su mirada hacia las cosas y los seres, y lo que le permite ver a unas y otros a una luz que el amor torna valedera. De este modo, la máscara del ser (y recordamos aquí a Pirandello y a Unamuno) resulta su verdadero rostro en la medida en que es verdadera, es decir, moldeada por la voluntad del amor. La poesía del encuentro a través de la pérdida es poesía de voluntad amorosa, tal como se manifiesta en Cintio Vitier, Eliseo Diego y Octavio Smith, quienes comparten con la poetisa una misma actitud de maravillada reverencia ante la vida como milagro y misterio cotidianos. Esta actitud separa a los poetas de Orígenes del «sonido y la furia» asumidos —con parejas muestras de autenticidad— por otras corrientes de la poesía moderna, para situarlos en un ámbito de penumbrosas estancias donde un breve rumor puede equivaler al lenguaje más hondo. Curiosamente, este ámbito de la cultura postcolonial habanera era explorado al mismo tiempo desde la perspectiva de la pintura: los vitrales, los sillones de mimbre y los patios interiores abundan en la plástica cubana de los años 40, como si a la estridencia de una vida urbana donde la violencia política se iba abriendo paso cada vez con más ímpetu, aquellos artistas quisieran oponer el ideal de una máscara que su amor convertía en valedera. De este modo, una presencia querida transforma el sillón tradicional en el trono donde un rey destronado por el tiempo recupera toda su cotidiana majestad:

*Mientras tú estabas sentado en tu sillón
la sala se puso eterna como un idioma súbito,
yo te pensé leyendo en otros sitios
porque me daba mucha lástima todo,
tú agradecerías la vida como si no fuera la muerte.
Pero yo sólo estoy aquí, abriendo la puerta
con dedos lejanísimos. (32)*

Desde esta lejanía, la mirada crece y abarca la inasible plenitud del tiempo, y se transforma ella misma en el rumor de lo que transcurre: «Escucho esa arpa eterna que es mirar desde lejos», escribe la poetisa, adentrándose en un plano del conocimiento donde los sentidos intercambian sus frutos y se hacen una sola y pura percepción:

*Una cara, un rumor, un fiel instante
ensordecen de pronto lo que miro
y por primera vez entonces vivo
el tiempo que ha quedado ya distante.*

*Es como un lento y perezoso amante
que siempre llega tarde el tiempo mío,
y por lluvia o dorado y suave hastío
suma nocturnos lilas deslumbrantes.*

*Y me devuelve una mansión callada,
parejas de suavísimos danzantes,
los dedos artesanos del abismo.*

*Y me contemplo ciega y extasiada
a la mágica luz interrogante
de un sonido que es otro y que es el mismo. (12)*

En la lejanía que les otorga el tiempo indetenible, las cosas, los lugares y los seres que fueron son esencialmente irrecuperables, a no ser a través de su recreación como imagen. De este modo, «la poesía del encuentro» no puede encontrarse, en última instancia, más que consigo misma, como un espejo que nos entrega, junto con las imágenes amadas, la evidencia de que son inasibles. Esta convicción se expresa en el poema «Canción de otoño», que me sigue pareciendo hoy, como veinte años atrás, una de las más hermosas baladas de la literatura cubana:

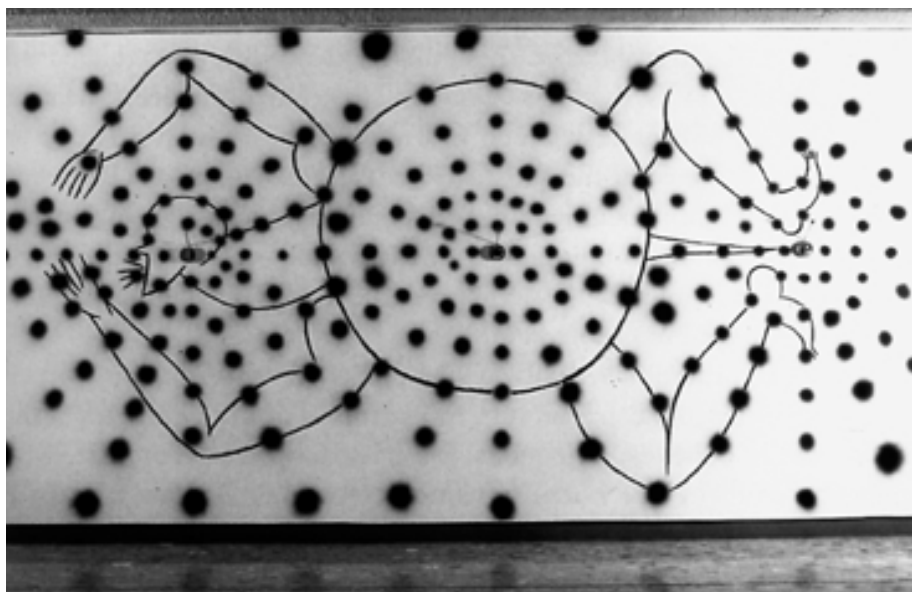
*Puedo volver, amigo, al país más lejano.
Fácil sería ver la nieve y los ciruelos.
Pero enséñame, dime el intacto camino
que me llevó al lugar de nuestro encuentro.
Llévame a los hondos pasillos de la casa
en que estuvimos con frío aire de otoño.
¿Cómo volver allí, cómo volver?
(...)
¿Qué quedará más lejos que la tarde
que acaba de pasar, parque encantado?
¿Conoces tú el país en que se vuelve?
Y sin embargo escribo sobre su polvo «siempre».
Yo digo siempre como el que dice adiós.*

A esta certidumbre parece aludir la frase con que la poetisa, en la dedicatoria citada al comienzo de estas páginas, se refirió a *Las miradas perdidas* como un intento por tocar «la poesía del encuentro, —aunque sin lograrlo». Ahora, en cambio, se impone rectificar dicha frase: el libro, en efecto, no toca la «poesía del encuentro», sino que *es* una de sus más auténticas realizaciones. Los poemas de *Las miradas perdidas* llenan con su plenitud el vacío que la infancia, el hogar, los rostros amados, el silencio y la música, la tarde y las sombras fueron abriendo para su autora mientras el tiempo se le convertía en rauda juventud, asombro y añoranza. El acto de decir se identifica en dicho libro con el de recuperar y compartir aquellos tesoros cuya sustancia ha trasmutado el tiempo:

*Qué justeza y dulzura me ha traído
decir estas palabras «cae la tarde»
y su vieja ternura despaciosa.*

*¡Cae la tarde sobre lo que se ha ido,
cae la tarde sobre la antigua tarde
de la lluvia, el silencio, las baldosas! (13)*

Desde el encuentro que fue y es *Las miradas perdidas*, la poesía de Fina García Marruz ha crecido en torno a sí misma, como sólo crece la música. *Visitaciones* y *Habana del Centro*, dos sumas poéticas y vitales más que dos libros, han dado espacios sucesivos a su obra de recuperar y compartir la noble y humilde belleza de la vida. Quienes tienen por patria a la poesía cubana, han de agradecerse.



The Slow Spreading of Sound. (1992)

Los nombres y las cosas

Miguel Fernández

EL NOMBRE, ¿HACE A LA COSA? ¿O LA COSA HACE AL nombre? Este vulgar acertijo ha concitado honda meditación, tanto en Oriente como en Occidente. Uno de esos complicados pensadores alemanes, Max Horkheimer, conceptuaba la filosofía misma como esfuerzo concienzudo por nombrar correctamente las cosas. Hsun Tzu, discípulo aventajado de Confucio, profesaba que los nombres, además de concordar con la realidad, debían sentar pautas de organización social. De tal palo filosófico salen astillas que avivan el fuego de la discusión sobre las denominaciones oficiales de las calles habaneras.

De «ingratitude incalificable» y «falta de patriotismo» tachó en 1938 el Historiador de la Ciudad, Emilio Roig de Leuchsenring, que ciertas vías públicas de La Habana tuvieran nombres tales como Belascoaín y Zulueta. Ambos se emplean todavía por el común de las personas, en vez de Padre Varela y Agramonte, respectivamente, pese a que estas últimas denominaciones son oficiales y corresponden al panteón de los próceres independentistas. Por el contrario, Belascoaín remite a un amigo del odioso gobernador colonial Leopoldo O'Donnell, mientras Zulueta lo hace al coronel de voluntarios Julián Zulueta y Amonde, quien aconsejaba ofrecer de todo a los cubanos, menos la independencia.

La calle Zulueta (Agramonte) se abrió tras el derribo de las murallas (1863); Belascoaín (Padre Varela) fue conocida originalmente (1782) como Calle del Cocal, por los cocoteros plantados en la estancia de un tal Gervasio Rodríguez, cuyo nombre tomó y aún conserva la vía paralela inmediata. A la del Cocal se le llamó también Calzada de la Beneficencia, pues la casa homónima se edificó por allí en 1793, y aun Calle de Gutiérrez, por el apellido del constructor principal de la vía, quien había nacido en Islas Canarias y llegaría a regidor en La Habana de 1812. Hacia 1844 otro isleño, el gobernador O'Donnell, perfiló el

tramo que hoy va desde la Avenida Salvador Allende (entonces Paseo de Tacón y después Carlos III) hasta la de Máximo Gómez (Calzada del Monte), consagrándolo a la memoria del general español Diego de León, conde de Belascoáin. Este apelativo acabaría por extenderse al resto de la arteria.

El mismo año en que funda la Oficina del Historiador (1938), Emilio Roig de Leuchsenring presentó al alcalde de La Habana, Antonio Beruff Mendieta, un informe sobre la revisión total de nombres de las calles, de los cuales ciento debían cambiarse. Antes habían sido acordadas las bases generales (Decreto-Ley 511, de 13 de enero de 1936), que prescribían no sólo restablecer las denominaciones alteradas caprichosamente a partir de la primera intervención americana (1899-1902), sino también eliminar todas aquéllas que hirieran los sentimientos patrióticos.

Así recuperó su rótulo inicial, por ejemplo, la calle Aguacate, el cual había sido reemplazado por el de Perfecto Lacoste, en homenaje a este buen alcalde habanero. La calle cierra en el convento de Belén y hasta 1837 creció allí el árbol frondoso que dio nombre a la vía. No hubo forma de que los vecinos se acostumbraran a llamarla Perfecto Lacoste. Igual suerte corrió la calle que había alcanzado notoriedad por una lámpara encendida todas las noches en el cruce con la calle Habana. Lámparilla fue renombrada Pedro Pérez, en honor del jefe mambí, pero definitivamente hubo que restituir la denominación tradicional. Conforme a las bases antes mencionadas, los nombres de cubanos notables que se quitaran para reponer antiguos rótulos, se darían a calles nuevas o innominadas. Por ello Perfecto Lacoste y Pedro Pérez identifican ahora sendas vías del Cerro, que desembocan en la Calzada de Ayestarán.

Asímismo fueron suprimidos, junto con Belascoáin y Zulueta, los demás nombres ingratos, entre los cuales figuraba Tacón, capitán general que gobernó con mano dura la Isla de 1834 al 38. Aunque se sustituyó por Manuel Sanguily, general del Ejército Libertador, la renovación dejó mucho que desear, pues la propia Oficina del Historiador estampa hoy su dirección así: Tacón 1, entre Obispo y O'Reilly.

Tampoco echó raíces la iniciativa de rotular vías públicas con nombres de naciones amigas, tal como Avenida de Bélgica para la calle conocida de antaño por Monserrate. Esta denominación proviene de una ermita que se levantó en 1695 por donde hoy está la Plazuela de Albear. En 1836 quedó destruido el templo y hacia 1844 se reedificó en otro lugar. No obstante, aquel nombre catalán continuó fijado en la mente de los habaneros para designar la arteria que siguió el contorno del viejo muro defensivo de la ciudad, por lo menos desde la intersección con la calle Muralla hasta donde estuvo la puerta de La Punta.

Sentido es un elemento sociocultural que se torna cada vez más escaso en el decurso de la modernidad, pero si las tradiciones pierden su fuerza espontánea, los nuevos valores y normas pueden configurarse sólo por medio de la comunicación dentro del más amplio círculo de ciudadanos. Es difícil implantar prótesis de sentido por vía administrativa. Emilio Roig de Leuchsenring no vaciló en romper con la tradición para borrar de la toponimia urbana a los personajes desagradables. Por el contrario, Manuel Moreno Fraguinals enjuicia

los cambios de nombre como «profundo desprecio por la historia». Más acá de este contrapunteo aflora la desemejanza estructural entre la acción administrativa y las tradiciones culturales.

Así como los números arábigos son mejores que los romanos a la hora del cálculo, algunas denominaciones deben de superar a otras en la función de identificar vías públicas. Nadie pone en duda que los cubanos veneran a los tres grandes de la última guerra contra el coloniaje español: Martí, Maceo y Gómez. Mas casi nadie recurre a estos apellidos gloriosos para referirse, de acuerdo con la nomenclatura oficial, a sendas arterias de La Habana, Prado, Malecón y Monte, respectivamente, son nombres al uso que surten mayor efecto comunicativo y muestran su conveniencia, por ejemplo, cuando es preciso enviar cartas o telegramas a lugares vinculados con estas calles.

El refrán castizo de que el nombre ni quita ni pone, resulta inaplicable al contexto urbano, so pena de embrollo y confusión. Ya en 1603 el regidor Juan Recio abogaba por nombrar todas las calles habaneras, pero aún en 1761 el primer historiador criollo, José Martín Félix de Arrate, contaba que algunas no tenían nombre. La rotulación completa se llevó a cabo tras el cese de la ocupación británica (1763), en virtud de las ordenanzas del gobernador Ambrosio Funes, conde de Ricla. De la misma época datan los nombres de personas más o menos célebres, que empezaron a discurrir por entre las denominaciones asentadas en el uso popular, la devoción cristiana o la historia menuda.

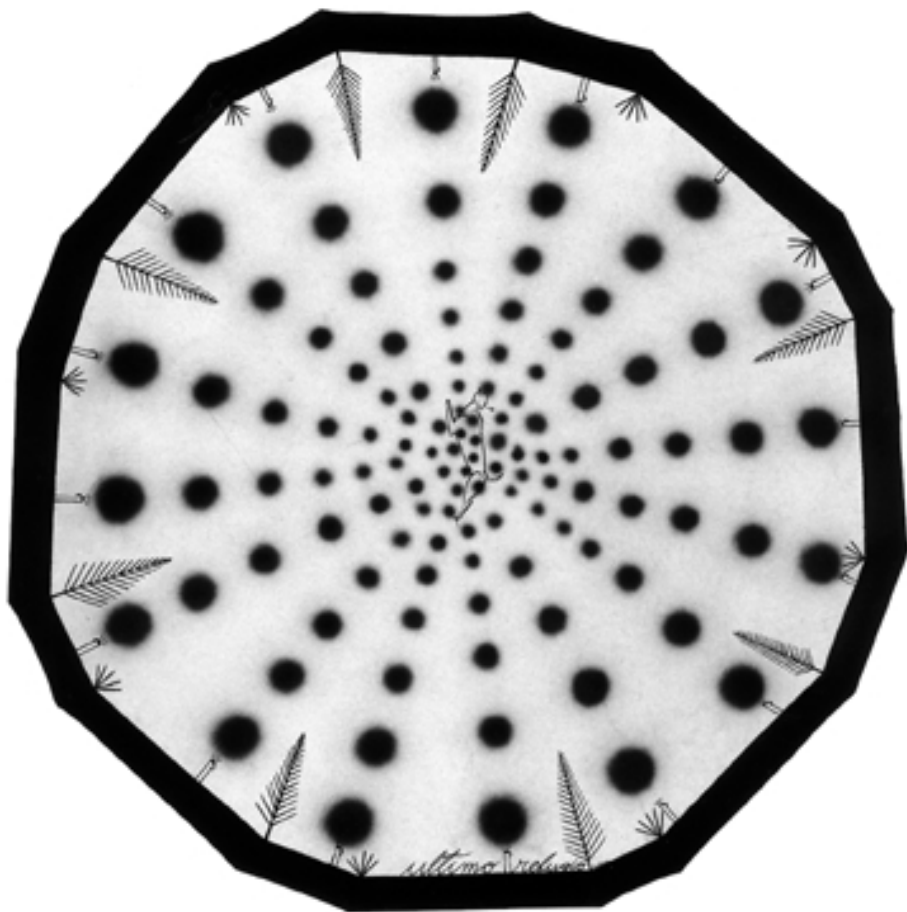
Por la calle Honda o del Sumidero entró en 1763 a la ciudad amurallada el general español Alejandro O'Reilly; su apellido identificó en lo adelante aquella vía. El conde de Albemarle, jefe inglés de la plaza ocupada, salió por la calle paralela, que consolidó su nombre merced al Obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, quien solía frecuentarla. El propio gobernador Ambrosio Funes, en cambio, no pudo sobrepasar con su gracia nobiliaria a la espontaneidad del vecindario, que desde 1691 motejaba la vieja Calle Real como Muralla. No dejó de llamarse así entre cubanos, a pesar de que una pomposa tarjeta circular en la esquina de San Ignacio rezara Calle de Ricla.

Extramuros repuntaron conflictos similares. Nunca se mencionó por su nombre oficial (Calle Ancha del Norte) a la Calzada de San Lázaro, cuya denominación vino para quedarse del hospital homónimo establecido por allí hacia 1746. Sin embargo, la vía primordial (hasta 1735) entre la ciudad y el campo se llamó primero Camino de San Antonio, porque conducía a un ingenio del mismo nombre, y después Calzada de San Luis de Gonzaga, por la ermita de esta advocación que en 1751 se construyó justo donde habría de confluir la Calzada de Belascoaín. Cuando se remodeló a fondo en 1844 le dieron un tercer nombre, de rancio abolengo colonial: Calle de la Reina. Éste prevalece hoy por encima del nombre oficial e ideológicamente contrapuesto de Avenida Simón Bolívar.

En curiosa composición sincrónica del criterio de autoridad, las señales de tránsito se atienen al uso popular, mientras que las placas atornilladas en cada esquina reflejan la nomenclatura oficial vigente. Y es que el hombre de la calle requiere orientarse en el espacio urbano sin dilaciones ni titubeos. No tiene

por qué aprehender el significado de nombres que en otros contextos pudieran evocar lazos emocionales, pero dentro de la ciudad sólo se manejan como códigos de posición. El mundo de la vida suele oponer una resistencia peculiar frente al poder administrativo. Cuando la planificación estatal procede, no obstante, a elegir entre los contenidos culturales posibles, pocas veces hay generación administrativa de sentido antes que reducción ideológica de valores.

Ningún habanero acuerda verse con otro en la esquina de Simón Bolívar y Padre Varela: prefieren hacerlo en Reina y Belascoaín. Así ponen en solfa la pertinencia cultural de ciertos criterios administrativos empleados para rotular las calles de la capital cubana. Tal parece que antes de reforzar señas de identidad en correspondencia con sentimientos de patriotismo o de amistad con otros pueblos, las denominaciones de las vías públicas deben procurar la eficacia comunicativa que responda a los fines culturales de ubicación e identificación dentro de la trama citadina.



Último refugio. (1991)

Cuba, 1998

Reflexiones extemporáneas sobre un siglo perdido

Ignacio Sotelo

PARA UN ESPAÑOL QUE SE QUIERE DE IZQUIERDA LA situación por la que pasa Cuba es doblemente dolorosa. Primero, porque, si la plantea en su verdadera dimensión histórica, no puede olvidar, precisamente en este año de recordatorios, las responsabilidades que como antigua metrópoli nos atañen. Los vínculos que unen a los dos pueblos son de tal naturaleza que lo que suceda en un país no puede dejar de concernir al otro. Segundo, porque nos hemos solidarizado durante demasiado tiempo con el régimen de Castro, unos ciertamente con entrega total y otros —importan los matices— sin sobrepasar nunca un apoyo crítico, pero en cualquier caso la simpatía de la izquierda por la revolución cubana ha sido una constante, y no sólo en el mundo hispánico de ambos lados del Atlántico, aunque muy en especial entre nosotros. La izquierda se ha alejado, pienso que con excesiva facilidad, del llamado socialismo real, pero nos cuesta mucho entonar la palinodia respecto a uno de los últimos restos de este mismo modelo. En el treinta aniversario de la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia conviene recordar que las burocracias en el poder de los países del este introdujeron la expresión «socialismo real» para diferenciarlo del «utópico» que ingenuamente pretenderían los que exigían un «socialismo con rostro humano». Incluso la Cuba del Che que a mediados de los sesenta parecía aferrarse con más fuerza a esta esperanza, en agosto de 1968, caído el héroe legendario en Bolivia, apoya la invasión de Checoslovaquia.

En relación con la teoría y puesta en práctica del socialismo, la izquierda ha hecho más rectificaciones y renuncios de los necesarios, pero ello no quita que ante el régimen de

Castro muestre una benevolencia difícil de justificar. Hace unas semanas un centro de inmigrantes en Alemania me invitó a que les contara mis experiencias en la Isla¹. La mención de algunas cifras que hablan por sí mismas, junto con la simple narración de los hechos en el más neutral de los lenguajes, promovieron un tumulto: obreros españoles y estudiantes latinoamericanos no estaban dispuestos a que «un señorito contrarrevolucionario», así me calificó uno de los asistentes, les demoliere el último mito que les quedaba. He observado también entre militantes del PSOE, incluso entre antiguos altos cargos que no se distinguieron precisamente por haber llevado a cabo una política que pudiera ni de refilón tildarse de izquierda, taparse las vergüenzas con la simpatía que siguen manifestando por el régimen de Castro, incluyendo aspectos que les parecerían intolerables en su propio país.

Esta vez prefiero omitir unas cifras que el interesado puede obtener sin la menor dificultad y dirigirme al lector que sabe lo que significa el eufemismo de «período especial», una situación de falta de lo más elemental, desde alimentos hasta medicinas, desde energía eléctrica a papel, que hay que calificar de terrible, no sólo con criterios internacionales, sino medido con módulos cubanos anteriores a 1989, o incluso a 1959. Pues bien, a cualquiera que de buena fe trate de explicarse situación tan catastrófica, dos cuestiones le salen al paso. La primera pregunta por los responsables: ¿quién tiene la culpa de lo ocurrido? ¿Se justifica una revolución que casi 40 años después de su triunfo, por muy distintos vericuetos y con experiencias no todas negativas, ha llevado a expulsar a casi dos millones de personas para ofrecer las actuales condiciones de vida a las que se han quedado?

Aunque a partir de agosto 1993, con la despenalización del dólar, se advierten algunos signos, todavía muy débiles, de recuperación, al ritmo presente de crecimiento volver a los niveles de vida de 1987, que estaban muy lejos de ser satisfactorios, supondría una docena de años. De modo que por razones económicas, pero también políticas, no menos obvias —el caudillo que lo es todo en Cuba ha llegado a una edad propecta que permite manejar con algún fundamento, pese a que menudo se saque a relucir que tuvo antepasados centenarios, la hipótesis de su cercana desaparición— se plantea una segunda pregunta: ¿qué va a pasar en Cuba después de Castro? Cuestión tanto más apremiante, cuanto que se han mostrado falsos los pronósticos que se hicieron en 1991 sobre la imposibilidad de que el régimen durase después de la desaparición del bloque soviético.

Quiénes son los responsables de que se haya llegado a semejante situación y qué salida puede esperarse en estas circunstancias, son las dos cuestiones que todo el mundo se hace, fuera y dentro de Cuba, eso sí, con respuestas muy diferentes. En las páginas que siguen resumo las impresiones, sin duda hartamente discutibles y todo lo provisionales que se quiera, que he ido elaborando

¹ El impulso inicial de estas reflexiones proviene de un viaje a Cuba de dos semanas, que realicé en noviembre de 1997.

para mi coleteo y uso particular, sin exponer el proceso de elaboración a partir de largas conversaciones con cubanos de fuera y de dentro, abundantes lecturas y unas cuantas anécdotas vividas en la Isla. Algunos juicios, al coincidir con las opiniones mayoritarias, parecerán bastante verosímiles, aunque tal vez triviales; otros, al disentir de las opiniones más extendidas, cabe que se consideren más problemáticos; en fin, los pocos que rompen con los marcos establecidos, me apresuro a pedir que se tomen por meras provocaciones.

1. Preguntarse por los responsables de la actual situación es una obviedad para los que tienden a señalar al régimen como único causante de todos los males, pero no tanto para sus apologistas que, según sea el tono en que les preguntemos, hasta pueden interpretarlo como prueba de hostilidad manifiesta y rehuir entrar en el debate. Pero, por intrincados que sean los rodeos y llamativos los eufemismos a los que acudan, es una cuestión que no pueden evitar. Hay que dar alguna explicación de lo que está ocurriendo y que percibe el más ciego. Para la Cuba oficial, el «bloqueo norteamericano» y «el derrumbamiento del bloque soviético» son las causas externas que darían cuenta cabal de las duras condiciones en que vive el pueblo cubano y, en consecuencia, si se quiere hablar de responsables, habría que buscarlos fuera. La Cuba revolucionaria ha luchado en el pasado por conseguir, y seguirá haciéndolo en el presente por mantener, tanto su independencia, como una sociedad solidaria que reparta con equidad los bienes materiales y culturales. La independencia política y económica, sin someterse a ninguna potencia extranjera que imponga las formas de distribución de lo que el pueblo en su conjunto labora, es el supuesto imprescindible para preservar el socialismo con todos sus logros sociales. El fin es salvaguardar una sociedad justa y solidaria, y ello sólo parece posible defendiendo la independencia nacional. Cuba está dispuesta a mantener relaciones con todos los países de la tierra, siempre que se respete su voluntad soberana de organizarse social y políticamente como crea conveniente.

En suma, para la opinión oficial las causas de la actual miseria estarían fuera de la Isla. El «bloqueo económico», que durante más de tres decenios impone el imperialismo norteamericano, y que contabiliza muchos miles de millones de dólares en pérdidas, habría potenciado sus efectos perversos con la caída, tan repentina como inesperada, del comunismo soviético, que Castro ha llegado a llamar el «segundo bloqueo». Con la integración en el socialismo real se habían evitado las consecuencias más aciagas del bloqueo norteamericano, y se precisa tiempo, aparte de una gran imaginación y de no pocos esfuerzos, para encontrar un reacomodo en el mundo que sigue al desplome del bloque en el que Cuba se había felizmente adherido. La segunda cuestión queda así ya implícitamente contestada: en Cuba no va a pasar más que lo que está pasando, con Castro y sin Castro, el pueblo cubano continuará desarrollado libremente la sociedad que crea conveniente, porque nunca va a ceder en su voluntad de independencia. Cuba es una nación a la que le costó mucho adquirir su libertad. Tuvo que combatir con las armas en la mano, primero,

contra los españoles, y luego contra los lacayos del imperialismo, pero, una vez conseguida su soberanía, ya nunca la va a soltar.

Ésta es al menos la esencia de una plática que tuve en la universidad de Santa Clara con un ilustre profesor de economía, tratando un tema tan atractivo, y sin duda harto realista, como es el de las etapas de la construcción del socialismo después de la muerte de Castro. Con tan apasionante conversación el profesor se había quedado sin pitillos, y no pude ofrecerle nada combustible para aliviar su síndrome de abstinencia. Al observar un nerviosismo creciente le propongo que vayamos al centro de la ciudad a beber una cerveza, lo que rechaza por la dificultad de encontrar transporte a esa hora, pero acepta complacido al informarle que dispongo de coche. Sentados en un café de una plaza céntrica, proseguimos nuestra conversación sobre la construcción a medio plazo del socialismo en Cuba, «teniendo, eso sí, muy presente la experiencia de este siglo». Al cabo de unos minutos, el profesor llama al camarero para pedirle una cajetilla que le traen al momento: son 70 centavos de dólar. El profesor insiste para pagar en pesos, pero su moneda no se acepta precisamente en las tiendas y locales en los que la oferta, aunque cara y exígua, al menos existe. En mi crueldad de experimentador social no compro la cajetilla, como hubiera sido el imperativo más elemental, no digo ya de humanidad, sino de simple educación. Seguimos hablando de la construcción del socialismo en un futuro impreciso. Me recomienda un libro, elaborado por científicos cubanos, sobre la caída del socialismo soviético. Desgraciadamente está editado en México y cuesta 5 dólares, si no me lo regalaría. Muestro enorme interés por conseguirlo y aprovecho para darle el dinero por adelantado. Guarda el billete en el bolsillo. Llama al camarero. Pide sus pitillos. Los paga con el billete que acabo de darle, se guarda la vuelta y seguimos hablando del futuro socialista de Cuba.

El discurso sobre las bondades del socialismo y, por graves que fuesen las amenazas, su grandioso futuro en la Isla, chocaba tan frontalmente con la situación vivida, que no tenía el menor sentido hacerlo explícito. Llámese como se quiera a este orden social, socialismo o capitalismo, o si se prefiere período de transición hacia no se sabe dónde, el hecho es que nos hallamos ante una sociedad de desigualdad radical, en la que sólo pueden satisfacer sus necesidades más elementales aquellos que dispongan de dólares, y el ilustre profesor comunista, al no cobrar su sueldo en divisas, desde una posición relativamente privilegiada antes de la dolarización de la economía había descendido al fondo del abismo. En una larga conversación en la que cada cual cumplió su papel, él de comunista cubano, yo de socialista europeo, rehuimos las cuestiones que, no encajando en la ideología, tuvieran lo más mínimo que ver con la realidad vivida. No se espante el lector; no me faltaron ocasiones de ocuparme de lo que le ocurre a la gente, tanto con personas críticas como con las que defienden al régimen.

De ser políticamente factible, nada sería tan instructivo como una investigación que identificara las distintas procedencias de los dólares que manejan los ciudadanos de a pie, detectando así a los grupos sociales que tienen acceso

a la divisa. Si resultase cierto que las dos fuentes principales son los envíos desde el exilio y el contacto, directo o indirecto, legal o ilegal, con los turistas, entonces las nuevas víctimas —se salva entre la población rural, la que produce para el mercado libre— habría que buscarlas, paradójicamente, entre los sectores profesionales que hacen alarde de su vinculación al partido y a la ideología oficial. Ahora estarían pagando los platos rotos, justamente, aquéllos que por fidelidad al régimen suprimieron los contactos con los parientes «gusanos» que emigraron. Los altos cargos tienen acceso al dólar, al recibir parte de su salario en pesos convertibles; pero, ¿podrán permanecer excluidos por mucho tiempo los cuadros intermedios y los sectores profesionales ideológicamente más afines? Téngase en cuenta además que una buena parte ha sido educada en los países socialistas que oficialmente se dice que se desplomaron por encarnar un socialismo degenerado, burocratizado, pero que saben que en muchos aspectos funcionaba mejor que el cubano. Sacar a relucir «el proceso de rectificación» que se inicia en 1986 no basta para tranquilizarlos; al contrario, llama la atención con qué cariño y hasta fascinación hablan de sus años de estudiante en la Unión Soviética o en otros países de su órbita. En una larga conversación con una investigadora y teórica del socialismo de prestigio internacional que me había pedido una descripción pormenorizada del derrumbe de la RDA, la mantuve en vilo y casi sin aliento, al enumerar los elementos más característicos del comunismo cubano, como típicos de la degeneración burocrática germano-oriental.

Me encuentro en Ciego de Ávila en un hotel en el que soy el único extranjero. A las nueve de la noche abre la discoteca: la entrada vale 5 dólares y está llena a rebosar. Observo cómo algunos jóvenes, al pagar la consumisión, para darse importancia, sacan del bolsillo un fajo voluminoso de dólares. ¿De dónde provienen? En Ciego de Ávila hay poco turismo; y el que recibe unos dólares del familiar en el extranjero no los gasta alegremente en una discoteca. Converso en La Habana con un taxista ilegal. Al cabo de un rato, me cuenta que el carro es de un médico de su pueblo, a varios cientos de kilómetros de distancia. Le paga por su uso 100 dólares al mes; a ello hay que añadir los 50 dólares que le cuesta su cuarto en la capital, el precio de la gasolina «desviada» que hay que pagar en dólares, así que ya puedo calcular el enorme esfuerzo que tiene que hacer para mandar un dinero a la familia que se ha quedado en el pueblo. La conversación con el taxista deja claro lo complejo que son los canales de distribución del dólar: un médico de pueblo, a cientos de kilómetros de La Habana, recibe 100 dólares mensuales y una viejecita de la ciudad 50, provenientes de un turismo al que ambos no tienen acceso directo. Los plomeros, los que arreglan el aire acondicionado, cualquier oficio manual que exija piezas de repuesto, sólo acuden si se les paga en dólares. Insisto, cuestión básica en la Cuba de hoy es valorar correctamente origen, distribución y efectos sociales de los dólares que se manejan. La nueva ruptura social entre los que disponen de dólares y los que no, a la larga tendrá consecuencias tan profundas como inesperadas. Y esto no lo ignora nadie, ni el régimen ni la oposición.

A mi querido profesor de la universidad de Santa Clara le agradezco haberme mostrado la distancia abismal que separa discurso y comportamiento. Cierto que en todas partes cuecen habas, pero he regresado con la impresión de que en Cuba la sima entre discurso y realidad supera lo concebible. Séame permitido añadir otro suceso en el mismo sentido. Estoy en la estación de ferrocarril de La Habana. El complejo está cercado por una verja, y en la puerta, además de una larguísima cola que no respeto, está parado un policía que me impide acercarme a la taquilla. Me informa que allí no se venden billetes para turistas. Doy una vuelta a lo largo de la valla para hacerme cargo de la situación y, sobre todo, para ver el aspecto que ofrecen hoy los trenes cubanos. No en balde, en 1837 Cuba fue el primer país hispánico en construir el ferrocarril. Cuando en 1848 se inaugura el primer tren peninsular, Barcelona-Mataró, Cuba contaba ya con 618 kilómetros de vía férrea para el transporte de la caña.

Uno de los prejuicios más extendidos entre la izquierda europea es comparar a Cuba con los países más pobres del Caribe y América Central y a partir de ahí ensalzar los logros de la revolución. Pero, en realidad, nada se entiende sin tener muy en cuenta el grado de desarrollo que ya a mitad del siglo XIX había alcanzado Cuba. Incluso con la rémora que significaban esclavitud y administración colonial, alcanzó a ser el primer productor mundial de azúcar, tabaco y café. El telégrafo se introdujo en 1851, siete años después de la primera línea construída en Estados Unidos, y el servicio telefónico se inauguró en 1889, 11 años después que en Estados Unidos. En 1910 La Habana fue la primera ciudad del mundo en poner en servicio la comunicación telefónica automática. Claro que la sociedad cubana, profundamente marcada por la esclavitud, no cuenta con una burguesía que sea comparable a la de los países pilotos europeos, pero, en todo caso, antes que en la Península, en Cuba encontramos los elementos más dinámicos del capitalismo, así como la mentalidad, positivista y técnica que corresponde, de la que pueden descubrirse vestigios desde los comienzos de la colonia, especializada en el siglo XVII en la construcción de barcos y hasta de instrumentos de navegación. Está por hacer un estudio detallado de la contribución de Cuba al desarrollo capitalista e industrial de España, en particular de Cataluña. Sé que contradice los prejuicios sobre las relaciones explotadoras de la metrópoli con la colonia, pero en Cuba cuajó una burguesía criolla, que no sólo consiguió en lo económico —no así en lo político— autonomía plena, sino que sirvió de modelo a la burguesía industrial y comercial que más tarde surgiera en España. En Cuba los españoles no sólo acumularon los capitales —también como negreros, no lo olvidemos— que luego invirtieron en la Península, sino algo más importante, de Cuba trajeron el espíritu empresarial que con tanta dificultad arraigaba en la Península. Claro que también la burguesía criolla desde un principio se dejó contaminar por los afanes de nobleza y los valores aristocráticos que provenían de ultramar, difuminando, y a veces hasta arrancando de raíz sus virtudes burguesas.

Pero volvamos al lance vivido en la estación. Recorriendo la valla por fuera me fijo en un negro que llama a una muchacha que está trabajando dentro

del recinto. La chica le dice «pasa»; él contesta lo que es obvio, «no se puede». Según va aproximándose, la joven le dice, «es que tenemos prohibido acercarnos a la verja». Cuando los dos están próximos, el negro le pasa un paquete por encima de la reja, mientras que le dice «ya sabes para quién es»; la muchacha lo esconde y se retira rápido sin decir nada. En las notas que he ido tomando abundan las observaciones que insisten en que comportamiento y discurso marchan por vías muy diferentes. No sé si es un rasgo del carácter cubano, ya que hacer una cosa y decir otra, es muy propio de sociedades sometidas, y Cuba ha sido una sociedad esclavista, dominada por una oligarquía muy exclusivista que sobrevivió a la emancipación de los esclavos y a la independencia política, pero aún así, en la Cuba de hoy, después de casi cuarenta años de socialismo, esta divergencia alcanza magnitudes indescriptibles, lo que, por lo pronto, pone de relieve el grado de opresión que sigue sopor-tando la gente.

2. El discurso oficial cuenta con más credibilidad en algunos medios residuales de la izquierda latinoamericana y europea que dentro de la Isla. El intelectual cubano, aunque su espacio de libertad sea muy restringido, si se presta a discutir con un extranjero —los hay que huyen de él como de la peste— muestra un grado llamativo de independencia. Muchos son abiertamente críticos —puede ser pura casualidad, pero a esta especie me la he topado con más frecuencia en la provincia, Matanzas, Camagüey, Santiago, que en La Habana— pero, si defienden la revolución —algunos sólo el proyecto revolucionario, no como se ha llevado luego en la práctica— lo suelen hacer con una argumentación siempre original, y yo diría que a menudo hasta brillante. Alejandro von Humboldt, en su *Ensayo Político sobre la Isla de Cuba* (1804), comenta la impresión que le produjo el nivel cultural de la élite habanera. Quedan todavía rastros significativos de los saberes que en el siglo XIX y primera mitad del XX distinguieron a los profesionales cubanos y, pese a su actual aislamiento, me ha sorprendido el grado de información de lo que pasa en Estados Unidos y en Europa —son los dos puntos de referencia— que tienen los intelectuales cubanos. Pero al final de tanto fuego de artificio, lo cierto es que, como poso, no suele quedar más que un nacionalismo, mejor o peor cimentado, que recubre el temor a terminar siendo una colonia norteamericana. El miedo a Estados Unidos, sobre todo en su forma más agresiva que ven encarnada en el exilio de Miami, es lo que, en último término, les hace apoyar al régimen, aunque de una forma todo lo distante y crítica que se quiera. En alguna ocasión he creído percibir el resquemor a que cuando vuelvan los exilados —los intelectuales más prestigiosos viven ya fuera— los que han permanecido, no sólo queden desplazados, sino que incluso se les acuse de colaboracionistas.

Los cubanos del interior, cuando hablan en serio, y no como mi ilustre profesor de Santa Clara, no suelen sacar el embargo a relucir como causa principal de los problemas a los que se enfrentan. Su incidencia fue importante en los años sesenta, pero ha habido tiempo de sobra para adaptarse. Ahora

el problema es más bien utilizar la tecnología soviética, totalmente desfasada, con un altísimo consumo de energía y también sin piezas de repuesto. Es evidente que la crisis gravísima por la que pasa Cuba, sin que se perciba una pronta salida del túnel, tiene directamente que ver con el derrumbamiento del bloque soviético. Queda así en parte difuminada, pero de ningún modo eliminada, la responsabilidad que atañe al régimen, primero, por haber creado formas tan estrechas de dependencia con la Unión Soviética, sin haber sabido aprovechar la coyuntura para diversificar la economía de modo que hubiese cabido reaccionar en los momentos de crisis; y, segundo, una vez enfrentados a la catástrofe, por no haber podido, o más bien no haber querido, dar una respuesta clara y contundente a los problemas planteados, refugiándose en una política ambigua, ni chicha ni limonada, que muestra tan sólo la voluntad de durar a cualquier precio. El régimen no se atreve a trazar un proyecto con unas metas claras, porque ello implicaría, no ya sólo poner en tela de juicio no pocos de los dogmas que lo legitiman, sino, más peligroso aún, que pudieran emerger grupos sociales con un cierto poder autónomo. Es fácil enumerar las actividades económicas que, de permitirse, podrían elevar muy rápidamente el consumo de la población; pero se prohíben ante el temor de que surgieran élites económicas no controladas políticamente. El único criterio que se aplica para valorar cualquier política es si sirve a la sobrevivencia del régimen. Y lo que más me ha llamado la atención es que algunos, que también lo ven así, lo justifiquen de buena fe. El que el pueblo sufra carencias graves que podrían remediarse fácilmente, no pesa tanto en su ánimo, como el salvaguardar un sistema que, pese a las dificultades actuales, garantizaría en el futuro un bienestar para todos. En la cúspide del poder esta argumentación todavía responde a esa mezcla de creencia infantil en la propia ideología y de cinismo descarado que acompaña al que antepone su permanencia en el poder a cualquier otro objetivo. Actitud que también había caracterizado a las élites dirigentes del socialismo real, pero, maravilla oírlo de la boca de profesionales, convertidos en víctimas de la nueva situación. En la política de sobrevivencia que se practica, además de recurrir, como se hizo en el pasado, a los milagros del arbitrista, que cada vez cuentan con menos credibilidad —el último hace referencia a una industria farmacéutica con posibilidades de exportación— no se descubre más que un afán de perdurar a corto plazo, dejando para un mañana impreciso las decisiones fundamentales que habría que haber tomado para salir del pozo.

3. Aquí se plantea una cuestión capital que marca toda la discusión sobre el futuro. Nadie en la Isla cree, al menos yo no lo he encontrado, en una caída repentina del régimen, simplemente porque el pueblo se cansa y se lance a la calle, ya sin miedo a lo que pudiera ocurrir. Al contrario, entre los sectores culturalmente más bajos, muchos me han hecho saber, de manera más o menos solapada, que ellos no iban a ser esos tontilocos dispuestos a ir a la cárcel por decir en voz alta lo que todo el mundo piensa. Cuando se vive en la lucha diaria por sobrevivir no quedan arrestos para plantearse una acción que

se salga de los estrechos cauces que marca el egoísmo familiar. Además, bien se encargan los servicios de seguridad de que no haya ni la más mínima oportunidad de organizarse. Y en los sectores culturalmente más altos, no sólo se considera inverosímil una salida repentina y violenta, sino también indeseable. La única ilusión que alimentan es salir al extranjero, los más con la intención de emigrar; los menos —suelen ser aquéllos que ejercen actividades intelectuales mejor definidas— para cargar pilas y sobre todo la bolsa con algunos dólares para ir aguantando. Pero todos están de acuerdo en que los costos de una revuelta popular serían altísimos, sin otro resultado que una mayor militarización del régimen y, si se plantease una situación de guerra civil, seguro una intervención norteamericana.

He creído detectar la presencia de una memoria colectiva que actualiza dos experiencias históricas. En primer lugar, el miedo al poder militar, comprensible en una sociedad que desde un principio se configura como baluarte defensivo del Imperio y en el siglo pasado alcanza un alto grado de militarización hasta culminar en la política de «reconcentración» salvaje de un Valeriano Weyler. En los cuatro siglos de colonia, gobernaron siempre los militares y en ninguna otra parte del Imperio español hubo una mayor concentración de tropas regulares, que aumentaron sensiblemente después de la independencia de Hispanoamérica, al estacionar en la Isla parte de las expulsadas del continente y preparar durante dos decenios la reconquista militar de los territorios perdidos. En la segunda mitad del XIX, según aumentaba la presión social por la independencia, sobre todo desde el inicio de la guerra de los diez años, se incrementó la militarización como única respuesta. Durante largos años Cuba ha soportado el mayor ejército español nunca asentado en América. Claro que a ello se debe el que fuese tan fuerte el aporte peninsular a la población cubana, pero también el que la oligarquía criolla, ligada por casamiento a los altos mandos del ejército, constituyese un bloque de poder muy duro de quebrar. En segundo lugar, las guerras civiles —así hay que designar a las guerras de independencia— han tenido enormes costos para el pueblo cubano, tanto para su economía como demografía, y acabaron al final con la frustración de no haber conseguido otra cosa que la intervención militar norteamericana. En un punto parece que existe acuerdo entre todos los cubanos, y es que han de comportarse de tal forma que esta eventualidad no vuelva a suceder.

Tanto las poquísimas personas que se presentan como oposición, como los que se mantienen en la ambigüedad de «revolucionarios críticos», es decir, todo el mundo que se atreve a pensar en voz alta sobre el futuro de Cuba, proponen una salida gradual del régimen. Y, efectivamente, son muchas y de peso las razones que cabría alegar a favor de una evolución programada. El inconveniente serio es que, justamente, el régimen impide formular cualquier proyecto del que, fuese el que fuere, pudiera escapársele el control: y como el único objetivo es durar, prefiere seguir con las manos libres, dando dos pasos adelante y uno atrás —a veces, dos atrás y uno adelante, según lo aconseje el momento— pero se resiste a señalar metas y fechas, entregado al oportunismo más a

ras del suelo. Si se cree imprescindible para la sobrevivencia, hasta se puede dar un paso cargado de tantas y tan graves consecuencias como fue la autorización del dólar como primera moneda de curso legal —la dolarización generalizada ha llegado hasta imprimir pesos convertibles—, pero incluso los cambios más radicales no se inscriben en un proyecto que tenga objetivos discernibles.

Si no se cuenta con un repentino desplome del régimen —se sigue apostando por la reciedumbre de un sistema totalitario, pese a la experiencia contraria de la Europa del Este en 1989 a 1991— ni tampoco se percibe intención alguna por parte del Gobierno de hacer más cambios que los indispensables para perdurar, habrá que concluir que la sociedad cubana está preparada psicológicamente para un largo «período especial» en el que cada cual plantea una estrategia personal de huida (salir de la Isla) o, si decide quedarse, por las razones que fueren, no habría otro remedio que aguantar resignadamente lo que le caiga encima. Lo preocupante es la impronta que sobre la sociedad cubana pudiera dejar una provisionalidad tan larga que, además, se caracteriza por conculcar todas las reglas, las socialistas, como las capitalistas, las éticas como las sociales. Por la mera subsistencia luchan el régimen, a la vez que cada uno de los habitantes de la Isla, dispuestos, tanto el uno como los otros, a recurrir a cualquier medio, por alto que sea luego el costo a medio o largo plazo. El resultado previsible es un proceso de descomposición social de tal magnitud que, antes o después, desemboque en una violencia generalizada de todos contra todos. Y una vez que una sociedad se descompone, sin reglas que se respeten, recomponerla, si acaso se consigue, es una tarea muy ardua que dura varias generaciones. Cuba corre el peligro de perder su identidad y convertirse en una República caribeña más.

Lo que quiero decir se percibe visualmente en La Habana vieja, una ciudad que debió ser hermosísima, pero que ha llegado a tal grado de deterioro, convertida en las ruinas de sí misma, sin posibilidad ya de rehabilitación. Nunca se dispondrá del dinero necesario para restaurar cada uno de los edificios, salvando todo el conjunto. Excepto algunos pocos, particularmente valiosos, el destino de la mayor parte es su demolición para ser reconstruidos de nueva planta, operación económicamente más rentable, aunque confirme la ruptura definitiva con el pasado. Demasiado tarde hemos aprendido que, al decretarse a comienzos de 1959 la bajada de los alquileres en un 50%, con una medida tan popular, que entonces nos pareció revolucionaria y hoy simplemente demagógica, se iniciaba la destrucción sistemática de las ciudades cubanas, incluida esa maravilla que debió ser La Habana. La Ley de Reforma Urbana de octubre de 1960, al nacionalizar todas las viviendas y locales de alquiler, no hizo sino confirmar este proceso de lenta demolición. Cuando los ingresos no cubren ni siquiera los costos de mantenimiento, y cesan las inversiones, en unos pocos decenios las ciudades se derrumban.

Estos casi cuarenta años, con los aspectos popios de cada una de sus distintas etapas, pero sobre todo éste su último período de larguísima agonía, pueden marcar de tal forma a la sociedad cubana que la que ahora está cuajando probablemente ya nada tendrá que ver con la anterior a 1959. De la misma

manera que una nueva ciudad surgirá sobre los escombros de La Habana vieja, así la nueva sociedad cubana, reconstruida sobre las ruinas de la vieja, muy poco, por no decir nada, se parecerá a la que existió. Estoy en el palacio de la antigua capitanía general: un grupo de escolares se para ante los retratos de los cuatro primeros presidentes de Cuba, sin leyenda alguna que los identifique. Ni maestra ni alumnos los reconocen. En la enseñanza escolar la historia de Cuba ha quedado reducida a unas cuantas historias macabras, aligeradas con otras más graciosas, de la época colonial, a una glorificación de las guerras de la independencia y sobre todo de Martí y a la mitología de la revolución. Para las generaciones más jóvenes la historia de Cuba empieza en 1959; transmiten la imagen de un pueblo sin pasado y sin futuro que vive al día. Y tropezarse con un pueblo sin historia, al menos a mí, me produce escalofríos.

4. En otro punto, complementario a los anteriores, coinciden las posiciones más encontradas: el pronóstico sobre la capacidad económica de la isla, al menos a mediano plazo, es bastante negro. El azúcar y el tabaco, aunque se recuperen de las bajísimas cifras actuales de producción, tendrán un valor cada vez más marginal en el conjunto de la economía, y el turismo, por mucho que siga creciendo, no puede significar más que un complemento, todo lo importante que se quiera, pero al fin un complemento, a una economía productiva que nadie sabe en qué podrá consistir. En 1995 la producción del níquel aumentó casi un 80% gracias a la modernización de su explotación, llevada a cabo en colaboración con una compañía canadiense. Pero el futuro no puede estar tan sólo en la exportación de materias primas. Se ignora cómo Cuba en las actuales circunstancias podrá incorporarse al mercado mundial; y el sueño de un desarrollo autárquico sin contactos ni ayudas exteriores ya han conocido los cubanos los altos costos que comporta. Pagar la cuenta del petróleo durante mucho tiempo será una carga en exceso pesada, con lo que las restricciones de todo tipo quedan para largo aseguradas. Lo grave es que tampoco se descubren perspectivas mucho más halagüeñas manejando otros escenarios. Sean cuales fueren los caminos que se emprendan, no cabe iniciar el despegue sin una recuperación y diversificación de la agricultura y un incremento notable de la ganadería. La producción de azúcar representaba en 1958 un 78% de las exportaciones; después de 30 años de esfuerzos revolucionarios, un 80%. Pese a las denuncias que de sus males se hicieron al comienzo de la revolución, se ha extendido el monocultivo. Y ahora nos tropezamos con el enorme deterioro ecológico de la isla, los bosques inmensos desaparecieron hace siglos y la agricultura extensiva ha acabado con los suelos fértiles, y pertenece también a un pasado irrecuperable la portentosa riqueza ganadera, máxime cuando la población rural ha sufrido grandes cambios en su composición sin que en la actualidad se vislumbre el modelo social de producción que termine por imponerse. Pero sobre todo y en primer lugar no habrá salida del túnel mientras no se normalicen las relaciones con el gran país vecino.

A un pronóstico económico bastante negro se añade uno social todavía más penoso. Cuba se enorgullece de su política social. Sí, me decían, tal vez

no se supo aprovechar las ventajas que ofrecía, intercambiando azúcar por petróleo, la cooperación con la Unión Soviética. No en balde, a lo largo de casi 30 años este país ha recibido de la URSS más asistencia económica per cápita que cualquier otro en desarrollo, casi un 25% del producto social bruto. Pero, los seres humanos no pueden esperar a que se cubran sus necesidades sanitarias y culturales hasta contar con una economía que las pueda financiar. Gran parte de los recursos disponibles, pensando que el bloque socialista era indestructible —éste habría sido nuestro único error— se gastaron en mejorar las condiciones de vida de la población. En Cuba se acabó con el analfabetismo; se facilitó el estudio a un proletariado urbano y a un campesinado que nunca hubiera podido soñar con recibir enseñanza universitaria. En 1959 Cuba tenía 58 hospitales; en 1976, 257. Las condiciones sanitarias quedan de manifiesto en el descenso fabuloso de la mortalidad infantil, estabilizada en cifras europeas y en el horizonte de vida que ha alcanzado la población cubana, pasando de 57 años a 75. Por lo menos, contamos con una población alfabetizada, bien formada profesionalmente y además sana, con una buena educación corporal como confirman los éxitos que ha obtenido el deporte cubano en las competiciones internacionales, y así un largo etcétera.

No obstante lo oído fuera y escuchado dentro, opinión que confirmaban las lecturas, en ningún otro campo ha sido mayor la distancia entre lo que esperaba y lo que he encontrado. En primer lugar, me he topado con una sociedad de analfabetos funcionales. Podrán saber leer el 98,1%, de la población adulta², lo que pasa es que no tienen ocasión de practicar lo aprendido. La palabra escrita ha desaparecido del horizonte vital de la inmensa mayoría de la población: no se encuentran a la venta periódicos, revistas, libros. En las calles no me he tropezado con un solo cubano leyendo un papel. Conseguir en La Habana el *Granma*, pese a que por presentación y contenido difícilmente pueda llamarse un periódico, constituía una hazaña que no siempre veía coronada por el éxito; fuera de la capital, era buscar una aguja en un pajar. Cuba será todo lo culta que quiera la propaganda; lo que sí es cierto es que sólo puede ser una cultura oral y televisiva; no, porque la población pueda concentrarse en la lectura. Las librerías son irrisorias; incluso en las que hay que pagar en dólares unas cantidades inalcanzables para el cubano.

Respecto a los servicios sanitarios, no tengo otra experiencia que haber entrado en farmacias por completo vacías y las historias lúgubres que me ha contado un amigo cubano residente en Alemania que, pese a tener pasaporte alemán, que en Cuba no le vale, y disponer de dólares, que pareciera que podía abrirle todas las puertas, ante el temor de volver a caer enfermo no hay ya forma de convencerle de que regrese a su tierra. En los centros hospitalarios falta de todo, hasta lo más simple: desde anestésicos a vendajes y desinfectantes.

² Según el censo de 1953, el número de personas de diez o más años que sabían leer y escribir era el 76,4%. El analfabetismo de un 23,6% correspondía en un 11,6% a la zona urbana y en un 41.7% a la rural.

Y estos males no lo remedia una plétora de médicos, tal vez la cifra más alta del mundo, uno cada 200 habitantes, pero que sin medicamentos ni instrumentos sanitarios sólo les cabe dar ánimo y buenos consejos.

No puedo juzgar de la preparación de personas que ostentan pomposos títulos académicos —he conocido un licenciado en informática que no había visto un ordenador— y la brillantez deslumbrante de alguno de sus intelectuales no garantiza que el nivel medio sea alto. Lo que sí es evidente es que la disciplina de trabajo no es el fuerte de la población cubana y sin acudir a los viejos prejuicios del blanco contra el negro y del peninsular contra el criollo, se entiende perfectamente si se toman en cuenta los salarios: con los actuales no hay la menor motivación para trabajar. Tal vez la población cubana no sea el alto recurso productivo de que nos habla la propaganda; al contrario, elevar la productividad, uno de los requisitos indispensables para salir de la crisis, supone licenciar 800.000 personas de sus actuales empleos, sin una perspectiva clara de cómo podrían colocarse. En Cuba aumenta a gran velocidad el número de personas *disponibles*, eufemismo que sustituye al de desempleados, pese a que se hace lo imposible por no despedir al personal sobrante, con la correspondiente carga para las empresas. Me temo que los títulos repartidos con generosidad por doquier, más que competencia, avalen pretensiones que no podrán satisfacerse; que los bajos salarios, con la consiguiente falta de disciplina en el trabajo, que obligan para sobrevivir a apañarse como se pueda fuera del lugar de trabajo, lleve a una sociedad de listos y desaprensivos, acostumbrados a recibir sin hacer el menor esfuerzo unos mínimos para sobrevivir, que estaría en la base de esa catástrofe social que se percibe en el horizonte y que nadie sabe cómo evitar. En todo caso, se han derrumbado, o están a punto de hacerlo, las tres columnas sobre las que se sustentaba el socialismo cubano, una alimentación básica, una enseñanza primaria y una sanidad mínima, garantizadas para toda la población. Ello no tiene por fuerza que significar el fin del régimen; sino, sencillamente, que naturaleza y apoyos se han modificado de manera sustancial.

5. Si, desaparecido el bloque socialista, Cuba no supone ya el menor riesgo para la seguridad de Estados Unidos, y la penuria económica de la Isla no se debe al embargo, que no debe confundirse con un bloqueo, como se dice a menudo jugando interesadamente con los conceptos —si Cuba dispusiera de divisas, he ahí el problema, podría comprar todo lo que necesita en el mercado mundial— su desaparición tampoco mejoraría sensiblemente las cosas —excepto el tabaco, cuya producción ya se coloca bien en el exterior, apenas un producto cubano podría reconquistar el mercado norteamericano— la pregunta que todo el mundo se hace sin encontrar una respuesta convincente, consiste en saber por qué Estados Unidos mantiene un embargo, cuya única función visible es proporcionar la hoja de parra con que el régimen castrista se cubre, más mal que bien, las vergüenzas. El discurso es conocido. Cuba soporta la agresión del imperialismo americano y es natural que ante semejante poder el pueblo sufra las consecuencias. Pero, qué quieren, la rendición incondicional,

entragándonos al imperialismo, para que luego nuestro pueblo sufra lo mismo que los otros pueblos de América Latina. Nadie se libra de la impresión que los halcones norteamericanos, al mantener un embargo, ya por completo desfasado, ampliándolo incluso con la ley Helms-Burton, no pretenden otra cosa que reforzar a los inmovilistas de la Isla.

Converso con un funcionario, de categoría media, de la representación de los intereses estadounidenses en Cuba, así se llama desde 1977 la restablecida embajada norteamericana que se supone que no existe. Confieso que quedé impresionado al conocer el número de empleados, cuya actividad principal me dijeron es estudiar las solicitudes de visado para emigrar a Estados Unidos. En cambio, no me sorprendió en absoluto comprobar la enorme influencia y gran prestigio de que goza el representante de los intereses norteamericanos entre las demás embajadas, y seguro que también ante las autoridades cubanas. Sin más preámbulos, le pregunto por las razones que tienen para mantener el embargo. Su respuesta me deja desconcertado: «porque si de repente lo levantáramos, el régimen de Castro se derrumbaría como un castillo de naipes. Estados Unidos no está interesado en un desplome repentino del castroismo por muchos motivos, entre ellos, el riesgo de una emigración masiva a las costas de Florida, los altos costos de las ayudas humanitarias que habría que proporcionar al pueblo de Cuba —los castristas se callan que entre 1992 y 1995 Estados Unidos ha aportado 120 millones de dólares en ayuda humanitaria— y tal vez, si fuera necesario una intervención, hasta cuantiosos gastos militares y todo ello para no conseguir más que lo que de todas formas habrá de caer por su propio peso, que Cuba se incluya en el mundo capitalista y democrático, respetando la hegemonía norteamericana en el Caribe». De repente me asalta la idea de que he cambiado de siglo y estoy oyendo a un oficial de la Secretaría de Estado, explicando por qué Estados Unidos no tiene prisa en que acabe la administración española en la Isla. «Para todas las partes —prosigue mi interlocutor— es mejor un proceso de adaptación a las nuevas condiciones y esto exige tiempo. No le quepa a usted la menor duda, el afán de supervivencia del régimen lo encaminará por la vía adecuada». Insisto en que sigo sin ver la relación entre el levantamiento del embargo y el desplome súbito del régimen; al contrario, una medida políticamente tan significativa, aunque a corto plazo fueran escasas sus repercusiones económicas, impulsaría el camino de las reformas. «Imagine, me dice, que levantamos el embargo, y que un millón de norteamericanos se lanza sobre la Isla, atraídos unos por la curiosidad de observar los últimos estertores del comunismo, otros por vivir todavía lo que quede de una revolución que ha pasado al folclore americano; algunos por el afán de hacer negocios; los más por la leyenda de la Cuba pre-revolucionaria, paraíso de la música, el juego y el amor. Por un lado, Cuba no dispone de capacidad hotelera para acoger esta invasión norteamericana, y, por otro, la inmensa mayoría de la población los recibiría con los brazos abiertos, dando muestras tan inequívocas de simpatía, yo diría hasta de júbilo incontenible, que sin duda originarían incidentes graves con los sectores oficialistas y las fuerzas policiales. No, el régimen de Castro no podría aguantar

por mucho tiempo la presencia masiva de ciudadanos norteamericanos». Pongo en tela de juicio la simpatía generalizada del pueblo cubano por los norteamericanos y su modo de vida y sobre todo insisto en el hecho de que hayan sido muchos en el pasado, y no hayan cesado en el presente, los atentados fallidos contra Castro, antes directamente organizados por la CIA, ahora por parte de los exiliados cubanos, justamente, la minoría que con más tozudez se opone a levantar el embargo. La respuesta que me da me confunde más todavía: «Después de cuarenta años de una dictadura que se ha justificado, en último término, en el odio a Estados Unidos, al imperialismo americano, como dicen ellos, no me cabe la menor duda de que la población siente una enorme simpatía por el país que demonizan sus opresores. Con la excepción de unos cuantos intelectuales de espaldas a su pueblo y que nadie conoce más allá de los angostos círculos en los que actúan, en la Isla ha desaparecido el antiguo odio a los Estados Unidos, que además nunca fue tal como lo pinta la propaganda. Animadversión, hostilidad, odio a Estados Unidos no caben en los corazones de los que, al no haber podido escapar, se han pasado largos lustros soñando con llegar a la tierra de promisión. Mire usted, para los intereses norteamericanos son mucho más peligrosos los cubanos residentes en Estados Unidos, nacionalizados o no, pero que en la lejanía han exacerbado su nacionalismo y, al sufrir la discriminación a la que están expuestas las minorías étnicas, en la cercanía han desmitificado la realidad norteamericana, pero más grave aún, en su lucha contra el castrismo han desarrollado una espléndida habilidad para presionar en Washington, convertidos en un lobby que importa no minimizar. Así como los judíos norteamericanos deciden nuestra política respecto a Israel, me temo que los cubanos residentes en Estados Unidos en el futuro marquen con su impronta, ya lo hacen hoy en gran medida, nuestra política respecto a Cuba. Y nada más falso que pensar que los cubanos, pese a que disfruten de la ciudadanía americana, van a defender los intereses de su nueva patria, allí donde no coincidan con los cubanos». Désele la credibilidad que se quiera a las palabras de mi interlocutor norteamericano en La Habana, pero habrá que reconocer que las relaciones cubano-norteamericanas en el presente, y cada vez en mayor medida en el futuro, han cambiado sustancialmente por la presencia de una minoría cubana en Estados Unidos, económica y políticamente muy influyente, sobre cuya conducta en la Cuba poscastrista sólo cabe especular, pero sea cual fuere la dirección en que se mueva, seguro que será determinante.

6. Cuando apretaba el acelerador y preguntaba a los pocos cubanos del interior que, sin pertenecer a la oposición, se habían prestado a mantener un diálogo abierto, si para estos resultados —no sólo la situación en que hoy se encuentra Cuba, sino lo que es peor, con un porvenir tan incierto— no habría que revisar la valoración de los últimos decenios y preguntarse si habían valido la pena tantos años de lucha, tantas heroicidades, pero también tantos crímenes y tanta vileza. Persiguiendo una utopía que se ha mostrado inalcanzable se habían hecho innumerables sacrificios, incluido el más horrendo, el de la

libertad personal, inmolada en el altar de una «causa justa», para no conseguir otra cosa que la condena sin remisión para todo un pueblo a vivir bajo mínimos, cierto que con algunos avances sociales, a menudo seguidos de enormes retrocesos. ¿Valía la pena el orgullo de haberse creído el centro de la revolución del Tercer Mundo y haber derrochado vidas humanas y dineros en África, para no dejar el menor rastro en un continente que sigue a merced de sus oligarquías tribales y de las compañías multinacionales? ¿De haber encabezado una revolución en América Latina sin otro resultado palpable que haber echado fuego a guerras civiles, más o menos encubiertas, que en algunos casos no han finalizado todavía? A la altura de nuestro tiempo, al sopesar los logros, que también los ha habido, y los costos que, esos sí, se muestran tan onerosos, ¿acaso no habrá que concluir que ha sido un desastre el triunfo en 1959 de una revolución que una inmensa mayoría aplaudió entusiasmada? Y la causa principal del fracaso se debería a haber estado dirigida por un líder carismático, tan inteligente como audaz, tan pragmático como dogmático, dotado de una elocuencia capaz de entusiasmar al más apático, pero sobre todo tan habilidoso en el arte maquiavélico de acrecentar su poder personal hasta convertirlo en absoluto, para una vez elevado a esa posición en que ya sólo se acepta el juicio de la historia, comportarse, a veces como un oportunista que, con tal de capear el temporal, sabe renunciar a los ideales y dar un giro de ciento ochenta grados, empeñado en que lo que un día llamó negro —los males del monocultivo del azúcar— conviene más tarde considerarlo blanco —la zafra de los diez millones— o el turismo, que en 1957 con 381.000 visitantes extranjeros, en su mayoría norteamericanos, habría convertido la Isla en un prostíbulo, robándole su identidad, y en 1997, con un millón de turistas, esta vez europeos, canadienses y latinoamericanos, la segunda entrada de divisas, después de las remesas de los emigrantes, lejos de ser un elemento de corrupción, constituiría la gran esperanza de supervivencia, al ser el único sector de la economía que con ayuda de las inversiones extranjeras crece a buen ritmo. Si ahora resultase cierto que el turismo es un elemento básico de la economía que es preciso cuidar, entonces el régimen debería hacerse el haraquiri, ante la vergüenza de haber cortado en 1959 de manera violenta esta fuente de ingresos. Si Cuba no hubiese interrumpido el proceso normal de su desarrollo, hoy continuaría siendo, lo que fue en el pasado, la primera potencia turística del Caribe, pero no como entonces con unos cuantos cientos de miles de turistas, sino con unos cuantos millones. No sé si ello hubiese sido bueno o malo; el turismo tiene aspectos negativos y positivos, y que predominen los unos o los otros depende de cómo se organice y controle. Lo que no se puede hacer es condenarlo ideológicamente y luego agarrarse a él como a un clavo ardiendo. Y lo que ha pasado con el azúcar o con el turismo ha pasado con todas las ramas de la economía, desde el afán de industrializar el país, después de haber destruido en uno o dos años la industria existente —textil, de la construcción o alimenticia— a centrar la producción en unos pocos productos agrícolas y mineros, dirigidos a la exportación, a poner énfasis en los servicios. En suma, en estos casi cuarenta años lo que

más llama la atención es el carácter errático de la economía cubana, saltando de una posición a la contraria, impuestas en cada ocasión con el mismo optimismo dogmático, pese a que al poco tiempo todas hayan terminado dando los mismos pésimos resultados. La historia del castrismo es la de sus rectificaciones. El dictador, tan realista en el manejo del poder, ha solido comportarse en lo económico como el más ingenuo de los arbitristas, entregado a la búsqueda continua de la piedra filosofal que saque el país milagrosamente de los apuros a que conduce su política, pero que él y los suyos interpretan causados por las maquinaciones de los enemigos internos y externos: pues, ¿cómo entender de otra forma que después de casi cuarenta años de disfrutar los cubanos de un Gobierno que sólo ha trabajado a favor del pueblo, se encuentre tan lejos del paraíso?

Cuando, al comenzar la madrugada con algunos tragos en el cuerpo, llegaba con mi crítica tan lejos, la réplica solía ser de este tenor: «lo mismo que dices, lo están diciendo las clases dominantes más reaccionarias desde el mismo día del triunfo de la revolución. De creer a Carmelo Mesa-Lago, llevamos 40 años equivocándonos sin un solo acierto. No es tolerable una reprobación global de todo lo ocurrido, porque ello significa entregarnos sin defensas a Estados Unidos. Tu argumentación lleva implícito que en fin de cuentas nuestro pecado ha consistido en haber intentado independizarnos de Estados Unidos, como hace un siglo lo hicimos de España, pagando también en cruentas guerras, pero sobre todo en los dos últimos años, un precio muy alto, pero que era necesario. Un pueblo no puede resignarse a ser esclavo». En el cubano que defiende la revolución, por crítico que sea de algunas de las formas que ha ido tomando a lo largo de los decenios, palpita en el fondo el mismo nacionalismo antinorteamericano. Cuando camino hacia el hotel, leo en un muro: «Señores imperialistas, Cuba no será otra víctima del imperialismo porque somos una tierra brava». Es el último mensaje, elementalmente machista, que ofrece una revolución caduca que sólo subsiste por el temor generalizado al caos que se teme comporte su caída.

7. La Cuba, que en el siglo XIX alcanza a ser la parte económicamente más dinámica del mundo hispánico, incluida la metrópoli, arrastra dos lastres, estrechamente ligados entre sí, que no sólo la debilitan, sino que convierten su futuro en algo tan inseguro como impredecible. Por un lado, la cuestión nacional divide a la población blanca —al negro, esclavo o liberto, no se le consideró cubano hasta su incorporación masiva en la guerra de los diez años— no tanto entre peninsulares y criollos, aunque a partir de la rebelión independentista esta ruptura fue ganando en importancia, como entre defensores del *statu quo*, autonomistas, anexionistas e independentistas, posiciones que encontramos tanto en unos como en otros, variando según fuese su inserción en la sociedad cubana. Claro que el peninsular, empleado en la administración civil o militar, se distinguía por defender a ultranza el *statu quo*, pero el que había logrado integrarse en la sociedad civil, según fuera su actividad, comercial o agrícola-ganadera, podía adoptar una actitud más ambigua, inclinado más al

autonomismo e incluso a la anexión a Estados Unidos. A su vez entre los criollos instalados en la cúspide económica encontramos valedores del *statu quo*, en menor medida del autonomismo y del anexionismo, y rara vez del independentismo. Esta última posición la propugnaban sobre todo los criollos dedicados a profesiones liberales, además de escritores, periodistas, docentes y sobre todo algunos segmentos populares de mulatos y negros libertos. No en balde, hasta su derrota final España apostrofó la guerra de independencia, como si se tratase de una revuelta de negros contra blancos.

Las dificultades que a lo largo del siglo XIX tuvieron los sectores pudientes o ilustrados para definirse políticamente ya las puso de relieve el polígrafo criollo José Antonio Saco (1797-1879), al vincularlas con la rémora que sobre la cuestión nacional arrojaba la social, marcada por la permanencia de la esclavitud, incluso cuando, en contradicción con el naciente industrialismo, eran evidentes sus costos económicos y sobre todo políticos, al maniatar a las clases dirigentes. Pues bien, el entramado de estas dos cuestiones, la nacional y la social, se prolonga en el siglo XX, con los mismos efectos perturbadores. Para dolorosa sorpresa de los combatientes cubanos, la derrota de España no resuelve la cuestión nacional, al quedar la Isla en manos de Estados Unidos, económicamente desde la firma del *bill* McKinley (1891) y políticamente, desde el Tratado de París (1898). El que Estados Unidos se apropiase del triunfo cubano —no está, sin embargo, tan claro que se hubiera producido, la guerra también hubiera podido acabar, como en 1878, con un compromiso— dejaba abierta la cuestión nacional, sin contribuir por ello a resolver la social que siguió mostrando su peor cariz con la discriminación racial. Existe una extensa bibliografía cubana que niega desde la independencia cualquier forma de racismo, o lo considera desdeñable en comparación con el que encontramos en Estados Unidos. La Constitución de 1940 ya proscribía expresamente la discriminación racial. El racismo en la América hispana, no sólo en Cuba, es tema muy discutido, en el que no quiero entrar, tratando una vez más de desmontar los distintos sofismas a los que se recurre para negar lo evidente: ya se ha hecho muchas veces con la sagacidad exigible.

Al no haber sido admitida en las negociaciones de paz en París y haber entregado España la soberanía sobre la Isla a Estados Unidos, la derrota española de 1898 supuso también la de Cuba. La que pudiéramos llamar la gran decepción del 98 ha tenido graves consecuencias a lo largo del siglo que finalizamos. Lo que hoy, en el momento de las integraciones regionales de unas economías abiertas, se consideraría la gran ventaja de Cuba —su proximidad a Estados Unidos y la forma temprana de su incorporación económica en la que ha terminado siendo la primera potencia mundial— los sectores progresistas que lucharon en la guerra contra España y luego sus descendientes, con cada vez más difícil encaje en la Cuba que resultó de la intervención norteamericana, lo vivieron como una forma de dependencia económica que cimentaba la subordinación política. Permaneció así viva la impresión de que al final había sobrevivido el esquema colonial, sin haber logrado otra cosa que cambiar de metrópoli.

Un crecimiento económico tan vertiginoso como favorecedor de sectores sociales cada vez más minoritarios, junto con la corrupción creciente que caracterizó a la vida política cubana, contribuyó a mantener, y aún a cavar más hondo, la fosa entre la población urbana y rural, y dentro de la primera, entre la oligarquía vinculada a los intereses norteamericanos y los sectores medios y populares, produciendo el fantasma de que todos los males de la Isla procederían de la forma de su inserción con Estados Unidos. El que en el decenio que antecede a la revolución, el 62,5% de las exportaciones fueran a Estados Unidos y de allí viniesen el 75,4% de las importaciones, junto con que el 14% de la capitalización total de Cuba fuera propiedad norteamericana, alimentó en muchos sectores medios y populares un resentimiento antinorteamericano que se levantaba sobre una admiración de fondo por Estados Unidos. Hasta bien avanzado el siglo XIX entre los cubanos progresistas predominó, como no podía ser menos, el entusiasmo por la primera república democrática del mundo. Simpatía que, pese a la gran decepción del 98, se mantuvo en la Cuba republicana. No en vano, los sectores cubanos más dinámicos compartían las virtudes norteamericanas de amor a la libertad, pragmatismo y capacidad empresarial.

El hecho incontrovertible es que el medio siglo de república independiente se ha visto singularizado por una cuestión nacional no resuelta, pero también, aunque en mucho menor medida, por la cuestión social, que incluye, como uno de sus aspectos básicos, la discriminación racial, tan reciamente asentada en los sectores oligárquicos, pero también con fuertes ramificaciones entre las clases medias. En 1959 el objetivo principal de Castro, unido en este punto a la mayor parte del pueblo cubano, fue impedir que Estados Unidos acabase con la revolución, como en 1898 lo había hecho con la independencia. Las condiciones especialísimas de la guerra fría hizo posible una asombrosa victoria que el tiempo ha mostrado que resultó pírrica. En todo caso, la revolución en 1959 se planteó en términos de enfrentamiento a Estados Unidos por no haber quedado resuelta la cuestión nacional en 1898. Después del desplome del marxismo, la Cuba oficial de manera cada vez más abierta recurre también a esta explicación, lo que permite dar a la revolución un contenido más nítidamente nacionalista y menos social. Pero esta tendencia no resta importancia a los componentes sociales de la revolución, a los que se apeló con mayor fuerza en el pasado, entre ellos, y en primer lugar, la enorme brecha entre la Cuba urbana, abierta al exterior, y la Cuba rural, encerrada en sí misma y con niveles de vida mucho más bajos. El hecho es que la convergencia de la cuestión nacional con la social, que de manera tan decisiva marcó al siglo pasado, no sólo da cuenta del triunfo de la revolución, sino que cuatro decenios no han bastado para que dejase de estigmatizar el presente, hasta el punto de que la cuestión nacional y la cuestión social, en la peculiar forma en que confluyen en Cuba, serán determinantes del tipo de país que se configure en el futuro.

8. Nunca he podido librarme de la impresión de que el cubano, al menos el blanco, que es el que más he tratado fuera de Cuba, es una combinación poco feliz de norteamericano y español. Un filósofo cubano tal vez algún día desa-

rrolle la dialéctica hegeliana de la «conciencia infeliz» aplicada a esta experiencia histórica. El alma española se rebela contra el norteamericano que lleva dentro, así como éste, con su sentido práctico de la vida, se subleva contra el español que le encadena a valores desfasados de orgullo y mesianismo, honor y lealtad. Mezcla explosiva que no se percibe de la misma manera en el negro, más ajeno a las virtudes y defectos del español y del gringo, y que ha elaborado su propia cultura como un sincretismo de lo africano y lo español, con muchos menos elementos norteamericanos, aunque también los encontramos, sobre todo en las formas de consumo, pero, con una originalidad que resulta perfectamente adaptada al medio, hasta el punto de que si no temiera la indignación de tantos buenos amigos cubanos me atrevería a calificar al mulato y al negro como los cubanos más auténticos. La santería es la expresión más cabal de esta síntesis, algo que difícilmente puede eliminarse del paisaje social cubano, pero que, además de un elemento de identidad cultural, incluye la amenaza permanente de que Cuba se convierta en una isla caribeña más. Este peligro es el que sustenta un proyecto nacional tendiente a conseguir la amalgama entre la Cuba blanca, ya de por sí mezcla explosiva de español y norteamericano, con la afrocubana de la santería y el ritmo, todavía más propósito que realidad. De que esta mezcla es posible habla a favor el que haya sido la música, condensación creadora de elementos occidentales y africanos, el producto cultural cubano que ha alcanzado mayor universalidad. Como escribió el maestro Fernando Ortiz: «Dos son las cosas típicas de Cuba que ésta ha dado al mundo y han sido recibidas con universal beneplácito; y ninguna de ellas se debe sólo a los blancos, habiendo nacido ambas del abrazo cruzador de distintas culturas. El tabaco y la música».

Si Cuba, como fruto de su combate, hubiese logrado la independencia y, ya en posesión de un Estado propio, hubiera podido establecer con un poco más de holgura sus relaciones con la gran potencia vecina, tal vez lo hubiera hecho, tampoco es seguro, de forma más satisfactoria. En todo caso, la política que llevó a cabo el pequeño David ante el gigante Goliat en 1959-60, por mucha admiración que en aquellos años despertara en el mundo y por orgulloso que todavía se sienta el pueblo cubano de su hazaña, si ponemos en el otro platillo el precio que ha tenido que pagar por la bravata, resulta muy difícil, desde la experiencia acumulada en estos cuarenta años y en la situación en que se encuentra hoy Cuba, de reputarla como razonable.

En relación con la nueva metrópoli, Cuba no ha resuelto aún la cuestión nacional. El pasado es como es y, si no cabe modificarlo, de nada sirve lamentarse; pero es menester aprender de él para no volver a cometer los mismos errores. Por razones geopolíticas obvias, Cuba tiene que encontrar un *modus vivendi* con Estados Unidos, lo más provechoso posible para ambas partes, tarea que, desde luego, después de los prejuicios acumulados en uno y otro bando, no es nada fácil. Una vez que los cubanos han pagado un altísimo precio por la ruptura violenta, tras la desaparición del castrismo el riesgo que se divisa en el horizonte es más bien el de caer en el defecto contrario, rendirse sin condiciones. No son pocos los cubanos del interior que perciben este peligro, que

naturalmente atiza el régimen. Tal vez mi interlocutor de la representación norteamericana vea fantasmas inexistentes, pero sin admitir todos sus recelos sobre la minoría cubana en Estados Unidos, quiero pensar que tras un siglo de historia tan dramática, los cubanos de dentro y de fuera al fin sean conscientes de los callejones sin salida a los que conduce un nacionalismo a ultranza, así como lo indispensables que son unas buenas relaciones con Estados Unidos, por grandes que fueren los riesgos que encierren. Escribo estas reflexiones en una Alemania que ha sabido deshacerse de los viejos mitos nacionalistas —pese a que todavía sigan operando sobre una población marginal— y construir unas relaciones fructíferas con la gran potencia que también domina a Europa.

Tampoco la revolución ha resuelto, más bien al contrario, la cuestión social que arrastra Cuba de su pasado colonial y esclavista. No sólo el régimen deja una sociedad invertebrada y por completo desmoralizada, sin disciplina de trabajo y con muy poca capacidad de organizarse y de tomar iniciativas por sí misma, sino que incluso me temo que, a poco que se escarbe, nos topemos con el viejo racismo. De los labios del blanco de la calle he podido escuchar los viejos prejuicios —«negocio con negro, negro negocio»; «el negro, si no la hace a la entrada, te la hace a la salida»— incluso he querido percibir en La Habana una cierto menosprecio del Oriente, porque, a su mayor pobreza, añade una mayor población negra. Me decía un amigo en un pueblo cerca de Pinar del Río, como si en ello consistiera el mayor timbre de gloria, «aquí antes de la revolución no había apenas negros». Paseando por La Habana vieja con un arquitecto que había solicitado ya el visado para emigrar a Estados Unidos, tanto o más que el deterioro de los edificios y los negocios del historiador de la ciudad, le indignaba que el régimen «hubiese convertido en África el núcleo histórico de la ciudad». Ojalá que mis observaciones en este punto no sean representativas, pero he regresado con la incómoda sensación de que estamos asistiendo a un nuevo brotar del racismo, alimentado esta vez en el odio al régimen: los negros habrían sido los únicos que se habrían beneficiado del castro y a su apoyo incondicional se debería el que durase tanto.

Resolver la cuestión social en Cuba pasa todavía por la integración pacífica de las razas, sin discriminación alguna. Si de estas tensiones raciales, disfrazadas de políticas, brotase un conflicto social serio, el futuro de la Isla que ya de suyo se presenta tan incierto, acabaría por sepultar toda esperanza. Para lograr entenderse con Estados Unidos, sin ser sometidos por completo, y en ello consiste la solución de la cuestión nacional, los cubanos tienen previamente que entenderse entre sí, los de dentro y los de fuera, los negros y los blancos, es decir, resolver la cuestión racial que vienen arrastrando desde el siglo pasado.

La nueva ensayística cubana

“Un panorama objetivo del crecimiento de los antagonismos raciales en Cuba entre 1898 y 1912. Un antecedente imprescindible para entender en profundidad la Cuba de hoy”.



Rafael Fermoselle
Política y color en Cuba

La guerrita de 1912

EDITORIAL
Colibrí

EDITORIAL
Colibrí

Pídale a

Apartado Postal 50897 • Madrid, España
Telf. / fax: 91-560 49 11
e-mail: editorialcolibri@mail.sendanet.es

La Cabaña: patio número 1*

Jorge Valls

ALOS POCOS DÍAS ME TRASLADARON JUNTO CON OTROS presos al patio número uno. Si la memoria no me falla, hay once galerías numeradas de la 7 a la 17, que miran a un patio amurallado. Son grandes bóvedas de antigua construcción militar española, con una gran reja al frente donde está la cancela de entrada y una menor al fondo que mira al foso, de veinte metros de largo por ocho de ancho aproximadamente. Cerca de la entrada hay dos servicios, uno con una taza de inodoro para sentarse y otro con una letrina o servicio turco donde acuchillarse, y un cubículo pequeño con un tubo alto a manera de ducha y en el piso el agujero del tragante. Estaban separados por tabiques finos; había una portezuela de madera o un saco de yute como cortina. A un costado de la pared del servicio había un urinario tosco ante el cual podían pararse dos hombres, y poco más allá un lavadero grande. A unos tres metros de la reja de entrada se encontraban las camas de hierro, armadas como literas en torres de cuatro, con un espacio de menos de 40 cms. entre cada dos torres. Allí vivían 304 personas, a las que no se les permitía pararse a menos de tres metros de la entrada sin previa autorización especial. Cada uno tenía sus pertenencias en una bolsa de tela que colgaba de un hierro de la cama o de una estaca en la pared. Pero 304 hombres no podían estar la mayor parte del tiempo sino unos de pie mientras los otros se encogían encaramados en los camastros que parecían nichos estrechísimos. Por la noche, los que no tenían cama, que eran los más, se acomodaban en el piso como piezas de un rompecabezas, bajo las torres de camas y por los pasillos. Uno no podía ni estirarse ni encogerse mucho, ni cambiar de posición sino con mucha dificultad. Si alguien se veía

* Capítulo del libro de memorias de la cárcel, que la Editorial Colibrí publicará en el otoño de 1999.

obligado a caminar desde el fondo hasta la reja de entrada, tenía que descubrir los pequeños espacios entre cuerpo y cuerpo donde colocar los pies, o abrirlos, con cuidado de no pisar la cara o el pecho de un compañero.

Era verano y el calor más que agobiante. El aire, escaso y viciado, hedía agrio por los cuerpos sudados, los bultos y el churre acumulado. Los camastros, untuosos de mugre y plagados de chinches que sólo parecían disminuir cuando se pasaban los hierros por el fuego. Inevitablemente, lugar, gentes y pertenencias estábamos repulsivamente inmundos.

A medida que yo avanzaba por el pasillo central de la galera hacia el fondo, la gente me saludaba extremosa. Allí vivían los que habían sido mis compañeros de lucha desde hacía muchos años, desde el principio contra Batista y después, los que no se habían cansado. A algunos los había conocido en mis estancias previas en Seguridad del Estado. Era como si por fin me encontrara con los míos, todos en la misma plaza, sin tener que citarnos previamente ni tomar precauciones. Ahora podíamos discutir y discrepar todo lo que nos diera la gana.

Me acomodaron lo mejor que pudieron y hasta me ofrecieron una cama durante algunas horas para que pudiera descansar.

Días después me llevaron de nuevo a Seguridad del Estado para nuevos interrogatorios. En un momento, el oficial se le ocurrió preguntarme que cómo me sentía en La Cabaña. La respuesta me salió espontánea:

—Realmente muy bien.

Se molestó y replicó con irritación:

—Por supuesto, como que está usted con los suyos.

Entonces, honradamente muy feliz, le confirmé:

—Si, en verdad estoy con los míos.

Esto es lo que nunca podré llegar a sentir: que el perseguidor sea uno de los míos.

¿Cómo era nuestra vida entonces?

Nos despertábamos al amanecer con el primer recuento. Molidos por la mala noche, había que recogerlo todo en pocos minutos para que el personal pudiera pararse en fila hasta que el oficial lo hubiera contado. Teníamos que comprimirnos para formar dos filas de 150 aproximadamente. Entonces se nos daba algo como desayuno —un pan y café o cafe solo. Enseguida teníamos que pararnos en las distintas colas. Había dos para la evacuación fisiológica: una para el urinario y otra para la letrina. Con tanta gente era la de volverse loco. Al final nos veíamos obligados a poner un cubo junto al urinario (que se vertía en la letrina cuando estaba lleno) para que por lo menos tres pudieran orinar a la vez. En cuanto a los servicios, cuando había diarrea —que con frecuencia nos la provocaban—, eran menos que insuficientes, y había que permitir a los hombres evacuar en la ducha o en cualquier lugar a mano.

Otra cola era para el agua. Siempre demasiado escasa, tenía que ser administrada por el jefe de galera. Por lo general eran cuatro jarros (un litro aproxima-

damente) para cada uno al día, para todos los usos. Con esa cantidad había que beber, bañarse y lavar alguna ropa interior. Usábamos la menor cantidad posible de ropa: unos shorts (calzonera) o un pantalón cortado como shorts. Pero, por supuesto, esa cantidad de agua nunca alcanzaba, y había que negociar o rapiñar para estirla un poco más. Cada uno de nosotros tenía una botella plástica o un cubo, y gracias a sacrificarse de beber o lavar, de vez en cuando podía darse un baño. Procurábamos no acercarnos demasiado unos a otros, pero era inevitable.

Nos sacaban a almorzar y comer al comedor colectivo; una galera cada vez. Había que vestirse de completo uniforme, y apresurarse, no fuera a ser que hubiera que dejar la comida a la mitad. Nos daban una especie de potaje que remotamente tenía algún grano o vianda (chícharos casi siempre), un plato por cabeza, nunca lleno. Mejor ni lo mirábamos mucho porque solía venir con algunos bichitos —gorgojos, gusanitos o hasta cucarachitas—. No era momento para remilgos. Si alguien encontraba alguna cucaracha o algún otro «cuerpo extraño», decía: «Es proteína», y sin mucho escrúpulo se lo zampaba o lo botaba.

Se permitía que nuestros familiares nos trajeran algo de gofio, leche en polvo y otras chucherías con las que complementábamos nuestra dieta. Había quienes no toleraban la comida de presidio y tuvieron que sobrevivir como podían con poquitos de gofio y leche.

A cierta hora después del mediodía se nos abrían las rejas y se nos permitía salir al patio o ir a las otras galeras. Como había tantos presos, no era posible caminar mucho ni sentarse en el suelo. Pasábamos el tiempo conversando con los compañeros o intentando algún intercambio intelectual. Con menos agobio, ensayábamos la conversación sobre política o sobre algún tema filosófico social. Los presos nunca hablan de su causa porque ésta no concluye jamás. Siempre hay peligro de nuevas investigaciones e implicaciones. Pero el que anda en política debe estar siempre repasando sobre la situación nacional e internacional aunque sea con la mínima información a su alcance, así como sobre las ideas y filosofía con las que ha de instrumentar sus razones. Un preso político es necesariamente un fermento de pensamiento crítico y de proyecto social.

Algunos sentían un malestar insuperable de acercarse a los que iban a ser fusilados o de hablar con ellos. Era como un encogimiento interior. ¿Como hablar de política o de filosofía con un hombre que va a morir unas horas o días después? Y no se habla de Dios en esas circunstancias; se le siente y nada más. Por otra parte, aprendíamos a querernos inmediatamente, y era desgarradora la muerte del último hermano recién descubierto.

Pero las sesiones de patio eran muy irregulares. Un día dos horas; el próximo, apenas unos minutos, y no nos la daban todos los días. La mayor parte de las veces terminaba abruptamente cuando entraban los guardias, bayoneta en mano, golpeando y pinchando a diestra y siniestra para entrarnos en las galeras. Siempre sorprendían, y se formaba una confusión endemoniada en la estampía.

Al regresar a la galera siempre había algo perdido o roto en la refriega.

Cada uno de nosotros, siempre que hubiese oportunidad, procuraba darse un baño. En Cuba, y especialmente en La Cabaña, esto era más que necesario; primero, por el clima, y segundo, porque para los cubanos el baño diario se nos ha convertido casi en una cuestión de honor. Es un deber y hasta un rito. Quedarnos sucios es la situación más humillante y desagradable que nos puede ocurrir. Probablemente por eso nos resultaba tan difícil.

Como no había espacio, teníamos que correr las primeras camas —las más próximas a la entrada— y dejar un pequeño claro, para que allí se bañaran unos (por cola rigurosa) mientras otros barrían el agua del piso.

Todos los días había que intentar limpiar la galera lo mejor posible. Más de trescientos hombres producen mugre bastante como para ahogarse en ella. Nos las arreglabamos para limpiar lo más tarde posible para que los que dormían en el suelo lo encontraran menos sucio. Algunos compañeros se encargaban, con la poca agua que podía ahorrarse o piratearse, de esta tarea, en tanto los demás se acomodaban como podían en los camastros.

Era verdaderamente glorioso si llovía, y en Cuba esto ocurre casi a diario durante un período del año. Entonces los tragantes, que siempre estaban medio tupidos, se desbordaban, y se inundaba la galera de agua sucia y materias fecales. Había que esperar hasta que escampara para limpiar adecuadamente y regresar a la normalidad.

El tiempo se nos iba entre las manos. Aunque teóricamente no hacíamos nada, nos pasábamos el día entero en trájín, y al final de la jornada estábamos exhaustos.

Por la tarde, alrededor de las cuatro, nos llevaban al comedor a cenar —menos y peor que en el almuerzo—. De regreso había una pequeña tregua para el espíritu. Después del segundo recuento rezabamos el rosario, charlábamos un poco y ... a preparar las camas o el piso para irnos a dormir. Había que ir al servicio y lavarse la cara —todo por rigurosa cola— y estar listos para acostarnos apenas tocaran silencio.

Ahí no acababa la cosa. Al otro lado del foso había un reflector cuyo haz de luz penetraba por la reja del fondo de la galera en tanto que un guardia armado de rifle nos vigilaba. Después del toque de queda, si alguno tenía que levantarse, debía informárselo al guardia por mediación del jefe de galera; de lo contrario, el guardia disparaba desde afuera.

Hasta ir al servicio por la noche era un problema. Recuerdo a un anciano recién traído pocos días antes, a quien se le había acomodado para dormir en algún lugar al fondo de la galera. Una vez, mucho después de la media noche, se despertó con diarrea. Después de avisar al guardia, tuvo que atravesar la galera sorteando sobre los cuerpos de los compañeros hasta que pudo llegar al servicio, que estaba a la entrada. Era un hombre muy viejo, y caminaba con paso vacilante, prácticamente pisando sobre los demás, y como no podía contener sus intestinos, fue goteando de un extremo a otro. El pobre hombre se sentía morir de vergüenza, y los afectados no podían hacer otra cosa que esperar pacientemente a que llegara el día.

Acostarse por la noche no era fácil. Había que extender una frazada o algunos periódicos en el piso y después acomodar el cuerpo, parte en los pasillos, parte bajo las camas. Dormíamos uno junto a otro, tratando de ahorrar espacio lo más posible, aunque no se pudiera cambiar mucho de posición después de eso. Si alguien quería hacerlo, tenía que sentarse. Además, cada noche las ratas, que nunca faltaban en La Cabaña, nos pasaban rozando la cabeza. Había una que yo la sentía cuando iba y cuando venía. Nunca pude averiguar a dónde iba el animalito, pero después de su viaje ya no molestaba más.

En algún lugar tras de mí solía dormir un muchacho campesino, de quince años o algo así. No le hacía bien la frialdad del piso y tosía abundantemente. Estaba muy flaco y lo mirábamos con pesimismo.

Pero ni aún la noche era ocasión de descanso. Por el contrario, entonces empezaba la sesión de horrores. A las nueve o un poco después comenzaban las ejecuciones. Como el fondo de la galera, cerrado sólo por la reja, daba al foso donde se llevaban a cabo, aunque desde donde yo estaba no podían verse los fusilamientos, sí escuchábamos hasta los más mínimos ruidos. En el silencio de la noche y por las condiciones acústicas del foso se destacaban con nitidez escalofriante. Percibíamos cuándo se encendía la luz, cuándo el pelotón venía marchando, el carro en que traían al fusilando, cuándo abrían la puerta y lo bajaban, cómo lo amarraban al poste, el último grito del preso, las voces de mando, el estampido, el tiro o los tiros de gracia (que en Cuba se fusila hasta con tres tiros de gracia, o tantos como hagan falta), cuando se retiraba el pelotón y cuando se llevaban el cadáver, hasta el vuelo y el graznido de un pajarraco nocturno que venía a picotear las carnizas que quedaban en el palo o en el muro.

Como hablar después de que llamaran a silencio estaba terminantemente prohibido, los hombres se revolían, gruñían, farfullaban maldiciones, jadeaban, etc. Algunos rezaban durante todo el tiempo que durara la función. Esto se repetía casi noche tras noche, y por lo general se fusilaba a todo un grupo, así la sesión se prolongaba hasta lo impredecible. Otras veces empezaba más tarde, a la media noche o entre las tres y las cuatro de la mañana.

Al amanecer las gentes bramaban enloquecidas de desesperación e impotencia. Algunos blasfemaban horriblemente. Por la causa más insignificante nos ofendíamos con violencia. Había que morderse los labios con fuerza muchas veces, y rezar mucho, y comprender el pozo de la miseria humana para que no nos explotara el cerebro y no acabar odiándonos demasiado a nosotros mismos.

Luego el día nunca estaba tranquilo. Había siempre algún pretexto para que entraran los guardias como una tromba en las galerías a sacarnos a golpes y pinchazos, lo mismo para una requisita que para otra actividad. La jornada no terminaba nunca. Cuando muertos de cansancio, más allá de la posibilidad humana, caíamos rendidos, era sólo una tregua, de la que bruscamente nos iban a despertar para un nuevo vapuleo.

El rezo diario del rosario ha sido una constante de algunos presos católicos. Desde los primeros tiempos en Seguridad del Estado, siempre ha habido un

grupo, mayor o menor, que mantiene la costumbre. Por aquella época, en La Cabaña, después del último recuento, nos parábamos, con permiso previo de los demás, en el pasillo entre las hileras de camas, y lo rezábamos en alta voz, aunque a veces, de acuerdo con las condiciones, no podíamos hacerlo completo sino uno o dos misterios nada más. Leíamos un trozo del Evangelio y dábamos una pequeña prédica al principio. En medio del pandemonium que vivíamos, predicábamos el perdón de las ofensas y el amor a los enemigos. No era fácil. Todos los días había que padecer cuanta violencia y humillación podían infligirnos, y todas las noches asistíamos a la sistemática carnicería de nuestros hermanos. Si los guardias y el aparato entero que nos trituraba se mostraban con más brutal y desembozada ferocidad, los hombres que habían acabado en presidio venían de la lucha más cruenta: de los alzamientos en las lomas y de la acción urbana. Pero si toda la bravura se justifica en la batalla, nada más repugnante que la perfidia y la crueldad para con los vencidos, y esto era nuestro pan cotidiano. Así nuestra prédica de amor y perdón irritaba a muchos hasta desesperarlos. Especialmente después de una noche de ejecuciones venía una mañana de blasfemias y diatribas. «¿Pero cómo van a hablarnos de amor y perdón con lo que nos están haciendo estas gentes? ¡Ustedes son todos una partida de hipócritas o canallas, y están haciéndole el juego a los que torturan y matan a los nuestros!» El director de la comunidad cristiana era un hombre sencillo, de mucha nobleza de alma y fe firme, que no se cuidaba de muchos argumentos. Su respuesta siempre era la misma: «Así lo mandó nuestro Señor y así hay que cumplirlo».

Verdaderamente en aquel tiempo no teníamos muchas razones. Vivíamos una agonía cotidiana y cada uno de nosotros vertía su pasión más profunda. Esencialmente era el intento terrible de traspasar aquel infierno que nos devoraba mediante la afirmación del espíritu. En medio de la brutalidad y la enajenación extremas el hombre descubre que la única realidad es el Cristo crucificado, que no hay otra opción. Es lo único que puede salvar la condición humana, el único modo de seguir siendo hombre. Cuando algunos en la especie se precipitan en la brutalidad, otros tienen que asumir en sí la responsabilidad de la especie. Estábamos en el peor riesgo de convertirnos en bestias, de perder la razón y el alma en un torbellino de destrucción y odio. El verdadero bien tenía que ser impuesto hasta por encima de nosotros. No hay más que una verdad en la que todos hemos de participar: el cristo, el amador que persiste a través de su propia destrucción, para recobrase a sí mismo en la pura y absoluta afirmación del amor.

Quizás por eso, los presos políticos cubanos no son el testimonio vivo de un horror, ni las tundidas piltrafas de una época de asolación y locura, sino el proyecto siempre renovado de una esperanza. No ponemos el mal que hemos sufrido sino el bien que tendremos que vivir para que todos verdaderamente lleguemos a ser hombres.

No hemos cesado un instante. Contra todo el oprobio con que nos han majado, y dejando tras nosotros una hilera de moleduras humanas, hemos impuesto la afirmación de un bien invisible y de una justicia que es, sin embargo, alcanzable: la certeza de lo que ha de ser más allá de todo lo que ha

sido. Porque no hemos vivido y sufrido para nuestra extinción sino para los que han de venir; ni hemos trabajado para la muerte sino para la vida.

Los viejos eran los que más sufrían. A los jóvenes los defendían su pureza y la agilidad y pujanza de sus músculos, que los ayudaban a adecuarse y a responder vigorosamente ante cualquier agresión. Un joven, ya huya, ya riposte, siempre se afirma a sí mismo porque su vida es valiosa por lo que puede llegar a ser. Aun muriendo, sintetiza la belleza de una promesa interrumpida. Pero el viejo sufre porque entre la intención de su alma y la confrontación material se interpone su cuerpo cada vez más torpe. Como su vigor va disminuyendo, nunca supera el cansancio. La vida para él es una obligación que cada día se vuelve más difícil. Ya no va, sino viene. Ni siquiera lo acompaña la esperanza de lo que va a pasar en este mundo.

Había muchos viejos en presidio. Aun la realización de los procesos fisiológicos era para ellos una lucha siempre en desventaja contra la fatiga.

Uno de éstos se cansó de pasar trabajo. Se levantó en medio de la noche y se encerró en el servicio. Horas más tarde lo descubrieron por el charco de sangre que se veía por debajo de la puerta. Se había cortado las venas con una cuchilla vieja.

Lo más temible no era la muerte sino la locura o la degradación. Aquella tarde hacía mucho calor. Estábamos trepados en las literas, prácticamente los unos sobre los otros. En algún lugar de la galera se alzaron voces descompuestas. Disputaban, estallaban con terrible agresividad, acerca de cuál refresco se había vendido más en La Habana. Unos defendían una marca y otros otra. Un vaho denso y fétido nos oprimía sin que pudiéramos escaparnos de él ni dejar de respirarlo. El sudor no era líquido, sino una suerte de humor viscoso que nos provocaba náuseas de nosotros mismos. El rumoroso intenso de las trescientas cuatro voces y jadeos entremezclados roía como una piedra de molino. Los cuerpos se retorcían tratando inútilmente de encontrar la posición imposible para estirarse de algún modo. Uno chilló histéricamente:

—¡Te digo que no, imbécil, que es el otro!

—¡El imbécil te lo metes donde te quepa! —gritó el segundo.

Y ambos se movieron provocando un terremoto en los camastros. Entonces, un tercero bramó con furia y le arrojó una chancleta de palo a otro por la cabeza. Durante unos instantes hubo una guerra interna, unos golpeando y otros tratando de separar, hasta que como bestias salvajes acabaron controlados. Todo, al parecer, por unos refrescos que hacía años que no se vendían en la ciudad y que ninguno, por supuesto, podría beber (¿?).

Otra vez, uno, al parecer, se había vuelto loco. Era grande y fuerte. Bufaba y golpeaba como un toro. Giraba dando puñetazos en el aire a diestra y siniestra

y pegándole a cualquiera que se acercara. Los ojos inyectados de sangre, como brasas, y las venas hinchadas. Uno que era más grande y cabal, se me acercó y me dijo en voz baja:

—Tu verás como se le quita la locura.

Eché a andar hacia el individuo hasta que lo tuvo a su alcance. Lo miró a los ojos fijamente y puso sus músculos prestos para la acción. El loco gritó, dió varias vueltas, pero no atacó al cuerdo. Éste siguió avanzando hasta que se le impuso. El otro empezó a apaciguarse. La pompa de histeria y miedo al fin se disolvió.

La violencia es un producto, no una causa, ni un instrumento.

En aquel tiempo el plan de rehabilitación se ofrecía como una alternativa a aquellos que no podían soportar las condiciones a que nos sometían. Si nos disponíamos a aceptar públicamente que había sido un error luchar contra el gobierno, y que éste era intrínsecamente bueno, nos llevaban a otras galeras donde daban un poco más de comida y había que preocuparse un poco menos por la agresión de los guardias. Usaríamos un uniforme distinto, similar al de los presos comunes, y deberíamos colaborar con los guardias en mantener el orden en el presidio. Ésto incluía desde ayudar a los oficiales a contar el personal hasta golpear a los presos políticos cuando había que someterlos en cualquier incidente ocurrido, ya en el patio, ya durante las requisas. Además, el preso aceptaba ser reeducado para comprender la teoría, práctica y bondades del régimen. Esto significaba tanto recibir como explicar lecciones y conferencias a reeducandos para demostrar las nuevas «convicciones» personales.

Algunas de estas lecciones se impartían de noche, en la galera que servía de comedor y que estaba ubicada precisamente sobre el foso donde se llevaban a cabo las ejecuciones. El que hacía de profesor debía usar un micrófono que atormentaba a todo el personal. A veces tenía que ver con política; otras con cualquier asignatura que se le relacionara.

Recuerdo una noche. El infeliz preso tenía que explicar las culturas indígenas de Cuba. La voz salía estridente por los magnavoces.

—Los guanahatabeyes vivían en la actual provincia de Pinar del Río. Pertenecían a la etapa paleolítica o de la piedra sin pulimentar.

En el silencio obligado de la noche, su voz era un martinete insistente. Entonces oímos el ruido del carro que traía a los que iban a ser fusilados... el sonido del pelotón que marchaba hacia el sitio... El conferencista seguía:

—Los guanahatabeyes moraban en cuevas y se alimentaban de la caza.

Escuchamos las voces de mando:

—¡Preparen!

—Los guanahatabeyes usaban raspadores de concha.

—¡Apunten!

—Los guanahatabeyes...

—¡¡¡Fuego!!!

Se escuchó el estampido. Y el desdichado seguía hablando de los indios.

Trajeron un nuevo sentenciado al matadero. Los ruidos y voces se interferían en diabólica polifonía y contrapunto. Nos revolvíamos en el suelo sin poder hablar, ni gritar, ni huir de aquello. La voz seguía llegando desde los megáfonos.

—Los guanahatabeyes enterraban a sus muertos en montículos: una capa de cadáveres y una de guijarros y conchas...

Y aquello no terminaba nunca. Mascullábamos una oración pero no sabíamos si estábamos empezando, acabando o repitiendo el mismo versículo.

Otro estampido. ¡¿Hasta cuándo?! Y esto ocurrió no sé cuántas veces. Hubiéramos querido quebrarnos el cráneo contra las piedras. No sé cuándo terminé ni cuando nos quedamos dormidos. ¡Sólo Dios sabe cómo fue esa noche!

El holgorio más importante de todo esto era la «requisa». Supongo que en todas las memorias de ex-presos se ha disfrutado la narración de alguna. Yo no voy a ser menos.

Después de las 9:00 pm, cuando la mayoría de nosotros estuviésemos profundamente dormidos, los guardias entraban silenciosamente en el patio. De súbito abrían las rejas e irrumpían como una tromba dando brincos, golpeándonos con palos, pinchándonos con las bayonetas, y a empujones nos hacían salir a toda velocidad. Los alaridos, saltos y golpes de los guardias al despertarnos de pronto y botarnos al patio, producían una confusión infernal. Nos precipitábamos en calzoncillos, descalzos o en chancletas de palo, empujándonos unos a otros hasta amontonarnos contra el muro de enfrente. No me atrevía a correr por un miedo cerval a caerme y que la turba me pasara por encima.

Aglomerados contra la pared, nos pinchaban las nalgas para que nos apretujáramos más. Entonces nos hacían quitarnos el calzoncillo y mirar hacia adelante sin volver el rostro.

Oíamos como si el mundo se estuviera cayendo. Dentro de la galera los guardias brincaban por los camastros regando y destruyendo todas nuestras pertenencias. Rompían los paquetes de comida y vertían el contenido en el piso; tiraban los papeles y la ropa por todo el lugar, desparramaban el agua de los recipientes, y emporcaban las sábanas y almohadas pisoteándolas con las botas o arrojándolas por dondequiera. Picaban los cordeles y sogas. De hecho, casi no se llevaban nada (¡y sacaban varios camiones cargados del patio!), pero dejaban el lugar hecho un antro. Todo eso se acompañaba con grandes gritos y haciendo el mayor ruido posible, golpeando los baldes, los hierros y las camas, etcétera.

Al comienzo de la primera todo aquello me parecía una orgía incomprensible. Después, ya sólo alzaba los ojos para contemplar los astros, pensaba en filosofía o conversaba con mi vecino más cercano.

Me hirvió de indignación la sangre cuando llegó lo de quitarse el calzoncillo, pero me contesté a mí mismo: Somos hombres, y nada puede mancillar nuestra dignidad sino nuestra propia conducta; quien se rebaja es quien pretende humillarnos. Sonreí, y seguí aguantando.

A algunos viejos había que llevarlos al botiquín con una especie de ataque cardíaco o de subida de presión. Otros no podían soportar la excitación y se orinaban por el descontrol de sus nervios. Ésto solía durar de cuatro a siete horas.

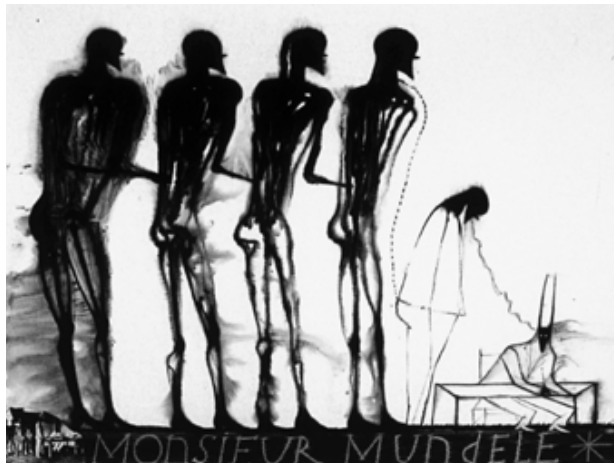
Por último, los guardias salían de las galeras y nos hacían dar vueltas al patio en fila y corriendo. En lo alto de las murallas había mujeres armadas, como centinelas, que nos miraban y se reían. Antes de regresar a la galera nos revisaban hasta dentro de la boca y por otros agujeros.

Nos entraban en las galeras y las cerraban inmediatamente. Era desolador cuando pasábamos la vista. No se sabía por dónde empezar. Todo estaba patas arriba, regado y roto o desgarrado. Había que recoger las cosas y mal que barrer el piso en menos de cinco minutos, y acostarnos, porque enseguida llamaban a silencio, y si el guardia de allende el foso veía a alguien de pie, podía entrarle a tiros.

Es una vergüenza contar esto, una falta de pudor. Es la confesión de nuestra debilidad y miedo ante otros hombres, de haber sobrevivido al más imbécil e infame de los escarnios. Esto ocurrió muchas veces durante los años que pasamos allí. Siempre los más de nosotros lo soportamos y nos sobrevivimos a nosotros mismos. Nos confortamos diciendo que era necesario pensar en el día siguiente y en lo que podríamos hacer. Si lo cuento, es por humildad: para reconocer ante todos, ahora y para siempre, que el hombre es débil, y que una pandilla de forajidos, en un momento, puede hacer lo que quiera con la masa de los más, sólo por la imposición de su capacidad de agresión. Sirva la confesión de nuestra miseria carnal para rescatarnos si alguna vez pecamos de orgullo en la proclamación de nuestras razones.

El colofón de este espectáculo lo puso un amigo mío cuando al regresar de una requisa que tuvo lugar el mismo día de su cumpleaños comentó alegremente:

—No me puedo quejar. He celebrado mi cumpleaños bailando a media noche, totalmente en cueros, al son de la orquesta de los hermanos Castro.



Monsieur Mundele. (1995)

El espejo y la máscara. Comentarios a la fotografía cubana postrevolucionaria

Juan Antonio Molina

A veces (éstas son mis pesadillas más terribles) me veo reflejado en un espejo, pero me veo reflejado con una máscara.

JORGE LUIS BORGES

EL ESPEJO Y LA MÁSCARA

Según Borges, la máscara en sus sueños funcionaba como una protección a la vez que una tentación. Él se veía incitado a descubrir su rostro, pero temía: ¿Y si es el horror lo que la máscara esconde? Mejor contenerse, máxime cuando se está frente a un espejo. Si no estuviera el espejo todo sería mucho más fácil. De hecho el horror propio sólo es visible gracias al espejo. Porque el espejo nos devuelve al otro con la convicción de que el otro es uno mismo. Pero hay algo independiente en la imagen especular, algo inanimado, algo fantasmal que aterroriza. Borges no se hubiera asustado de su propio rostro si no lo viera en el espejo. Porque el espejo es la más terrible máscara, el más impresionante contacto con lo innominado, con lo intangible, con lo ilusorio. El espejo nos vincula siempre con un más allá que comienza siendo espacial (un más allá al que no tenemos acceso) y que termina siendo metafísico. Quizás la esencial forma de concreción de lo metafísico sea el espejo.

Pero, ¿hay alguna otra forma de desdoblamiento, de terrible ubicuidad? Todo parece indicar que sí; y que esa otra forma es la fotografía. La fotografía funciona también como máscara. Puede denunciar y ocultar, puede nombrar

y disfrazar, indicar y confundir, ponernos en contacto con lo inaccesible, con lo muerto o con lo inexistente; puede llevarnos también a un más allá que no es simultaneidad de nuestro presente, pero sí de nuestra memoria. Mientras el espejo indica la existencia de un más allá espacial, la fotografía anuncia la existencia de un más allá temporal.

La fotografía es espejo y máscara a la vez. El reflejo —falacia esencial del hecho fotográfico— supone la veracidad de la imagen, determina su valoración ética y cognoscitiva, por lo tanto su funcionalidad propagandística, y la ubica en una posición redundante respecto a la realidad. Lo que se denomina «realidad», por otra parte, no es más que un fragmento, físicamente enmarcado en los límites de una imagen-tipo, un esquema de representación, repetitivo y simple, que sustituye lo real y lo hace más digerible. Como agudamente ha observado Vilém Flusser, el acto de fotografiar parte de considerar que lo «real» es la información y no el significado de ésta¹.

La imagen fotográfica duplica un fragmento de realidad. Ese acto de duplicación tiene una justificación físico-química, de carácter exclusivamente tecnológico, pero además tiene implicaciones metafísicas y sociológicas. El doble fotográfico es un objeto pretérito que proclama su ausencia. Tiene una existencia en el tiempo, la cual transcurre en sentido inverso a la existencia humana. El verdadero territorio de ese presente-ausente es la memoria. Por eso Edgar Morin ha dicho que la fotografía puede ser exactamente llamada recuerdo². La función reflexiva de la fotografía se manifiesta en ese campo de lo tecnológico, que he mencionado. Con esto quiero decir que cualquier otra explicación de la fotografía como reflejo de la realidad (por muy materialista que pretenda ser) está basada en las implicaciones metafísicas de lo fotográfico, aun cuando utilice argumentos de raíz sociológica. Esta metafísica se percibe en la manera en que la imagen absorbe la proyección de los afectos que el hombre pone en el mundo que le rodea y que convierte ese mundo en parte de su propia subjetividad; una parte que pretende recuperar, al menos simbólicamente (o sea, reobjetivándola en un signo) cuando ha «pasado», es decir, cuando ha dejado de ser o de estar.

La relación que planteaba Barthes entre la imagen fotográfica y la máscara contiene mucho de esa metafísica. La máscara sería el vehículo para evocar lo inexistente. Más que un medio de ocultamiento sería un medio de revelación de lo invisible. Esa misma cualidad le atribuía Barthes a la fotografía. De ahí su insistencia en que la fotografía «presentaba» el pasado. En esa convergencia de lo que fue en lo que es, radicaría la esencia y el valor de verdad del documento fotográfico.

Pero la fotografía no es sólo una prueba (una materialización) del «esto ha sido» barthesiano, es también la certidumbre de un «esto ya no es». La primera opción presenta a la fotografía solamente como un espacio para la nostalgia; la

¹ Vilém Flusser. *Hacia una filosofía de la fotografía*. México, Trillas, 1990, pág. 38.

² Edgar Morin. *El cine o el hombre imaginario*. Barcelona, Seix Barral, 1961, pág. 28.

segunda la presenta también como un espacio para la duda. La primera define a la fotografía como el estatuto de una presencia («Toda fotografía es así un certificado de presencia. Ese certificado es el nuevo gen que su invención ha introducido en la familia de las imágenes»³). La segunda la define como el estatuto de una ausencia.

EL LUGAR DEL EQUÍVOCO

La interpretación del sueño de Borges me conduce a la principal contradicción de la fotografía que se hizo en Cuba a partir de 1959. Aquélla era una fotografía de intención realista, especular en cierto sentido. En principio buscaba transmitir la dinámica de la historia a través de la dinámica de los eventos fotografiados. Sus usuarios (fotógrafos, sujetos fotografiados, lectores y comitentes) estaban convencidos o querían convencer de que esas imágenes eran a la realidad como un espejo, pasando por alto su naturaleza parcial y discriminatoria. Era una fotografía que sumía en una nada artificial todo aquello que no entraba en el concepto de realidad socialmente impuesto. La realidad que entraba era por tanto una realidad enmascarada.

El problema del espejo y la máscara en la fotografía cubana es el problema de la verdad y la mentira, o para decirlo en términos menos rudos, de la relación entre la imagen, la historia y la ideología. Por eso, para definir la especificidad de la fotografía cubana en su condición signíca peculiar, deberemos tener en cuenta no sólo sus relaciones con la realidad, expresadas en el vínculo más o menos analógico entre la imagen y su referente, sino también los intereses ideológicos a que responde ese proceso de creación y codificación de la imagen.

Pudiera decirse, parafraseando a Pierre Francastel, que la fotografía no es el reflejo de una cosa, sino de una opinión. Por lo tanto una polémica en torno a la presunta objetividad o realismo de la fotografía cubana posterior a 1959, resultaría intrascendente si no se tiene en cuenta que lo que se destaca es la inserción de la fotografía en un proceso propagandístico que partía de una preconcepción ideológica de lo real: la realidad de las transformaciones revolucionarias, de la acción de las masas, de la personalidad de los líderes. Al margen (pero no muy al margen) de esa tendencia podremos ver el desarrollo paralelo de una alternativa de realidad más individual, más sublimada y más independiente de las inmediateces propagandísticas.

Decir que la fotografía es el reflejo de una opinión no es un simple juego de palabras. Autores como el brasileño Arlindo Machado reconocen el valor de la concepción de los signos como «realidad material de la ideología», defendida desde los años 20 por V. N. Volochinov, y apoyan el planteamiento de la intervención refractante y modificadora de estas entidades en la realidad. Machado va más allá al considerar que los términos «reflejar» y «refractar», utilizados por Volochinov y Bajtín específicamente en el terreno de la

³ Roland Barthes, *op. cit.*, pág. 151.

lingüística y la comunicación verbal en general, sólo son aprovechables, en ese ámbito, en un sentido figurado; mientras que en la fotografía (el cine y otros derivados) se utilizan en su sentido recto, ya que estos sistemas ópticos funcionan en un continuo proceso de reflejo y refracción de la luz emitida por los objetos de la realidad.

Desde la perspectiva de Machado, la aplicación de las tesis bajtinianas conduce a un cuestionamiento de los criterios de realismo, objetividad e imparcialidad en que se basan las funciones persuasivas de la fotografía. El encuadre, el contraste, la perspectiva o la profundidad de campo serían subcódigos fotográficos que en su interacción convierten a la foto en un texto. La codificación y la descodificación de dicho texto serían inevitablemente actos ideológicos, es decir, parcializados, interesados y predeterminados.

La relación establecida por Arlindo Machado entre la refracción física que ocurre en el aparato fotográfico y la refracción ideológica que ocurre en el espacio social donde se realiza la imagen, había sido ya advertida por Marx y Engels en tu tesis sobre la *Ideología Alemana*, en 1845. Para ambos filósofos alemanes el funcionamiento de la cámara oscura era el paradigma de la refracción y la inversión, útil incluso para crear un símil entre ideología y fotografía:

Y si en toda la ideología, los hombres y sus relaciones aparecen invertidos como en la cámara oscura, este fenómeno proviene igualmente de su proceso histórico de vida, como la inversión de los objetos al proyectarse sobre la retina proviene de su proceso de vida directamente físico.⁴

Eso me recuerda también el planteamiento de Merleau-Ponty: «... La conciencia, que pasa por ser el lugar de la claridad, es, por el contrario, el lugar mismo del equívoco»⁵. Curiosamente, en los países de ideología marxista no fue muy común encontrar un planteamiento de la ideología, ni de la conciencia, en tales términos, y eso, aunque contradictorio, tal vez sea la mejor confirmación de la tesis de Engels y Marx. Y si bien en países como Rusia y Cuba, la fotografía fue un medio privilegiado al servicio de la propaganda estatal, y además un medio de vanguardia (dada la manera en que adoptó el presupuesto vanguardista de una relación entre el arte y la vida), el Estado nunca propició un cuestionamiento de la veracidad del documento fotográfico ni de la relatividad de su contenido ideológico.

En la Cuba postrevolucionaria no fue hasta 1965 que se realizó una primera exposición fotográfica con esa intención cuestionadora. *¿Fotomentiras?*, realizada por Mario García Joya (Mayito), Luc Chessex y Raúl Martínez, llamaba la atención sobre la ambigüedad de la imagen y sobre el carácter ideológico de toda lectura de la fotografía. Aunque tanto Mayito como Raúl Martínez

⁴ C. Marx y F. Engels. «La ideología alemana», en *Obras escogidas (I)*. Moscú, Progreso, 1978, pág. 21.

⁵ M. Merleau-Ponty. *Phénoménologie de la perception*. Paris, Gallimard, 1945, pág. 383, citado en: Umberto Eco. *Obra abierta*. Barcelona, Planeta-Agostini, 1992, pág. 93.

practicaron diversos tipos de manipulación de la imagen fotográfica, con eso no pretendieron negar el discurso de la fotografía de prensa entonces imperante, sino más bien reivindicar la fotografía experimental como un medio digno de servir a la ideología revolucionaria. Era una intención muy propia de una época en que se negaba toda posibilidad a lo demasiado ambiguo. El Estado esperaba de los medios un discurso directo, de efecto inmediato y de fácil lectura, que fuera «comunicativo» y «educativo», no una imagen compleja y difícil de decodificar.

El Estado revolucionario cubano exigía una fotografía que no saliera del campo de la representación. El signo estético debía ser usado para validar lo real, bien como referente concreto o bien como abstracción (en el caso de las fotos estrictamente simbólicas). Las obras de *¿Fotomentiras?*, a pesar de sus «buenas intenciones», fueron las primeras que abrieron a la fotografía cubana la posibilidad de la simulación como recurso estético. A partir de los años 80 se convirtió en usual la tendencia a subvertir el signo para deslegitimar cualquier noción de realidad.

LA EXPERIENCIA ESTÁTICA

Lo que en principio parecía una fórmula química para estabilizar durante un tiempo relativamente largo la impresión de una imagen en un soporte fotosensible, otorgando la posibilidad de «volver» a esa imagen y a su universo afectivo cuantas veces fuera deseado, se convirtió en un fenómeno más complejo al descubrirse las posibilidades ideológicas de ese retornar en el tiempo. Regresar al pasado en una imagen es enunciar la historia desde un punto de vista, es por tanto discriminar, valorar, rechazar y tergiversar.

Superponer un modelo a lo real, sustituir lo real por el modelo, escamotear lo real mediante el modelo; todos estos actos son puro enmascaramiento, que el fotógrafo asume, más allá de sus implicaciones éticas y gnoseológicas, como una cuestión funcional. Mientras la fotografía publicitaria y de modas trabaja fundamentalmente sobre esa ilusoria identidad entre información y realidad, la fotografía artística⁶, en su afán de transmitir significados más allá de la información pura⁷, puede ceder paso a prácticas autodesmitificadoras, que ponen en evidencia la ideologización de los códigos. La fotografía periodística, por su parte, depende en gran medida de ese presente-ausente mitificado que surge cuando se sustituye lo real por su imagen ideológica. Pero el procedimiento puede ocurrir tanto mediante la imposición del contenido informativo como mediante la amplificación de los significados.

Sobre tal método está basada precisamente la mayor parte de la fotografía cubana postrevolucionaria, la que se realizó para ser difundida por los medios

⁶ Si hago una diferenciación entre la fotografía publicitaria, la artística y la periodística, es atendiendo a sus canales de divulgación y a sus espacios de interacción social, no a sus posibilidades estéticas.

⁷ La información nunca es «pura», pero ocultar eso es precisamente uno de los propósitos de los medios masivos de comunicación.

masivos. De ahí que ese tipo de fotografía haya estado al servicio de la sociedad, ratificando sus rituales, resemantizando sus símbolos y autenticando su historia.

Hay una imagen que resulta paradigmática en tal sentido. Es el famoso retrato del Che, realizado por Korda en 1960. Y es interesante no sólo por la manera en que cumplió todas esas funciones sociales, sino también por cómo evidencia el uso ideológico de esa relación metafísica entre la imagen y el referente muerto. Curiosamente, esa peculiaridad de la foto, la colocó fuera de la dinámica de un movimiento fotográfico que en la Cuba de los años 60 estaba más interesado por la vida que por los muertos. Este ejemplo demuestra cómo, por azar o por interés del fotógrafo, puede lograrse que una fotografía provoque un efecto vinculado a una cierta ahistoricidad o atemporalidad de la imagen, y a una especie de enajenación del referente. Los modos de significación de esta imagen serían en grado sumo oblicuos y refractantes; el resultado sería una foto que habla de una ausencia espacio-temporal, un nuevo tipo de metafísica, destinada no a reconstruir la vida mediante el signo, sino a usar el signo como evidencia de la muerte.

El retrato del Che, por Korda, tiene algo fantasmal o «necrológico» que lo mantiene fuera del impulso vital de la fotografía cubana postrevolucionaria. En contraposición con aquella fotografía *live*, el retrato del Che puede ser considerado como *still life*, vida detenida, vida interrumpida, naturaleza muerta. Según Omar Calabresse, del concepto de naturaleza muerta no deben deducirse «objetos inmóviles», sino «cosas que se han parado por un instante»⁸. La habilidad del fotógrafo consistió en sorprender ese momento infinitesimal en que todo pareció detenerse y cargarse de un sentido oculto. Desde ese punto de vista, el fotógrafo no detuvo nada. Su intervención se limitó a captar las evidencias de ese instante de significación total. Pero también podemos verlo con la perspectiva de Edmundo Desnoes, para quien las fotos «... cuando alcanzan una síntesis estética, inmediatamente se convierten en experiencias estáticas»⁹. No creo que esto sea aceptable en términos tan categóricos, pero lo cierto es que puede aplicarse sin temor a *Guerrillero Heroico*, aunque con un ligero cambio: esa foto es una experiencia estática transmitida mediante una síntesis estética.

Debe entenderse que aquí lo estético tiene una connotación que va más allá de lo hedonista. La síntesis estética, en lo que respecta a ésta y otras fotografías realizadas en Cuba durante los años 60, es la síntesis de algunas funciones primigenias del objeto estético, que en principio lo vincularon tan fuertemente con el campo de lo mágico y lo religioso: funciones de compensación, de sustitución e incluso de adoración. Eso fue lo que convirtió al retrato del Che en una especie de objeto socialmente terapéutico, sin que en el proceso influyeran especialmente un específico patrón de belleza, o un particular modo de

⁸ Omar Calabresse. «Naturaleza muerta», en *Cómo se lee una obra de arte*. Madrid, Cátedra, 1993, citado en Patricia Massé. *Inmóvil e insumisa realidad*. México, 1994. Inédito.

⁹ Edmundo Desnoes. «La imagen fotográfica del subdesarrollo», en *Punto de vista*. La Habana, Instituto del Libro, 1967, pág. 84.

proyección del yo autoral, ni siquiera un uso efectivo de los elementos técnicos y formales del lenguaje fotográfico. De hecho la versión final de esa foto es una rectificación de una composición mucho más amplia y con un encuadre evidentemente imperfecto, en la cual —como ocurre en la mayoría de la fotografía cubana del período— el autor está completamente anulado, subordinado al medio que usa y al contexto en que opera.

Lo enfático, o mejor, lo hierático del *Guerrillero Heroico* de Korda, recuerda también la máscara, tal como la introduce Roland Barthes: una textura en la que el rostro obtiene su definitivo emplazamiento sociohistórico. «La máscara es el sentido —dice Barthes— en tanto que absolutamente puro (tal como estaba en el teatro antiguo). Es por eso que los grandes retratistas son grandes mitólogos»¹⁰. No es mi intención aquí defender a Korda como un gran retratista, pero lo cierto es que fue un gran mitólogo, y el retrato del Che, así como otros muchos que hizo a Fidel Castro, lo demuestran ampliamente.

LA HISTORIA CONSTRUIDA

En 1984 el presidente de Cuba declaraba en un encuentro con los participantes del III Coloquio Latinoamericano de Fotografía: «... Cuánto lamentamos no haber tenido un número de fotografías durante toda nuestra lucha, cuando estábamos en la clandestinidad, antes del Moncada (...) se hubiera podido escribir toda una historia de nuestra Revolución sólo con fotografías...»¹¹ La historia de la fotografía cubana después del triunfo de la revolución demuestra que desde 1959 ya era evidente para los líderes revolucionarios la importancia del medio para crear una memoria y una versión histórica del proceso, pero además para soportar un discurso ideológico que difundiría inmediatamente a nivel local e internacional la imagen que del proceso querían transmitir sus dirigentes. Toda revolución significa un cambio abrupto del curso de la historia. Todos los revolucionarios necesitan una documentación de ese cambio. Esto también implica un cambio en el modo en que la historia será versionada y relatada. Para ese fin la fotografía documental viene a servir extraordinariamente por su aura de veracidad y su poder de convencimiento.

Con estos presupuestos fue que desde los primeros años de la década de 1960, el Estado revolucionario instrumentó en Cuba una serie de mecanismos institucionales para difundir masivamente una producción fotográfica dirigida a propagar la ideología dominante. Lo más importante fue la creación de revistas como *INRA*¹², en la que trabajaron fotógrafos como Raúl Corrales, Osvaldo Salas, Luc Chessex, Raúl Martínez o Mario García Joya. Esta estrategia permitía consolidar los mecanismos de propaganda estatal, pero al mismo tiempo iba

¹⁰ Roland Barthes. *Op. cit.*, pág. 76.

¹¹ Véase «Tercer Coloquio Latinoamericano de Fotografía», en *Fototécnica*, 1985, N° 1, s. p.

¹² El mundo del trabajo en el fotoperiodismo cubano de los 60 está siendo investigado en este momento por la historiadora Patricia Massé, quien hace una exhaustiva revisión de las revistas *INRA*, *Cuba* y *Cuba Internacional*.

legitimando una estética fotográfica que dependía del valor de verdad de la imagen, de su inmediatez (vale decir, de la relación fluida evento-fotógrafo-imagen-público), de la capacidad de la imagen para involucrar emotivamente al espectador, y de su carácter narrativo. Este último elemento resultaba muy importante pues se trataba de convertir en discurso visual todo el discurso verbal emanado de los centros de poder, e ir construyendo simultáneamente la crónica de los acontecimientos que después pasarían a ser historia.

Los esquemas retóricos más comunes, derivados de esa estética dependían, bien de la actitud del sujeto retratado, que solía presentarse como activo, dinámico, gregario y a veces solemne, bien de la posición de ese sujeto (de su imagen) en el plano fotográfico, resultado de su actitud hacia la cámara y de su reubicación por la cámara en el espacio de la representación, o bien de la sustitución del sujeto por un texto verbal, forzando la imagen fotográfica a una literalidad redundante, una especie de «retórica de la retórica».

Aunque debe reconocerse que algunos de los fotógrafos mencionados también atendían al valor formal de la imagen en un sentido que rebasaba su función eminentemente informativa y propagandística, lo cierto es que la mayoría de los fotógrafos que han trabajado para la prensa cubana desde los años 60 hasta el presente se encuentran poco capacitados para concientizar su importante rol como productores de imágenes y por lo tanto para interactuar de una manera crítica con el medio que están utilizando.

Esta dificultad fue advertida tempranamente por Edmundo Desnoes, quien realizó en los años 60 el más riguroso intento de organizar un pensamiento crítico sobre el medio fotográfico en Cuba y América Latina. Fue Desnoes quien señaló desde esa época a Mario García Joya (Mayito) como uno de los fotógrafos cubanos más capaces de plantear nuevas propuestas estéticas («... Mayito es el fotógrafo cubano que con mayor insistencia busca un lenguaje fotográfico que no ilustre: que exprese; en esta búsqueda ha pasado de la imagen espontánea a la composición geométrica, de las texturas al expresionismo...»¹³). Lo que no aclaró Desnoes en aquel momento es el importante papel que desempeñaron Raúl Martínez y el suizo Luc Chessex en la formación de un primer grupo de fotorreporteros, entre los que se encontró Mayito, además de Iván Cañas, Enrique de la Uz y otros que trabajaron en la revista *Cuba* fundamentalmente; e incluso un segundo grupo (Gory, Grandal, Pirole, Mayra A. Martínez) que trabajó para *Revolución y Cultura* ya en los años 70. Es decir, que si bien Mayito fue uno de los más destacados del primer grupo, fue entre otras causas debido a la influencia de Raúl y Luc, y probablemente del propio Desnoes, a cuyo influjo intelectual no sería fácil sustraerse.

En general la obra de Mayito es bastante ambigua sobre todo en lo que respecta a su acercamiento a la cultura popular, tan defendida en los 60 como base de la cultura revolucionaria. De hecho, su interés por lo popular, aunque fuera para criticar algunos de sus códigos estéticos, demuestra que también

¹³ Edmundo Desnoes, *op. cit.*, pág. 92.

sintió esa fascinación, común a la mayoría de los fotógrafos cubanos, por los sujetos típicos. Esa fascinación fue la que dio origen a toda una amplia producción de fotografía costumbrista y a veces folclorista, donde se mezclaban obreros trabajando, con negros bailando rumba, el ambiente pintoresco de los solares con luminosas vistas de la ciudad o la semipenumbra del interior de las fábricas. Ésa es la esencia de una poética que todavía domina en la fotografía cubana. Es una poética que derivó de la fotografía de prensa, pero que ahora tiene aspiraciones mucho más artísticas, es decir, ha convertido lo que antes era solamente criterio de valor documental en criterio de valor artístico: la sujeción al método de fotografía directa, el interés por «la vida», la atracción por lo popular y la fascinación por las situaciones interesantes, incluso humorísticas.

Hay dos series de Alfredo Sarabia que sintetizan todas las características de esa tendencia estética en la fotografía cubana de los años 80 y 90. Ellas son: *Algunas impresiones* (1988) y *Otras impresiones* (1991), ambas expuestas en la Fototeca de Cuba, la primera en 1989 y la segunda en 1992 como resultado de una beca otorgada por la institución. El apoyo que recibió Alfredo Sarabia por la Fototeca de Cuba (que es decir por Mayito y Marucha) demuestra lo bien acogida que era su obra, primero porque se afiliaba a la estética que Mayito propugnaba, aunque de una manera mucho más formalista, segundo porque verdaderamente Sarabia era un fotógrafo prolífico y de talento, en quien se podía confiar el relevo de la generación anterior. Su inoportuna muerte, en 1992, dejó sin despejar la incógnita de una posible superación estética que lo alejara de los lugares comunes en que todavía se regodeaba su obra.

LA ESCRITURA COMO ASUNTO

El triunfo de la revolución reactivó de una manera sin precedentes la utilización del discurso verbal en el espacio público. El bombardeo propagandístico a que había estado sometida previamente la sociedad cubana se vio multiplicado. Paulatinamente la propaganda revolucionaria fue desplazando a la publicidad comercial, hasta hacerla desaparecer por completo, bajo la marea de *slogans* extraídos de los discursos de los líderes revolucionarios. La realidad visual del ciudadano cubano se vio constituida en un alto grado por referencias verbales. El texto escrito en el espacio público era como una extensión y una reafirmación del poder; al mismo tiempo era un elemento de coacción y persuasión social.

Los discursos recontextualizados, superpuestos o impuestos en el espacio público dialogaban (y todavía dialogan) de una manera *sui generis* con la realidad. No es extraño que ese diálogo, a veces contradictorio, fuera de interés inmediato para los fotógrafos. Esa atracción por el texto como tema de la fotografía halló su más completa concreción en un ensayo fotográfico de Luc Chessex, titulado *Las paredes tienen la palabra*, parte del cual fue publicado en *Cuba Internacional*, 1971, año III, N° 19. El trabajo de Luc Chessex mostraba la omnipresencia de la propaganda escrita en el espacio urbano y la manera a veces lúdrica en que se relacionaba la gente con los carteles y los letreros. También era interesante el carácter *naive* de la escritura y la iconografía plasmada

en los muros, a veces de manera espontánea, por los mismos habitantes de las casas. Por otra parte, este ensayo de Chessex mostraba la convivencia del discurso político con el discurso comercial de la publicidad prerrevolucionaria, en un momento en que todavía la segunda no había sido completamente borrada. Por último era visible la contradicción entre los textos y sus contextos, sobre todo en fotos que destacaban el optimismo y el triunfalismo de los discursos implantados en una realidad urbana la cual ya daba señales de una decadencia que ha continuado hasta hoy día.

En esa época también la obra fotográfica de Raúl Martínez abordó el tema de los «murales» revolucionarios, espacios heteróclitos donde los militantes de los C.D.R. (Comités de Defensa de la Revolución) hacían coincidir, dialogar y encabalgarse consignas revolucionarias, informaciones de interés público, fotografías, carteles y dibujos, caricaturas, recortes de prensa, símbolos patrióticos y todo lo que pudiera servir para la comunicación de la ideología revolucionaria por medio de recursos gráficos. Seguramente lo que más atrajo la atención de Raúl Martínez fue la manera en que estos «murales» fueron constituyéndose en soporte de un nuevo lenguaje, una especie de diseño gráfico popular, donde intervenían códigos estéticos y decorativos de origen popular, mezclados con contenidos, textos e iconos impuestos por la cultura oficial, para lograr un conjunto visualmente dinámico, aunque en ocasiones sobrecargado de mensajes.

Ya hemos visto que también Mayito se interesó en esa intertextualidad como asunto de sus fotos, o al menos como contexto en el que interactúan los personajes retratados. Y esto último es interesante porque en muchas de esas fotos el texto escrito no aparecía como un objeto más dentro del contexto de lo fotografiado, sino como el contexto mismo en el que se ubicaban los objetos y los sujetos. De ahí que pueda decirse que muchas de las fotografías de la década del 60 muestran a los cubanos actuando en un espacio textual, en un contexto de palabras, por ello, doblemente ideologizado.

Paolo Gasparini, otro de los fotógrafos extranjeros que aportó un importante trabajo a la fotografía cubana postrevolucionaria, realizó también numerosas fotografías que enfatizaban la existencia de una realidad verbal como contexto social de los sujetos. Creo entender que la preocupación fundamental del fotógrafo de origen italiano era, desde entonces, captar las referencias visuales de una cultura nacional, los signos de una identidad nacional, tal como eran codificados por los diversos medios gráficos, fundamentalmente en el espacio urbano. Una vez captadas las características de ese contexto (de ese «paisaje» iconográfico) Gasparini procedía a fotografiar a los sujetos, y a «ubicarlos» como otros signos de identidad, interactuando con los signos contextuales. Gasparini ha mantenido esa metodología en todo su trabajo documental en numerosas ciudades latinoamericanas e incluso norteamericanas.

En la fotografía cubana de los 90 se ha renovado esa tendencia, en obras de Ever González, Raúl Cañibano, Rogelio Álvarez o Ramón Pacheco, entre otros. Por supuesto que, después de más de treinta años de desgaste semiótico, la retórica de los discursos oficiales superpuestos en la realidad visual cubana, suelen provocar un tratamiento crítico e irónico por parte de la

mayoría de los nuevos fotógrafos. Pero, además, el espacio público ya no es monopolio exclusivo de tales discursos oficiales. El reciente trabajo de Carlos Garaicoa con los *graffitis* de la Habana Vieja sacó a la luz discursos marginales, soportados por recursos gráficos no institucionales, en un espacio urbano caracterizado por el caos y la depauperación. Este tratamiento del asunto es totalmente subversivo si lo comparamos con el citado ensayo de Luc Chessex, pero no es un fenómeno aislado dentro de la actual fotografía cubana. En verdad, al fotografiar los *graffitis* hechos por habitantes de los barrios periféricos de la ciudad, Garaicoa se mantiene dentro de una poética que tiende a priorizar un concepto de realidad no institucional, y busca en lo marginal y lo desplazado elementos constitutivos de una realidad mucho más rica, dinámica y contradictoria de lo que aceptan los discursos oficiales.

DE LA METÁFORA O EL NUEVO DOCUMENTALISMO

En el año 1992 Manuel Piña realizó una serie que tituló *Avenida 51*, con la que se propuso trastornar su propia posición como operador, y la situación del evento como «interesante». Al salir a la calle a tirar fotos casi al azar, sin apenas mirar por el visor, y muchas veces sin controlar el encuadre, pretendía trabajar en oposición al mito del fotógrafo-demiurgo, despojarlo de su halo de hombre interesado en la realidad, y demostrar la poca participación que hasta el momento había tenido el fotógrafo en la decisión de qué es lo real y de qué parte de lo real merece ser retratada. Ya empezaba a advertir en su noción de la realidad una contradicción con lo que enfatizaban los discursos oficiales. Comenzaba a advertir la pluralidad de lo real, y la manipulación que de esto hacen conceptos como lo interesante, lo histórico y lo heroico (por no hablar de lo políticamente oportuno, lo ideológicamente correcto o lo moralmente respetuoso). Por eso también, parte de la serie se concentraba en eventos intrascendentes, donde prácticamente no pasaba nada, sólo el tiempo, que es lo que supuestamente no debe pasar en ninguna fotografía.

Avenida 51 estuvo muy marcada por la influencia de las ideas de Minor White, quien había configurado durante los años 60 una concepción de lo fotográfico a partir de una serie de experiencias religiosas y filosóficas. Como se sabe, Minor White develó la metafísica que había quedado sepultada por el pragmatismo tecnocrático en que se sostenía el objetivismo, el documentalismo y la espectacularidad de la fotografía contemporánea. Propuso como clave del hecho fotográfico, el acto de ver, al que daba una importancia casi mística, de comunión entre el que observa y lo que es observado:

Como el arquero, que, para alcanzar el blanco, tiene que, no evaluar lo que le separa de él, sino «ser» ese blanco, identificándose con él, el fotógrafo debe borrarse totalmente para no dejar más que la presencia de las cosas.¹⁴

¹⁴ Jean-Claude Lemagny. «La fotografía inquieta consigo misma (1950-1980)», en *Historia de la fotografía*. Dirigida por Jean-Claude Lemagny y André Rouillé. Barcelona, Alcor, 1988, pág. 192.

Esto implicaba una metodología en el acercamiento a lo real, complementada con una noción de lo fotográfico como «equivalencia», noción que, según Jean-Claude Lemagny, Minor White tomó de Stieglitz (recordemos la serie de fotografías de nubes que Stieglitz realizó en los años 20, y a la que tituló primero *Cantos del cielo*, para finalmente denominarlas *Equivalentes*). Jean-Claude Lemagny resume la noción de «equivalente» del siguiente modo:

Una foto funciona como un equivalente cuando actúa como símbolo y metáfora de algo independiente del tema fotografiado (...) De esta manera, la fotografía puede comunicar lo que no se ve.¹⁵

Evidentemente, en esa metodología, su base teórica y sus resultados formales, está el principio de una puesta en crisis de la noción fetichista de lo «interesante» fotográfico:

La impecable definición que Cartier-Bresson hizo de la fotografía: «reconocimiento... de la significación de un hecho y de la organización rigurosa de las formas...» falla por su eslabón más débil. Los «hechos» no tienen «significación». A decir verdad, tampoco hay «hechos». O lo que viene a ser lo mismo, los sentidos posibles son tan numerosos y diversos que resulta vano tratar de elegir.¹⁶

La reformulación del concepto de realidad, el cambio de perspectiva hacia lo «interesante» fotográfico, el acercamiento a zonas marginales, la pérdida del héroe y el uso consciente de la metáfora como recurso comunicativo, son algunas de las principales características de la fotografía contemporánea en Cuba. Tales características pueden verse resumidas en *Avenida 51*, y son las que permiten definir lo que he llamado el «nuevo documentalismo» cubano.

Hay algunas obras de esa época, que considero paradigmáticas, y a partir de las cuales se abrieron las diferentes líneas del nuevo documentalismo. La serie *La boda*, que hizo Katia García en 1989 planteó una mirada mucho más aguda sobre el acontecimiento social. Sus fotos no fueron tomadas durante la parte pública de la ceremonia de la boda, sino antes, durante los preparativos de la novia. En tal sentido constituyeron también una búsqueda de lo marginal y lo no institucionalizado. La mujer no aparece como una figura heroica, sino como una víctima ritual, en un espacio doméstico restringido y depauperado. *La boda* es uno de los más interesantes aportes fotográficos a una iconografía crítica de la mujer cubana y a una deconstrucción de su rol en una sociedad machista. Ya Katia había realizado obras en ese sentido crítico (recordemos el políptico *Vida, pasión y muerte*, de 1987) probablemente bajo la influencia de algunos de los artistas que en la década de los 80 experimen-

¹⁵ Idem.

¹⁶ Jean-Claude Lemagny. *Op. cit.*, pág. 194.

taron con la imagen fotográfica. *La boda* se constituye ante todo como una obra fotográfica de carácter sociológico que además tiene en cuenta, para subvertirlo, un género histórico dentro de la fotografía cubana: la fotografía de bodas, fiestas y eventos sociales, que tuvo en Constantino Arias uno de los más conocidos exponentes, pero que también cuenta con aportes de fotógrafos anónimos que aún hoy, bajo el calificativo de *lambieros* se dedican a ese trabajo.

A pesar de que la obra de Katia García no ha contado con mucha resonancia entre la nueva promoción de fotógrafos cubanos, considero que esa serie de *La boda*, es una especie de puente entre el movimiento artístico de los años 80, que como se ha visto no dejó de incluir a la fotografía, y el grupo de fotógrafos que realizan una fotografía documental en los años 90.

Otro trabajo importante a principios de esta década fue el de Carlos Garai-coa. La documentación fotográfica que hizo este autor de sus proyectos de intervención en el espacio público también estaba marcada por las tendencias documentalistas y de arte sociológico de la década pasada. *El juego de las decapitaciones* y *La casa del Brillante* fueron obras de restauración y resemantización de espacios en ruinas. La fotografía servía para documentar el proceso y para propiciar una comparación entre el espacio original y el espacio ya cualificado por el artista. *Homenaje al 6* era una obra más provocativa, consistía en insertar un elemento semántico inusual en la trama urbana y documentar la reacción de la gente. Era una especie de alternativa a los discursos oficiales que dominan en el espacio público, una subversión del monopolio de la palabra ejercido por el poder. *Aquí construye* estaba hecha con otro procedimiento: la contraposición de una realidad autenticada por la imagen fotográfica, un espacio ideal constituido por el dibujo. Era también la contradicción entre la utopía y la historia, o entre la ideología y la realidad.

En 1991 salió a la luz otra obra importante: *Zoo-logos*, de Eduardo Muñoz. A este trabajo me he referido anteriormente como exponente de una «fotografía metafórica». Con esto quiero decir una fotografía que pone en función recursos para la identificación y negación simultánea del sujeto o el objeto fotografiado. En este caso es la identificación entre la humanidad y los animales, pero también entre el Jardín Zoológico, la cárcel y la sociedad.

Este procedimiento es perceptible también en la manera en que fotógrafos como René Peña, Abigail González, Cirenaica Moreira, Alom o Marta María Pérez abordan el autorretrato. Una manera que he calificado como «antirretratística» por la introducción de la metáfora como elemento de ruptura en la cadena identificatoria entre el sujeto y su imagen.

Si en una obra como la de Arturo Cuenca la obsesión del autor es colocarse en la situación del sujeto que observa la imagen, presentando la imagen misma como sujeto que observa, en un proceso de total identificación con el otro, autores como los que he mencionado tienden a divorciarse de su propia imagen, en lo que parece también una propuesta de distanciamiento para el espectador. El resultado en la obra de Cuenca (recuérdense por ejemplo sus retratos de *homeless* de 1993) es un planteamiento del tipo *yo soy el otro*, lo cual tampoco está muy lejos de la pretensión ecuménica de Minor White, mientras

que en un autorretrato de Peña o Marta María este planteamiento adopta la forma negativa: *yo no soy éste, esto no es lo que parece*.

Esa fórmula negativa es una forma de enmascaramiento. Con el término de fotografía metafórica he bautizado en realidad la nueva variante que adopta el enmascaramiento en la fotografía cubana de los 90. Éste es en primera instancia el enmascaramiento consciente del autor, resultado de un cambio de posición del autor hacia su identidad y de un control intelectual sobre las relaciones entre el autor y el medio. En ese sentido es totalmente opuesto a la anulación del autor en la fotografía documental de los años 60 y 70. En aquel entonces el autor se encontraba subordinado a aquellas potencialidades ideológicas del medio fotográfico que lo marcaban como eminentemente testimonial. La cámara fotográfica era considerada como un aparato que generaba verdades, certificando la realidad, o mejor, aquellos fragmentos de realidad que los discursos emanados del poder e impuestos a nivel social consideraban como auténticos y únicos. Había pues una especie de proporcionalidad entre el valor de la imagen fotográfica y su coincidencia con los criterios de valor social que el poder había señalado para lo real. En cierto modo la fotografía funcionaría como un medio de autenticación de una noción de realidad sumamente rígida y monolítica. Para que esto ocurriera era necesario que la interferencia de la subjetividad (la ideología, la conciencia) del autor fuera mínima, y que sus problemas de identidad (digamos, sus «problemas ideológicos»¹⁷) quedaran al margen de la representación. En el nuevo documentalismo, la ideología autoral está siempre interfiriendo dentro del proceso automático de reconstrucción fotográfica de la realidad (y tal vez sea ése el límite con el que se toparon fotógrafos como Cuenca o Piña en su búsqueda de identificación con el otro). Esto implica un cuestionamiento de la propia noción de realidad, pero también del cuerpo ideológico que había sostenido el aparato fotográfico como una institución más.

Por otra parte lo metafórico permite un enmascaramiento de los mensajes. La concatenación, la simultaneidad y la yuxtaposición de significados conducen a una extraordinaria ambigüedad semántica. Éste es un modo de evadir las presiones de coerción y censura. Ya he señalado en otro ensayo que estos fotógrafos están más interesados en la supervivencia de su actividad discursiva que en la confrontación directa con el poder estatal. Y para tal propósito es importantes la función evasiva de la metáfora.

En conclusión, lo que hay de «nuevo» en esta etapa de la fotografía cubana es en primer lugar la visión crítica del documento fotográfico. Los artistas que usaron y manipularon la fotografía en la década del 80, abrieron la posibilidad de una investigación en su esencia ideológica y en la relación entre el poder, la imagen y la historia. El nuevo documentalismo trata de romper esa

¹⁷ En Cuba se hace un uso eufemista de estos términos para referirse al desacuerdo con la ideología estatal, sin tener en cuenta que lo «ideológico» no existe de otra forma que no sea como «problema».

cadena de reconstrucciones y legitimaciones mutuas entre el Estado, el documento, la historia y la sociedad (cadena de la que había quedado excluido todo individuo que no pudiera ser representado como heroico y toda realidad que no pudiera ser narrada como épica). Algunos de estos fotógrafos tratan de mantener la misma línea investigativa que comenzó en los 80 con artistas como Cuenca, Torres Llorca o Leandro Soto. El resultado ha sido una evolución desde los trabajos puramente documentales (y por lo general, puramente fotográficos) de principios de los 90 hasta las actuales obras de Muñoz, Piña, Garaicoa, Peña o Eduardo Hernández, mucho más interpretativas y con estructuras más complejas, donde la ambigüedad de la metáfora se ve reforzada por la intertextualidad, y donde el diálogo entre diferentes medios sirve de base también a un análisis de los medios mismos.



Chechere Ngoma. (1995)

La Patria es de todos

Manuel Díaz Martínez

ENTRE LOS INNUMERABLES ATROPELLOS A LA LIBERTAD DE OPINIÓN QUE EL régimen de Fidel Castro ha cometido en los últimos tiempos, el más escandaloso y cruel es el que tiene por víctimas a los miembros del Grupo de Trabajo de la Disidencia Interna Vladimiro Roca Antúnez, Martha Beatriz Roque Cabello, Félix Bonne Carcassés y René Gómez Manzano. Hace un año y meses que estos ciudadanos están en la cárcel, sin haber sido presentados a los tribunales. Se los acusa de «sedición» por haber emitido un manifiesto, titulado *La patria es de todos*, en el que someten a crítica el documento programático que el Partido Comunista cubano elaboró a propósito de su V Congreso, celebrado a fines del pasado año. *La patria es de todos* fue dado a conocer en La Habana, el 27 de junio de 1997, en una rueda de prensa convocada por dirigentes de la oposición interna y a la que asistieron periodistas extranjeros acreditados en Cuba. Menos de un mes más tarde, el 16 de julio, la policía política de Castro arrestaba a los autores del manifiesto, quienes inmediatamente fueron internados en prisión.

Aunque no es noticia que el régimen cubano, violador orgánico de todas las libertades civiles, está en las antípodas de lo que se conoce como Estado de derecho, no deja de resultar sorprendente además de grotesco que unos ciudadanos sean acusados de «sediciosos» y hundidos en una prisión por emitir criterios sobre un documento que el Partido Comunista hizo público con el propósito manifiesto de que la ciudadanía se pronunciara «libremente» sobre él. El caso de los cuatro miembros del Grupo de Trabajo de la Disidencia Interna vuelve a evidenciar dos fenómenos típicos de la realidad política cubana: uno, que en Cuba existe el delito de opinión y que es castigado severamente; y dos, que los tribunales cubanos carecen de autonomía, no pudiendo ser otra cosa que dóciles ejecutores de las órdenes que reciben de la máxima instancia de poder. Sabido es que los jueces y los fiscales son, en la Cuba de hoy, los cómplices necesarios que tiene la dictadura para dar visos de legalidad a los desmanes que comete en materia de derechos humanos.

Como ejemplo de lo dicho, veamos un elocuente cable de la France Press despachado desde La Habana y aparecido en el periódico miamense *El Nuevo Herald* el 25 de octubre pasado:

LA HABANA (AFP). El Tribunal Supremo Popular de Cuba rechazó una solicitud de aplicación del recurso de *habeas corpus* a cuatro disidentes detenidos desde el 16 de julio de 1997, presentada por familiares y abogados, informaron el sábado los solicitantes.

«La Sala de los Delitos contra la Seguridad del Estado del Tribunal Supremo Popular acuerda: declarar no haber lugar a la solicitud formulada», se indicó en una comunicación de esa instancia a los solicitantes.

Vladimiro Roca, Félix Bonne, Marta Beatriz Roque y René Gómez Manzano, miembros del Grupo de Trabajo de la Disidencia Interna (ilegal), fueron detenidos tras emitir el documento *La Patria es de todos*, contestatario de las tesis preparatorias del V Congreso del gobernante Partido Comunista de Cuba.

En una carta dirigida a los jueces del Tribunal Supremo, los familiares indicaron que están obligados a la petición de *habeas corpus* «desestimadas de una forma o de otra las solicitudes de cambio de medida, presentadas por los abogados defensores y por los familiares».

Indicaron que también estaban compulsados por «incumplimientos» de lo establecido en leyes, disposiciones o instrucciones existentes al respecto.

Según los abogados defensores, el grupo es acusado por la justicia cubana de haber cometido «actos contra la seguridad del Estado».

De modo que expresar desacuerdo con planteamientos políticos del Partido Comunista constituye en Cuba un «acto contra la seguridad del Estado», lo que no deja de ser una aberración producida por el miedo: bien poco seguro se tiene que sentir un gobierno que teme tanto a las ideas de sus opositores. Por otra parte, el hecho de que los magistrados de Castro declaren sin lugar un *habeas corpus* en el caso de cuatro detenidos que llevan más de un año presos sin ser presentados ante juez alguno pone de relieve la total sumisión de la judicatura cubana, incapaz siquiera de utilizar con un mínimo de honradez profesional y autorrespeto las leyes que ha sancionado el propio régimen a que sirve.

Durante la visita que hizo a Cuba en noviembre de este año el ministro de Asuntos Exteriores de España, Abel Matutes, Fidel Castro exhumó un criterio harto discutible del jurista y político republicano español Luis Jiménez de Asúa en relación con el concepto de «preso político». Castro manifestó lo siguiente, según los periodistas Mauricio Vicent y J. M. Larraya¹: «Decía Jiménez de Asúa que presos políticos son aquéllos que han sido sancionados por actividades en favor del progreso de la humanidad y por actividades en favor de la revolución, y que no recibían tal calificativo los que luchaban contra el progreso». Independientemente de que es preso político quien sufre prisión por sus ideas políticas, sean éstas cuales sean, si aceptamos la tesis de Jiménez de Asúa que tanto le gusta a Castro no se podrá negar que Vladimiro Roca, Félix Bonne, Marta Beatriz Roque y René Gómez Manzano son presos políticos, puesto que están encarcelados por cuestionar públicamente a un régimen autoritario, residuo de una revolución fracasada, que se niega a consentir los cambios económicos y políticos que permitirían la recuperación y el progreso del país que ha destruido.

¹ Periódico *El País*, edición del jueves 12 de noviembre de 1998, pág. 23. Información firmada por M. Vicent y J. M. Larraya, presentada con el siguiente titular: *Castro dice que en Cuba «no hay presos políticos, sólo contrarrevolucionarios».*

No es un secreto para nadie, ni siquiera para los que por diversos y aun divergentes motivos todavía lo acarician, que el régimen castrista no admite reparos ni ideas alternativas a las suyas: cuando lo censuran o lo aconsejan extranjeros, en el acto se pone digno y habla de injerencia —a no ser que tenga razones coyunturales para parecer tolerante, en cuyo caso su comportamiento es igual, por ejemplo, al que mantuvo durante la visita de Juan Pablo II a la isla—; cuando las críticas las recibe de cubanos de adentro, entonces habla de contrarrevolución, anexionismo y traición a la patria y les echa encima el aparato del Estado a los objetores. No tiene, pues, nada de extraña, en el contexto cubano, la situación en que se encuentran los autores de *La patria es de todos*. En la Cuba actual, sería un prodigio permanecer incólume después de suscribir y divulgar un manifiesto como éste, donde, por una parte, se disecciona la retórica inmovilista del quinto congreso del Partido y se denuncian las manipulaciones ideológicas y los errores garrafales en que ha incurrido la dirigencia de la «revolución» y, por otra, se plantea la necesidad de desechar el esquema socioeconómico que ha llevado al país a la ruina y de trazar verdaderos programas de gobierno que garanticen, sobre la base del imprescindible respeto a las libertades y derechos básicos del ciudadano, el desarrollo económico de la nación. Hay dos párrafos clave en este documento que condensan lo esencial de la postura política —nítidamente socialdemocrática²— de sus redactores, y son éstos:

No cabe duda de que hay que replantear y rediseñar la política socioeconómica para mejorar los resultados; tanto la sociedad, como la economía, tienen que dejar de ser usadas para ejercer el control (...) Cuba necesita una recuperación basada en altas tasas de crecimiento sustentable. Lo que está planteando el Partido no es eso, sino mantener el *statu quo* del totalitarismo, que ya es obsoleto, y que nos quiere atrapar en el atraso económico y social, en medio de un mundo muy dinámico y competitivo.

Nadie quiere volver a la parte negativa de los años 50, como quiere hacer ver el gobierno. Las realidades del mundo han cambiado significativamente y las de nuestro país también. La transición hacia la democracia que queremos lograr está basada en los principios fundamentales de la Constitución del 40, que establece derechos sociales que no tienen nada que ver con el influjo de la extensión del neoliberalismo. En realidad, la situación de hoy, con empresas extranjeras que contratan a sus trabajadores por conducto de un intermediario estatal que los explota y que ni siquiera les ofrece un vínculo laboral estable, sí podría ser calificada de neototalitarista.

He ahí, en síntesis, las ideas que el gobierno cubano califica de sediciosas y por cuya divulgación mantiene encarcelados y sin garantías procesales a los cuatro miembros del Grupo de Trabajo de la Disidencia Interna, a quienes Castro niega, incluso, la categoría de presos políticos.

² Vladimiro Roca, antes de fundar su propio grupo, fue presidente de la Corriente Socialista Democrática de Cuba (CSDC), de la cual soy uno de los fundadores.

El Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) y la Sociedad Civil Cubana

Olga Cabrera

EN VARIOS ENCUENTROS EN EL EXTRANJERO HE ENCONTRADO que figuras de la izquierda democrática justifican su apoyo al gobierno cubano por la inexistencia de experiencias democráticas duraderas en Cuba y que, por lo tanto, la sociedad cubana ofrece su consenso a la dictadura. En resumen, para esas personas, la democracia, legítima en el caso de otros países, no lo es en el de Cuba. Aún cuando la opinión de algunos cubanos coincide por lo menos en la carencia de historia democrática del pueblo cubano, me permito esgrimir mis argumentos en contra.¹ No existen tampoco, a partir de parámetros de duración de los períodos democráticos y hablando comparativamente, una historia democrática ni en España, ni en los países latinoamericanos. Con todas las debilidades de la democracia cubana, debilidades de las que no estuvieron exentos otros países, inclusive Estados Unidos por la misma época, los gobiernos republicanos, salvo los períodos de los gobiernos de Mario García Menocal en su segundo gobierno —«el del Mayoral suena el cuero» (1917-1920)—, el de Machado, sobre todo a partir de 1927, así como Batista, entre 1934 y 1939 y 1952 y 1958. Mas también en esos períodos la oposición a las dictaduras llegó a involucrar a casi toda la población, desembocando en verdaderas guerras civiles. Pienso que el argumento sobre la permanencia de la dictadura actual no puede sostenerse bajo la interpretación de la falta de experiencia democrática del pueblo cubano.

Tampoco creo que la sociedad cubana acepta de manera pasiva las medidas de fuerza del gobierno. Hay una

¹ Julio Antono Mella en 1928 en su artículo «Cuba Libre» apoyaba su optimismo en el triunfo revolucionario sobre Machado justamente por la tradición democrática del pueblo cubano a diferencia de la situación de otros pueblos latinoamericanos.

resistencia que se manifiesta tanto en el robo masivo de la propiedad del Estado como en el equilibrio de fuerzas existente entre sociedad y gobernantes, reflejado de manera sintética en el comentario que me hizo uno de los taxistas ilegales que prestan servicio por las calles habaneras: «Nosotros simulamos que trabajamos y ellos (los gobernantes) simulan creer que trabajamos»; en *el estira y encoge* de las medidas controladoras del gobierno que posibilitan el *permiso de riesgo*² (actividades de producción y comercio ilegales). *El estudio semántico del vocabulario nacido del lado de la otra moral*, la que circula entre el pueblo, daría no sólo un nuevo diccionario de cubanismos sino, más importante, la intensa comunicación que refleja relaciones sociales alternativas a las del discurso oficial, que ni el ejército de inspectores y policías, maleables a la corrupción por las propias necesidades que no son satisfechas por el Estado, pueden ni quieren detener. Es este otro mundo el único que funciona, *que resuelve*, y como un contrasentido que sólo la cultura explica, las organizaciones de barrio nacidas para vigilarse unos a otros están mudando su estilo, vigilan y avisan cuando alguien que puede ser inspector o policía llega haciendo investigaciones.³

El germen de la autonomía de la sociedad civil está tanto en esta nueva sociabilidad⁴ nacida fuera del oficialismo, como en los núcleos políticos de oposición y en los espacios que a la sombra de actividades literarias ha creado la iglesia católica sobre todo. Eso, sin contar otro elemento autónomo frente al gobierno cubano, la emigración. Miles de cubanos han salido de Cuba por no tener trabajo, por el cese de las posibilidades de realización de sus actividades artísticas, literarias, etc., o simplemente para ayudar a la familia. Sin duda, aún hoy cuando las posibilidades para emigrar se han limitado mucho más, todo el mundo espera, tiene la esperanza de salir sorteado en las miles de visas que ofrece el gobierno de Estados Unidos, y esa expectativa se ha incorporado a la psicología del cubano. El sueño de salir de Cuba, menos viable para quienes no tienen familia en Estados Unidos que apoye su salida, potencia el «jineterismo», la prostitución o simplemente la conquista de un marido o esposa extranjeros. Los emigrados cubanos de los últimos años, la mayoría nacidos después del 59, trabajan no sólo para mantenerse sino para ayudar a sus familias en Cuba, y continúan con la expectativa de volver, naturalmente sin tener que dedicar las veinticuatro horas del día al aleatorio *resolver* cotidiano.

² Así escuché que le llamaban a las actividades ilegales de comercio callejero, en que el «cubano» *resuelve*, es decir, aquéllas en que no media la corrupción y el inspector acepta *el cuento de que es la primera vez y no tiene cómo pagar la multa*. En su mayoría son mujeres las que participan en este tipo de comercio y en general es falso que sea la primera vez pero no lo es que no pueda pagar las altas multas que se imponen al comercio ilegal.

³ Me encontraba en un *paladar* —pequeño restaurante privado— cuando comprobé la eficiencia de este sistema. También en las ferias la solidaridad cumple su papel frente a los inspectores.

⁴ En un trabajo que publiqué en Brasil mi interpretación sobre estos fenómenos fue más negativa. Después de una visita reciente a Cuba cambié totalmente. El artículo fue publicado en *Revista História* de la Universidad de Brasilia (UNB) en diciembre de 1996 bajo el título «Cuba: Cultura e poder».

Sin duda, las experiencias de la vida en el exilio darán una mayor diversidad y riqueza a la sociedad civil cubana.

Por todas estas cuestiones del presente que atraen a la discusión estudiaremos el apogeo del movimiento del Partido del Pueblo Cubano Ortodoxo pero vamos a invertir el análisis y profundizar en el carácter de la sociedad civil cubana durante ese período. En principio, debo manifestar que es erróneo considerar al Partido Ortodoxo, o mejor al movimiento Ortodoxo, en la misma línea de análisis de los Populismos autoritarios de América Latina, tal como ha sido tratado por algunos historiadores cubanos. La diferencia fundamental está justamente en el hecho trascendental de que su eficacia estuvo apoyada no en la orientación política que se baja a las masas, característica de los gobiernos autoritarios, sino en la intuición política del deseo y de las expectativas populares en el contexto democrático cubano. Esto no es tan simple como puede parecer. Tanto Getulio Vargas (Brasil) como Perón (Argentina) y hasta el propio Lázaro Cárdenas (México) son militares que llegan al poder con un apoyo del Ejército —sólo un poco más velado en el último caso— y desde el gobierno centralizan una política de medidas populares fortaleciendo su poder personal autoritario mediante las acciones populistas. En el caso de Eduardo Chibás y el Partido Ortodoxo, aunque la campaña estuvo bastante centralizada por aquél, su posición en la Oposición, su origen civilista, hacía que su práctica naciera de una suerte de movimiento circular. Los contenidos de las campañas de Chibás y del Partido tenían su fuente en la voz popular y eran devueltos al pueblo en programas de acción participativa.

Una página de la historia cubana, el estudio de las relaciones del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) y la sociedad civil cubana, puede ofrecer algunos elementos esclarecedores en la discusión sobre la situación actual cubana.

NACIMIENTO DEL PARTIDO DEL PUEBLO CUBANO ORTODOXO

En las elecciones generales de 1944 triunfaba la candidatura de Ramón Grau San Martín frente al candidato del Presidente en funciones, Fulgencio Batista. Este triunfo fue garantizado por una movilización espontánea de la población que vigiló los Colegios electorales para impedir lo acontecido unos años antes, en 1940. Muchos de los opositores a Batista habían sufrido unos años de exilio mas, a finales de los años 30 y principios de los 40, retornaban a Cuba al calor del ambiente de libertades que poco a poco se introducían debido a las presiones de partidos, organizaciones que mediante un proceso de depuración interno se liberaban de la política corrupta introducida por la dictadura de Batista. Este proceso no estuvo exento de violencias, como en el caso de las asociaciones estudiantiles (el denominado *bonche* estudiantil).

El ascenso al poder de Ramón Grau San Martín y del Partido Revolucionario Cubano llenó de confianza al pueblo cubano. Era —si descontamos la breve experiencia de 1933— la primera vez que el mito se realizaba en el rito. Una ola de optimismo recorrió el país y pareció que efectivamente se arribaba al fin al disfrute de la verdadera democracia. Los estudiantes daban su color al movimiento de la Asociación Nacional Campesina que en marchas

masivas hasta la capital hacían presión para promulgar las leyes complementarias a la constituyente para hacer realidad la reforma agraria. Los habitantes de las ciudades creaban asociaciones de inquilinos para abaratar el alquiler de las casas, los obreros se movilizaban para obtener el diferencial azucarero, aumentos salariales. Nacían también organizaciones que exigían el castigo a los crímenes de la dictadura de Batista. Mas la corrupción comenzó a minar las filas del gobierno mientras grupos de extrema izquierda hacían la justicia por sus propias manos, presionaban también al gobierno que hacía un doble juego enfrentándolos y se confundían en las calles de La Habana con los grupos gansteriles.⁵ Una apatía, un dejar hacer se resumía en el *todos los gobiernos son iguales* expresivo de la amplia frustración ciudadana.

En esas confusas circunstancias, el 15 de mayo de 1947, Eduardo Chibás y otros militantes del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico), el partido del gobierno, con el apoyo del pleno de la Juventud Auténtica, a nombre del sordo rumor del pueblo, decidieron crear el movimiento de la disidencia Ortodoxa que reclamó por los medios democráticos la restauración del programa revolucionario del partido cuyo origen se remontaba al movimiento de los años 30.

EL PARTIDO EN LA SOCIEDAD CIVIL, LA SOCIEDAD CIVIL EN EL PARTIDO

El movimiento de los disidentes del partido de gobierno nacía envuelto en la vorágine de los ataques más furibundos mas fue atrayendo en su vórtice a todas aquellas figuras honestas que no habían participado del robo a la hacienda pública. ¿Qué parecía diferente en este partido? El programa era el mismo del PRC (Auténtico) mas ahora no se trataba de una promesa o una postura contra la corrupción de los gobernantes, querían dejar marcadas las diferencias, no era un partido más. Por eso en la base programática se garantizaba la honestidad mediante la prohibición de permitir la incorporación de elementos corruptos al partido. También negaba el camino expedito de llegar al poder mediante los pactos electorales con cualquier partido corrupto con aquella fórmula, afín hasta a los comunistas de que el fin justifica los medios: «Frente a los pactos sin ideologías mantendremos la ideología sin pactos de la ortodoxia» decía una de las frases más receptivas de Chibás.

En la ruptura con el Partido Revolucionario (Auténtico) se esgrimían los acuerdos de los congregados de la disidencia, explicando las causas por las cuales no podían continuar su acción depuradora dentro del Partido:

1º Existe un estado de crisis en el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) provocada por la incapacidad del gobierno en el ejercicio de las funciones públicas. Las relaciones de divisionismo del gobierno son proyectadas dentro del Partido, del Congreso de la República⁶ y de la CTC.⁷ La situación se

⁵ Ése es el caso del polémico grupo de Emilio Tro integrado también por Fidel Castro.

⁶ Las campañas del Gobierno contra las figuras honestas del propio Partido en el Senado y la Cámara creaban la confusión en el pueblo.

⁷ Se refería al violento proceso que desembocó en el asalto de la CTC por la sección obrera auténtica con el apoyo del gobierno tras la expulsión de los comunistas.

ha agravado por el fraude y la corrupción administrativa crecientes. La crisis del gobierno, según el documento, ocasiona la crisis del partido y de la revolución como instrumento del pueblo cubano para lograr sus objetivos históricos de independencia económica, libertad política y justicia social.

El programa se desenvolvería dentro del régimen democrático pero no se trataba solamente de acceder al gobierno mediante el voto, era algo más profundo. Simultáneamente el Partido Ortodoxo era un producto del resentimiento popular y provocó grandes cambios en la sociedad cubana, todo el mundo tenía que manifestarse, las cuestiones públicas pasaron a ser debatidas por todos los ciudadanos. La ética en la política pasaba por la participación de todas las personas.

2° En las condiciones políticas y funcionales que prevalecen en el gobierno y en el PRC es imposible al movimiento de la ortodoxia auténtica rescatar desde dentro al partido como instrumento de la Revolución cubana.

3° El gobierno y su actual consejo de ministros no representan la doctrina y el programa del PRC ni el mandato conferido por el pueblo en las elecciones presidenciales del 44, en consecuencia el movimiento de rebeldía auténtica se declara ante el pueblo y los afiliados del PRC en oposición al gobierno de Grau y su Consejo de Ministros.

4° Nombrar una Comisión integrada por Eduardo Chibás, Pelayo Cuervo, Manuel Bisbé, Leonardo Fernández Sánchez, Luis Orlando Rodríguez, Natacha Mella, Alberto Saumell, Hugo Mir, Orlando Castro, Luis Conte Agüero, y Juanito Rodríguez para, junto a otras personalidades y otros núcleos de las clases productoras (clases medias, obreros, campesinos, juveniles, femeninos) buscar la forma de viabilizar funcionalmente la integración de una nueva fuerza política que recoja el programa incumplido de la Revolución.

Las Bases aprobadas por unanimidad y que servirían de base a la actuación de la disidencia fueron:

1°. Rescate del programa del PRC y la doctrina auténtica, independencia económica, libertad política y justicia social, dentro del régimen democrático establecido en la Constitución. De ahí el nombre de Ortodoxos, serían los restauradores de los principios violentados de la Revolución del 30 durante la experiencia de gobierno de los auténticos.

2°. Organizar un partido de estructuración funcional en que se integren los núcleos sociales interesados en la liberación nacional: sectores productores, campesinos, obreros, mujeres, estudiantes, clases medias, profesionales. Esta base es quizás uno de los más interesantes aportes del Partido Ortodoxo. La estructura funcional del Partido no era de carácter electoral aún cuando el partido aspiraba al poder mediante los mecanismos de las elecciones democráticas. La estructura funcional era el canal que vinculaba el Partido con los diversos sectores de la sociedad civil —mujeres, jóvenes, profesionales, obreros, campesinos y otros— y tenía un peso igual al de la estructura electoral en las decisiones del Partido. Este punto exige que nos detengamos un momento en el tema. Debemos señalar que esto era y no era nuevo. Había estado presente en un partido de muy poca vida y menos trascendencia que había sido

fundado por Leonardo Fernández Sánchez y algunas otras figuras procedentes del comunismo y disidentes después del Pacto de los comunistas con Batista en 1938.

El Partido Ortodoxo tendría una estructura dual. No nos vamos a detener en la posición anti-histórica de qué hubiera ocurrido con este experimento al llegar al poder. Lo cierto es que no pudieron experimentarlo. Sólo podemos detenernos en algunos de los momentos en que la estructura funcional se enfrentó a la electoral dentro del Partido. Sin duda su papel estaba dirigido a evitar lo ocurrido con el PRC (a) en que tanto Grau como Prío habían llegado al poder, manipulado al partido y las organizaciones del mismo que mantenían las relaciones con las bases, supeditándolas, como el caso de la sección obrera auténtica, o marginándolas, dejándolas «fuera de juego» como el caso de la juventud.

La conversión del presidente electo en caudillo, aún dentro de los mecanismos democráticos, planteaba la preocupación en limitar sus poderes mediante una ampliación de la democracia. La estructura funcional del Partido Ortodoxo era paralela a la electoral representada por los alcaldes, concejales, senadores, representantes y hasta el Presidente si resultaba electo. Pero mientras en la segunda la sociedad era representada como un todo único, la primera recibía su dinámica de las diferencias en las bases sociales. En ésta, las relaciones y el poder procedían de las periódicas asambleas con sus bases. No eran candidatos electorales mas, dentro del Partido, podían proponer medidas y también oponerse a aquéllas propugnadas por sus representantes en el Gobierno. Hay que decir que varias veces el Partido estuvo en crisis por el enfrentamiento entre ambas estructuras. Una de ellas ocurrió por la posición pactista de la mayor parte de sus figuras electorales y fueron los funcionales y sus asambleas las que impidieron que este principio programático fuera transgredido.⁸

3°. Luchar sin contemporización contra el latrocinio, el prebendaje, el soborno, el caciquismo, y demás vicios de la política tradicional. No a los pactos políticos. En esos pactos las posiciones aparentemente más disímiles llegaban a acuerdos por obtener una vacante en el Senado, en la Cámara o en el Ayuntamiento. Por ejemplo, los comunistas (Partido Socialista Popular) pactaron con Batista y con el Alcalde de La Habana, Castellanos, quienes estuvieron envueltos en numerosos escándalos de corrupción, además de la historia represiva que acompañaba al primero.

4°. La disidencia no podría ser un organismo puramente estructural, debía adoptar formas de organización y dirección para imprimirle la disciplina y la militancia necesarias a un partido revolucionario moderno.

5°. Las bases exigen la consulta popular, no puede ser producto de una fórmula de gabinete, en asambleas populares auténticas, de organizaciones, grupos y revolucionarios independientes.⁹

⁸ Jorge Mañach: «Nostalgia del líder» en Revista *Bohemia*, La Habana, 11 de agosto de 1952, págs. 65 y 106.

⁹ Revista *Bohemia*, La Habana, 25 de mayo de 1947, pág. 41.

El Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) inició una época de transparencia en la vida pública, no era el dinero el que marcaba la pauta, era la vergüenza, la ética, la honestidad del hombre público. Eduardo Chibás y los líderes de la Ortodoxia tenían que ofrecer su vida austera como ejemplo. El gran amigo Enrique de la Osa, recientemente fallecido, relataba ese contacto directo de Chibás con el pueblo desde su vieja cuña, un auto descapotable con el que gustaba recorrer las calles habaneras conversando con el hombre común sobre lo que pensaba de su reciente discurso o tomando nota de qué estaba preocupando al ciudadano. Hay una gran diferencia entre un líder autoritario y este otro líder. No es una leyenda que se teje en una epopeya épica en una relación marcada sólo por el rito, la representación, aunque no dejaba de existir el momento de la representación, el del discurso en la radio, cosa que Chibás sabía hacer muy bien, era esa otra ética cotidiana que se exigía en los comportamientos y que iba trascendiendo al pueblo. Conchita Fernández, Secretaria de Chibás, me contaba cómo su práctica chocaba con las de la política de la época, Chibás recibía a todo el que solicitara verle, y ella recordaba una viuda con cinco hijos a quien le consiguió trabajo y cuando volvió con cinco cédulas electorales, Chibás no las aceptó con el argumento de la libertad del elector para elegir su candidato.

Según todos los testimonios era muy diferente su tono pausado y reflexivo en las reuniones del Partido y en la calle, en las conversaciones informales, del de sus discursos. En relación con la forma que adoptaba en las primeras, apelamos al testimonio de Jorge Mañach en una anécdota que refería su posición divergente de la de Chibás:

Tranquilamente, serenamente, fue considerando uno a uno los puntos del alegato, sometiéndolos a la fría disección de aquella lógica acerada que también él sabía emplear. Cuando hubo completado el vigoroso análisis, apeló a lo emocional.

... la necesidad en que Cuba estaba de que se le diesen ejemplos de pulcritud indeclinable, de noble intransigencia; reiteró aquellas protestas de que la Ortodoxia no había surgido para transar querellas circunstanciales sino para rebasar los hábitos de complicidad en que se había sumido el destino de la República...

Yo estaba derrotado en los alegatos de mi buena fe, pero creo que fue aquella noche cuando aprendí a querer y a respetar de veras a Eduardo Chibás.¹⁰

En los discursos era combativo, su voz resultaba estridente «un poco en falsete»¹¹, usaba palabras más que duras hasta podían resultar groseras y sobre todo muy diferentes a las del discurso político al uso.

Acostumbraba decir a quienes lo criticaban que más duro que la palabra ladrón era el hecho del Presidente de la República ser un ladrón. La forma,

¹⁰ *Ibidem* (7).

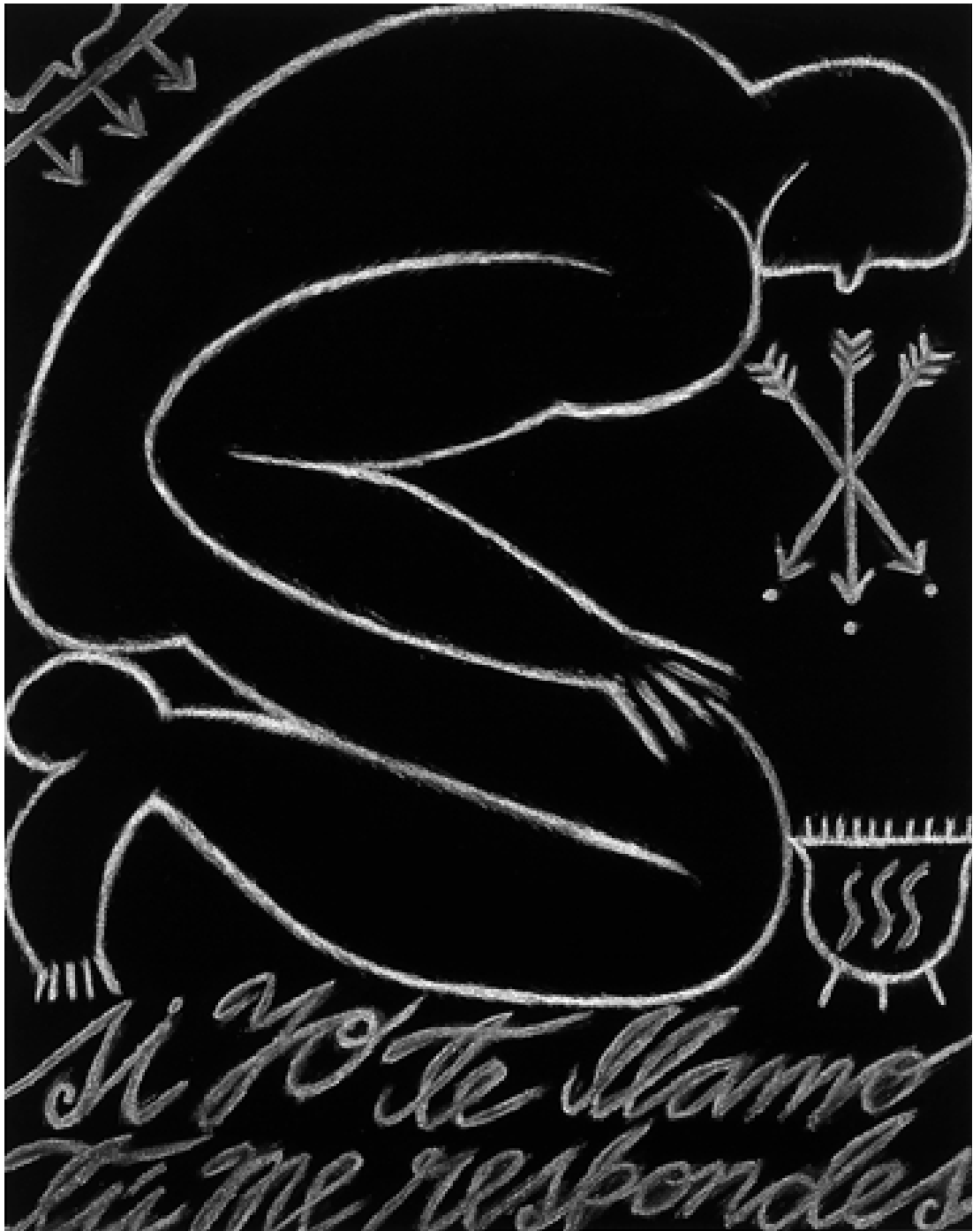
¹¹ *Ibidem*.

aunque tenía relación con ese interés suyo en mostrar la diferencia con los otros políticos también se correspondía con la violencia que la corrupción generaba entre el pueblo. El grito era más próximo a la ira popular provocada por los desmanes de los gobernantes. El pueblo cubano estaba resentido y el lenguaje de Chibás recogía esos sentimientos contra la corrupción, devino el canal en que podían encontrarse las múltiples voces populares. Mas también hay una postura por la transparencia, porque al pueblo no hay que ocultarle nada, que todo debe ser expuesto a la consulta popular. Algunas de sus frases recurrían a expresiones populares: *Alí Babá y los cuarenta ladrones de la Cordialidad* (la Cordialidad fue el sustantivo añadido al PRC por Prío para reflejar la alianza con los políticos de los partidos tradicionales y corruptos), *el agua al cuello, componendas y cambalaches, vergüenza contra dinero, pacto de renegados, enjuagues desvergonzados, vida pública en una charca.*

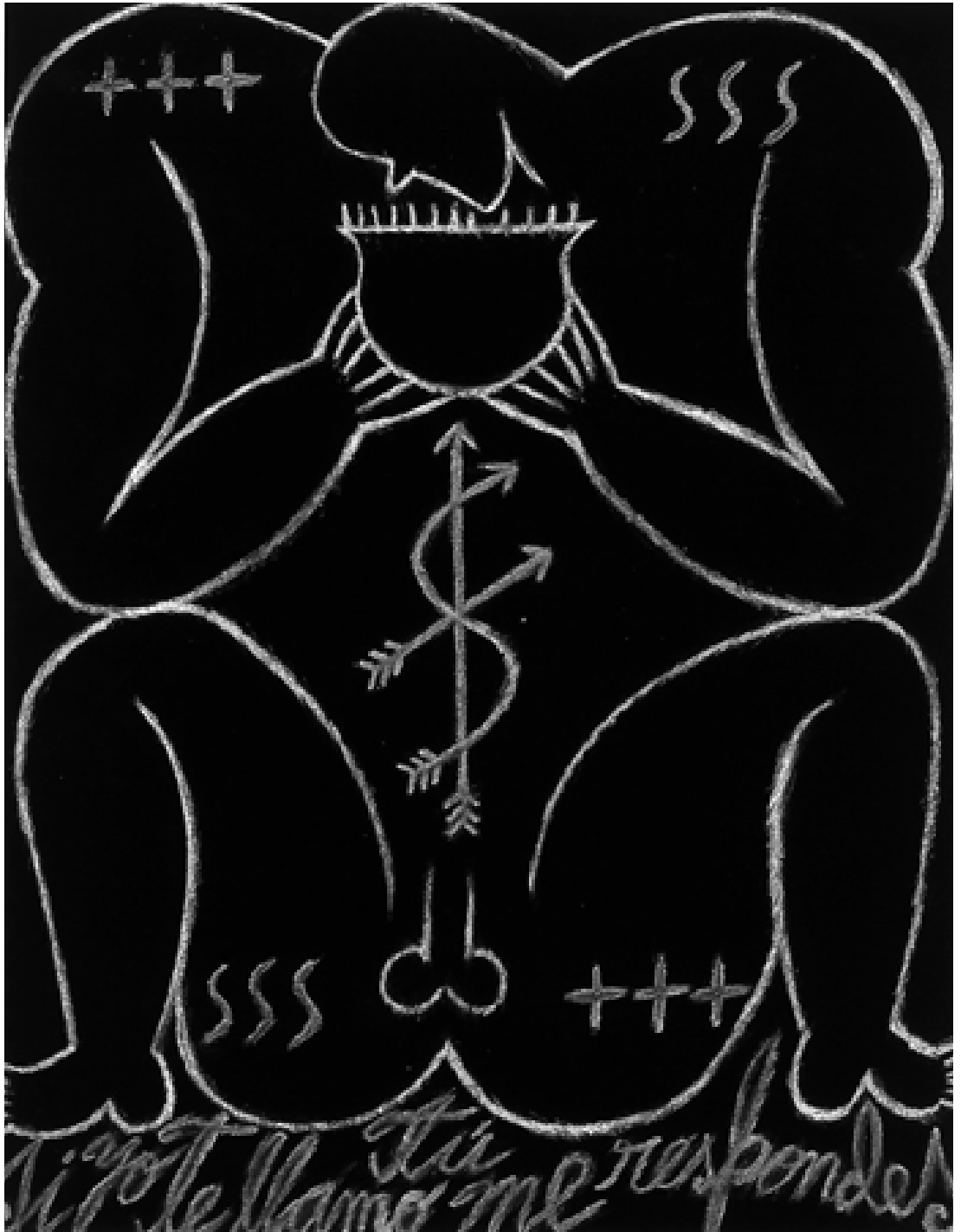
El pueblo no sólo justificaba, aplaudía ese lenguaje brusco, crudo y en ocasiones, grosero. En trabajo de campo en las provincias orientales he recogido testimonios de cómo los habitantes de regiones montañosas viajaban horas para escuchar en el único radio de pila de la vecindad la palabra de Chibás los domingos por la tarde. Llegó a tener el mayor rating de los programas de radio de la época compitiendo con la radionovela *El derecho de nacer*. Decía Mañach sobre la eficacia de su discurso: «la palabra de muchos de nosotros resbala a veces sin penetrar en la sensibilidad popular, la combativa de Chibás refleja ese estado de desesperación que está en la subconciencia popular.¹²

La práctica de la Ortodoxia se apoyaba en el reconocimiento de la madurez del pueblo, sin embargo, cuando hoy el Gobierno cubano se niega a admitir el diálogo y la discusión está de hecho colocando en cuestión esa madurez de la sociedad civil cubana para decidir cuál es el camino más idóneo para el país. El gobierno continúa la línea de la tradicional política del viejo partido comunista cubano de que hay cosas que no debe saber el pueblo por su condición de minoridad. Las relaciones de la Ortodoxia con la sociedad civil revelan la potencialidad de ésta, y el amplio despliegue de su experiencia en los marcos democráticos que deberán abrirse para Cuba. No se trata sólo de la restauración de elecciones democráticas, que por supuesto es un camino ineludible, sino de que éstas deberán estar acompañadas de la más amplia participación popular, para que el pueblo cubano pueda encontrar su camino.

¹² *Ibidem.*



Si yo te llamo tú me respondes. (1987)



Si yo te llamo tú me respondes. (1987)

La mensajera

Jorge Dávila Miguel

Sur de África, 1976

Muchos años atrás, quizás doscientos, los portugueses pusieron allí aquellos pilotes. Una pareja a cada lado. Fuertes, ligeramente abombados en las puntas y con el lazo del cable en la parte más estrecha de su cuerpo. Todavía se notaba el roce de los cables, pero un óxido ligero lo recubría todo. Se notaban miles de pequeños orificios, como en cualquier hierro que hubiera estado tanto tiempo a la intemperie. José Brañas pasaba la mano por encima de uno y supuso que los otros, al otro lado de la corriente, también se mantendrían firmes. Se abotonó la cazadora hasta el cuello, chupó de nuevo el cigarrillo y calculó la distancia de orilla a orilla.

Había un destacamento de avanzada doce kilómetros más allá del río Queve hacía ocho días. Cruzaron por encima de los restos del puente, hundido a media agua, protegiendo sobre todo el armamento. Pero la mayoría del regimiento seguía del lado de acá, con los blindados, la artillería y el avituallamiento. El mando no sabía cómo hacer llegar al destacamento de avanzada la comida de una manera regular. A la brigada de ingenieros le era imposible ensamblar un puente de emergencia. En aquella parte del Queve las aguas eran caudalosas en esa época del año; la primavera había comenzado con toda su fuerza en el nordeste y la lluvia había colmado allá hoja tras hoja durante días, las hojas habían inundado la tierra y la tierra no había tenido más remedio que volcarse al río.

Bajo un farol a todo gas los jefes discutían. El capitán Pruna había propuesto pasar una moto Ural con sidecar al otro lado y que cada día dos enlaces se encargaran de llevar el rancho a los soldados. Algo había que hacer. Hasta ahora la marcha con los termos era a pie. Los guardias allá abajo no podían encender fuego, habían comido caliente sólo dos veces desde que atravesaron el río. Le habían mandado una nota cifrada al comandante: «Compañero Rojo, con este plan alimentario cada día somos un blanco más difícil para el enemigo, pero el problema es que si sopla el viento nos dispersa: sólo el fusil nos ancla en tierra. Venceremos.»

El primer día habían intentado el cruce con un camión ligero, poco más abajo del puente que el enemigo no había destruido totalmente. El Zil estuvo a punto de perderse, la corriente formaba remolinos en las partes donde la

estructura de concreto hundida se convertía en embudos de agua y fango. Menos mal que el chofer, un mulato oriental que había aprendido a manejar bajando camiones repletos de troncos por los resbaladizos caminos de la sierra tuvo tiempo de parar y decir cojones yo vine a la guerra a tirar tiros y no a ahogarme como un comierda en este río. Así y todo por poco se ahoga en su propio caldo dando marcha atrás. Cuando el camión entró al fin reculando en la fangosa margen norte, el chofer tenía frente, cara y cuello surcada de un sudor que le había empapado sin misericordia el uniforme. Tiró la puerta. «Nunca pude aprender a nadar», explicó a los que le miraban, mientras se adentraba en tierra firme y la nariz del camión parecía que abrevaba en el río.

Por encima de los restos del puente era imposible. Pensaron pasar una cocina de campaña desarmada pero el capitán Pruna se opuso. «Vamos a estar en las mismas ¿cómo llevamos la comida luego hasta allá? Además, las cocinas que tenemos para el regimiento ya no alcanzan. Lo que vamos a tener son guardias hambrientos por todas partes».

Había que pasar un transporte costara lo que costase. Entonces fue que surgió la idea de pasar la moto. «Eso soluciona la cosa», dijo Pruna. «Pero, ¿cómo pasamos la moto?», preguntó Rodríguez, el comisario político. «En dos balsas de caucho rusas —respondió el capitán— una para la moto y otra para el sidecar. Después los hombres pasan a pie por los restos del puente, y todos los días mandamos la comida en la moto». Hubo un silencio general en la tienda de campaña donde discutían los jefes. Sólo se escuchaba el zumbido del farol: mezcla de kerosene y aire a presión alimentando la camiseta incandescente. Entonces el comandante le dijo a Pruna: «Busca al mejor motorista de comunicaciones, ese morito flaco que castigamos el otro día por comerciar con los aldeanos. Selecciona una escuadra de exploradores para que acampe al otro lado del río». El comandante prendió de nuevo fuego al cabo de su tabaco y echó humo complacido. «Hecho. Esta misma noche pasamos la moto con el motorista encima y los guardias tienen comida caliente mañana. Voy a avisar a los tenientes».

—Ese negro se va a ahogar —le dijo Brañas a Pruna que volvía de informar a los oficiales de todas las cosas que debían estar en la orilla del río en media hora.— Ese negro se va a ahogar capitán. Oí lo que van a hacer y eso no funciona.

—¿Qué dices Brañas?, no seas negativo —Pruna temió que el guardia tuviera razón.

—Los botes de caucho no aguantan.

—Ah Brañas —respiró con alivio el capitán— ¿cómo no van a aguantar si cada uno carga quince hombres?

—Quince hombres son carne y la moto es hierro capitán. No aguanta lo mismo. Se vira el bote, la moto se hunde y el negro se ahoga.

—Lo calculamos. El peso es el mismo —dijo Pruna y esperó la respuesta.

—Sé lo que digo capitán. Con el puente derribado se estrecha el cauce y a cinco metros del último trozo de concreto la corriente arrecia por debajo. Es

como una tubería que de veinte se estrecha a cinco. El agua coge presión y el negro se ahoga.

Brañas era buzo. Había sido reclutado como eso. Lo fue en las labores de desembarco en el puerto de la capital durante meses, cada vez que llegaba una nave cargada de armas o soldados. Su trabajo era prevenir los sabotajes. Luego había sido explorador de profundidad y enfermó de los pies. Por eso había sido destinado al 12 regimiento, del comandante Aurelio Rojo, en funciones de servicio. Brañas fue con Pruna a la ribera y le explicó el problema. «Tienes razón soldado —admitió el capitán— tienes razón».

La plana mayor todavía discutía otros problemas bajo el farol cuando Pruna llegó y dijo que lo de la moto no podía ser. El asunto que trataban quedó en suspenso. A todos los jefes les pareció que no habían adelantado nada en toda la noche. El comandante miró a Pruna y le dijo ¿qué coño pasa capitán?

—Mire compañero Rojo —dijo Pruna preocupado por ser mensajero de malas noticias— usted sabe que Brañas, el explorador, es buzo.

—Y qué.

—Que dice que la cosa no sirve. Los botes no aguantan —y le explicó todo tal cual Brañas se lo había detallado. Pero el buzo tuvo que salir de todas formas con la plana mayor en pleno y el farol hasta la margen del río para convencerles de que lo que decía era cierto.

—Bueno Brañas —dijo Rojo mientras encendía de nuevo el mocho de tabaco que ya era menor que su nariz— tú que eres el del desencanto, ¿cómo resolvemos?

—Yo le paso la moto comandante.

—Pásala.

—Déme seis tanques vacíos de cincuenticinco galones. Déme cable, sogas y déme tablones. Yo se la paso.

Estaba amaneciendo cuando Brañas cruzaba el agua helada del Queve por encima del puente destruido. Por allí había pasado el destacamento ocho días antes. Durante varios metros el agua alcanzó a Brañas más arriba del pecho y tuvo que aguantarse muy fuertemente a los hierros retorcidos para no perder el equilibrio. Llevaba dos cabos de sogas gruesas, uno en cada hombro y el peso de las sogas se turnaba para desestabilizarlo. En un momento perdió pie y se hundió por completo, pero salió un trecho más adelante. Al fin alcanzó la ribera sur y amarró los cabos a los viejos pilotes portugueses.

Se había pasado toda la noche en amarres y nudos. Los seis bidones quedaron firmes. Encima también estaban las tablas bien sujetas y de cada esquina salía un enorme lazo por donde irían los cables guías para la balsa.

A eso de las diez de la mañana Brañas se subió en la pequeña plataforma flotante con la moto encendida, acelerando a todo gas como si fuera a propulsar su improvisada nave con el mismísimo rugir de la Ural. También

montó allí al morito motorista. Se fue cobrando poco a poco la soga, amarrada a ambos extremos de la balsa y que daba la vuelta desde el otro lado, con un cabestrante de un camión Berlietz Tramagal. Llegó a la otra orilla la balsa, la moto y el motorista. Al tocar la orilla Brañas puso el vehículo a todo gas y por sus propias ruedas trepó hacia la tierra.

Desde la ribera norte todos los jefes estuvieron atentos a la travesía y le gritaron cosas agradables a Brañas.

Luego la balsa sirvió para cruzar una escuadra de guardia y los termos rusos de campaña. El propio comandante y toda la plana mayor quisieron disfrutar también de la aventura. El día resultaba ser medianamente caluroso y los guardias, a los que se les había permitido llegar hasta el río y bañarse, pudieron contemplar la balsa quieta en su improvisado atracadero.

Por la noche los jefes discutían de nuevo bajo el farol, los hombres en los cientos de tiendas dislocadas en la selva hablaban de la lejanía del hogar, la incertidumbre y sus mujeres. La pequeña nave ya había perdido toda su novedad y su emoción. Menos para Brañas, que se ocupaba de embadurnar con grasa gruesa los puntos de roce del cable y de calcular cómo podría hacerse un mejor viaje. Era su mejor manera de olvidar las eternas preocupaciones nocturnas de los guardias. Pensaba que para la operación del otro día sería mejor acercar más a la orilla el camión con el cabestrante e incluso desmontar el aparato para fijarlo en tierra. El comandante se le acercó con dos tenientes.

—Brañas —le dijo— Brañas, ¿tú te atreves a cruzar tanques y camiones?

El buzo le miró con sorpresa. De una moto Ural a un blindado va mucha diferencia, pensó. Jamás le había pasado por la cabeza que pudieran preguntarle eso. Pero Brañas se sorprendió cuando se escuchó responder.

—Yo le paso lo que usted quiera comandante.

—¿Qué te hace falta?

—Ir a la capital. Al puerto en la capital.

—¿A qué?

—Las dragas en los puertos utilizan unos flotadores para la tubería del dragado. Con algunos de ellos bien amarrados y otras cosas yo le paso un tanque. Necesito también angulares. Me hacen falta cosas que yo sé. Me hacen falta muchos bidones de 55 galones.

—Y ¿qué tiempo tardas?

—Ir y venir, y un par de días por allá. Que me autoricen. Yo le paso el tanque.

—Hazme la lista soldado —dijo seco el comandante—. Yo te lo mando a buscar. No hay tiempo de que vayas y vuelvas. Estamos detenidos, buzo, empieza a calcular cómo lo vas a hacer. Yo te lo traigo todo.

—¿Cuánto pesa un tanque?

—Treinta y dos toneladas.

—Búsqueme ciento dos bidones de 55 galones, ocho flotadores de dragado, soldadura, cabillas, angulares, los tornillos más grandes que encuentre,

dos camas de rastra, también de las más grandes y tráigame veinte llantas de jeep ruso, o de cualquier carro capitalista; me hacen falta también neumáticos, si quiere que sean viejos pero no podridos, hacen falta para los topes de esta orilla y de la otra, que sean cincuenta.

Le trajeron todo. A partir del segundo día por la tarde comenzaron a llegar los bidones. Esa noche una enorme rastra que aún tenía muy claro el emblema de la compañía petrolera Total descargó angulares, cabillas, tornillos, pasadores, tuercas, cables, herramientas y hasta una vieja estufa de leña, como las de las películas del oeste, que Brañas nunca se explicó. El chofer de la rastra tampoco. Nadie nunca supo cómo aquella cocina había ido a dar a la margen norte del Queve, ni para qué. Había material para hacer un destroyer, le dijo Pruna en broma a Brañas. «A ver si haces un barquito después y organizamos nuestro propio convoy para el regreso», le agregó el capitán mientras el buzo caminaba entre todo aquel material amontonado como por encanto de la noche al día. Le dijo el capitán: «Bueno, ¿cuántos batallones te hacen falta para armar la balsa?»

—Hay un problema capitán.

Pruna, que sonreía, puso los labios bien finos y tercicos al instante. Miró a Brañas. «¿Qué pasa?»

—No han llegado las camas de rastra, es lo que va encima. Hay que armar los bidones y flotadores en la panza y luego virarla al revés para que todo quede justo. Se vira toda la armazón con las poleas y aguilonos y entonces la depositamos directo en el agua sobre su panza, con los bidones flotando.

—¿Y no es lo mismo poner encima de los bidones armados la cama y entonces arrastrarla hasta el agua?

—No va a quedar ajustado. Se van a estropear algunos flotadores con el peso y el arrastre.

—¿Cuánto pesa la cama? —preguntó Pruna.

—Imagino que tres toneladas.

—Con un batallón se ajusta.

—Puede que también haya dificultad en arrastrar la armazón hasta el río...

—Con tres batallones la levantamos en peso.

—... Además capitán, no sé la forma exacta de las camas, no puedo empezar a soldar los bidones...

—Brañas —le dijo Pruna despacio— hazlo.

—Bueno capitán, habrá un montón de hombres herniados.

Esa misma madrugada comenzó el trabajo. El jefe de exploración envió a la margen sur dos pelotones para que vigilaran noche y día con guardia doble. Era importante asegurarse que el enemigo no llegara a saber lo que se preparaba.

En aquellos momentos había confusión entre ellos, esperaban la ofensiva por esa dirección y ésta no se había producido. La inteligencia militar sabía, con la resignación del mal menor, que la torpeza de su brigada de puentes no era aceptada por el enemigo como real. Ellos, decenas de kilómetros al sur, estaban convencidos de que se preparaba algo especial. El estado mayor del ejército expedicionario había alimentado cuidadosamente esa equivocación: envió decenas de camiones vacíos hacia el este. Querían hacer pensar al adversario que habían decidido entrar en Namibia por el este. Aunque el mando enemigo no comprendía cómo el ejército expedicionario se podría lanzar a una aventura tal, que precipitaría un conflicto regional, un alto jefe sudafricano dijo: «Si han montado un ejército de 40.000 hombres en barcos de cargar azúcar y cruzaron el mar sin pastillas para el mareo, ¿por qué diablos no se les va a ocurrir meterse en Namibia por el este?». Nunca antes la ineficiencia de una brigada de ingenieros fue tan productiva.

Por eso hubiera sido desastroso que el mando enemigo supiera que sencillamente lo que ocurría es que la tropa no podía atravesar el río —como en cualquier película— con un puente portátil de la brigada de ingenieros, y que en realidad lo que se intentaba era pasar tres brigadas de tanques encima de una especie de batea. Era peligroso que los generales enemigos se enteraran de todo aquello, pero había algo peor: era vergonzoso. Por eso el comandante Coronado le había ordenado al comandante Rojo que sus instrucciones a aquellos dos pelotones de exploradores fueran tajantes: «Que no pase ni un enemigo más acá de cinco kilómetros, y no quiero prisioneros. Si se escapa alguno que avisen de inmediato para enviar los helicópteros».

Cuando Rojo le aclaró a Coronado que no había un solo helicóptero en 200 kilómetros a la redonda, el comandante respondió: «No importa, que vengan desde Luanda, pero ningún cabrón enemigo se ríe de mí». Rojo le explicó que desde Luanda no llegarían a tiempo. Coronado, tajante, le replicó: «Pues coño, por eso mismo te digo que no dejen escapar ni uno».

Ya todo el regimiento sabía lo del pontón. Hasta las unidades que estaban dislocadas diez kilómetros detrás lo conocían. La empresa de Brañas era el comentario de todos los soldados, que hablaban sobre ella con algo de misterio. La embarcación había logrado la hazaña de hacer olvidar el tema diario: el hogar y las mujeres. Unos a otros constantemente se preguntaban qué sabían de lo que sucedía en la ribera norte del río. Lo que se dice de guardia a guardia sobre las operaciones puede tener un resultado estupendo o desastroso en una guerra. Casi un ejército entero puede enterarse en pocas horas de algo, si ese algo es vital para el soldado. Aquel pontón era más que vital para todos los combatientes, que detenidos en la margen norte sabían que de él dependía su suerte. Todos querían saber qué tiempo les separaba de la batalla que se libraría algún día allá abajo. Era una mezcla de ansiedad y de temor porque para el soldado la calma y el aburrimiento son casi tan terribles como el miedo.

Brañas llegó a tener cuarenta hombres trabajando para él. Lo último que llegó al improvisado astillero fueron las camas de rastra. Eran dos enormes

planchas aceradas, perfectamente sólidas, bien rematadas con angulares de acero, cuyos ejes y sistema de transmisión habían sido cortados apresuradamente por los soldadores en la retaguardia. Era lo que faltaba para la balsa que debía cruzar el Queve, y a la que los guardias ya habían puesto nombre: La Mensajera. Llegaron encima de dos transportes para tanques averiados. El aguilón y los cabestrantes que había preparado Brañas no bastaron para bajarlas, fue necesario todo un correaje de cables, rodillos y poleas para que los rectángulos, que efectivamente pesaban unas tres toneladas y media, descansaran suavemente en tierra cerca de donde se ensamblaba durante día y noche el basamento de flotación. El buzo tenía perfecta confianza en lo que hacía. Casi no hablaba con nadie. Desde el momento en que empezó a soldar los primeros bidones a la estructura que luego se cosería a las gigantescas planchas, nada más hacía que vigilar los mínimos detalles. Él era por naturaleza un hombre serio, aunque se permitía algunas chanzas; era incluso bueno haciendo chistes. El cabo Bergutín decía que Brañas era un cómico nato pero que no había crecido para serlo, definición que complacía al buzo y que no entendía nadie más. Muchos le bromeaban en esos días sobre La Mensajera y él aceptaba el juego, pero nunca respondió jocosamente. Y no porque pensara que lo que hacía era más serio que cualquier otra cosa, le dijo a Pruna la tarde en que terminaron de unir los 102 bidones con la estructura de angulares. No es eso, le dijo. Lo que pasa, decía Brañas, es que las cosas se hacen o no se hacen y él no tenía cabeza para hacer dos cosas al mismo tiempo: para hacer un barco que cargaría blindados y bromear acerca de ello. Yo no soy un ingeniero Pruna, le dijo, y creo que tampoco soy muy inteligente. En qué problema me meto si esto me sale mal. La gente tiene a veces la culpa de que algo no le salga bien. No se puede servir la mesa en un restaurante riendo a carcajadas, aunque los platos se pongan bien suave sobre el mantel. En todo es igual. Yo no puedo hacer mi Mensajera y bromear con ella. Aunque fuera con cariño. Hasta me preguntan si le voy a poner puente de mando. «Pero Pruna —agregó justo cuando el capitán lo iba a mandar a dormir un rato— dígame la verdad, ¿acaso no es hermosa mi Mensajera?»

—¡Baja! ¡Baja!

Los ocho aguilones con sus cabestrantes para acomodar las planchas encima de los flotadores y bidones se levantaban simétricos y casi perpendiculares hacia el cielo aquella mañana. Parecían como una catedral gótica hecha de acero y poleas. Los cables estaban tensos, desde los campanarios hasta los rectángulos durísimos y los arbotantes en forma de caballetes de madera recia de la selva. Todo estaba enhiesto en el día claro y sólo alteraba la majestuosidad de aquel engendro de inventor de ribera un leve balanceo que hacía temblar a Brañas.

—¡Quítale los calzos para que ruede un poco a la derecha, Chino! —gritó el buzo.

Brañas había dispuesto la estructura de bidones encima de muchos rodillos de madera. Quería evitar por todos los medios el volteo de los bidones armados encima de la cama y luego verse obligado a volverlo todo otra vez. Un riesgo es mejor que dos, se decía.

—¡Cobra ahora en la esquina! —pedía el capitán Pruna, convertido ahora en lugarteniente del buzo, desde el otro extremo del improvisado astillero. Sin embargo había algo que no marchaba. Hacía ya tres horas que movían de arriba abajo la primera plancha de rastra y el buzo nunca estaba de acuerdo en acabar de depositarla. Y tenía razón, en un primer intento se habían estropeado cuatro bidones. Brañas sabía lo que esto podía significar cuando se botara al agua La Mensajera.

—Sube de nuevo, Chino. Sube y aguanten ahí.

La enorme plancha de acero quedó de nuevo suspendida en el aire. A unos quince metros. Se quedó allí, oscilando leve aunque insolente, como un papalote inmenso. Varios guardias se sentaron a su sombra, que no caía directamente bajo su mole, sofocados por el calor del día que ya arreciaba.

—Esto no camina comandante —dijo muy serio Brañas como para que el jefe lo animara— esto no marcha —le repitió. Hay que intentar otra cosa.

—Buzo —le contestó el comandante— intente lo que quiera. Yo sé que usted va a poder cruzar sobre ese río todo el hierro que haga falta. Pero soldado, no hay tiempo para intentar mucho. Desde muy lejos ya me preguntan por La Mensajera.

Se depositó de nuevo la plancha en el piso, cuidadosamente la voltearon panza arriba. Brañas decidió soldar los bidones para después volverla de nuevo sobre sí. Era la operación que siempre quiso evitar. Esa noche los reflectores de los blindados alumbraron el trabajo de leva de la estructura de flotación. Lo que el buzo temía sucedió. La estructura se resintió y de nuevo hubo que depositarla en tierra para reforzarla con nuevos angulares. Esa noche hubo cerveza para los constructores en la margen norte del Queve. Brañas y sus hombres forcejeaban con los bidones y los volvían a ajustar en su sitio entre una imprecación, un trago de cerveza caliente y sonrisas nerviosas. Al amanecer ya estaba todo compuesto de nuevo: las decenas de bidones y flotadores de draga descansaban en el vientre de las planchas. Ya podía empezar la soldadura y el tornilleo final.

—Brañas, el comandante manda a decirle que se vaya a descansar —le dijo el oficial de guardia.

El buzo hizo caso y se fue a su tienda, aunque a las tres horas estaba de nuevo despierto mirando cómo un nuevo equipo de tanquistas soldados fijaban

puntos y puntos a lo largo de La Mensajera. Aquel sueño le hizo bien. Pero tal parecía que habían pasado muchos años. Ahora notaba un tanto más ajena su balsa. Cuando a eso de las once de la mañana llegó al lugar y la vio descansando boca arriba en toda su extensión, le pareció como si no la reconociera totalmente, aunque entonces pudo contemplarla en toda su belleza. Era un ancho y enorme rectángulo perfectamente perfilado que se veía bien, pero muy bien armado. Como para llevar encima su propia casa, toda su familia, y además un tanque.

A las tres en punto comenzó el izaje. Muchos guardias en los distintos disloques rompieron ese día la disciplina y se acercaron al lugar para ver el acontecimiento. Desde los más alejados campamentos se enviaron emisarios para que luego le contaran a los demás cómo había sido todo. Brañas estaba muy sereno, como después de haber bebido aguardiente puro de caña en una noche y despertar bien temprano al otro día, sin gota de preocupación y notando que el sol realmente alumbra. No se inquietó más. Llamó a los gueros de los aguilonos y conversó con ellos un rato. Se pusieron de acuerdo de cómo debía ser el lento izaje y el aún más lento descenso. Les hizo repetir cómo debía ser el volteo encima de los rodillos que llevarían a La Mensajera hasta su lecho de agua.

Después se sentó y encendió un cigarrillo junto a los hombres que habían armado todo aquello. Alguien trajo una cerveza, le dio unos tragos y no quiso beber más. Dejó la botella resguardada en una sombra y dijo: «Bueno guardias, a virar el barco. Y con cuidado».

Lo malo fue cuando reventó uno de los cables. Estalló en el aire como un látigo de arriero. La Mensajera descendió casi un metro de un tirón por una esquina e hizo que los otros aguilonos se estremecieran, pero aguantaron el golpe. De todos modos ya no había marcha atrás. Aunque aquella esquina se hincara en tierra, Brañas y sus carpinteros de ribera no estaban dispuestos a tolerar más caprichos a la balsa. En el momento del estallido Brañas se levantó de su piedra pero no dijo palabra. Entonces se sentó de nuevo y con voz normal, sin una alteración, continuó dirigiendo el volteo del pontón. Pues se dio cuenta que la voz baja, casi el susurro, era el tono propicio para aquel instante y que en el silencio de aquella multitud de guardias, sólo alterado por el ruido de las aguas revueltas del Queve, una voz rajada y nerviosa sólo empeoraría las cosas y además iba a sonar mal.

Si en los últimos momentos de la bajada de La Mensajera Brañas hubiera tenido el coraje de detenerla en el aire, encima de los rodillos que la esperaban, se podría haber comprobado que efectivamente, las distancias que separaban a cada esquina de los rodillos de arrastre no se diferenciaban una de otra sino por el grueso de un lápiz. Esto fue lo que más llamó la atención de los soldados y los jefes que miraban. Cómo la balsa se posó, justo al mismo tiempo en toda su extensión, como una gallina que va a empollar, sobre los troncos de madera. Eso fue lo que más se comentó después en los disloques.

Para Brañas ese último instante en que los bidones rozaban ya la madera fue muy extraño. Todo le pareció singularmente distante. Quiso detener el

descenso por un segundo para poder mirar por última vez su obra, pero temió. Nunca entendió el porqué de aquel deseo, pero lo tuvo. También quiso decir algo antes de que aquello terminara de posarse, algo como un ensalmo o un discurso, pero la garganta se le trabó y lo que escuchó salir de ella fue simplemente la palabra «bajen», acompañada de un movimiento suave y tierno de sus brazos. Indicó a los grueros que soltaran poco a poco sus palancas. Que retiraran sus manos de ellas. Que terminaran de hacer descansar al fin su Mensajera en tierra.

No hubo vítores. Después del chirrido de los bidones y los angulares, los tornillos y la plancha inmensa, ajustándose entre ellos como un matrimonio enorme, yaciendo en la cama de rodillos; luego que los motores de los cabestrantes callaran, se hizo un sonido seco y de nuevo se escuchó en solitario, como si nada hubiera sucedido, el correr apresurado de las aguas del Queve. Ningún guardia gritó. Algunos miraban La Mensajera descansando en el suelo, pero la mayoría miraba a Brañas de nuevo sentado en su piedra. El comandante Rojo era uno de ellos, y mantuvo su vista en él hasta que el buzo le miró. Entonces le hizo un gesto ladeando la cabeza. Luego se volteó y echó a andar. La plana mayor se alejó tras él.

Fue fácil atezar los cables guías de La Mensajera. Ella entró al río suavemente, aunque con el impulso, el agua le barrió toda la superficie mientras ella se hundía en las aguas pardas por un instante. Ése fue su segundo bautizo, porque Brañas, cuando La Mensajera comenzó a deslizarse hacia el Queve, había roto en una de sus esquinas la media botella de cerveza que había puesto en buena sombra horas antes.

Pruna fue el primero en subir al pontón. Saltó encima y después de recorrerla por las cuatro esquinas, mientras daba pisotones fuertes y saltaba como queriendo hundirla, le dio ya en tierra un fuerte abrazo a Brañas, que miraba su balsa fijamente, con una extraña sensación de lejanía.

Esa misma noche comenzó el desembarco. A muchos guardias que vinieron a ver la última maniobra del pontón apenas les dio tiempo de llegar a sus disloques y contar algo, pues casi con ellos llegó la orden de marcha. A las doce de la noche la margen norte del río parecía una avenida de gran ciudad. Un cordón de luces y camiones se extendía kilómetros atrás. Los grupos estaban formados en columnas. Era toda una cordillera de hombres y motores los que esperaban para el paso. Otros muchos transportes aguardaban apagados en distintos puntos, pero todos tenían tropa encima y sólo esperaban la voz impersonal de la radio que les ordenara incorporarse a la larga fila de blindados, carros y cañones que acababa junto a La Mensajera. Primero cruzaron dos compañías de tanques. Luego una brigada de artillería ligera. El silencio de la madrugada se había convertido en un tronar y tronar ronco de motores que aguardaban. Cada treintisiete minutos desembarcaba un viaje de hierro y tropa en la margen sur. A las tres de la mañana se formó la primera columna al otro lado del río. Se le dio orden de marcha. Muchos calcularon después que a esa misma hora había comenzado el fuego de mortero enemigo kilómetros abajo, pero en aquellos momentos hubiera sido totalmente imposible

notarlo, porque con el rodar de los blindados, ni las órdenes de amarre y desamarre de La Mensajera se escuchaban con claridad. Y aunque sólo hubiera sido por los reflectores de los blindados, que iluminaban como en un estadio la noche, los restos del puente, la balsa, los pilotos portugueses y el Queve, nada se hubiera podido escuchar, pues de tanta luz y tanto polvo el oído se cegaba.

Brañas fue uno de los últimos en estrenar su balsa. Cuando el transporte de su escuadra subió a ella pidió permiso para bajar y palparla sin más intermediario que sus botas, y viajar en ella así. Se puso a popa.

Con todo su equipo de combate encima no era ya un constructor de naves sino un soldado de tantos, aunque ninguno de tantos soldados se sintió tan a gusto en su viaje como José Brañas. Él quería conocer en todos sus movimientos y vaivenes al pontón y tenía que concerlos en muy poco tiempo, antes de que terminara su cortísimo viaje hacia la guerra. Sintió que ahora La Mensajera no era un objeto inanimado sino alguna otra cosa, viva, extraña tal vez, pero palpitante, aunque no perteneciera al mundo de los que respiraban. Y cuando se dio cuenta de que tenía esos pensamientos, se sobresaltó.

Miró hacia atrás, a la margen norte, donde quedaban pocos blindados esperando para el embarque. La orilla del Queve no era ya el final de una enorme culebra de camiones bramando en sus motores. Quedarían diez, doce, a lo sumo quince carros allí, dispersos con el desgano de una fiesta que se acaba. El soldado miró hasta allá sereno. Un guardia orinaba a pocos metros de su tanque. Otro se ajustaba las cananas. Un par de choferes intentaba echar a andar sin éxito un camión cisterna enorme. Por todas partes había trastos abandonados, cajas de fusiles, latas vacías. En una esquina alcanzó a divisar la vieja estufa del oeste que nunca nadie supo cómo ni por qué llegó hasta allí. Cada carro de combate rezagado, cada soldado, cada cantimplora rota en el polvo de aquel sitio se integraban para conformar una escena perfecta de abandono. Pero de pronto a José Brañas se le perdió todo eso de la vista. Al igual que se perdió de su oído todo ruido. Y entonces vio, con sus ojos claros y abiertos, no el día en que él estaba, sino otra tarde, la noche y otras cosas. Vio allá mismo, en vez de los carros rezagados, a su Mensajera incompleta y vio los trajines que le ocuparon con ella durante tanto tiempo. Y se vio a sí mismo, de un lado para otro, dando órdenes y sumergido en aquellos pensamientos que no le permitían ver otra cosa ante sí que no fuera a ella, sola, desmembrada, aún inexistente. Y se estremeció. Porque lo que veía ahora nunca lo vio cuando vivió aquellos momentos. Vio los pernos que fallaban y las vigas sin soldar, vio los peligros del izaje y los flotadores imperfectos. Vio, en fin, como en un sueño, todo por lo que había luchado. Todo por lo que dejó noches sin reposo, por lo que vibró en medio de aquel perdido paraje de África. Todo eso vio y vio también, como en un lapso, otros posibles desenlaces de su empeño, que ahora navegaba debajo de él, perfectamente organizado, llevándolo en su viaje. Y se dijo entonces, más sereno que asombrado, sí, ahora empieza mi verdadero y único trabajo, el peligro y las noches de miedo. Y este pensamiento lo estremeció, tanto y tan de pronto, que temió escaparse de regreso por el túnel de su mirada hasta los momentos que tanto

amó. Pero vio más. Vio aquel sitio de su Mensajera, pero sin ella, sin los soldados ni los pernos, ni los flotadores y ni siquiera los viejos pilotos portugueses que habían estado clavados en las márgenes del Queve al menos desde 200 años antes. Vio la selva, potente y callada, y unos árboles inmensos. Contempló todo aquello con asombro. Se dio cuenta de cuán lejos podría caminar su mirada en aquellos instantes y entonces se sintió tímido, como un vocablo sin importancia. Brañas se afianzó a la barandilla de La Mensajera. Recordó lo que había sucedido ante sus ojos y también notó que durante todas sus visiones la barca apenas se había movido por el río. Ahora un guardia, trepado a un camión, terminaba la frase soez que había comenzado justo en el momento en que el buzo fijó su mirada en la margen que se alejaba. Entonces a Brañas le acudió un pensamiento inquietante. Dio vuelta a su cuerpo y miró a la margen sur, y al horizonte de la margen sur de aquel país. Y no vio ni siquiera uno de los blindados que debían estar iniciando su marcha allí, ni tampoco a uno solo de los hombres que debían estar allí atendiendo el desembarco. Vio algunas escenas dispersas, pero de todas no pudo reconocer ninguna. Sólo la imagen de una enorme selva, callada, paciente, eterna. Y tanto la miró, que sus piernas le flaquearon, el sudor llenó su frente y de nuevo se estremeció. Aunque no le dio importancia. De su garganta escapó un corto gemido. «Todo ha sido una alucinación», se dijo el soldado, y se propuso olvidar, pero notó el sudor de su frente y un ligero temblor. «Qué cosas me pasan —se dijo— ha sido sólo un instante, será la tensión», y entonces se dispuso a disfrutar su corto viaje. Supo que le quedaban pocos minutos sobre ella y miró, aspirando fuerte al horizonte donde se veía ya claramente el humo del cañoneo y desde donde el viento traía también ya el ruido del combate. Así se mantuvo mientras hacía su más breve y definitivo viaje, y así llegó cuando la balsa topó la margen sur.

Al descansar en el recio banco del camión que se aprestaba a iniciar su marcha hacia el frente, vio cómo los zapadores minaban los accesos al embarcadero improvisado donde La Mensajera terminaba su recorrido. Debajo de cada pilote portugués colocaban una carga de explosivo y vio las cargas plásticas que se pondrían en la estructura de su barco en cuanto descendiera de allí el último soldado. En cuanto el mando comprobó la efectividad de la balsa decidió que el enemigo nunca pudiera utilizarla. Pobre Mensajera mía, pensó Brañas, la noticia de tu utilidad fue el plan de tu muerte.

El capitán de zapadores daba gritos a todos sus soldados para que abreviaran aquella tarea que le hacía perder tiempo junto al río mientras kilómetros abajo ya se escribía la historia. El capitán gritaba que todo aquel minado era inútil, y lo decía iracundo, decía a todo pecho: «Los tanques del enemigo son el doble de pesados, y también sus cañones. Esta balsa no resistiría, nunca resistiría». Brañas le escuchaba desde el blindado de su escuadra mirando al agua del río, mientras ya enfilaba rumbo sur. Contempló por última vez a su Mensajera. «A ellos también los podría llevar, a ellos con todos sus cañones», se dijo mientras se alejaba de la balsa sin separar su vista un instante «y ninguno de nosotros o ellos pudo hacerla mejor». Y se imaginó de nuevo a La Mensajera

venciendo las aguas revueltas del Queve, en sentido contrario, y esto le proporcionó un último e inquietante placer.

Se prometió cuando regresara hacia el norte cruzar de nuevo el Queve en La Mensajera. Aunque diez puentes cien veces más firmes lo cruzaran. Lo haría, se juró mientras tenía fija su mirada en el pontón. Pero Brañas nunca regresó por ese camino, ni por ningún otro. Tampoco Pruna, ni el morito flaco, ni el oriental ni el comandante Rojo pudieron montarla de nuevo. Ellos tal vez embarcaron de regreso a su país por alguno de los puertos del sur, pero no puedo asegurarlo. Lo cierto es que ninguno volvió a ver jamás La Mensajera. Ella aún está ahí, y resiste.

De los soldados que la navegaron ya no queda nada. Ni el fragor de la batalla, ni la gloria. Sólo queda el borboteo de las aguas fangosas del Queve, cuando bajan puntualmente cada año, una vez que la primavera ha comenzado.



Nfumbi. (1995)

Cuento y epílogo para otro amigo en fuga

Alejandro Aguilar

NO SÉ CUÁNTO TIEMPO LLEVAMOS AQUÍ. FORMAMOS UN TRIÁNGULO DE CUERPOS adheridos al espacio cerrado y maloliente de esta habitación. Un poco más allá, algo alejado de Mario, la bala dorada y gris, reposando en el suelo, es otro punto de referencia, un añadido que insinúa un cuadrilátero, como en el juego espacial de las constelaciones. «Juego» es una palabra tan extraña a lo que sucede como pudo ser «regreso» al cosmonauta que erraba en su nave mientras su país se extinguía. Como todo lo que rodea esta casucha, desde sus ruinosos muros hasta allá donde se mojan en el mar las cuatro puntas de la rosa náutica. O nosotros mismos, este trío estático a un paso de la nada. Mario, visto desde aquí arriba, se aplana sobre el piso, en el punto donde su mano lánguida, se apoya con el dorso y sus dedos se enroscan a desgano en el arma. Entre ese sitio y el arco de su pierna desmadejada van cayendo dos, tres, cuatro lágrimas —¡No puedo, no puedo!—. Silencio tumultuoso. Su espalda vibra, cruje, estalla y la voz rebota contra el piso, las paredes, y el cuerpo de Aramís y el mío que aún no hemos podido iniciar un movimiento —Pero ¿por qué, por qué?— grita y balbucea Mario en un solo sonido de celofán rasgado. Sin la fiereza que hace un instante exhibió para accionar el gatillo del arma que se clavó en la sien. Tras los estériles chasquidos en el metal una puerta se cerró y sólo le queda huir. Así vencido, parece como desinflado. ¿Era zurdo o derecho? No puedo precisarlo —¿Miedo, eh?— lo desafiaba Aramís arrebatándole el arma y amartillando una y otra vez el gatillo, con el cañón hundido en la boca en una interminable ruleta rusa que también se negó a concederle la gracia del disparo liberador. Después, el suave ronroneo del maso del revolver escupiendo la bala inútil, la caída a plomo de un Mario entre furibundo y desfallecido poniendo fin a esa escena. Una insoportable carga que se diluía como esos rayos sin truenos. Luego vino mi turno. Yo sin simulacros de muerte, completando inerte el triángulo en el espacio, intentando decir algo, moverme, y mi mente jugándome esta mala pasada. Constelacion, triángulo, cosmonauta. No, estas equivocado, Jesús. Es mar, agua, inmensidad, pánico, muerte... —No tienes otra salida— apenas le escucho decir al otro cuando me acerco a Mario, que lanza un alarido que desordena más el aire sucio de la pieza, con rostro descompuesto de niño castigado y me implora —Yo no me quiero ir, Jesús (Yisus, pronuncia, como en inglés). ¡Esto es lo mío! —y su

cabeza cae sobre mi pecho dejándome la huella de su sudor, lágrimas, saliva... ¿Por qué Aramis lo presiona? Se pregunta mi mente y ella misma responde devolviendo el recuerdo de cuerpos despedazados, devuelto por las aguas de la bahía... —Tanto tiempo esperando. No hay otra salida— me sorprende diciendo yo, que ha tanto renuncié a toda posibilidad, que simple y calladamente espero *...como un ángel, en su habitación...* Y allí quedamos un tiempo más, diciéndonos callados lo que en todos estos años compartimos, todo lo que sabemos, lo que los tres lloramos. Aramis reza en silencio para que no le pase al amigo lo mismo que a su último amante, aquel día terrible, cuando él llegó tarde a la cita y ya la embarcación se abría paso empujando el agua hacia la boca de la bahía... —Tú vas a poder hacerlo— alcanza a decir antes de que se me escape el aire que contenía el llanto. Y tras la cascada de dolor mido las distancias, sopeso el riesgo, repito en mi mente el plan que urdimos en estas últimas noches de despedida. Reviso el tiempo que pasamos prendidos a la radio, siguiendo la suerte de los que partieron después del cierre de las esclusas, de los muchos que han sido devueltos, de los que lograron entrar, de los que siguen lanzándose al mar sin saber cómo, qué tiempo, qué esperanzas habrá de llegar, pero vivos. Entonces le aprieto el hombro queriendo quedármelo, salvar al menos eso para los días que vendrán sin él, un amigo, otro, uno menos, una razón más contra mi inercia. Y Mario se alza y me abraza y me dice —¡Es llegar o morir!— Y ya no puedo más con esta mierda.

Cuando cae la noche, se deshace la Osa menor acéfala que dibujábamos. La bala ha sido guardada y el arma reposa oculta entre paños sucios en el fondo de un cajón. Aramis llora con estruendos. Cruje a ratos la caja de su cuerpo. Yo trago la saliva que ya no tengo. Trago en seco todo el dolor que engendra mi trajinado cerebro y consigo despejar la mirada con la que veo a Mario alejarse, unirse al grupo sobre la balsa, hundirse en la inmensa pregunta de la noche...

Epílogo

Mario llegó al vasto territorio de la nostalgia, luego de todos los riesgos y muchas peripecias. Cada día se asoma al balcón sur de la península tratando de descubrir alguna señal que nos acerque un poco. Aramis se ha encerrado en el más empecinado mutismo. Se niega a vivir y a morir. Ha perdido todo lo que quiso, desde el hombre al que de verdad amó hasta su mejor amigo, y no quiere, no resiste seguir hiriéndose. Yo estoy donde siempre, diciendo adiós a cada uno que parte. Cada día encajo un nuevo *desprendimiento*. Sigo creyendo que un día llegará la alegría del fin de todo. Esto no va a sobrevivirme. Lo sé. Quiero estar aquí para entregar los primeros abrazos de bienvenida.

LOS PARAÍSO S ARTIFICIALES

B E N I G N O N I E T O

Novela

A Hispanoamérica le faltaba esta novela, espléndida síntesis del primer desafío histórico que logró alterar el curso político y social de todo el continente. Escrita en una prosa lúcida, clara, directa, es la saga que destruyó familias y amistades, y terminó en la violencia y el exilio.

Heberto Padilla, New York

Los Paraísos Artificiales es una obra escrita por alguien que ya ha alcanzado la madurez novelística. Nieto sabe crear personajes, sacarle el mayor producto a escenas y situaciones, estructurar una trama sólida, muy bien dialogada. Hay dos capítulos que me deslumbraron.

El uso descarado de expresiones encantadoramente indecorosas y populares, me hicieron reír a carcajadas.

César Leante, Madrid

Los Paraísos Artificiales es una novela sobre la hipocresía y la paranoia. Nieto hace un trabajo de habilidad excepcional al usar la censurable moral sexual de Luis, enfrentada con la moral de la familia de Anita.

El desarrollo de la trama, el desarrollo de los caracteres y de los diálogos son excelentes.

William Siemens, World Literature Today

Con el famoso espejo al borde del camino, Nieto anota con la precisión de un notario y el ojo de un artista. Narra y narra hasta concluir en un final desolado, atrozmente realista, que deslumbrará al lector.

Fausto Masó, Caracas


ESPASA

ESPASA (e) NARRATIVA
Editorial Espasa Calpe, S. A. - Ctra. Irún, km. 12,200
28049-Madrid

La economía cubana: hipótesis de futuro

Carmelo Mesa-Lago, Carlos Quijano,
Alberto Recarte, José Juan Ruiz, Carlos Solchaga

El pasado 25 de mayo, la revista *Encuentro* organizó, en colaboración con el *Instituto Universitario Ortega y Gasset*, la mesa redonda titulada «La economía cubana: hipótesis de futuro», en la que participaron cinco prestigiosos economistas que han seguido de cerca este tema. Los cubanos Carmelo Mesa Lago (Catedrático Distinguido de Economía y Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Pittsburgh, y autor de numerosos estudios sobre la evolución de la economía cubana en la etapa revolucionaria) y Carlos Quijano (consultor de varios organismos internacionales, y hasta hace poco funcionario del Banco Mundial como Asesor Principal en la Oficina del Vicepresidente para la Región de América Latina y el Caribe); y los españoles Alberto Recarte (Consejero Comercial de la Embajada de España en Cuba de 1974 a 1978 y autor del libro *Cuba: economía y poder*), José Juan Ruiz (Secretario General de Economía Internacional y Competencia de 1991 a 1993, y miembro del equipo que asesoró al gobierno cubano de 1993 a 1995) y Carlos Solchaga (Ministro de Economía y Hacienda de España de 1982 a 1993, y director de dicho equipo).

La mesa se reunió en el Instituto Universitario Ortega y Gasset, presidida por Carlos Malamud, Director del Programa de Doctorado de América Latina Contemporánea de dicha institución, y Jesús Díaz, Director de *Encuentro*, quien asumió las funciones de moderador. Se invitó a un grupo reducido de especialistas a presenciar el debate e intervenir posteriormente, lo que dio lugar a un intercambio de opiniones que se prolongó durante más de tres horas.

Ante la imposibilidad material de reproducir la totalidad del material recogido, transcribimos a continuación, íntegras, las dos rondas de intervenciones de los cinco ponentes.

Es de lamentar que no haya sido posible la participación de algunos economistas de igual prestigio residentes en Cuba, cuyo aporte habría sido muy valioso. Desde estas páginas los invitamos a enviarnos sus puntos de vista, que sin duda enriquecerán el debate.

CARMELO MESA LAGO. Como el tema es tan amplio, yo voy a focalizarlo en el aspecto social, en el cual he trabajado durante 40 años. En 1989 Cuba se colocaba, en términos de sus indicadores sociales (con excepción de la vivienda que

siempre ha tenido un desempeño terrible bajo la Revolución), a la cabeza de los países de América Latina, con un par de excepciones en algún indicador. También Cuba lideraba al mundo socialista, incluyendo todos los países del bloque soviético. La crisis de los años 90, sin embargo, ha tenido un impacto devastador en los servicios sociales. Hay un consenso bastante grande entre los estudiosos de la revolución cubana de que ha sido exitosa, por lo menos hasta 1989, en el plano social, pero ha sido desastrosa en el plano económico. El problema actual es que todos los indicadores sociales se han deteriorado prácticamente en todos los niveles. Por ejemplo, el desempleo abierto (que en su punto más bajo en el año 1970 fue de 1.3%, o sea, prácticamente pleno empleo, pero escondiendo el gran problema, que era el subempleo) se ha estimado por la CEPAL, en el año 1995, combinándolo con el subempleo, en casi una tercera parte de la fuerza laboral. Además, hay que despedir entre 500.000 y 800.000 trabajadores que son innecesarios, lo que no se ha realizado hasta ahora por razones ideológicas, políticas y sociales. Otro indicador importante es la caída del salario real, el cual en 1995 estaba a la mitad del nivel de 1989. También el aumento de la morbilidad en enfermedades en las que Cuba había logrado indicadores de los más bajos en todo el hemisferio, por ejemplo, la tasa de tuberculosis se ha duplicado de seis a doce por cien mil, y la tasa de sífilis se ha incrementado de 82 a 105 por cien mil. Además, la matrícula en la educación secundaria se ha reducido de 1.073.000 a 674.000. y la matrícula en la educación superior se ha caído a la mitad, de 250.000 a 128.000. Esto se debe a la falta de incentivos para adquirir calificaciones que después no van a recibir una remuneración adecuada en el mercado, porque se prohíbe a los profesionales universitarios ejercer el trabajo por cuenta propia. Por último, los niveles de nutrición han declinado debido a la severa escasez de alimentos. El único indicador en que Cuba muestra una mejora constante es la mortalidad infantil (excepto en 1994) porque se continúa focalizando una buena parte del gasto de salud en reducir ese indicador que se considera internacionalmente como uno de los principales.

El gran problema que confronta y confrontará Cuba en el futuro es cómo proteger lo más posible los indicadores sociales, en una economía que inevitablemente se moverá más hacia el mercado. El coste de los servicios sociales en Cuba es el más alto de toda América Latina, y entre los más altos del mundo. Peor aún, mientras cayó el producto interno bruto, la mayoría de los gastos sociales han continuado creciendo, así que en 1993-1994 absorbieron una cuarta parte del PIB. Esto se agrava financieramente porque en Cuba la atención a la salud es gratuita, no se cobra, como en otros países, por atención o cotización mensual sobre el salario, sino que se financia por el presupuesto nacional. Los trabajadores tampoco cotizan al sistema de pensiones, sólo lo hacen las empresas (14% sobre la nómina). Hay una ley que establece que en el futuro se fijará una cotización de seguridad social a los trabajadores pero eso es imposible política, social y económicamente, debido a la severa caída en el valor real de los salarios. Cuba tiene un déficit de pensiones de seguridad social aproximadamente de un 60%, sin contar el de salud, lo que quiere

decir que cada año la cotización que pagan las empresas, tiene que ser subsidiada en un 60% del costo por el Estado a fin de cubrir el déficit previsional. Y esto cada vez va a ser peor porque hay un proceso de envejecimiento de la población, uno de los más acelerados en América Latina, conjuntamente con el del Uruguay. Mientras más envejece la población, la razón de los trabajadores «activos» (que contribuirán en el futuro cuando se establezca la inevitable cotización) en relación a los «pasivos» (pensionado será cada vez más baja, podría ser parecida a la del Uruguay: 1,5 a 1, o quizás peor, 1 a 1).

¿Cómo financiar ese enorme gasto? Yo sufro una pesadilla recurrente, que en una Cuba postcastro, me piden consejo sobre cómo reformar la seguridad social (pensiones y salud), lo que sería el reto más difícil de toda mi carrera. Les confieso que no tengo una fórmula preconcebida general, sólo ideas de cómo se pueden resolver algunos problemas. Por ejemplo, en las pensiones, Cuba goza de una de las dos esperanzas de vida más altas en América Latina, pero tiene edades de retiro que son entre las más bajas, 55 años la mujer y 60 años el hombre. Ésas son las edades de retiro que tienen los países más subdesarrollados de la región (que sufren la esperanza de vida más baja), pero hay algunos, como Guatemala, que exige 65 años para ambos sexos. Obviamente hay que aumentar la edad de retiro o jubilación, no hay otra alternativa. Otro problema financiero es que los pensionados reciben también atención médica gratuita. Por tanto, no sólo va a haber que establecer una cotización para la seguridad social a los trabajadores activos sino que, como en otros países de la región, habría que fijar una contribución modesta para la atención de salud a los jubilados y pensionados, lo cual es muy difícil, porque el monto de la pensión es muy bajo. Además, no hay reserva de ninguna clase en pensiones porque Cuba tiene el sistema de reparto más puro que yo conozco en todo el mundo: el 14% que pagan las empresas va al presupuesto nacional y después éste paga el costo de las pensiones, de manera que nada se guarda para reserva, no hay un fondo o capital acumulado. Hay que desarrollar una reserva, pero ¿cómo hacerlo con unos niveles de salarios e ingresos tan bajos? Quizá lo que habría que hacer sería una combinación de un régimen temporal de asistencia social para los grupos más afectados por la crisis, con un sistema mixto de pensiones basado en cotizaciones de seguro social y parte de capitalización individual, algo por el estilo al que existe en Argentina y en Uruguay. Habría tres niveles: un sistema de asistencia social para los pobres y, para el resto de la población, una pensión mínima garantizada por los empleadores, y una pensión complementaria financiada por un programa de capitalización plena individual para promover el incentivo a una cotización adicional del trabajador.

El problema de la atención de la salud es todavía más peliagudo, porque es un sistema completamente gratuito. Una de las contradicciones más absurdas de Cuba es que mientras en algún renglón del sector social ha habido un déficit enorme, como en la vivienda (en 1991 el déficit habitacional sobrepasaba un millón de viviendas), en el sector de salud (en el que los niveles eran muy altos) se invertían recursos crecientes. Ejemplos de esto son: el médico de familia, que tiene resultados positivos pero a un costo altísimo, y la excesiva

inversión para continuar reduciendo la mortalidad infantil que era del 9.4 por mil en 1995, la más baja de toda América Latina y el Caribe. Es necesaria, por tanto, una reasignación de los recursos de salud, para dar mucho más énfasis a aspectos que se han descuidado muchísimo, como por ejemplo, el sistema de agua potable y de alcantarillado, que se ha deteriorado enormemente y es crucial, así como mayor focalización en ciertos grupos de la población más afectados por la crisis, y en cierto tipo de enfermedades. Otro problema severo es el excedente de médicos, que se agravará en el futuro; una parte de ellos podría emigrar, o firmar contratos de trabajo en el extranjero, pero eso no resolvería el fondo del problema. Habría que autorizar a que el personal médico y paramédico ejerza su profesión por cuenta propia. Esto ayudaría al gobierno porque pagaría menos salario y, al mismo tiempo, la población con más recursos podría recurrir a la medicina privada, pagando de su bolsillo, a fin de recibir mejor calidad de atención, y promover un proceso de descentralización.

CARLOS QUIJANO. Complementando a Carmelo, yo me voy a concentrar en los aspectos básicos de un programa de recuperación de una Cuba postcastrista. Me gustaría empezar como telón de fondo, señalar que en los últimos 25 años han ocurrido cuatro grandes eventos en el mundo, eventos que Cuba tiene que enfrentar: uno es que se reconoce que las sociedades abiertas hoy día tienen que ser pluralistas; el segundo, es la difusión e implantación de una economía de mercado en un mundo globalizado, la tercera es justamente la globalización, y por último la revolución de las tecnologías de la información. La importancia de estos acontecimientos para analizar el desenvolvimiento de una Cuba futura es que por primera vez en la historia todo el planeta está organizado en un conjunto de reglas económicas y políticas en buena medida comunes. En ese entorno, la Cuba del presente es una nación devaluada e irrelevante. La economía cubana tiene más parecido con un campo de ruinas que con un centro de gravedad. Cuando se produzca el cambio, vamos a aprender, como aprendimos en todos los países del socialismo real, que prácticamente toda la información estadística oficial era engañosa, y de poca calidad. Las empresas estatales operaban con instalaciones de tecnología y económicamente obsoletas y el valor añadido era negativo. Había desempleo encubierto. Las infraestructuras (carreteras, ferrocarriles, telecomunicaciones) y los equipamientos básicos, (vivienda, agua, alcantarillado y salud) eran anacrónicos, o no existían. El deterioro ecológico era escandaloso y la productividad media apenas alcanzaba el 20 o el 30% de los países de economías de mercado.

Dadas esas circunstancias, mi proposición es que para integrar a Cuba en ese nuevo entorno la transformación económica equivale a un choque de oferta y que ese choque puede ser traumático. Y por lo tanto se corren riesgos. Ese paso no será fácil, pero puede ser el más corto. Afortunadamente, han pasado ya casi diez años de la caída del Muro de Berlín, y algunas lecciones se han aprendido. Y una de las fundamentales es que existe un acuerdo mucho más sólido acerca de las bondades de la economía libre, abierta y competitiva, basada en reglas de mercado. Y que el cambio económico tiene que

ser acompañado de un cambio político hacia una sociedad libre, abierta y democrática. En resumen, la legitimación del cambio económico en Cuba va a estar marcada por el ritmo hacia una sociedad más democrática. Una auténtica sociedad libre, no es una sociedad en la que sólo se defiende y promueve la libertad de orden económico, sino una en la que también existe plena libertad política y cultural. En consecuencia, es de primordial importancia establecer lo más rápidamente posible las bases para que sean las urnas los que decidan el futuro económico y político del país.

Ahora bien, ¿en qué consistiría un enfoque de choque desde el punto de vista económico? Los siguientes serían los puntos básicos de un programa de estabilización, liberalización, y reforma estructural: primero, moverse rápidamente hacia un presupuesto balanceado, cerrándole al estado la posibilidad de monetizar el déficit, estableciendo controles, a través de metas monetarias y control del gasto público, incluidas las subvenciones a las empresas estatales. En términos concretos, evitar la creación de dinero excesivo. Sin estabilidad monetaria el dinero no podría cumplir sus clásicas funciones de medio de pago o cambio, medida de valor, y depósito. Quizás una aclaración: cuando me refiero al déficit, estoy incluyendo el déficit del gobierno y el de las empresas del estado. En los países de economía centralizada, uno de los problemas financieros es el que los saldos entre las empresas es un problema de deuda pública y se convierte en un obstáculo en el camino hacia una economía de mercado. Segundo, elevar los precios de los servicios públicos (transporte, gas, electricidad, gasolina, etc.) a precios internacionales. Tercero, liberar todos los precios en todos los mercados en los que la competencia es posible y eficaz; de ese modo, conectar los precios internos de los bienes comercializables con los precios que rigen en el exterior. Cuarto, eliminar el control de cambio en las transacciones comerciales y financieras con el exterior. Introducir un tipo de cambio único y realista. Promover la convertibilidad externa de la moneda en el plazo más rápido posible. Empezar con un tipo de cambio sobrevaluado o subvaluado puede crear problemas. En síntesis, una política de cambio flexible. Quinto, liberar las tasas de interés y el mercado laboral. Sexto, liberalizar la entrada de capital extranjero. Al principio, solamente inversión directa que típicamente transfiere tecnología y capital a largo plazo evitando el impacto de la volatilidad de los movimientos de capital de corto plazo.

A nivel microeconómico e institucional, pondría especial énfasis en lo siguiente: Primero, constituir un régimen de propiedad privada, especialmente y de inmediato en la agricultura, junto a la libertad de contratación entre los agentes económicos. Segundo, legislar con rapidez para reprivatizar la economía y establecer los procedimientos judiciales a aplicar en casos de quiebra o suspensión de pagos. Tercero, reformar el sector financiero. En un primer paso otorgando autonomía real a un Banco Central, en un segundo, estableciendo la intermediación financiera a través de entidades bancarias públicas o privadas en un entorno de competencia. Y establecer una supervisión bancaria eficaz. La experiencia demuestra que la banca en los países que han regresado a la economía privada, se convierte en uno de los problemas mas serios Por lo tanto,

habría que establecer coeficientes de capitalización relativamente altos, superiores al 8% que requieren las normas internacionales. Cuarto, la creación de un régimen jurídico en conformidad con los postulados de un estado de derecho y los principios básicos de la economía de mercado. Y por último, la experiencia de estos 9 años también nos ha enseñado que la introducción de un programa como el que he indicado, incluyendo la liberalización de precios, tipo de cambio único flexible, etc., puede desencadenar serias reasignaciones e importantes bancarrotas en las empresas del estado. Lo más probable es que estas reestructuraciones causen de inmediato un aumento del desempleo, aunque disminuya eventualmente. Por lo tanto, una de las tareas inmediatas, como señalaba Carmelo, es establecer mecanismos de asistencia pública social, educación, salud, nutrición, pensiones. Reformar el sistema en una forma en que el gasto esté focalizado hacia los grupos más vulnerables y necesitados y estableciendo sistemas de compensación laboral, subvención al desempleo y programas de capacitación. En este sentido, las ayudas financieras internacionales, técnicas y alimenticias, oficiales o privadas, pueden ayudar enormemente.

En conclusión, los problemas de la transición hacia una economía de mercado parecen extraordinarios, inclusive habiendo socios externos dispuestos a ayudar. Además, la implementación de un programa como este no resuelve todos los problemas de la transformación de una economía en ruinas como la de Cuba, que en muchos aspectos son mucho más complicados que los problemas de los países latinoamericanos con cuyas economías yo he estado más vinculado. Para terminar, me atrevería a sugerir por lo menos cinco razones por las cuales el enfoque ortodoxo sería más efectivo en Cuba. Primero, recuerden que la burocracia en los países de economía planificada son unos expertos en control, que es grande, pesada, y sus controles se pueden convertir en el mayor obstáculo para una recuperación económica. Segundo, los fallos del estado suelen ser más costosos que los fallos del mercado. Tercero, el éxito de un programa de transformación depende básicamente de que la población esté completamente convencida de que las reglas del juego cambiaron definitivamente. Cuarto, que la experiencia demuestra que aquellos países que implementaron un programa de cambio económico rápido y profundo han logrado más éxito que aquellos que han implementado un programa gradual, excepto China, que ha implementado un programa gradual pero manteniendo un régimen totalitario, además de ser un país continente. Polonia, Lituania, Eslovenia, la República Checa, y el mismo Viet Nam, que ha tenido un programa de choque ortodoxo, y sin ayuda externa importante, han logrado una rápida recuperación. Y por último, Cuba es un mercado pequeño, y su única salida es integrarse lo más rápidamente posible a la economía mundial y competir en ese mercado.

ALBERTO RECARTE. Me gustaría añadir algo a lo que ha dicho Carlos Quijano, y añadirlo haciendo una aclaración. Creo que él ha propuesto una nueva constitución para un nuevo país sin historia. Como si la población no estuviera ahí. Coincido plenamente con todo ese planteamiento y todo ese programa, sólo que en el plano teórico, que es en el que estás, yo haría sólo una aportación.

Creo que no merece la pena tener moneda nacional. ¿Para qué hacer una moneda nacional, cuando sabemos de los problemas del *currency board* en economías tan abiertas y en las que probablemente entre el 70 y el 80% del comercio va a ser con Estados Unidos? Es inútil. Creo que, puestos a perfeccionar ese plan magnífico, yo eliminaría la moneda nacional. Dicho lo cual, a mí me preocupa mucho más que el postcastrismo propiamente dicho, la transición al postcastrismo, que es donde estamos y además tiene todo el aspecto de que va a durar tanto cuanto dure la vida de Castro. Entonces estamos hablando probablemente de 5, 10, 15 años. O un año.

Bueno, lo que sabemos de las economías socialistas es que efectivamente las estadísticas no existen y si existen no sirven para nada. Excepto quizá aquellas a las que hace referencia Carmelo Mesa Lago, las de obligaciones, de pensiones, porque eso seguro, eso sí está contado, el número de los pensionistas, el número de los enfermos, el número de las necesidades de la atención sanitaria. En cambio, las de la economía productiva como tal sabemos que no existen, o que los datos no son relevantes en ningún caso.

En la última revisión de la historia económica de la Unión Soviética de Alec Nove, que llega hasta 1991, lo más impresionante es que nada es relevante para la actual historia de las repúblicas socialistas. Nada de toda esa larguísima historia es relevante. Incluso los conocimientos de estructura económica no son relevantes. En cambio sí sabemos qué es lo relevante para el futuro: la formación profesional, la situación geográfica, los lazos políticos, culturales e históricos, los recursos naturales elementales, que en el caso de Rusia siguen siendo el petróleo y el gas, el oro y los diamantes, como lo fueron durante los 70 años de comunismo, y en el caso de Cuba, yo creo que son el sol, la playa y la población acogedora. Igual que en el caso de España en los años 50. Creo que por eso nadie tiene que ponerse colorado, por hacer uso de un recurso que uno tiene.

Creo que Cuba, además, tiene un problema adicional, que es la falta de infraestructura, porque no se ha invertido nada. Efectivamente no se ha invertido nada en viviendas desde hace prácticamente treinta y tantos años.

¿Qué sabemos de Cuba que nos pueda servir para el futuro? Pues la propia convivencia de las dos monedas quizá está haciendo que los precios en dólares ayuden a formar a la población y estén ayudando a formar precios que pudieran ser relevantes, pero el propio aislamiento de la economía cubana nos dice que probablemente esto ni siquiera es así. La enseñanza de Alec Nove en el caso de la Unión Soviética nos dice que sin un sistema de precios que sea capaz de asignar factores no sabemos absolutamente nada sobre el futuro. Creo que para el futuro los factores más relevantes son, por ejemplo, el peso que va a tener el turismo: los diversos estudios hablan de inversiones mantenidas en el tiempo durante bastantes años de entre 2000 y 3000 millones de dólares anuales en turismo. Creo que es perfectamente posible. Y sobre esa base tendrá que hacerse la transición. Y sobre las transferencias de los cubanos que viven fuera de Cuba, que hoy es la principal fuente de renta exterior del régimen, cerca de 900 millones de dólares netos que es mucho más de lo que aporta hoy el turismo a la economía cubana. Y lo demás, pues

muy poquito, porque yo creo que seguiremos lo mismo con el tabaco, el níquel, etcétera. Eso tiene sus límites, se podrá mejorar, pero poco más.

También sabemos que desgraciadamente el régimen no parece estar por ampliar el ámbito de la libertad económica personal; al revés, que más bien la tendencia es volver a limitarlo. Lo cual nuevamente nos priva de formación y nos priva de preparación de personas y de sectores para competir en el futuro. Yo diría que desde la desaparición de la Unión Soviética, no desde la caída del Muro de Berlín, creo que ahí es cuando Cuba empieza a cambiar. Durante cinco años el régimen cubano ha intentado mantener las estructuras como si nada ocurriera. Las estructuras políticas y económicas. En gran parte lo ha conseguido sobre la base de una brutal disminución del nivel de vida. Castro ha ganado en el sentido de que ha sido capaz de convencer a todo el mundo de que mientras él esté no va a haber ningún cambio profundo. Creo que lo que están haciendo los cubanos en el interior es adaptarse a esa situación intentando sobrevivir.

Lo que finalmente está terminando también por cambiar es la postura de todos los actores externos. De Estados Unidos en primer lugar: creo que es relevante la declaración del Consejo de Seguridad Nacional en el sentido de que Cuba ha dejado de ser un peligro militar. Es un primer paso para dejar de calificar a Cuba como un enemigo militar y que pase a ser lo que en realidad es, una terrible dictadura de muy difícil salida, porque además su sistema económico es especialmente perverso. Creo que vamos a ver pasos sucesivos, despolitizando el tema por parte de Estados Unidos. El principal problema para Estados Unidos se ha convertido en la posibilidad de recibir nuevamente alguna emigración masiva en el futuro de cubanos que huyan de la isla. Creo que veremos un levantamiento del embargo por sectores y poco a poco. En el caso de Europa, creo que vamos a ver también cambios. Los gobiernos europeos no van a dar mucho dinero, pero van a permitir que las empresas privadas que quieran arriesgarse en Cuba lo hagan. Y a mí eso me parece correcto. Cada empresa tiene que decidir si le interesa correr el riesgo de invertir con el actual régimen, bien sea para estar teóricamente mejor posicionada estratégicamente para el futuro, bien sea porque le es suficiente con los beneficios extraordinarios de monopolio que puede conseguir en esta fase. Al margen de las consideraciones éticas, creo que es perfectamente posible que esto ocurra y que vamos a ver bastante más de este tipo de inversiones. A mí me parecen positivas en estos momentos, cambiando una postura que he tenido durante muchos años. Porque aunque creo que no van a servir para desarrollar la economía cubana, y en definitiva casi todas las inversiones se van a convertir en ingresos corrientes del régimen, que se los va a gastar y los va a malgastar, quizá al menos ayuden a que el nivel de pobreza no se descienda excesivamente. A mí para el futuro de Cuba lo que más me preocupa es que el nivel de pobreza llegue a ser tal que se produzca un envilecimiento del sistema económico que haga después mucho más difícil la recuperación. Creo que en este momento quizás es el factor más importante y la principal amenaza para el futuro de Cuba.

Para hablar un poco de las relaciones hispanocubanas, creo que también en España vamos a ver cambios. El gobierno español ha empujado de hecho a

las empresas españolas a que vayan a Cuba y a que inviertan allí, a que examinen por lo menos el mercado, con lo cual, digamos que estamos en una gran contradicción en este caso. El gobierno español actual se encuentra, como todos los anteriores, en una situación difícilísima en relación con Cuba, con el deseo de ayudar a la población directamente, obviando el tipo de régimen que hay allí, ésto es muy difícil. Lo peor que podría hacer el gobierno español es exactamente lo que está haciendo en estos momentos, y es que está fomentando las inversiones españolas en la isla, pero al mismo tiempo, por lo menos en algún caso, está dando seguro político a esa inversión, con lo cual desnaturaliza el carácter de riesgo de la inversión, porque asegura el riesgo político. Creo que el que quiera invertir, que invierta, pero sin la cobertura política. El gobierno español, si tiene que dar algún crédito, debería darlo exclusivamente para infraestructuras, para temas que no tengan una implicación económica y política directa, que permitan el aprovechamiento por unos y otros. Ahí está el estado de las infraestructuras: inversiones masivas como temas de agua o saneamiento favorecerían directamente a toda la población. Creo que eso sería una aportación positiva en este momento que, como he dicho al principio, creo que desgraciadamente puede durar muchísimo tiempo.

JOSÉ JUAN RUIZ. Mi opinión la estructuraré en cuatro breves epígrafes: la dificultad de precisar el actual momento de la economía cubana y las condiciones internacionales que rodearán su previsible transición a una economía de mercado, la convicción de que el futuro de Cuba depende de los propios cubanos, mi visión normativa del modelo que yo elegiría para Cuba, y mis previsiones sobre el futuro a medio plazo de la economía de la Isla.

El punto de partida es que estamos intentando imaginarnos la Cuba post-Fidel sin saber exactamente cuál es el punto de partida, dónde está realmente hoy la economía cubana. Yo al menos, no soy capaz de precisarlo, dada la escasez de estadísticas fiables sobre Cuba. Por ello, debo confesar que sinceramente no sé si Cuba ha pasado ya el umbral que parece caracterizar la «Ley de Hierro» de las economías planificadas que han transitado a la economía de mercado —que el PIB se desmorone un 40%— o todavía hay margen para que el tamaño de la economía oficial siga contrayéndose.

Mi segunda observación es que Cuba será lo que quieran los cubanos que sea. No creo que exista ninguna maldición —o bendición— bíblica que imponga a la isla un único modelo de transición. Más bien tengo la sensación de que Cuba será lo que en un proceso constituyente los cubanos decidan, y no es descartable que éste ya haya comenzado. En todo caso, parece inevitable que los cubanos, de forma gradual o súbita, tendrán que dotarse de un nuevo marco legal —de un conjunto de normas y de reglas de juego— y que su futuro económico dependerá de la calidad de las instituciones políticas y económicas que sean capaces de crear, de la capacidad de los cubanos para seguir las reglas de juego que entre ellos convengan, y, de la credibilidad ante la comunidad internacional que consiga el compromiso de que van a ser capaces de honrar esas reglas de juego. A priori, uno pensaría que es más que

dudoso que las reglas sean desde el primer momento económicamente impecables. Si uno analiza qué es lo que ha ocurrido en otros países que han pasado por transiciones políticas similares a las que anticipamos que ocurrirá en Cuba, no es difícil constatar que lo primero que hay que asegurar es la convivencia democrática y el establecimiento de un sistema político que garantice libertades personales. Y esto, como demuestra por ejemplo el caso español tras la muerte de Franco, exige la construcción de consensos políticos y transacciones ideológicas que suelen resultar en el diseño, no del mejor modelo económico posible, sino del modelo económico que es políticamente viable. Aunque probablemente inevitable, esta situación crea un amplio margen para que el resultado de la transición no esté predeterminado.

Mi tercer punto es la Cuba que a mí me gustaría ver aparecer tras ese proceso de transición. La respuesta en este caso es inequívoca: a mí me gustaría ver a una Cuba integrada perfectamente a la economía mundial, es decir, abierta a los flujos de comercio, abierta a los flujos de inversión y de capital, y adoptando un patrón de especialización productiva que esté acorde con sus ventajas comparativas. Es decir, una Cuba que no fuera distinta al resto de la economía mundial. Difiero de la visión que Alberto Recarte tiene sobre la viabilidad de ese escenario, dada la cercanía de Estados Unidos. Evidentemente, Cuba va a desarrollar unos lazos muy fuertes con la economía norteamericana, pero tengo la sensación de que por insistir en los riesgos de la «dependencia» se pierde de vista la dimensión real de la globalización, y, sobre todo, se minimiza el papel que Cuba puede jugar en la economía iberoamericana. El futuro económico de Cuba va a depender mucho de cuál sea el modelo de desarrollo y de especialización productiva de Latinoamérica. Si el modelo hacia el que caminamos es el de una economía realmente globalizada, el concepto de «áreas de influencia» pierde mucho de su sex-appeal. Sobre todo, si Europa descubre el atractivo que Iberoamérica puede tener para su excedente estructural de ahorro, y compite con Estados Unidos por inversiones rentables en el área. En síntesis, no veo por qué Cuba tenga a priori que sentirse en situación de desventaja frente a otros países del continente. Por el contrario, es posible que, aunque sólo sea por su bajo nivel de partida, sus ventajas comparativas sean mayores que el de algunas economías del área.

Esto me lleva al último de mis comentarios: qué posibilidades de progreso tiene Cuba en los próximos diez o quince años.

Yo soy optimista por al menos tres razones. En primer lugar, porque los actuales niveles de renta per cápita son tremendamente bajos, lo que sugiere que hay un gran trecho de mejora por recorrer. En segundo lugar, porque esos bajos niveles de renta per cápita son básicamente consecuencia de una dramáticamente ineficiente asignación de los recursos, y, en consecuencia, mejoras —aunque sean marginales— en su uso eficiente tienen un enorme potencial de generación de prosperidad. Finalmente, porque estoy absolutamente convencido de que la isla va a tener una gran capacidad para atraer capital y ahorro externo, y ello no por razones «políticas», sino sencillamente económicas. Las entradas de capital externo dependen de la tasa de rentabilidad

esperada por parte de la comunidad de inversores, un cálculo en el que intervienen al menos dos factores: el riesgo de invertir en el área, y la calidad de las políticas macroeconómicas. Pese a que en la actualidad en ninguna de estas categorías Cuba es ciertamente un paradigma de la perfección, anualmente está recibiendo inversiones que, en porcentaje de su ahorro interno, son muy elevadas. Si pensamos en un proceso de transición en el que ambos factores mejoren, no veo ninguna razón por la que Cuba no pueda aspirar a recibir flujos de inversión externa en torno al 5% de su Producto Interior Bruto, lo que equivaldría al 10% de su formación bruta de capital anual. Si esas tasas se consideran posibles, bastará un periodo de siete años para recomponer el stock de capital productivo de la isla. No es el cuento de la lechera, es algo que ya se ha producido en otros países de Iberoamérica, un continente que desde que comenzó la década de los noventa ha recibido inversiones directas por valor de casi 200.000 millones de dólares.

Obviamente, la imagen simétrica de este escenario es que sobre la isla pesará, sobre todo en la primera fase, su escasa capacidad de generación de ahorro doméstico. Ello conducirá a que, si realmente se está invirtiendo al ritmo que debe hacerse para garantizar altas tasas de crecimiento económico, se generen elevados déficits de cuenta corriente que requieran, además de la inversión privada internacional, el apoyo de los organismos multilaterales. El Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, el Banco Interamericano seguramente deberán tener una posición muy activa durante los primeros años, ya que es probable que tengan que cubrir alrededor de un tercio de las necesidades de importación de ahorro externo que exigirá la regularización de la situación internacional de Cuba.

Sobre el tema de especialización, yo creo que de la Cuba que estamos hablando es una Cuba de economía de mercado y, como decía antes, será una Cuba que estará basada en lo que los cubanos quieran y puedan hacer, y lo que los inversores extranjeros estén dispuestos a arriesgar. Yo no elegiría a los ganadores en este momento, aunque es muy probable que el sector turístico será un sector muy importante, que la agricultura seguirá teniendo un peso no despreciable, que el protagonismo del actual sector industrial se reducirá fuertemente, y que el sector de servicios se desarrollará con fuerza, sencillamente porque en la actualidad no existe como tal.

Por último, en los temas que Carmelo ha mencionado, el concerniente a la distribución de la renta y la riqueza es prácticamente inevitable: todo el proceso de transición hacia una economía de mercado conllevará una ampliación de la desigualdad. El problema es que, como antes señalaba, no sabemos cuál es el grado de «igualdad» real actual de la sociedad cubana, aunque sí es fácil intuir que la segmentación entre los que tienen acceso al dólar y los que no lo tienen ha hecho más a favor de la desigualdad que cualquier política imaginable de reestructuración económica, con la peculiaridad de que el lado del que te encuentres de la raya que separa la «abundancia» de la «escasez» no depende de tu esfuerzo personal, sino del azar o la discrecionalidad.

En todo caso, es evidente que la ampliación formal de la desigualdad es un problema que tendrá que ser manejado políticamente. Uno puede transitar hacia la modernidad con redes de seguridad, o sin redes de seguridad. En mi opinión, es muy poco probable que se produzca un modelo ultraliberal que dé prioridad a la primera de las opciones, entre otras cosas porque en Cuba existe un estado de bienestar. Por muy endeble que sea, existe. Los ciudadanos —que no se olvide que entonces ya serán votantes— tienen unas expectativas de educación, sanidad y pensiones que difícilmente sacrificarán. Y los políticos, por su propio interés y por el bien colectivo que supondrá garantizar la estabilidad social, tendrán que tratar de minimizar las expectativas defraudadas, y buscar fuentes de financiación más sólidas que las actuales, y esquemas que distorsionen menos los incentivos al esfuerzo personal.

Yo comprendo las preocupaciones que Carmelo Mesa Lago tiene sobre la financiación de la sanidad o de los mecanismos de pensiones. Pero estamos hablando de otra isla, estamos hablando de otro sistema económico. Es cierto que el actual sistema de bienestar, con la actual estructura económica y grado de eficiencia es ineficiente. Pero, para bien de todos, lo que estamos anticipando es que la Cuba de dentro de diez o quince años será una economía más productiva, en la que el mantenimiento de una mínima voluntad de mantener la cohesión social debería ser capaz de posibilitar la financiación de las imprescindibles redes de solidaridad y redistribución. La solidaridad y el patrón de distribución de la renta y la riqueza que aparezca en Cuba, en definitiva, dependerá de cómo los cubanos definan los ámbitos de actuación del Estado y el mercado, y de cómo se diseñe el sistema fiscal del futuro.

Para concluir, pienso que hay un cierto riesgo, que personalmente siempre me ha impresionado mucho: los cubanos, —los del interior y los del exterior— suelen tender a pensar que el mundo vive pendiente de Cuba. Que la economía globalizada se compone de dos piezas: Cuba y el resto del Mundo (y, posiblemente, en ese orden). Y no es así. Cuba, al fin y al cabo, tan sólo es una economía de 12 millones de habitantes, con una renta per cápita baja, productora de bienes que pierden importancia estratégica en la economía mundial —azúcar— o tienen una amplia gama de ofertas alternativas —turismo—. En mi opinión, esto supone que para que Cuba sea capaz de atraer el interés y el ahorro externo de la comunidad inversora necesita «vender» algo más que «postcastrismo». Necesita tener normas que permitan a la comunidad inversora invertir de forma segura y rentable —para lo que sería muy conveniente que se entendiese que Cuba va «de la Ley vieja a la nueva Ley», a través de la Ley» no de la improvisación— que los cubanos sean lo suficientemente inteligentes como para comprender que hacia dónde va su economía y su sociedad es su «negocio», que nadie desde fuera va a resolverles los conflictos que inevitablemente van a aparecer, y que exista un inquebrantable consenso sobre cuál es el objetivo fundamental e irrenunciable del proceso de transición: el establecimiento de un sistema democrático. Si alguno de estos elementos se «olvida», a las frustraciones que ineludiblemente se producirán se añadirá una nueva: la de «sentirse» de nuevo traicionados por el mundo.

Pues bien, aunque a veces lo parezca, la economía globalizada no es un boleto, y sería bueno que los cubanos comenzaran a darse cuenta que para ser prósperos, tienen ya que comenzar a competir con el resto de las economías.

CARLOS SOLCHAGA. Yo trataría de comenzar haciendo algunas consideraciones sobre cómo puede ser el proceso de transición por comparación a la experiencia que ya hemos venido registrando en otras economías como las de Europa Central y Oriental, que han pasado desde una situación de autoritarismo y ausencia de mecanismos de mercado, no sin problemas y tampoco puede decirse que de manera ya definitiva e irreversible (aunque tiendo yo a creer que sí en lo que se refiere al segundo adjetivo), han pasado o están pasando, por decirlo así, a la posición de capitalismo más o menos desarrollado, al que seguramente habrá de pasar en su día Cuba.

La segunda cuestión que yo querría considerar es de qué tipo de capitalismo hablamos, porque ciertamente lo que nos importa, si queremos ser realistas, es determinar qué participación va a tener el estado y qué participación va a tener el mercado en la futura economía cubana. No es una cuestión tan solo de decir que las reglas del juego van a ser distintas, que van a predominar las orientaciones del mercado, que los precios se van a fijar libremente, que no va a haber restricciones en lo que se refiere a los cambios, los movimientos de capital, etc., etc. Sino en última instancia saber cuál es el modelo y a partir de qué libro lo estamos escribiendo. No estamos escribiendo *supra tabula rasa*. Estamos escribiendo sobre una historia que de alguna manera el pueblo cubano querrá hacer suya en lo que tenga de bueno y asimilarla; lo contrario sería una enorme desgracia histórica, el enorme vacío de una o dos generaciones que sienten vergüenza colectiva de lo que ha sido su historia durante una serie de decenios. Pues bien, ¿cómo podría ser ese país? Sobre lo primero trataré de reflexionar simplemente como he dicho antes, tomando en consideración por comparación con otros países lo que a mí me parece razonable, lo que el sentido común me dice. En lo segundo, inevitablemente habré de introducir los prejuicios que uno pueda tener sobre cuál es el tipo de mundo o de sociedad que le parece más razonable para la Cuba del futuro, cosa por la que no me voy a disculpar y en la que tampoco me voy a detener.

Bien, respecto de lo primero, antes nos decía José Juan Ruiz que las estadísticas no son tan fiables como para saber si la enorme recesión o contracción económica que acompaña la transformación de un sistema a otro y que se ha venido registrando de manera sistemática en todos los países de Europa Central y Oriental se ha producido ya en Cuba o no. Ésta no es una pregunta irrelevante, porque si se ha producido quiere decir que cualquier estrategia de transformación es un juego positivo. Nadie pierde prácticamente. Mi opinión es que se ha producido, y que se ha producido de sobra; que la contracción del Producto Interno Bruto en Cuba, si las estadísticas fueran las reales, seguramente se demostraría que no era inferior al 50% del valor de esta magnitud en el año 1988-1989. De manera que cualquier transformación económica que permita (mediante la extensión del autoempleo y del empleo por cuenta ajena, la

creación de sociedades anónimas o sociedades mercantiles de todo tipo, la extensión de una estructura financiera con sistemas de crédito, etc.) ir modificando la situación actual, crearía una situación en la cual la renta per cápita no puede sino aumentar y en la que aún, aceptando que puedan aumentar las desigualdades sociales (las diferencias de salarios entre quienes ganan más y quienes ganan menos), sin embargo esto no es incompatible con una mejora de la situación de marginación y pobreza de las capas de más bajos ingresos en estos momentos. Por eso digo que es una situación de ganar todos, no solamente en la media, sino ganar abajo y arriba. Y seguramente más aquellos que estuvieran en mejor disposición para aprovechar los cambios del régimen.

Una segunda cuestión importante es que el coste social, por tanto, ése que ya se ha venido registrando también en Rusia y en todos los países de la Europa Central y Oriental, será bastante menor, porque una vez más también el coste social se ha registrado ya. A decir verdad, la mayor parte de las prestaciones económicas propias de un sistema de bienestar ya no existen en Cuba. No existe un auténtico subsidio de desempleo, las pensiones son nominales, no son realmente unas auténticas ayudas para la supervivencia de las personas de la tercera edad.

Lo único que puede decirse que se ha desarrollado con alguna importancia en Cuba, como todos sabemos muy bien, es el sistema sanitario y el sistema de enseñanza. Ambos son públicos, gratuitos, universales, y a decir verdad, en la medida en la que han dispuesto de recursos, no necesariamente malos, y en el caso de la sanidad en algunos aspectos realmente muy buenos. No son sistemas particularmente ineficientes en cuanto a los resultados. Pueden compararse bien con otros sistemas de otras zonas, no solamente de América Latina, sino de otros países bastante más avanzados. Pues bien, a mí me parece que en estos sistemas que son los únicos que se habían desarrollado, el daño que han sufrido también ha sido enorme. Nos ha dado Carmelo Mesa, por ejemplo, algunos de los datos referentes a la morbilidad. En algunos casos nos ha hablado también de la reducción de la matrícula en la enseñanza secundaria, desde 1.073.000 hasta 674.000, o en la universidad, que lo hizo de 250.000 a 128.000. Naturalmente, cualquiera que haga hoy un análisis racional de inversión en capital humano se da cuenta de que no tiene ningún sentido prescindir de ganar algún dinero a título particular en el mercado informal del dólar, para ponerse a estudiar y ser mañana un profesor universitario o un abogado o cualquier otra cosa y ganar ciertamente bastante menos que un botones de un hotel que se las arregle para vivir con cierta inteligencia con los clientes del mismo. Pues bien, me parece que en estos renglones también cabría ser optimista. El coste social adicional va a ser muy pequeño. Eso no quiere decir que no van a aparecer nuevos paganos por el cambio y que no vaya a ser necesario antes disponer de algunos fondos de solidaridad para determinadas cosas. Pero mi opinión general es que el coste del cambio ya se ha padecido. La gente no va a tener la sensación, por el paso a la libertad y a la economía de mercado, de que derechos adquiridos van desapareciendo, se van licuando en una sociedad en la que prima el individualismo, el egoísmo, y

la falta de solidaridad, porque los derechos hace ya mucho tiempo que eran papel mojado, estaban escritos sobre el agua.

Dentro de lo que, sin embargo, hay que hacer en esta materia social, dos cosas habría que considerar: primero, es evidente que hay que mejorar la sanidad. Mejorar la sanidad significa seguramente reducir el excedente de médicos que hoy existen para cualquier sistema público, pero significa también, y aquí estoy ya introduciendo conceptos subjetivos, aprovechar un esquema público de asistencia sanitaria como el que existe, y mantenerlo bien, desarrollándolo de manera más eficiente. En segundo lugar, es absolutamente necesario mejorar la educación pero al mismo tiempo que habrá que reconocer la libertad de la oferta educativa, e incluso habrá que considerar que el acceso a la misma se haga en condiciones económicas iguales, lo que sí es evidente es que hay que aprovechar la red estatal de enseñanza pública para hacer de ella una auténtica escuela de democracia. Es decir, esa debe ser la nueva escuela republicana, de democracia y de libertad, de igualdad entre los ciudadanos y no es cuestión de tirar por la borda esa escuela pública que se ha creado. Habrá que transformar por el procedimiento que sea la mentalidad de miles de profesores, de miles de maestros, pero con todo y con eso yo estoy absolutamente persuadido de que ahí hay una ventaja de la que sería disparatado prescindir.

En cuanto a las prestaciones económicas debo decir que en mi opinión las pensiones deberían a empezar a organizarse muy rápidamente sobre un esquema de capitalización. Pero habrá que tener en cuenta todo lo que son las pensiones ya vivas, por decirlo así, que serán pensiones de subsistencia, de personas que nunca han contribuido realmente y que por un esquema de solidaridad, de transferencia dentro del estado, deberían ser capaces de subvencionarse. A esas personas que tienen más de 60 años en el caso de Cuba, realmente habrá que darles una oportunidad. Luego, puede uno hacer todas las reformas que quiera en el sistema público, ya que el nuevo sistema público debe ser también de nueva planta y debe estar basado en la capitalización.

No aconsejaría, y sé que esto es duro decirlo, la introducción inmediata de un subsidio de desempleo generoso. Creo que el peligro que hay de que alrededor de un 30% de personas de la población activa (que están viviendo en el margen, que van a encontrar bastantes dificultades para mentalizarse de nuevo en la disciplina de trabajo, en acudir todos los días al trabajo), en el caso de que exista un subsidio generoso, como ha pasado por ejemplo en Alemania Oriental, puedan quedar enfeudadas en esa situación, esa especie de trampa de inactividad y de pobreza, es bastante grande. Y sé que esto es muy duro decirlo pero yo sería partidario de ir introduciendo el subsidio de desempleo de manera muy modesta y progresiva hasta el momento en el cual ya se viera que la utilización de los recursos humanos dentro de la economía era lo suficientemente amplia como para que ya el subsidio funcionara sobre una base actuarial, una base de seguro razonable y no sobre la base en la que podría funcionar ahora.

Todo esto que acabo de decir va a parar a la necesidad de algo que ninguno de los presentes parece haber sentido o al menos haber aludido a ello. Me

refiero a una reforma fiscal. Es absolutamente imposible hacer esto, organizar un estado moderno, garantizar el funcionamiento de la democracia, hacer las necesarias infraestructuras públicas aun cuando muchas de ellas, puertos, aeropuertos u otras que tengan tasas de retorno privadas puedan encomendarse al sector privado, sin disponer de un sistema de recursos públicos suficiente, que en este momento no existe puesto que en última instancia el presupuesto es prácticamente igual que la contabilidad nacional. Las empresas públicas son el estado: ahí están los ingresos, ahí están los pagos. No existe un auténtico sistema tributario, no existe un auténtico sistema fiscal y no existe un auténtico sistema presupuestario. Todo lo cual es absolutamente crucial.

Creo, sin embargo, que Cuba tiene muchas ventajas para que esta transición pueda ser un éxito una vez puesta en marcha. No me atreveré a decir cuándo se pondrá en marcha ni cuáles son las condiciones necesarias para que se ponga en marcha. Yo soy de aquellos que piensan que a pesar de los muchos fallos que tiene el régimen actual, a pesar de la enorme falta de credibilidad que tiene en lo que son sus propósitos de modificar la situación actual y gobernar para el interés de la mayoría de la población, a pesar de las enormes dificultades que supone tratar con la dialéctica leninista de un partido comunista caribeño, a pesar de todo ello, creo que merece la pena hacer el esfuerzo de reforma y transformación, porque es tal el premio si uno consiguiera persuadir nada más que mínimamente a Fidel Castro de que hay que empezar a cambiar ya; que yo he mantenido siempre esa posición, aunque dentro y fuera de la isla, en Cuba y en España, he sido criticado, y hasta el final de los días la seguiré manteniendo. En algún momento esa transformación se pondrá en marcha y cuando se ponga en marcha tengo la convicción de que va a ser un proceso relativamente rápido, con pocos costes económicos y sociales como he dicho antes, y seguramente también con muchas ventajas. Las ventajas que proporcionará comparativamente la existencia del exilio, del capital cubano que va a volver; las ventajas de la isla para captar capitales, las posibilidades de alcanzar otra vez tasas de crecimiento muy rápidas contando con uno de los capitales más importantes que sin duda es que la economía cubana está llena de cubanos. Y eso es algo muy importante. No les quepa a ustedes la menor duda. Yo he conocido pocos pueblos más conscientes de lo que representa, primero, la oportunidad personal individual, integrada dentro de la oportunidad colectiva de un pueblo que se está haciendo a sí mismo; a mí me parece que tan pronto como en Cuba se deje la libertad, se deje la posibilidad de que la gente tome posiciones, asuma riesgos y esto lo haga de una manera que parezca gratificante y satisfactoria para ella, en lo individual y para el conjunto, la eclosión de crecimiento y de bienestar de la isla va a ser absolutamente extraordinaria.

CARMELO MESA LAGO. Yo estoy plenamente de acuerdo con la mayoría de ustedes en que el tipo de modelo general que se implantará en la Isla será una decisión de los cubanos de adentro. Pero al mismo tiempo, en vista de la experiencia mundial, Cuba va a depender, en parte, de la ayuda que otorguen los organismos financieros internacionales, y estos van a establecer condiciones. Y

si hay una apertura aun mayor a la inversión extranjera, esto impondrá otras limitantes en cuanto al modelo a implantar y al papel del mercado. Para mí, y creo que para todos nosotros, el mercado debería jugar un rol predominante, el punto debatible es cuál va a ser el rol del Estado. Y ahí es donde operarán esos limitantes fundamentalmente externos. En otro tema, no estoy de acuerdo con Carlos Solchaga y con José Juan Ruiz sobre que ya realmente el costo social de la crisis ha ocurrido. Sí creo que ya ha tenido efecto el impacto de uno de los dos factores del ajuste, el factor externo, o sea, la pérdida de la ayuda y del comercio con la Unión Soviética y el CAME, también la reestructuración del comercio está teniendo lugar. Pero debemos hablar de dos transiciones en Cuba, ya ocurrió la primera transición y el primer ajuste, pero no ha ocurrido todavía la segunda, que será cuando se liberalice más la economía y crezca más el mercado. Mientras más próximo el modelo al mercado, mayor será el coste social del segundo ajuste durante la segunda transición, mientras que si se toma una posición intermedia, será menor. Pero no hay duda que ocurrirá una segunda transición y un segundo ajuste. Estoy de acuerdo con Carlos Solchaga en que el deterioro económico social de los 90 ha reducido trágicamente las expectativas de los cubanos. La caída de la pensión real (la pensión promedio mensual es de 90 pesos, al cambio de 20 pesos el dólar equivale a 4.50), la reducción del salario real, la disminución del poder adquisitivo, el deterioro de los servicios sociales, ya han ocurrido, y recortado consiguientemente las expectativas del pueblo. Pero todavía puede producirse un deterioro peor, especialmente si se aplica un modelo de ajuste ortodoxo o una terapia de choque.

Con respecto a las áreas con potencial económico en el futuro, todos estamos de acuerdo en que el turismo es crucial, pero se nos ha escapado la importancia de la agricultura, tanto para consumo interno como para exportación. La reforma económica china arrancó con una tremendamente exitosa transformación del sector agrícola y hoy en día la agricultura de ese país es floreciente y está en manos no estatales. No estrictamente privadas o individuales, pero sí administradas por familias, aldeas, grupos de trabajadores, cooperativas, etc. Si se hace lo mismo en Cuba o se va más allá que China y se pone énfasis en la privatización individual, ocurrirá un notable incremento en la producción agrícola. Además, Cuba goza de ventajas climáticas y de la tierra laborable que no tiene China. Así que la Isla no sólo podría ser autosuficiente en alimentos, sino también convertirse en una gran exportadora de frutas, de hortalizas, etc. al mercado mundial, a los Estados Unidos, Canadá, la Comunidad Europea, Japón, etc. Cuba desarrolló una industria pesquera importante, aunque desgraciadamente ahora sufre un serio deterioro. Esa industria hay que recuperarla, y con los debidos elementos de productividad, tecnología, e incentivos, Cuba podría ser un gran exportador de pescado y mariscos. Se habló también de los servicios y en ellos Cuba podría, por su experiencia especialmente en servicios sociales ser también una exportadora.

La reforma del sector social es el último punto que voy a discutir. Estoy plenamente de acuerdo con Carlos Solchaga en que hay que preservar lo más

posible la red de servicios sanitarios y la educación. Cuba es uno de los dos países en América Latina que tiene un sistema nacional de salud con cobertura universal. Sin embargo, casi todos los países del Caribe no latino tienen un sistema nacional de salud que yo he demostrado que tiene un impacto beneficioso enorme; de hecho, estos países tienen indicadores de salud muy parecidos a los de Cuba. Definitivamente el sistema nacional de salud es un factor integrador, igualador, de atención universal y resultados positivos, pero es imperativo aumentar su eficiencia ya que el sistema actual es extremadamente ineficiente, y muy intensivo de capital, lo que lo hace muy costoso. Es necesario, por tanto, incrementar la productividad del sistema, focalizar mejor los recursos, y reducir los costos, tratando de preservar la universalidad y mejorar la calidad de la atención actual. Esto nos lleva al tema de la liberalización de la medicina. Aquellos que pueden pagar un servicio mejor, deben tener la oportunidad de recibirlo en el sector privado, o sea, focalizar los aspectos fundamentales de la salud en el sector público, pero darle la opción a los que tengan recursos para poder tener una calidad de servicio mejor. Y lo mismo podemos decir respecto a la educación.

En cuanto a las pensiones, no estoy de acuerdo con Carlos en que Cuba deba tener un sistema de capitalización plena, individual y privado. Creo que el modelo chileno no es adecuado para Cuba, y sería más apropiado un sistema mixto que integrase un programa público con capitalización parcial colectiva o reparto, pero con solidaridad, y un programa de capitalización plena e individual, para que se combinen elementos importantes de ambos sistemas. Pero lo más crucial será el primer pilar, o sea, crear una red asistencial de emergencia, para el grupo de pensionados actuales y los que se retiren con derechos adquiridos bajo el sistema actual, y aquellos cuyo nivel de ingreso sea inferior a la línea de pobreza. Para esto se requiere ayuda internacional ya que Cuba carecerá de recursos para financiar dicha red. La misma es esencial para facilitar la reforma económica, mantener la paz social durante la segunda transición y promover una democracia estable.

CARLOS QUIJANO. Quisiera aclarar algunos puntos. Alberto mencionaba la posibilidad de un *currency board*. Sí, es posible, como una posibilidad de futuro. Pero creo que al principio habrá que ser más flexible, a ver dónde verdaderamente están las ventajas comparativas o dónde se va a situar el tipo de cambio real. Un tipo de cambio nominal fijo, como decía anteriormente sobrevaluado o subvaluado puede causar problemas macroeconómicos y financieros muy serios. El punto no es cuál sería la política cambiaría a largo plazo: tipo de cambio fijo o tipo de cambio flotante. Sino cuál debe ser la política de cambio durante la transición.

Con respecto a lo que Cuba podría producir en el futuro, no sabemos. Sí, Cuba tradicionalmente ha producido y exportado tabaco, azúcar y níquel, pero también tenemos que recordar que antes de 1959 la economía cubana hasta cierto punto era una economía de rentas, o sea, la industria azucarera estaba en manos privadas pero estaba totalmente regulada, y la mayoría del resto de la economía cubana estaba también bastante regulada, mucho menos

que ahora pero había bastante regulación. Así que en materia de qué es lo que puede producir Cuba después de una transformación hacia una economía de mercado lo más lógico es que sea turismo, lo más rápido, azúcar, pero a largo plazo no sabemos. Lo que la experiencia nos señala es que aquellos países que han optado por una economía abierta y competitiva han aumentado sus exportaciones tradicionales y además han incorporado a sus exportaciones una extensa lista de productos nuevos.

Con respecto a los problemas de cómo proteger la seguridad social, yo simplemente quisiera aclarar dos puntos: primero, tiene que ser un sistema financiable, es decir, sin financiamiento adecuado no es posible ni recomendable porque el resultado sería un desequilibrio financiero de severas consecuencias. Segundo, tiene que estar bien focalizado, sinceramente, que vaya a los más necesitados y a los grupos más vulnerables. Estoy de acuerdo con Carlos Solchaga en que posiblemente la cifra de desempleo abierto va a ser grande, mayor inclusive de lo que existe ahora : las personas que están activas en el sector privado, posiblemente van a cesar como auto-empleados ya que ésta es una actividad que proviene de las diferencias de rentas. Así que no es solamente el despido resultado de las reestructuraciones de las empresas públicas, pero yo creo que eso va a ser un problema de muy corto plazo. Además, por eso como decía anteriormente la ayuda extranjera es importante para establecer un red de seguridad eficiente y eficaz.

Carmelo nos recordaba que Cuba tendría que jugar con las reglas del juego de los organismos internacionales, yo creo que esto es correcto. Hay pocas posibilidades de que en Cuba se puedan resolver los problemas económicos y financieros si no se reincorpora a las Instituciones Financieras Internacionales. En ese sentido José Juan nos señalaba que el Club de París resolviera el problema de la deuda externa. Eso puede ser muy difícil sin la ayuda financiera multilateral. José Juan también mencionaba que el futuro de Cuba puede depender mucho de los desarrollos económicos en América Latina. Sí, pero recordemos lo siguiente, que América Latina más bien está tratando de integrarse a la economía norteamericana. Ahí tenemos el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC), y ahí tenemos la propuesta de creación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). En consecuencia, Cuba tendría una ventaja, cercanía de mercados, lo que llamamos externalidades.

Yo quisiera compartir cierto optimismo hacia el futuro. Es probable que el proceso de transformación y cambio de régimen económico va a ser un proceso difícil y complejo, en el que algunas de las políticas van a funcionar y otras no, pero sí creo que hay ciertos elementos para tener cierto optimismo. Uno es la cercanía geográfica al mercado más grande y tecnológicamente más avanzado del mundo. Dos, el capital humano existente y la capacidad del pueblo cubano de adaptarse rápidamente. Además, hay aproximadamente más de dos millones de cubanos en el exterior. Quizá el aporte de esos dos o tres millones sea mucho menor de lo que pensamos en ese futuro, pero les recuerdo también que esto no es la primera vez que pasa en la historia de Cuba. Hubo un momento en que un 10% de la población cubana residía en el exterior, y

gran parte de ella regresó al inicio de la República. Estamos viviendo en un mundo de grandes cambios y no me extrañaría que después de la apertura y visto desde un prisma económico y las oportunidades que ofrecen las nuevas tecnologías y la alta densidad de transporte y comunicaciones, vamos a presenciar la formación de un mercado homogéneo a través de los estrechos de la Florida y Yucatán.

Ahora, el último punto, sobre la transición, el choque y la transformación. Yo creo que el ajuste de la economía interna al factor externo ya se produjo. Pero ese ajuste no ha sido acompañado de una transformación. Son dos cosas diferentes. El coste del ajuste al factor externo está ahí: la caída en la producción y el ingreso. Pero no ha habido transformación. En síntesis, no han ocurrido cambios fundamentales en la estructura de costos e incentivos así que va a haber también un coste de la transformación y hay que estar consciente y afrontarlo. La contrapartida de la transformación podría ser una rápida recuperación y el principio de un crecimiento económico sostenible con equidad y eficiencia.

ALBERTO RECARTE. Siguiendo con el tema de los choques, yo creo que ha habido ya un choque negativo que es efectivamente el de la desaparición del subsidio soviético, el del ajuste del comercio exterior, pero creo que falta por hacer el gran choque en la economía que es el de permitir que jueguen los precios libremente y creo que vamos a ver la destrucción de una gran parte de la industria, y la destrucción de todos los servicios. Que no es así que no existan. Existen, todos ellos suministrados por el estado y suministrados deficientemente por personas que hoy todos son funcionarios directa o indirectamente. Y tienen que dejar de serlo y eso es una transformación radical para millones de personas. Ese ajuste negativo y ese coste terrible que falta por asumir, yo creo que si las medidas se toman desde el principio existe la posibilidad de compensarlos con otros dos choques positivos, uno es el de la transformación de la agricultura en el cual hay ejemplos claros y determinantes de que la libertad produce suministros alimentarios suficientes para mantener a la población, y creo que, si se permite la libertad y se reparte la tierra, rápidamente volvería a recuperarse a toda velocidad, y falta otro y es el que puede producir el empleo creado directa o indirectamente por el turismo y por algunas inversiones extranjeras en otros sectores. Con una gran carencia que en Cuba va a ser mucho más acusada y que puede hacer que este ajuste positivo pueda ser muy limitado, y es el de la carencia de infraestructuras. Yo no sé hasta qué punto la economía cubana no se va a ver estancada casi desde el principio por la carencia de infraestructuras, que necesariamente llevan mucho tiempo algunas de ellas para desarrollarse, y yo creo que en este momento ésa es la gran limitación. En relación con los temas de sanidad y educación quiero simplemente recalcar que aquí hay una tradición que viene de antes del castrismo que es lo que le ha permitido a Cuba transformar algo que ya tenía y hacerlo universal e ineficiente.

Un inciso en lo que respecta a las relaciones hispanocubanas. España es el gran beneficiado comercialmente con el embargo. Es el primer socio comercial de Cuba y yo calculo que un 70 o un 80% de esas relaciones hispanocubanas

con el levantamiento del embargo desaparecerán. Al mismo tiempo, han surgido en los últimos cinco o seis años por primera vez un conjunto de empresas españolas que tienen capitales, lo cual es un fenómeno extraordinario, y que están invirtiendo masivamente en Iberoamérica. Creo que aquí hay una posibilidad de unas relaciones hispanocubanas para el futuro fundadas en la inversión, no fundadas en el comercio, y no sólo en el sector financiero, sino en muchísimos sectores, en telefonía, en petróleo, en infraestructura, en la prestación de servicios básicos, en los cuales hay capitales españoles y en los cuales el coste de oportunidad de operar en español y de transmitir tecnología en español se está demostrando en el ejemplo de los países iberoamericanos que es importantísimo. Y creo que en el caso de Cuba, al igual que ha ocurrido en otros países de Iberoamérica, puede ser muy importante. Puede ser muy importante para una Cuba que va a ver un 80% de su comercio directamente con Estados Unidos.

En relación con el tema de las industrias, lo que va a sobrevivir o no; por ejemplo la mención que hace Carmelo Mesa Lago de la industria pesquera, yo creo que es una equivocación. La industria pesquera cubana se desarrolla con una enorme cantidad de capitales suministrados por España sobre la base de la compra de barcos muy sofisticados, de convenios pesqueros favorables con países del tercer mundo, convenios que hoy no existen, y con la explotación de una mano de obra esclava precisamente en el sector pesquero. Otra cosa es el tema del marisco, el aprovechamiento de recursos naturales, creo que lo otro es un ejemplo de invento, al igual que fue la formación de médicos para que resolvieran el problema exportándolos a cambio de obtención de divisas.

Sí apoyo la propuesta de pensiones de capitalización pura desde el principio, porque además creo que el estado cubano no tendrá recursos. Otra cosa es que tengan que existir medios para evitar la pobreza extrema. Pero ahí ya no estamos hablando de pensiones, estamos hablando de una red mínima para evitar la miseria.

Y en relación con otro tema, yo no he propuesto un *currency board*. ¡Dios me libre, no! Porque no creo en los *currency board*, creo que es un instrumento que está a medio camino entre lo que es tener moneda nacional o no tenerla. Yo lo que creo es que Cuba tiene una oportunidad histórica para renunciar a la moneda nacional. Que creo que no es necesaria y que introduciría unas tentaciones en este momento a cualquier gobernante que al final se volverían en su contra. Además, creo que de hecho va a estar tan integrada a la economía norteamericana que es el momento de aprovechar directamente lo que ya ha supuesto la circulación del dólar en la economía. Es el momento de no hacer una moneda nacional.

JOSÉ JUAN RUIZ. Yo haría básicamente tres comentarios. El primero sobre la salud patrimonial del Estado cubano, el segundo sobre los costes de la transición, y el tercero sobre la propuesta de tipo de cambio realizada por Alberto Recarte.

El primero de los comentarios es que si estamos previendo una transformación hacia una economía de mercado, el proceso tendríamos que contemplarlo partiendo de la situación patrimonial de la economía cubana. En

principio, uno podría suponer que en el activo de ese balance hay que colocar el valor de mercado de los activos reales y financieros actualmente existentes, y el valor de mercado de los derechos de propiedad que el Estado irá creando a medida que se vayan transfiriendo activos y áreas de actividad al sector privado doméstico o internacional. En el pasivo, estaría el valor de mercado de los compromisos del Estado con la sociedad cubana —pensiones, sanidad, educación, desempleo, etc.— así como el servicio de su deuda interna y externa. Estáticamente, no hay duda de que la actual situación es insostenible. Dinámicamente, las perspectivas son mucho mejores: a medida que se produzca la «desamortización» de la riqueza cubana —es decir, el paso de los activos y derechos desde el Estado al sector privado— el sector privado transferirá en pago recursos financieros a las arcas del Estado, y, si se hace bien, consolidará la sostenibilidad del crucial papel que aquel tiene en toda economía de mercado.

Como ha señalado Carlos, encajar estas piezas exige tener un sistema financiero mínimamente desarrollado y una gestión presupuestaria adecuada. Pero es que además, en el caso cubano existe la oportunidad histórica de crear, sobre nuevas bases, los mecanismos de financiación del Estado de Bienestar que tan cruciales serán a lo largo de la transición. Ciertamente, no es nada novedoso. Es lo que ya han hecho otros países latinoamericanos. La experiencia de Chile, que aquí se ha citado en algún momento, es oportuna. Chile fue capaz de montar un sistema de capitalización de pensiones por dos motivos. En primer lugar porque en su sistema de reparto, el valor actual neto de sus obligaciones con sus ciudadanos tras las elevadas tasas de inflación de los primeros ochenta era prácticamente nulo. Y, en segundo lugar, porque a través de las privatizaciones obtuvo los recursos financieros para hacer la dotación inicial de capital que permitió la puesta en marcha del nuevo sistema. En mi opinión, la enorme transferencia de riqueza desde el Estado al sector privado que se tiene que producir para que Cuba sea una economía de mercado sería bueno que, en contrapartida —y en marcado contraste con lo que ha sucedido en Rusia— sirviese para asegurar los mecanismos de solidaridad, y, además, para desarrollar algo que a Cuba le va a hacer falta: unos mercados financieros desarrollados. Teniendo en cuenta la situación geográfica de la isla, y la tantas veces mencionada calidad de su stock de capital humano, no sería un disparate tratar de convertirse en uno de los centros financieros off-shore del continente, que llegue a aportar hasta el 10%-15% de su PIB anual.

La segunda observación es sobre los costes de la crisis económica cubana. ¿Se han pagado ya todos, o, por el contrario, todavía quedan facturas pendientes?. En mi opinión, lo que se ha producido es el ajuste a la eliminación del subsidio. Ahora lo que queda es penar con el sistema ineficiente que existe. En la medida en que siga existiendo ineficiencia en la economía es evidente que los costes se pueden agravar por dos razones: primero porque estas situaciones son siempre dinámicas —ocurre como en Alicia en el país de las maravillas: para quedarse donde uno está, hay que estar permanentemente corriendo— y, en segundo lugar, porque aunque el entorno —en función de una serie de factores que sinceramente no soy capaz de imaginar —ya no

fuese a empeorar, la sociedad cubana seguiría acumulando y soportando los costes de oportunidad de no haber realizado el ajuste. Tómese el ejemplo de la «economía dólar» —que ciertamente no debería ser el modelo a emular en el futuro— y adviértase que pese a todas las restricciones legales bajo las que opera ha sido capaz de alcanzar ya un peso que probablemente es mayor que el de la propia economía oficial. Quizás ello sea la mejor prueba de que la no-realización de las reformas supone que el nivel de bienestar del país sea mucho menos saludable del que podría ser.

Para acabar, dos breves menciones al tema del tipo de cambio y al tema de la moneda nacional. Yo creo que la moneda nacional es algo que, además de un innegable valor simbólico, tiene utilidad. A mí me parece que Cuba en estos momentos cometería un tremendo error si adoptase un «Currency Board», o sea, vincular su moneda al dólar mediante un tipo de cambio irreversible. Aunque sea un sarcasmo, precisamente eso es lo que ha hecho en los últimos cuarenta años, y, como se puede comprobar esa trepa no ha servido para mucho. Para mantener un régimen cambiario de esas características se necesita tener reservas internacionales, y, en el caso de Cuba, se me ocurren usos alternativos muchos más rentables que dedicar los dólares al mantenimiento de una predeterminada paridad cambiaria. Posiblemente, eso sea necesario en una fase ulterior del proceso de transición —una vez que la estructura de precios se forme en mercados competitivos, y, por tanto, responda a la estructura de precios internacionales y a la dotación interna de recursos— pero por el momento, la prioridad quizás debiera ser el evitar nuevos dogmatismos ideológicos. Teniendo en cuenta lo que a Cuba le queda por hacer, y los shocks a los que se va a ver enfrentada, no es mala idea preservar una cierta discrecionalidad sobre el tipo de cambio, a fin de que este absorba algunas de las perturbaciones. Los problemas de la transición son lo suficientemente complicados como para además atarse una mano a la espalda. Las manos a la espalda hay que atárselas, cuando ya no quede otra alternativa.

CARLOS SOLCHAGA. Voy a tocar también dos o tres puntos, y en algún caso hacer alguna aclaración. La primera cuestión que parecen decirnos tanto Carmelo, como Carlos Quijano, es: no confíen ustedes en que el coste del deterioro ya está asumido, que el deterioro no puede llegar a más. Y yo creo que si yo fuera cubano y estuviéramos hablando de Cuba seguramente compartiría su punto de vista. Mire usted, nos han pasado tantas cosas que es imposible que no nos pasen todavía cosas peores, ¿no? Pero trataré de explicar por qué no creo que esto sea así. La segunda parte que me interesa aquí y en la que seguramente mis dos críticos ya parten caminos es que Carmelo de esta consecuencia de que el deterioro o el choque a la baja del PIB y de las condiciones sociales no ha tocado fondo, parece deducir la necesidad de evitar una terapia de choque en lo que se refiere a la transformación económica, en tanto que me temo que Carlos Quijano no compartiría este segundo punto. Yo, a esta visión le tengo cierta simpatía, la comprendo muy bien. Sin embargo, mi posición sería primero, creo que sí que hemos tocado fondo en la mayor

parte de los casos, y creo sin embargo que eso nos permite tener una terapia de choque pero con una matización a la que luego me referiré. Primero, no puedo imaginar qué es lo que puede pasar de malo si a partir de mañana los ciudadanos cubanos pudieran o autoemplearse o emplear a otro. ¿En qué medida esa situación habría de perjudicar la situación actual?. O cogerían a alguien de una empresa pública que está trabajando, y ello sería porque a él le interesa ganar más, o cogerían a alguien que es redundante y hace como que trabaja. La aportación al producto interior bruto sería mayor y la aportación a su propia renta personal sería mayor.

¿Cuánto se puede sacar de esta asignación más eficiente de recursos como consecuencia de la libertad del cambio? Quizá, un poquito nada más porque antes o después vendrá la restricción del exterior, ¿no? Antes o después la realidad se impondrá. Mire usted, usted quiere ser pintor, pero como no fabricamos pinturas en Cuba, y no hay más pintura que la que el cupo de importación permite, si usted es un buen pintor, y va buscando su propio beneficio, la utilizará de manera económica, imaginará la forma de combinar la cola con el agua y la pintura para que le salga mejor. Hará cosas que el funcionario del estado, en la fábrica de pinturas, no hace. Todo eso está bien. Pero al final podremos pintar tantos kilómetros cuadrados de superficie porque eso es lo que permite la utilización más eficiente del cupo de pinturas que importamos.

Pero hay que tener en cuenta que en cualquier apertura de la economía, cualquier transformación, en la medida que vaya acompañada, como sin duda ha de ir la cubana, de importantes ayudas internacionales (aunque condicionadas), pero sobre todo de una legislación sobre inversión extranjera mucho más liberal (o al menos tan liberal como la actual pero no sujeta al reglamento); en esas condiciones hay que pensar que la restricción exterior habría de disminuir. Pues bien, en ese contexto, no imagino yo cómo los procesos de transformación sistémica habrían de empobrecer a la gente. Podría dar la sensación psicológica o la apariencia, de que esto es así porque al fin muchos trabajadores habrían de reconocer que en realidad eran redundantes si empezaba a hacerse una cosa que nosotros hemos propuesto alguna vez a las autoridades cubanas: que se vayan declarando líneas de actividad, empresas y fábricas como privatizables, cooperatizables o cerrables. Podría producirse esa sensación de «hombre, yo sobra y hasta ahora no me había enterado; aunque eso sí, iba todos los días a la fábrica y no tenía nada que hacer, naturalmente al final de mes me pagaban doscientos pesos y tampoco tenía nada que hacer con ellos. Y por tanto resolvía todos los días en la calle lo que podía». Pero admitámoslo, quizá esa sensación habría de ser mala, y en ese sentido no es inimaginable que determinados aspectos del proceso (sacar a la superficie, tratar con total descaro, con la dureza propia de una transformación sistémica, sin ningún tipo de consuelo humanitario por decirlo así, estas situaciones), pudieran producir un deterioro psicológico de la situación, que no un deterioro real.

Una cosa que está muy relacionada con esto que tiene que ver con los servicios sociales. Es verdad que en estos momentos la sanidad, la limitación primera que encuentra, la restricción que es limitativa, es la falta de fármacos o del ins-

trumental necesario para el desarrollo de la cirugía. No es que falten médicos. Un médico te puede mirar al fondo del ojo y decir: «Tiene usted tal cosa». «Y ahora ¿qué hago doctor?» «Pues ahora nada porque no tenemos cómo tratarle». ¿No?, ésta es la realidad. Claro que podría ser mucho peor si además de esto uno llegara al dispensario, o uno al hospital, y se encontrara con que los médicos no estaban porque se habían ido todos al sector privado. No es que realmente si estuvieran allí les habrían de dar mucho mejor servicio que ahora, pero la sensación de fracaso social, la desmoralización colectiva que habría de suponer la idea de contar con un servicio social en el que ya no están ni los médicos (con la consigna de que el último apague la luz al salir), eso podría ser tremendo.

Todo esto me lleva a una cosa. Mi opinión, dado este análisis que hago y en el que puedo equivocarme ciertamente, no es que lo que necesitamos, como sugiere Carmelo, es moderar la terapia de choque a través de un sistema gradual: lo que necesitamos es una terapia de choque de verdad, pero al mismo tiempo, en vez de hacer el énfasis político en el tema del mercado y del sector privado, que eso lo hará la sociedad por sí misma, eso lo hará todo el mundo porque estará deseando salirse de su viejo encuadramiento dentro de la producción del sector público, pongamos el énfasis político en que funcione bien el estado que tiene que quedar. Hagamos énfasis en que pase lo que pase con los médicos que se van a salir de los hospitales y del sistema sanitario público, sin embargo, los hospitales van a funcionar mejor que antes. Hagamos énfasis en que así va a funcionar la enseñanza pública. En que las pocas cosas que van a quedar en el estado, en fin, por contraste con esa concepción de la producción general de bienes y servicios tanto públicos como privados por el estado en la situación actual, que ésas pocas cosas funcionen bien.

Creo que eso es absolutamente crucial, y que sería novedoso respecto de todos los problemas de transformación sistémica o de ajuste estructural que se han llevado en Latinoamérica, y que están llevando en estos momentos tanto al Banco Mundial como al Banco Interamericano como al propio Fondo Monetario Internacional a reconsiderar el papel del estado, porque se habían pasado, en reducir y desprestigiar el papel del estado. Y en el caso de Cuba no hace falta pasarse. Cuando le digan a la gente: «Es usted libre. todo el mundo es libre», no van a necesitar decirle a la gente «venga usted al mercado que es estupendo». ¡Si la gente se va a ir hacia ello! El problema está más bien en decir es usted libre, pero le garantizamos que los servicios públicos, aquellos en los que vamos a poner más énfasis, siguen funcionando.

En ese sentido es donde quisiera matizar mis consideraciones sobre las interpretaciones que se han hecho sobre ellas en relación con las pensiones; porque una parte del servicio público también es pagarle lo que sea, lo que se pueda, a las personas de la tercera edad que ya han adquirido un derecho y en estos momentos lo están ejercitando con una pensión pública, durante el período transitorio en que sigan sujetos al viejo esquema. Yo estoy persuadido de que no hay mejor oportunidad para un país que empiece de cero prácticamente como éste para hacer un sistema de capitalización de pensiones. Creo que es un sistema justo y creo que la solidaridad de ese sistema se debe hacer

mediante el complemento a través de lo que podríamos llamar una pensión de subsistencia para aquellos que no han podido cotizar, y desde luego que en este momento y durante un período relativamente prolongado (en este caso siempre estamos hablando de generaciones enteras) debería también dar cobertura a aquellos que están ya o en la población pasiva percibiendo una pensión o van a adquirir ese derecho en los próximos años mientras no exista una capitalización suficiente. Por lo tanto, el sistema que yo estoy proponiendo no es muy distinto del que propone Carmelo, es un sistema también mixto. Pero lo que creo es que en ese sistema mixto la primera parte, que va a ocupar no sé qué porcentaje del PIB, irá contrayéndose con el tiempo, y la segunda parte, la que está basada en la capitalización, acabará cogiendo la mayor parte del universo de jubilados.

Dos cosas más. Una en relación con el tema de la especialización. Yo a esto no le daría mucha importancia. Parece que las estructuras productivas cambian con el tiempo y que uno de los mayores errores de los políticos es cuando se han dedicado a escoger ganadores y perdedores y decir qué es lo que se debía hacer. Al final, podríamos volver a Lenin, «el comunismo es los Soviets más la electricidad». Yo dejaría que la libertad se impusiera, convencido de una cosa, y ustedes me van a perdonar que lo diga con esta franqueza: si alguien está destinado a ser un país TLC es Cuba, mucho más que México. Y por tanto yo creo que hacia ahí habrán de gravitar las cosas y dentro de ese contexto que es muy amplio, con libertad en la asignación de recursos, la especialización se producirá de manera natural sin que tengamos que preocuparnos hoy por ello. En ese contexto también estoy de acuerdo con una cosa que ha dicho Alberto Recarte. Las relaciones entre Cuba y España no habrán de estar basadas sobre todo, como hasta ahora parece, en los intercambios comerciales. Lo importante que puede hacer España por Cuba y lo importante también para nosotros desde el punto de vista de nuestras relaciones con Cuba, lo que nos puede atraer crecientemente, son las inversiones. Naturalmente que todas las inversiones llevan aparejado un incremento en los flujos comerciales, como todos sabemos. Pero desde luego yo creo que España en relación con Cuba va a ir modificando su estrategia, no es que lo vaya a hacer el gobierno, por fortuna; ni éste ni otro, pero particularmente es bueno que éste no lo haga, ¿no? A la vista de las cosas que ha venido haciendo en relación con Cuba. Pero la gente lo que va a hacer es lo que estamos haciendo en otros lugares. Nadie está pensando que nuestras relaciones con México, con Argentina, van a depender en el futuro fundamentalmente de los intercambios, de si nos venden petróleo a cambio de otras cosas. Sino que lo importante es que están allí las petroleras, las compañías de telecomunicaciones españolas, y las compañías eléctricas y que éstas a su vez traen con ellas todo un flujo de nuevas inversiones y de intercambios comerciales de gran importancia. En ese sentido creo que le daría toda la razón a Alberto Recarte. Eso es todo.

Compuerta a los poemas delicados

Lina de Feria

*en la mesa lúdrica los poemas
suelos a los leones
de este incipiente clima de la arruga
alpineando sobre la mejilla
para estallar más ojo adentro de la tristeza
de un amor horizontalmente tardío
ascua salida del sombrero y del mago
como corteza cerrada mirando enigmática
la raíz en la que gravitó
sin perder el hilo sangriento de su íntima belleza
quieta como la muerte
fija como la memoria de morir.*

*los poemas se alinean
obedeciendo órdenes de los primeros cónsules
enviados a colonizar la isla
recién descubierta por Cristóbal
en las ilustraciones desvaídas
de un libro de cuarto grado de lectura
y hacen sus garabatos libres
con tantas combinaciones como intensos sueños*

*en la mesa lúdrica
están rugiendo los pequeños animalejos
inconformes y voraces.*

A la madre de Maricusa y Josefina Menéndez

Lina de Feria

*entrar a aquella casa es atar las nubes
con el antepasado fúlgido en los vientos
gobernar el palomo y la serpiente en rosca
desabrochar las aguas de la pila
hasta que el entresuelo se haga polvo
cubriendo las descarriadas jóvenes
máscara en mano y centelleantes
en cada maceta del patio feudal.*

*entrar a aquella casa
aunque sólo sea de extravía
es comenzar la huella cotidiana
en las descoladas colas de los pianos
absurdos en martirios y sonrojos de clases
es reponer maltratos de la vida
en las abuelas manos de Zelaida paciente
porque el mundo es tan lógico
y ella demanda el tiempo
con trajes de franela puliendo la cocina
y el rito de sus aires
engordando en las horas
como niñez irreversible.*

1898: hispanismo y guerra

Arcadio Díaz Quiñones

No soy yo: es la Historia quien suscita a veces desagradables recuerdos.

MENÉNDEZ PELAYO
«Palabras al lector», *Historia de la
poesía hispano-americana*

EN ESTE ENSAYO ME INTERESA EXPLORAR LA RELACIÓN que hay entre hispanismo y guerra, entre la construcción del canon literario «hispano-americano» y la voluntad imperial. ¿Era o es posible pensarse como miembro de una comunidad «hispano-americana» que tenga a España como centro, como si ambos mundos fueran uno y el mismo? Parto de la premisa siguiente: las contiendas del canon no son sólo «hechos» literarios, inventarios y autores, sino disputas en torno a los relatos que se quieren privilegiar. La genealogía de lo «hispano-americano» y del hispanismo, como veremos, se constituye como tal en —y por oposición a— el mundo colonial.

Para abordar esos problemas, estudio los fundamentos culturales y el contexto político que sostienen la primera *Historia de la poesía hispano-americana*, de Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912).¹ Ese texto está marcado por el final del imperio español y por los debates sobre la construcción de las tradiciones nacionales. La extensa obra plantea, de

¹ Fue publicada originalmente en 1893 y revisada y reimpressa en 1911. Ésta última es la refundición de su famosa *Antología de poetas hispanoamericanos*, comisionada con motivo de la celebración del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, dada a conocer en cuatro tomos entre 1893 y 1895. Menéndez Pelayo revisó y recopiló los prólogos de la *Antología* y en 1911 aparecieron con el nuevo título de *Historia*, en dos tomos. Aquí cito por la edición de las *Obras Completas*, tomos 27 y 28, preparada por Enrique Sánchez Reyes. De ahora en adelante, cuando hago referencia a los tomos I y II de la *Historia*, remito a los volúmenes 27 y 28 de esa edición.

un lado, la lucha por delimitar un saber literario bajo un significado colectivo; y, de otro, la conflictiva recepción de las literaturas americanas en España. Así, según Menéndez Pelayo, el espacio político perdido por España a lo largo del siglo XIX podría ser reocupado por la hegemonía cultural. La vieja cultura debía asumir la tarea de configurar espiritualmente a los pueblos jóvenes. En principio veremos cómo el historiador introduce el debate político en el espacio cultural, desplegando, a la vez, su conocimiento de los textos hispano-americanos y esquemas muy interiorizados de raza, civilización y barbarie. La cultura letrada aparece como última manifestación de la memoria del imperio que permite actualizar un pasado. Simultáneamente, permite silenciar otras memorias o polemizar contra las que no encajan en su esquema interpretativo.

Narrar la fundación de lo «hispano-americano» era, en efecto, una empresa contradictoria que llevaba a polémicas explícitas o tácitas. Por una parte, Menéndez Pelayo necesitaba incorporar las tradiciones americanas, construir su archivo. Pero, por otra, su objetivo era instaurar —frente a la ruptura política de las independencias y del 1898— el lugar central de España en el espacio cultural contemporáneo. ¿Se pueden hacer las dos cosas a la vez? Apropiarse de la literatura «hispano-americana» suponía elaborar un núcleo utópico que garantizara el derecho de España a ocupar el centro. Al subrayar con énfasis la continuidad, Menéndez Pelayo se enfrentaba —lo veremos en el caso de sus juicios sobre Puerto Rico— a la dificultad de integrar en su relato las colonias fronterizas en las que la cultura letrada había sido débil, y cuyas tradiciones orales no pasaban al archivo metropolitano, o dejaban pocas huellas. ¿Qué ocurre, qué ha ocurrido, como ha vuelto a preguntarse James Clifford en su reciente libro *Routes: Travel and Translation in the Late Twentieth Century* (1997), en las zonas fronterizas y fuera de las fronteras, en los territorios que no figuran en los mapas nacionales? A ello también me referiré más adelante.

Era imposible para Menéndez Pelayo, y en general para el discurso histórico español, ver otra historia que no fuese especular —y letrada— en América y en las Antillas. Al mismo tiempo, su *Historia* contiene aquello que niega: deja entrar —aunque distorsionadas— las voces del «adversario», y a menudo desea rectificar su lenguaje. Su lectura de la tradición tiene que enfrentarse a la pérdida del imperio. Ello determina en buena medida el espesor que concede a algunos textos, y las jerarquizaciones que traza, así como sus olvidos. Sin embargo, como se observa en los capítulos que dedica a Puerto Rico, Cuba, o Santo Domingo, su relato no deja de suscitar la posibilidad de existencia de sujetos heterónomos y la heteronomía de sus prácticas.

La invitación a plantear estas cuestiones proviene del propio Menéndez Pelayo, ya que él sabía que sus interpretaciones producirían reacciones polémicas. Él mismo entabló la tensión en sus desafiantes «palabras al lector»: «No soy yo: es la Historia quien suscita a veces desagradables recuerdos»². ¿Qué se

² *Historia*, t. I., pág. 4. Menéndez Pelayo se refiere a su *Historia* de la siguiente manera en ese mismo párrafo: «Quien la examine con desapasionado criterio, reconocerá que fué escrita con celo de la verdad, con amor al arte, y sin ninguna preocupación contra los pueblos americanos,

borra cuando se apela a la «Historia»? Esa cita, y su monumental obra, dejan ver con claridad los ecos de las guerras militares y de las contiendas interpretativas generadas por las relaciones coloniales. Menéndez Pelayo aparece como instrumento de la «Historia», y en cierto modo su portavoz. Anuncia así las relaciones profundas entre el saber del hispanismo y las guerras de independencia.

¿Cuál es la operación que realiza Menéndez Pelayo ante el fin de la dominación española en Puerto Rico, Cuba y Filipinas? El intelectual católico renovó la concepción imperial de la lengua postulada por Antonio de Nebrija para la época de los Reyes Católicos. Ello le permitió distinguir entre lo que era «verdaderamente» memorable, y lo que no lo era: esa noción era el cimiento de su canon, y proporcionaba las representaciones que lo constituyen. Reimaginó el pasado del imperio a partir de la discontinuidad política de las antiguas colonias, y de la teleología civilizatoria de los Estados Unidos. Su *Historia*, concebida con vocación de archivo enciclopédico, está anclada en una imponente colección de textos —no sólo poéticos— y de noticias históricas. Todavía está por estudiarse minuciosamente con qué materiales trabajó Menéndez Pelayo, y de qué manera trató la documentación recogida. Haría falta, además, un análisis más detenido de cómo su construcción de lo «hispano-americano» se inscribió como un campo de estudio reconocido.³ No intento analizar estos aspectos, pero sí volver al contexto que permite ver que se trataba de un campo de disputas por los sentidos del pasado.

EL CONTEXTO DEL DEBATE Y LOS CRÍTICOS RADICALES

Ciertamente las raíces de la colocación compleja del 98 entre los espacios del saber y de la política vienen de muy lejos. Menéndez Pelayo se enfrentaba en polémica implícita y explícita a otra tradición crítica radical, sobre todo la de los separatistas y reformistas antillanos cuya multiplicidad de voces heterodoxas generalmente se ha pasado por alto en la historiografía española. El gran intelectual separatista puertorriqueño del siglo XIX, Ramón Emeterio Betances (1827-1898), por ejemplo, soñaba desde París las utopías de la modernidad. Se distinguió porque no se cansaba de desafiar la autoridad española, repitiendo categóricamente que: «Nada hay que esperar de España y de su Gobierno. Ellos no pueden dar lo que no tienen. Carecen, por más que otra cosa digan, de todos los elementos de un pueblo civilizado».⁴ La mera existencia de la colonia ponía en entredicho los valores ilustrados.

Tiene interés también considerar la crítica de otro puertorriqueño, Eugenio María de Hostos (1839-1903). Hostos dedicó muchos escritos durante su

cuya prosperidad deseo casi tanto como la de mi patria, porque al fin son carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos».

³ Uno de los casos más sobresalientes es el de Pedro Henríquez Ureña, quien en muchos sentidos avanza y profundiza el camino abierto por la obra de Menéndez Pelayo. Lo he estudiado en «Pedro Henríquez Ureña: modernidad, diáspora y construcción de identidades», publicado en el libro *Modernización e identidades sociales*, págs. 59-117.

⁴ Ver su proclama de 1868 en el volumen *El proceso abolicionista de Puerto Rico*, t. II, págs. 185-189.

largo exilio a romper con el discurso civilizatorio de la metrópoli que nunca le autorizó un espacio público de discusión en la isla. Al hablar sobre Cuba en 1872, en medio de la Guerra de los Diez Años (1868-1878), exacerbaba todavía más la contraposición con España:

La adornó el genio del bien; la pobló el genio del mal: la descubrió la abnegación científica; la conquistó el interés avaro. Pero si hay en la vida de la humanidad una fatalidad perfectamente determinada es la ley del bien; y los españoles, que han hecho en Cuba todos los males, los que proceden del horror, los que nacen de la pasión desenfrenada, los que generan una voluntad mal dirigida, no han podido hacer el único mal que hubiera condenado a Cuba al horror eterno de ser españoles: no han podido hacer hijos españoles! Se mezclaron con las indias, y salieron cubanos; con extranjeras, y nacieron cubanos; con españolas, y hasta la española procreó cubanos. [...] Les instruyeron en el fanatismo del Dios español, del rey español, de la grandeza española, y fueron cubanos en su fanatismo contra todos los fanatismos españoles. Los mandaron a España a olvidar a Cuba, y volvieron a Cuba maldiciendo a España.⁵

En este contexto, adquieren un significado particularmente relevante los textos del joven José Martí (1853-1895), en los que la conciencia de la *diferencia* recibe un impulso decisivo. Martí había sido marcado muy temprano por la experiencia de la prisión en medio de la primera guerra de independencia de Cuba. En un texto fundamental —aunque inexistente en la memoria literaria y política española—, *El presidio político en Cuba* (1871), rompió también tajantemente con el discurso de identidad de la metrópoli. Para él, que vivió intensamente la experiencia central de un mundo creado por expatriados, disidentes y refugiados, la diferencia debía ser mostrada. Los cubanos y los españoles, escribió Martí en otro texto, «de distinto comercio se alimentan, con distintos países se relacionan, con opuestas costumbres se recocijan. No hay entre ellos aspiraciones comunes, ni fines idénticos, ni recuerdos amados que los unan».⁶ Como ha explicado Partha Chatterjee, el discurso nacionalista en el contexto colonial es simultáneamente una negación y una afirmación. Pretende medirse con la cultura dominante, es decir, con la cultura imperial, a la vez que tiene que cuestionarla.⁷ En ese sentido no es menos importante el caso de Salvador Brau (1842-1912). Brau fue uno de los intelectuales autonomistas puertorriqueños más productivos del fin de siglo. Amó profundamente a España, pero su obra tampoco dejó huella en la metrópoli. Significativamente, defendió los orígenes españoles de Puerto Rico, y, al mismo tiempo,

⁵ En su escrito «Cuba y Puerto Rico», de 1872, pág. 134.

⁶ En el texto titulado «La República española ante la Revolución cubana», pág. 94. Sobre la política profética de Martí, he publicado un artículo titulado «Martí: las guerras del alma», en *Apuntes Posmodernos*, V, N° 2 (1995), págs. 4-13.

⁷ Ver su libro *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?* London, 1986.

justificó la ocupación militar estadounidense de 1898. Para Brau y para muchos intelectuales autonomistas, los orígenes «civilizados» españoles eran perfectamente compatibles con la nueva presencia norteamericana. En su *Historia de Puerto Rico* (1904), el primer manual destinado a los lectores escolares, la ocupación militar aparece como indispensable en el tránsito del «viejo sistema colonial» —es decir, español— a los «amplios métodos democráticos» norteamericanos que él veía como valores universales constitutivos de la modernidad. En su *Historia*, Brau afirmó sin ambages: «acaso hubiera sido conveniente la prolongación del régimen militar, para moderar la brusca transición del viejo sistema colonial a los amplios métodos democráticos».⁸

Veamos otro ejemplo. En su ensayo «El fracaso colonial de España», de 1896, el cubano Enrique José Varona (1849-1933), postulaba que la vieja metrópoli ocupaba el polo de la barbarie, mientras que la civilización futura estaba inexorablemente ligada a la cercanía de los Estados Unidos. El mundo colonial aparece ya como perdido para España. Varona consideraba a España un obstáculo, porque se había mantenido ajena a las grandes culturas modernas:

Aunque España ha tratado de torcer el rumbo de nuestro comercio, la vecindad del inmenso mercado americano ha enseñado a Cuba lecciones que nadie podrá olvidar. Su posición geográfica y la calidad de sus productos la han puesto en relaciones con el mundo entero, que no han sido más amplias y regulares por la intervención celosa de España. De las comunicaciones personales de muchos cubanos que han residido en el extranjero, y por la facilidad maravillosa con que hoy se difunden las ideas, ha resultado que la cultura artística, científica y jurídica, si no general, es extensa en Cuba. En las poblaciones, la vida que realiza el cubano alcanza un grado alto en la escala de la civilización.⁹

En España, el año de 1898 fue visto con poderosa fascinación en la historiografía como el «año del desastre», la devastadora pérdida del imperio en la que se buscaban nuevas claves interpretativas. La «catástrofe» llegó a ser paradigma de una crisis que perduró como pura negatividad en el imaginario peninsular. Nada parecía definir mejor el clima —y su articulación discursiva— que el título del libro *La moral de la derrota* (1900), de Luis Morote, quien fue corresponsal en la guerra de Cuba. La pérdida de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas fue vivida como una humillación no sólo de España, sino también de todas las naciones «latinas».¹⁰

⁸ En *Historia de Puerto Rico*, págs. 305-306.

⁹ En su ensayo «El fracaso colonial de España», pág. 53.

¹⁰ Ha sido estudiado y documentado por Lily Litvak: «Latinos y anglosajones. Una polémica de la España de fin de siglo», en Idem: *España 1900: modernismo, anarquismo y fin de siglo*. Barcelona: Anthropos, 1990, págs. 155-200. Sobre la reacción de políticos e intelectuales españoles al «desastre», ver el capítulo 3, «Spain Responds to the Disaster», en el libro de Fredrick B. Pike: *Hispanismo 1898-1936*. Indiana, 1971, págs. 48-72.

De hecho, el pensamiento engendrado en el espacio de la derrota fue transformando radicalmente la vida intelectual española del siglo XX en los escritos de la «generación del 98». Pero en esa literatura las antiguas colonias eran sobre todo un telón de fondo para repensar con intensidad el «problema» de España. Américo Castro advirtió claramente la fuerza de la tradición imperial sobre la vida intelectual española, marco del cual él mismo no se liberó del todo. Al comentar «el tono y el aire marcadamente imperialista» del soneto de Unamuno sobre la lengua, subrayaba que se pretendió llenar con fábulas la oquedad dejada por el 98: «Se confirma así la idea de ser la vigente historiografía española un aspecto más del ansia de imperio, del afán de compensar por esa vía confusa y fabulosa las deficiencias y oquedades que ensombrecen el alma».¹¹

MENÉNDEZ PELAYO: EN EL PRINCIPIO ESTÁ EL FINAL

¿Qué hizo Menéndez Pelayo? Repensó la necesidad de poner al día un proyecto de hegemonía española frente a la cultura «anglosajona» de los Estados Unidos. Para reinventar la cultura española —y para convertir en canónico el concepto de lo «hispano-americano» como fuerza civilizadora que englobaba en un conjunto superior a países políticamente divididos—, invocó en su *Historia* la misión de las lenguas imperiales y la analogía con Roma. Era preciso articular un nuevo metarrelato, con ideas del tiempo, del espacio y de la literatura que permitieran determinar el sentido y el *lugar* apropiados de España en la modernidad.

Con voluntad de poder, retomó la tesis de Nebrija, reafirmando su creencia en la unidad imperial. Menéndez Pelayo leía lo que ya sabía, o creía saber, desarrollando así un instrumento de reconstrucción histórica que le permitiera relatar orígenes «coherentes». Es decir, una cultura unitaria con un idioma, sin la cual el conjunto del sistema no podría sostenerse. Quería cerrar un círculo en el que el principio y el fin se correspondiesen orgánicamente, y esa circularidad se convierte en clave interpretativa. La cultura española era el «origen» de las letras «ultramarinas», y la reconciliación de las contradicciones; España seguía regulando y dictando normas; podía colocarse por encima del fraccionamiento de las tradiciones «nacionales». Esa noción totalizadora era la principal dimensión política de su obra, y se anuncia como manifiesto programático. Sus palabras demuestran las lecciones consoladoras que extraía de la re-anexión simbólica de la geografía americana:

Fue privilegio de las lenguas que llamamos clásicas el extender su imperio por regiones muy distantes de aquellas donde tuvieron su cuna, y el sobrevivirse en cierto modo a sí mismas, persistiendo a través de los siglos en los labios de gentes

¹¹ Ver su libro *Sobre el nombre y el quién de los españoles*. Madrid, 1973, pág. 384. Entre los trabajos recientes, véase además el ensayo de Eduardo Subirats: «España 1898: decadencia y modernidad», y los comentarios críticos de James Fernández, en el volumen editado por Arcadio Díaz Quiñones: *El Caribe entre imperios*. Puerto Rico, 1997, págs. 325-349.

y de razas traídas a la civilización por el pueblo que primeramente articuló aquellas palabras y dió a la lengua su nombre. (...) América es inglesa o española: en el extremo Oriente y en los Archipiélagos de Oceanía también coexisten, aunque en muy diversa proporción, entrambas lenguas (...) Nosotros también debemos contar como timbre de grandeza propia y como algo cuyos esplendores reflejan nuestra propia casa, y en parte nos consuelan de nuestro abatimiento político y del secundario puesto que hoy ocupamos en la dirección de los negocios del mundo, la consideración de los cincuenta millones de hombres que en uno y otro hemisferio hablan nuestra lengua, y cuya historia y cuya literatura no podemos menos de considerar como parte de la nuestra ...¹²

El viejo imperio se «regeneraba» en la construcción intelectual de lo «hispano-americano». Menéndez Pelayo andaba en busca de nuevos «beginnings», de una tradición nacional española que *incluyera* la americana.¹³ Su libro-monumento, provisto de múltiples erudiciones, era un homenaje al Antiguo Régimen. Los «comienzos» españoles —la conquista— serían el fundamento de la autoridad cultural, y en torno a ella se organizarían la secuencia y la causalidad de los acontecimientos.¹⁴ La manera en que racionaliza la masa de conocimientos, la forma en que ubica las figuras y define la estructura del libro, todo se arma sobre esa autoridad imperial. La España vencida alcanzaba irradiación máxima como símbolo cultural: lo «hispanico» constituiría la comunidad esencial.

Es preciso establecer cómo está concebida la obra. Curiosamente, la secuencia de los capítulos está estructurada por países, es decir, por tradiciones «nacionales». Cada país es una entidad particular, marcada por especificidades que van mucho más allá de la historia de la poesía. Por otra parte, la operación canonizadora produce sus propias referencias letradas, y se alimenta de ellas. Es preciso insistir en el término «letrada»: es la celebración del orden y la aureola del libro impreso en el imperio español. La letra impresa fluía en los virreinos, y le sirve a Menéndez Pelayo para marcar la estricta jerarquización y la continuidad exigidas por la canonización. De ese modo, la fragmentación producida por la organización en capítulos de los diversos países se corrige por la continuidad de la cultura impresa «hispano-americana», una entidad que atraviesa los siglos, y que continuará, aun sin un Estado centralizador.

¹² *Historia*, t. I, págs. 5-7.

¹³ Véase el libro de Edward W. Said: *Beginnings: Intention and Method*. New York, 1985, sobre todo los dos primeros capítulos, «Beginning Ideas» y «A Meditation on Beginnings». Traduzco aquí por «comienzos» o «inicios» los «beginnings» teorizados por Said. Es otra manera de hablar de la construcción de la tradición.

¹⁴ Para la extraordinaria difusión de la obra de Menéndez Pelayo ver el ensayo de John Englekirk: «La *Antología de poetas hispanoamericanos* y el hispanismo norteamericano», en *Arbor* XXXIV, 127-128, 1956, págs. 486-502. Ver además el libro de Anna Wayne Ashhurst: *La literatura hispanoamericana en la crítica española*, Madrid, 1980, en especial el capítulo sobre Menéndez Pelayo, págs. 170-224.

Los países son los elementos del todo. El elemento unificador es la cultura letrada, y ello los remite a otra totalidad: lo «hispano-americano». Por ello, los lazos con México, Perú y Colombia son firmes, y su historia letrada es opulenta. Un claro ejemplo es el comienzo del capítulo dedicado a México: «Tuvo el Virreinato de Nueva España (como la parte predilecta y más cuidada de nuestro imperio colonial y aquélla donde la cultura española echó más hondas raíces) las más antiguas instituciones de enseñanza del Nuevo Mundo, y también la primera imprenta».¹⁵ El pasado colonial del Perú se configura en forma paradigmática: «Fue el Virreinato del Perú la más opulenta y culta de las colonias españolas de la América del Sur; la que alcanzó a ser visitada por más eminentes ingenios de la Península, y la que, por haber gozado del beneficio de la imprenta desde fines del siglo XVI, pudo salvar del olvido mayor número de muestras de su primitiva producción literaria».¹⁶ El capítulo sobre Colombia se abre con un juicio que resalta el valor de la antigüedad: «La cultura literaria en Santa Fê de Bogotá, destinada a ser con el tiempo la Atenas de la América del Sur, es tan antigua como la colonia misma».¹⁷ México, el Perú y Colombia son el espejo de la metrópoli, y por ello constituyen una genealogía fundadora.

Sin embargo, la canonización no estaba exenta de ambigüedades y de enfrentamientos. Las dificultades se hacen sentir cuando Menéndez Pelayo hace la historia literaria del Perú, y coloca en uno de los centros fundadores a Garcilaso el Inca. Menéndez Pelayo reconoce inesperadamente que los *Comentarios reales* es el único libro «en que verdaderamente ha quedado un reflejo del alma de las razas vencidas».¹⁸ No obstante, no hay forma de prescindir de él. No vacila en elogiarlo junto a Alarcón como «el mayor nombre de la literatura americana colonial: él y Alarcón, el dramaturgo, los dos verdaderos clásicos *nuestros* nacidos en América» (énfasis mío), dándoles connotaciones positivas.¹⁹ Alarcón y Garcilaso se ajustan al deseo profundo e inicial del historiador.

La *Historia de la poesía hispano-americana* está hecha no sólo de reconocimientos, sino de distancias políticas y raciales. Aunque exalta el extraordinario desarrollo de la cultura literaria cubana durante el siglo XIX, nada le parece más perturbador que la crítica radical de los separatistas. Por esa razón defiende apasionadamente en esas páginas el desarrollo cultural de Cuba, como prueba de que la dureza y represión del «régimen autoritario de nuestros Capitanes generales», se habían exagerado:

¹⁵ *Historia*, t. I, pág. 15.

¹⁶ *Historia*, t. II, pág. 63.

¹⁷ *Historia*, t. I, pág. 409.

¹⁸ *Historia*, t. II, pág. 75. Más adelante escribe: «Así se formó en el espíritu de Garcilaso lo que pudiéramos llamar la novela peruana o la leyenda incásica, que ciertamente otros habían comenzado a inventar, pero que sólo de sus manos recibió forma definitiva, logrando engañar a la posteridad, porque había empezado por engañarse a sí mismo, poniendo en el libro toda su alma crédula y supersticiosa». (*Ibid*)

¹⁹ *Historia*, t. II, pág. 77.

... pero como fieles historiadores, hemos de consignar que, á despecho de la decantada tiranía militar (...) Cuba, en poco más de ochenta años, ha producido, á la sombra de la bandera de la Madre Patria, una literatura igual, cuando menos, en cantidad y calidad, á la de cualquiera de los grandes Estados americanos independientes (...) Es cierto que el espíritu general de los literatos y de los hombres de ciencia en Cuba ha solido ser sistemáticamente hostil á España; pero aún esto es indicio de no haber sido tan grande la represión de las ideas como se pondera ...²⁰

Esta clase de juicios desemboca en comentarios tajantes. Cuando sitúa la figura del poeta cubano José María Heredia (1803-1839), lo presenta como uno de los «mal avenidos con la unidad nacional», aunque elogia su «superioridad». Ello explica la acerba crítica a Heredia, a quien celebra por su «superioridad» e «imaginación exaltada», pero trata de desmitificarlo, porque se había convertido en símbolo de los separatistas, contribuyendo a esparcir insidiosamente «la semilla de los odios fratricidas, y cuyos frutos de maldición hemos visto después».²¹

Buena parte de la *Historia* se dedica a separar la «civilización» de la «barbarie»: esa dicotomía es uno de los principios estructurantes de su construcción historiográfica y de su argumento. Resulta iluminador observar las claves que identifican la «barbarie», ya que al mismo tiempo afirman y niegan la unidad de las colonias y la metrópoli. En el caso de Cuba, la dificultad de Menéndez Pelayo se hace más evidente cuando se acerca a la figura del poeta mulato Gabriel de la Concepción Valdés («Plácido»). El mestizo o mulato en el metarrelato de Menéndez Pelayo es un «Otro» que permanece definido y vituperado entre la genialidad y la barbarie, pero que tampoco puede ser eliminado. Plácido es hábilmente incorporado y al mismo tiempo despreciado. Para algunos era, dice, un prodigio extraordinario, un «genio inculto», un «salvaje genio». Pero para Menéndez Pelayo no era «ni genio, ni poeta enteramente rudo». Y como evidencia indiscutible de que el anatema está escrito en su alma y en su cuerpo, agrega que era «por añadidura negro, o a lo menos pardo». El rencor de «casta» anunciaba su destino, arrastrándolo al patíbulo como víctima de la Conspiración de la Escalera. Hay en esos enardecidos pasajes una mezcla de interés y de desdén apenas matizado. La «raza» se convierte en categoría cultural negativa, y se coloca en primer plano: «No sabemos qué poesías dará la raza etiópica entregada a sí misma».²²

²⁰ *Historia*, t. I, págs. 210-211.

²¹ *Historia*, t. I, págs. 225 y 228. Ver págs. 225-244. No es el único caso, desde luego. De Sarmiento, a quien considera «originalísimo y excéntrico», escribe: «En 1841 no era más que un periodista medio loco, que hacía continuo y fastuoso alarde de la más crasa ignorancia, y que habiendo declarado guerra a muerte al nombre español, se complacía en estropear nuestra lengua con toda suerte de barbarismos, afeándola además con una ortografía de su propia invención *Historia*, t. II, pág. 288.

²² *Historia*, t. I, pág. 258. Ver las págs. 252-259. Plácido fue detenido y preso en 1844 y fue fusilado el mismo año. Los propios críticos cubanos han tenido una actitud ambivalente ante su figura. Ver,

La radical extrañeza de la cultura afrocaribeña no podía ser un centro. En el relato de Menéndez Pelayo, Santo Domingo —«la Española»— ocupa por su antigüedad un lugar de primerísima importancia, y al mismo tiempo nos permite ver los problemas que tiene para atravesar la alteridad. En la isla «predilecta de Colón» la cultura tiene «orígenes remotos, inmediatos al hecho de la Conquista».²³ Pero muy pronto toma distancia: a la fundación *civilizada*, sigue la *barbarie* desencadenada por los haitianos durante la independencia y la ocupación de Santo Domingo, dejando la isla desposeída de toda su realidad histórica, y eliminando los rastros de la *civilización*: «en 1821 (...) cayó bajo la feroz dominación de los negros de Haití, que durante veintidós años la secuestraron de la civilización europea».²⁴ Sin embargo, añade, fue «reconquistada» por Juan Pablo Duarte y otros dominicanos quienes en 1844 proclamaron la República, que nació, escribe Menéndez Pelayo, cuando «en la isla amenazaba extinguirse toda cultura bajo el peso de la salvaje dominación galo-etíopica».²⁵

En el canon imperial no se trata sólo de reconocerse, sino de construirse en las diferencias, y ello requería eliminar posibles relatos alternativos. El lenguaje castellano, unificador, era capaz de restituir a los dominicanos como sujetos de la historia, y reintegrarse a la totalidad. Se perfila con claridad en el rotundo juicio con que concluye Menéndez Pelayo:

Pero lo que segura y positivamente quedará es el memorable ejemplo de un puñado de gentes de sangre española, que olvidados, ó poco menos, por la metrópoli desde el siglo XVII, como no haya sido para reivindicaciones tardías é inoportunas, coexistiendo y luchando, primero, con elementos exóticos de lengua, después con elementos refractarios a toda raza y civilización europea (...) han resistido todas las pruebas, han seguido hablando en castellano, han legado a constituir un pueblo...²⁶

PUERTO RICO: LA INVERSIÓN EN LAS FRONTERAS

Cuando Menéndez Pelayo escribe sobre Puerto Rico en su *Historia*, comienza con un dudoso homenaje. El perfecto estado de naturaleza era la marca de nacimiento que a la vez descalificaba la isla. Menéndez Pelayo declara: «La pequeña y pobladísima isla de Borinquen, cuya tranquila prosperidad en los tiempos modernos contrasta con el infelícísimo destino de Santo Domingo,

por ejemplo, el volumen *Acerca de Plácido*, compilado por Salvador Bueno, y el estudio de Jorge Castellanos: *Plácido, poeta social y político*. Miami, 1984. El estudio más completo sobre la Conspiración de La Escalera y su contexto es el libro de Robert Paquette: *Sugar is Made with Blood: The Conspiracy of La Escalera and the Conflict between Empires Over Slavery in Cuba*. Middletown, 1988.

²³ *Historia*, t. I, pág. 287.

²⁴ *Historia*, t. I, pág. 301.

²⁵ *Historia*, t. I, pág. 303.

²⁶ *Historia*, t. I, págs. 308-309.

pertenece al número de aquellos pueblos afortunados de quienes puede decirse que no tienen historia».²⁷ Puerto Rico es lo irrepresentable; es más bien un *no lugar*, por la «ausencia de tradiciones literarias durante tres siglos». Había sido una zona de silencio, en la lejanía de la frontera; no una ciudad letrada, sino una ciudad casi vacía que parecía subvertir el museo imaginario construido en la *Historia*.

Puerto Rico figura como un hueco inmenso en medio de los orígenes españoles de las letras americanas. Y, a diferencia de lo que hace en otros capítulos cuando habla del siglo XIX, Menéndez Pelayo no reconoce como interlocutores a críticos como Hostos, Betances o Brau, por ejemplo. La *diferencia* puertorriqueña reside en el *no ser*, una entidad sin pasado. La isla, «traída a la civilización por aquel romántico viejo Juan Ponce de León», era un espacio ahistórico que fracturaba y fragmentaba la continuidad letrada.

Contrastando con la estabilidad que Menéndez Pelayo celebraba en los virreinos, los habitantes de Puerto Rico, separados de sus contextos de origen, estaban siempre en movimiento centrífugo, cimarrón, destinados a no dejar rastro que pudiera «archivarse». Era un desafío interpretativo. ¿Cómo registrar y estudiar la expresión poética efímera de una comunidad caracterizada por formas específicas de la oralidad que poco tienen que ver con el libro, es decir, con el producto más emblemático de la cultura letrada? Esa sociedad cimarrona, cuya vida transcurre al margen de las instituciones, como lo ha estudiado el sociólogo puertorriqueño Ángel Quintero Rivera, estaba compuesta de fugitivos, indios, esclavos y europeos dispuestos a sobrevivir lejos del Estado, apartados de los lugares que exponen a los individuos a la mirada «oficial».²⁸ En la sociedad cimarrona se vivía aisladamente, y siempre con recelo de la fuerza represiva de la vigilancia oficial: los individuos no querían aparecer en el archivo del Estado. Pero la distancia no presupone, por supuesto, la incomunicabilidad. De hecho, podría decirse que la imagen de España que perduró en Puerto Rico y en sus emigraciones del siglo XX, fuera de los círculos de la élite, fue una España muy reducida, pequeña, remota. Esa España «de memoria» vivía perdurablemente, pero en escala minúscula, en manifestaciones como las bellas tallas de los santos puertorriqueños, y en la tradición eminentemente oral de las décimas —derivadas del romancero español—, que exigían la palabra memorizada del trovador. Las décimas y los santos, llevados y traídos a través del tiempo y del espacio, traslucen la huella de las culturas hispánicas y la transformación del cristianismo en la frontera.

En ese sentido es muy productivo volver, no a Menéndez Pelayo, sino a la gran *Historia geográfica, civil y natural de la Isla de San Juan Bautista de Puerto Rico* de Fray Íñigo Abbad y Lasierra (1745-1813), publicada originalmente en 1788, en Madrid. El texto de Fray Íñigo fue citado por Menéndez Pelayo, pero no se detuvo a comentarlo. Una lectura cuidadosa conduce a temas de gran

²⁷ *Historia*, t. I, pág. 325.

²⁸ En su ensayo «La cimarronería como herencia y utopía», reelaborado en sucesivos escritos.

riqueza. No sólo para cuestionar la *Historia* totalizadora y excluyente de Menéndez Pelayo, sino para ver cómo se construía otra sociedad en los bordes del imperio, una sociedad basada en la plantación y la contra-plantación, en la esclavitud y en la cimarronería, en la traducción, los desplazamientos y en la adaptación a nuevos entornos. A los ojos de Fray Íñigo, las múltiples y variadas *mezclas* son tan centrales como los desplazamientos. Se detiene a describir cómo al mezclarse entre sí y al actuar recíprocamente unas sobre otros, los europeos, indios y negros, producen lazos firmes de complicidad y mutua inteligibilidad que ya no son europeos ni «españoles»:

Los europeos de diferentes naciones que se han establecido en esta Isla, la mezcla de éstos con los indios y negros y los efectos del clima que obra siempre sobre los vivientes, han producido diferentes castas de habitantes, que se distinguen en su color, fisonomía y carácter. Verdad es que mirados en globo y sin reflexión, se nota poca diferencia en sus cualidades, y sólo se descubre un carácter tan mezclado y equívoco, como sus colores; efecto sin duda de los diferentes mixtos de los transmigrados, que han comunicado con la sangre su color y pasiones a sus descendientes en este país.

Los primeros españoles que se establecieron en esta Isla, corrigieron en parte el carácter de los indios, tomando de éstos al mismo tiempo el modo de vivir, alimentarse y alojarse, dejando mucha parte de las costumbres de su educación con su trato y mudanza de clima; (...) ²⁹

La discontinuidad espacial de una comunidad furtiva y semi-clandestina hace difícil la cartografía del territorio cultural. El dinamismo del contexto histórico y social escapa al historiador por la falta de documentos. La lealtad al Estado español de esa comunidad ajena a las leyes era bastante confusa, a pesar de su importancia estratégica de frontera. Muchos dejaban atrás todo, porque era necesario ocultarse. Su historia en efecto no existe —o es irrerepresentable— hasta el momento en que se les plantea cierto tipo de preguntas. En la *Historia* de Fray Íñigo, los habitantes de Puerto Rico dejan frágiles recuerdos, y lo único cierto es su disponibilidad para la fuga:

Con la misma facilidad emprenden sus viajes de mar o tierra; con una canoa y un racimo de plátanos se pasan a cualquiera isla que diste cuarenta o cincuenta leguas. ³⁰

El autor también se refiere a los desertores españoles que parecían gozar de la confianza inmediata de los isleños, y lo hace de tal manera que podemos ir entretejiendo los hilos de otro gran relato. Fray Íñigo desvela un drama, pedazos de vida. Descubre, a través de la descripción de las prácticas, algo

²⁹ Cito por la edición preparada por Isabel Gutiérrez del Arroyo, pág. 181.

³⁰ *Ibid*, págs. 191-92.

diferente de las simples condiciones de la vida: cómo se valoraba lo español en la remota colonia, cómo se trataba de «mejorar la raza», cómo se formaban los «corsarios» y «contrabandistas»:

La buena acogida que encuentran estos prófugos de su patria en los isleños. Ellos los ocultan en los montes, hasta que se ausenta la flota; los recogen en sus casas, los alimentan con franqueza y con una facilidad increíble les ofrecen sus hijas por esposas, aún cuando no tengan más bienes que la pobre ropa que llevan a cuestas (...) pues las circunstancias de español y blanco son mayorazgo rico y ejecutoria asentada para encontrar casamiento en ocho días. Estos nuevos colonos faltos de medios para subsistir honestamente se echan a contrabandistas, corsarios y vagos, de que hay muchos en esta parte.³¹

En ese mundo fronterizo construido por desplazados —que de manera sumaria acabo de esbozar— tendríamos que plantearnos la necesidad de repensar el concepto de archivo y el papel de las fuentes letradas. ¿Cómo estudiar los rastros de esa cultura enfrentada con las incertidumbres de la vida social y con la necesidad de improvisar comportamientos? ¿Qué tipo de documento nos permitiría estudiar una cultura no letrada, donde la oralidad y la mnemotecnia son centrales y las narrativas canónicas se transmiten en décimas que son también la «historia»?

La no historicidad —la invisibilidad— de Puerto Rico pone de manifiesto la heterogeneidad y el conflicto en las premisas mismas del relato de Menéndez Pelayo, y en su archivo letrado.³² No es pues un aspecto menor o desdeñable. La isla era difícil de definir: una cultura sin escritura en los tres primeros siglos ponía en entredicho el marco mismo de su larga diacronía y su deseo homogeneizante.

ESPAÑA EN Y DESDE LOS MÁRGENES: DEL 98 AL 98

La *Historia* de Menéndez Pelayo representa una formidable contribución al saber y al archivo literario que es preciso localizar históricamente en su punto de partida: la construcción imaginaria de España como centro de lo «hispanoamericano». Con la pérdida de su hegemonía en las Antillas y las Filipinas, con el final del imperio, se anunciaba el comienzo de otro proyecto histórico. Sin embargo, ello no llevó —aunque hay algunas excepciones— a un examen crítico de la propia historia colonial ni a una conciencia de la legitimidad de la heterogeneidad cultural. La *Historia* está escrita para las necesidades de la cultura española, y desde dentro de ella. Lleva la marca de la vinculación entre cultura e imperialismo: la renovación de España como centro que

³¹ *Ibid.*, pág. 133.

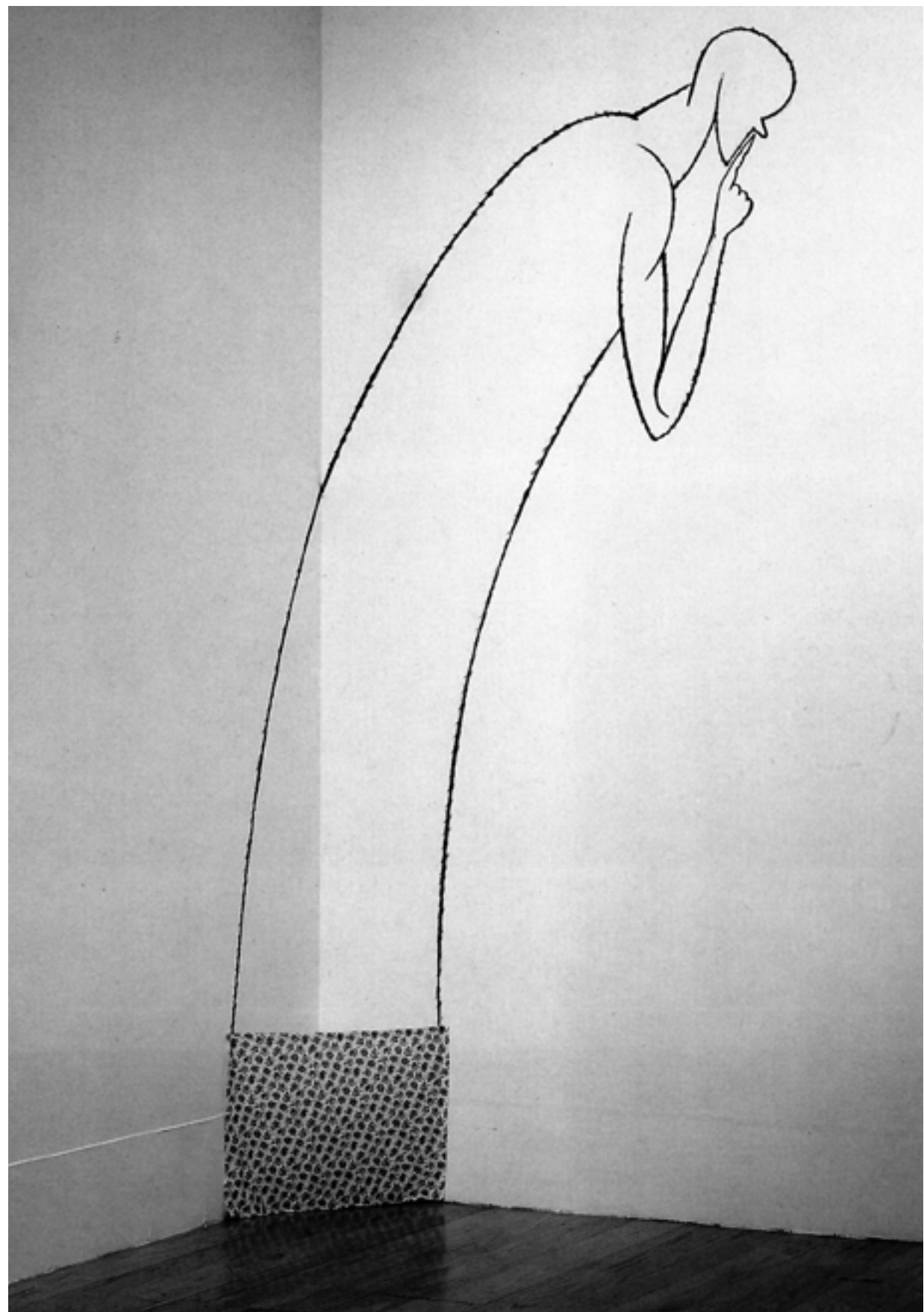
³² Para una reflexión reciente sobre la incorporación de las prácticas orales en el campo letrado, véase el ensayo de Roberto J. Kaliman: «Buscando la consecuencia de la incorporación de la oralidad en los estudios literarios latinoamericanos», en *Asedios a la heterogeneidad cultural*. Philadelphia, 1986.

aprueba y convalida, y que proporciona a América un vínculo unitario. Pero ese discurso unificador esconde muchas diferencias. Para España no ha sido fácil reconciliarse con el final de su *imperium*.

Lo que más interesa en este fin de siglo acaso sea la transformación violenta que ha sufrido lo español en lugares fronterizos e iletrados como Puerto Rico, una cultura fuertemente oral con una pequeña élite que tenía la marca de la cultura impresa pero que leía y escribía en medio de una rigurosa censura. No se trata, desde luego, de oponer a la cultura letrada un nuevo populismo que identifique cultura popular con nación o con una «autenticidad» idealizada. Como nos ha recordado recientemente Renato Ortiz, «El eslabón entre lo nacional y lo popular, tan caro a Gramsci, se desdibujó. Ni la nación ‘incompleta’, ni lo popular, ‘auténtico’ o ‘radical’, tienen fuerzas para constituirse en signos de alteridad. No son más las metáforas privilegiadas para imaginar el futuro».³³ Habría que poner más énfasis en ese encuentro complejo y desigual, en las mediaciones y apropiaciones de la herencia española en el mundo caribeño.

Es ilusorio pensar que las historias literarias de España y de América puedan coincidir en un lugar único y en un tiempo continuo, o que el diálogo lleve a una utópica fusión de horizontes interpretativos. Con frecuencia se echa de menos el estudio de los cambios y las transformaciones que las culturas europeas sufren al trasladarse a las colonias. Pero lo cierto es que en la tradición puertorriqueña no ha sido fácil estudiar la herencia española, porque se ha visto desde dos ópticas antagónicas que hacen casi imposible su estudio. Uno es un conjunto de representaciones que a veces se ha llamado la «hispanofilia», o sea, la exaltación acrítica de todo lo español, una España utópica como marca de distinción frente a lo que se consideró una disolvente invasión extranjera. Esa resemantización de España se va consolidando después del 1898. Lo otro es una especie de distanciamiento crítico de lo español que también fue intensificándose *entre imperios*, bien porque lo español ha servido en muchos casos para la exclusión del mundo afro-caribeño, o por el deseo de exaltar la cultura norteamericana mediante la desvalorización de lo hispánico. Esos dos polos —ellos mismos consecuencia de la larga experiencia imperial— llevan a lecturas unilaterales y teleológicas que han impedido comprender las apropiaciones de lo español en América. Entre los pliegues discursivos de esa polarización ha sido difícil, desde Puerto Rico, estudiar la heterogeneidad de la metrópoli. España se volvió igualmente remota en la vieja y centrífuga colonia, que no era, como pensó Menéndez Pelayo, una *tabula rasa*.

³³ En su libro: *Otro territorio: ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Buenos Aires, 1996, pág. 45.



Irse es un desastre

Raúl Rivero

(Publicado en el *Nuevo Herald*, Miami, 8 de noviembre de 1998)

IRSE ES UN DESASTRE. UNA CATÁSTROFE INTÍMICA. Un derrumbe total en el que se ve cómo desaparecen casas, calles, parques, personas, borrados por una fuerza en progreso que, finalmente, saca del paisaje el entramado de una vida.

Yo vi esta semana a la periodista Ana Luisa López Baeza en el artesanaje de su despedida. La vi haciendo descender sus cuadros de la pared y la vi repartir, entre familiares y amigos, sus sillones desvencijados, sus electrodomésticos rusos, con ruido y todo, sus ropas usadas, las cacerolas con abolladuras y el arroz de la libreta de racionamiento que el viaje no le dio tiempo a consumir.

Fui testigo de esos gestos casi ridículos por el valor de las prendas y los chorombolos, pero perfectamente humanos y normales en este país donde en muchos vecindarios se vive con una hermandad de mendigos.

Estuve presente cuando algunos vecinos fueron a despedirse, con miedo y cariño, una combinación angustiosa y abundante. Asistí a esos abrazos silenciosos, la puerta entrejunta en un barrio de funcionarios y cuadros del Partido.

«A Rafaelito que venga ahora, porque a lo mejor después se perjudica. A la vieja, que se ponga bien y que Dios la acompañe». Desde mi puesto de observador vi cómo merodeaban los funcionarios de la Reforma Urbana, como buitres en su ronda sobre el mínimo apartamento de Ana Luisa, y supe de llamadas amenazadoras: «No saque más muebles de su casa o pondré en peligro su salida».

Una mañana entró una mujer con un metro, midió las paredes, miró detenidamente un escaparate y la luna de un espejo, la medida de hierro donde la corresponsal pasó casi cuatro años escribiendo noticias y reportajes, los descabezados ventiladores chinos, y antes de irse lanzó una mirada extraña hacia el sofá con problemas ideológicos: rotas y sin arreglo las dos patas izquierdas.

Supe de un viaje de Ana Luisa a Camagüey para ver a su madre y sus hermanos y visitar la tumba de su padre, y la vi volver a distribuir los libros. («¡Dios mío! ¿Podré llevarme a Espronceda y a José Martí, me dejarán pasar a Darío y la Avellaneda?»). La vi volver a empaquetar las fotos, los recuerdos, la ternura familiar, como si esas sustancias tuvieran dimensión, peso y textura.

La dispersión o muerte de la biblioteca de Ana Luisa me hizo recordar en estos días una imagen fatal de los primeros años de esta década. Veo, ahora mismo, al escritor Bernardo Marques Ravelo, meses antes de salir al exilio, allá en 1994, con todos sus libros en el portal de Infanta y San Miguel y a muchos de sus colegas del periodismo y la literatura, con algo también de buitre (o de aura tiñosa, para entendernos mejor), regatear por T. S. Elliot, William Faulkner, Guillermo Cabrera Infante o Antonio Machado frente al hambre y el asombro del autor de *Balada del barrio*.

Ésta, desafortunadamente, no es una experiencia única, porque la maestría en despedidas y fragmentaciones es ya otro de los

dones de los cubanos que llevamos 40 años siempre despidiéndonos de algo o de alguien.

La reflexión sobre Ana Luisa López Baeza, al pie de la escalerilla, tiene que ver con mi incapacidad para acercarme, por ejemplo, a las circunstancias de las salidas de mi hija Cristina y de Miguelito Sánchez.

Es la distancia un prisma ideal para presenciar la tragedia individual de una persona que no quiere irse de su país, pero que el trabajo científico de un grupo de especialistas del horror «con la experiencia de casi un siglo de totalitarismo» la expulsa de su medio natural, como una pieza rota.

Ana Luisa sólo comenzó un día a decir lo que pasaba en su país. A decirlo bien, profesionalmente, y revestida de una moral que

perturbó a los zares de la información, la verdad y la vida en Cuba.

Cometió muchos delitos desde el petrificado Código Penal Cubano, pero a mí siempre me gusta recordar un verso de Gastón Baquero para definir la labor de los periodistas independientes en los últimos años: «Se había lanzado a una hermosa imprudencia».

Doy entonces testimonio de ese desastre individual que es irse. Y prefiero creer que son los relumbrones finales de una luz opalescente que, como diría el otro, agoniza. Ahora sabemos, por todo lo que está pasando Cuba, que en el espacio que existe entre irse y volver hay que fundar la permanencia, porque permanecer siempre será un antídoto contra el desencanto. Y un veneno para el olvido.



Malongo. (1995)

Carta abierta a José Saramago

Manuel Díaz Martínez

(Publicado en el diario *La Provincia*, Las Palmas de Gran Canaria,
22 de octubre de 1998)

QUERIDO Y ADMIRADO PEPE, ANTE TODO quiero que sepas que pocos premios, incluidos los que me han dado a mí, me han alegrado tanto como el Nobel que te acaban de otorgar. La Academia Sueca, que no siempre ha acertado, se ha honrado honrándote. Y tu premio me alegra, además, porque implica el primer homenaje que los académicos de Estocolmo han hecho a la lengua portuguesa, tan amada por mí —tú lo sabes—, que es la lengua en que mejor me expreso después del español.

Sé por la prensa que Fidel Castro te recibió cordialmente en Oporto, y en la televisión te vi presentándolo con entusiasmo a tus compatriotas en tu tierra. (Debe de ser muy grato, Pepe, vivir en el extranjero por propia decisión —es tu caso— y poder regresar a tu país y, si quieres, volver a salir de él, libertad que, por ejemplo, yo no tengo.) No sé qué quisiste decir cuando afirmaste que Castro «reúne todas las virtudes del pueblo cubano» (por lo pronto, hay casi tres millones de cubanos en el exilio —entre ellos muchos escritores y artistas— y otros millones más en la isla que no se identifican con tu amigo, y a ellos hay que sumar los incontables que han perecido en el mar huyendo de Cuba en balsas), pero lo importante es que tienes buen diálogo con el Comandante. Eso me alienta a pedirte algunos favores.

En primer lugar, te agradeceré que le pidas la excarcelación de todos los cubanos

presos por no opinar como él, entre los cuales están los cuatro miembros del Grupo de Trabajo de la oposición pacífica interna (Vladimiro Roca, Félix Bonne Carcassés, René Gómez Manzano y Martha Beatriz Roque), en prisión desde hace más de un año, acusados de «sedición» por emitir críticas al programa del quinto congreso del Partido Comunista, el único partido autorizado en el país; en segundo lugar, te agradeceré que le pidas el restablecimiento de la libertad de prensa y que deje de perseguir a los periodistas independientes, a los cuales obliga a exiliarse cuando no los encarcela; en tercer lugar, te agradeceré que le pidas que respete el derecho de los ciudadanos a asociarse libremente con fines pacíficos; y en cuarto lugar, te agradeceré que le pidas que permita a los cubanos hacer inversiones en Cuba como se lo permite a los extranjeros. Otros muchos favores tendría que pedirte en relación con lo que está ocurriendo en mi país —de lo cual creo que no estás bien informado—, pero éstos son básicos.

Me atrevo a solicitarte estos favores a sabiendas de que Castro no te escuchará. Te advierto que, si me complaces, lo más probable es que él deje de ser tu amigo. Él no acepta nada que ponga en riesgo su deseo de morir con el cetro del poder absoluto en la mano, cueste esto lo que cueste, y ya es mucho lo que está costando. Pero creo que vale la pena probar suerte. Como se dice, no hay gestión peor que la que no se hace.

La inmensa mayoría de los cubanos, amigo Pepe, queremos ser libres como tú, que te enfrentaste a un ministro de tu país, porque censuró una novela tuya, y no te visitó la policía; que siendo portugués resides en el extranjero y nadie te discrimina ni te desprecia ni te ofende diciéndote vendepatria o gusano; que siendo ateo vives bajo una monarquía católica y toda la prensa del reino te rinde honores; y que siendo comunista militante has sido escogido por unos académicos burgueses para darte el premio literario

más importante del mundo, el cual recibirás, sin duda muy a gusto, de manos de un rey que representa a una de las dinastías más rancias de Europa.

Hace ocho años, en Turín, ¿recuerdas?, me reprochaste que discutiera de política con un cónsul portugués que estaba en nuestra mesa. «Manuel, con los cónsules no se discute», me dijiste. Es un buen consejo. Te lo voy a pagar con otro: José, a los dictadores no se los elogia, llámense Salazar, Stalin, Pinochet o Fidel Castro.



Minkisi. (1995)

María Zambrano: notas sobre *Filosofía y poesía* y su huella en Cuba

I

Aunque a lo largo de su libro María Zambrano explora las diferencias esenciales entre filosofía y poesía, en su ensayo primero, «Pensamiento y poesía», las ve como mitades reconciliables y complementarias del ser humano, como esas mitades platónicas, ávidas (y la palabra *avidez* es importante en su léxico filosófico) de encontrarse en la trascendencia del logro de la unidad del *ser*.

«No se encuentra el hombre entero en la filosofía; no se encuentra la totalidad de lo humano en la poesía. En la poesía encontramos directamente al hombre concreto, individual. En la filosofía al hombre en su historia universal, en su querer ser. La poesía es encuentro, don, hallazgo por gracia. La filosofía busca, requerimiento guiado por un método.» (Zamb., 1987: 13)

En ambas, filosofía y poesía, el impacto inicial es la admiración. Aristóteles, en la *Metafísica*, señala que el pensamiento nace de la admiración. Pero ella es también la fuente de la poesía. La «cosa misma» se «imprime interiormente» y resulta en éxtasis, mas las reacciones se bifurcan: Zambrano dice cómo es el «conflicto originario de la filosofía: el ser primeramente pasmo extático entre las cosas y el violentarse enseguida para librarse de ellas» (Zamb., 1987: 16). En esta violencia, la filosofía se lanza a la interrogación, a la búsqueda, a la trascendencia de lo aparente para apresar el ser, la esencia, precisando límites. La poesía, también admirativa de la «cosa misma», se sume en el sentimiento de las apariencias, confunde los límites, trasciende sólo a explorar lo aparential: «El filósofo desdeña las apariencias porque sabe que son perecederas. El poeta también lo sabe, y por eso se aferra a ellas...» (Zamb., 1987: 38)

Marta Eugenia Rodríguez Gómez

El planteamiento filosófico de María Zambrano es eminentemente idealista y parte de una inmensa deuda intelectual, primero con Platón y, luego, con la convergencia que se estableciera entre sus ideas y las avanzadas por la patrística. En el principio es el Misterio. Un Misterio que anida en la «memoria ancestral» de todos los seres humanos (... «Desde la zona olvidada de nuestra alma, desde esa memoria ancestral que yace en el olvido.» [Equil., 1987: 92]). A la aprehensión del Misterio, el poder trascender hasta el Ser, se llega sólo «más allá de la muerte»: en el platonismo, «por la contemplación», y en el cristianismo, «por la redención». Pero el impulso de búsqueda es el mismo. La «época moderna», la era de la razón, coloca la aprehensión del Misterio «más acá de la muerte», volcando el impulso de búsqueda en los límites del ser individual, cuando el hombre siente no sólo que ha sido creado «a imagen de Dios» sino que, como Dios, es «libre y creador». La razón se hace religión —dice Zambrano—, y señala: «En Hegel, la razón, al otro extremo de Platón, hace también teología.» (Zamb., 1987: 77-78)

Es interesante comparar —en este punto— la evolución filosófica descrita por Zambrano y la que apunta Hilde Hein. A lo que la primera llama época de «la autonomía de la persona humana», de la limitación del horizonte propio a la búsqueda, a causa de la terrenalidad, Hein llama época en que se «domestica» la espiritualidad.

María Zambrano marca esta época de racionalidad, de espiritualidad «domesticada» con el signo de la *angustia*. «Tópico de hoy es la angustia, como el origen de la filosofía y de la poesía, que quedan sin posible diferenciación, sin que por ello se fundan.» (Zamb., 1987: 49). La vida fluye, es «transfusión, transformación», y su signo es la angustia. De esta pasión moderna sólo es posible «salvar el alma» por una recuperación de la filosofía platónica enriquecida. Y Zambrano postula «agrandar la razón, ensancharla» (Zamb., 1990) para ser algo capaces de acercarnos al Misterio: «Mas la sola poesía no alcanza a lo divino, que la filosofía logra en sus instantes supremos, cuando está a punto de negarse a sí misma despojándose de su ser que es la razón.» (Zamb., 1987: 50-51)

Son la filosofía y la poesía, originadas en el «pasmó extático» y en la angustia, las únicas fuentes de conocimiento dotadas, en realidad, de *visión*. Para María Zambrano, a veces los límites entre ambas se difuminan, porque la visión es la única vía para «salvar el alma» y, por ende, alcanzar la libertad. Pero las formas de visión son esencialmente diferentes. «... la filosofía más pura se ha desenvuelto en el espacio trazado por una metáfora, la de la visión y la luz inteligible.» (Equil., 1987: 3). Platón es metafórico, visionario, pero atrapa la luz porque la cree *inteligible*.

No es posible, según Zambrano, alcanzar la libertad con los instrumentos de la pura razón, aquéllos que generan la angustia moderna. La angustia sólo conduce al «principio de voluntad», a la acción y a la constitución de sistemas. «... Parece existir una correlación profunda entre angustia y sistema como si el sistema fuera la forma de la angustia al querer salir de sí, la forma que adopta un sentimiento angustiado al querer afirmarse y establecerse sobre todo. Último y decisivo esfuerzo de un ser náufrago en la nada que sólo cuenta

consigo. Y como no ha tenido nada a qué agarrarse, como solamente consigo mismo contaba se dedicó a construir, a edificar algo cerrado, absoluto, resistente. El sistema es lo único que ofrece seguridad al angustiado, castillo de razones, muralla cerrada de pensamientos invulnerables frente al vacío (...) Y así el sistema es la forma de la angustia y la forma del poder. La forma de la comunicación de la soledad obstinada». (Zamb., 1987: 87-88)

La época moderna, pues, es en sus ojos la época en que se tiene a los pies el vacío, la nada, por el señorío de la Razón y la Angustia. La acción que puede «salvar el alma», llevarla a la «libertad», sólo puede ser emprendida por la filosofía y por la poesía, capaces ambas de «rescatar la identidad del yo, del *alguien* en peligro de naufragio en la multiplicidad de los instantes, de la vida que fluye.» (Equil., 1987: 18-19)

Mas esta acción no puede circunscribirse al «principio de la voluntad», tendría que ser considerada a partir de la *visión* que, además, varía en su naturaleza si se aquilata como visión poética o visión filosófica.

La filosofía, «éxtasis fracasado por el desgarramiento» (Zamb., 1987: 16), se dirige hacia «el ser oculto», su logos es «inmóvil, no desciende y sólo es asequible a quien puede alcanzarlo por sus pasos» (Zamb., 1987: 23), lo que la hace «soberbia». El filósofo encuentra «por sí el ser y su ser» (Zamb., 1987: 41), quiere «poseer la palabra, convertirse en su dueño» (Zamb., 1987: 42), se desprende del «origen para captar mejor las cosas» (Zamb., 1987: 113), sigue un método. La filosofía es «desesperanzada».

La poesía, de raíz de sueño, queda engarzada en las apariencias, su logos es «de consumo inmediato, cotidiano», «se presta a ser devorado, consumido» (Zamb., 1987: 23), lo que la hace «humilde». El poeta recibe por «donación, por gracia» (Zamb., 1987: 41), «vive prendado a la palabra; es su esclavo» (Zamb., 1987: 42), no puede desprenderse del origen ni del fundamento, es «ametódica». La poesía, como la religión, es una «forma de la esperanza».

Zambrano, tras las huellas de Platón, juzga la poesía inmoral porque está «fuera de la justicia», y Justicia —junto con Verdad— son las bases de la sociedad perfecta. Enfrenta, entonces, Filosofía a la vibrantemente inmoral Poesía:

<i>Filosofía</i>		<i>Poesía</i>
	se enfrenta (n)	
A la «unidad descubierta por el pensamiento»	‘	«la dispersión»
«Al ser»	‘	«las apariencias»
«A la razón y la ley»	‘	«la fuerza irresistible de las pasiones; el frenesí»
«Al logos»	‘	«el hablar delirante»
«A la vigilancia de la razón, al cuidado del filósofo»	‘	«la embriaguez perenne»
«A lo temporal»	‘	«lo que se realiza y desrealiza en el tiempo»
		(Zamb., 1987: 45)

Son dos visiones, animadas por el amor —al que el platonismo da «categoría social e intelectual»— que se confunden en un anhelo semejante de «unidad», de devenir todo, de «trascender». Es el amor quien «salva el alma» para acercarla al Ser, al Misterio: «El amor se ha salvado por su 'idea', es decir, por su unidad. Se ha salvado porque partiendo de la 'dispersión' de la carne lleva a la unidad del conocimiento, porque su ímpetu irracional es divino ya que hacia lo divino asciende. La idea primera que del amor se crea es ya mística. (...) Gracias a esta salvación del amor, ha podido existir la poesía dentro de la cultura ascética del cristianismo.» (Zamb., 1987: 68)

La libertad significaría, luego de la salvación, llegar al Ser, traspasar la apariencia, *conocer* el Misterio. La filosofía y la poesía, por sus caminos tan divergentes, tan opuestos, son las que permiten al ser humano avizorar esa liberación, porque en sus manifestaciones primeras, y en las últimas, trascendentales, sus logos —palabra y razón o palabra e irracionalidad— se fusionan con el Misterio o con su poderosa intuición. Sería dado, entonces, conocer la *gracia*, «*caritas, jaries*».

Hein invierte los términos: la espiritualidad ha de re-definirse por la condición de la libertad. Pero sugiere que «el espíritu se defina como una fuente activa, generadora y generosa —su materialidad es irrelevante— cuya plenitud es el ejercicio de la libertad.» (Hein, 1984: 308-309).

María Zambrano, desde Platón —y el neoplatonismo de la Edad Media y del Renacimiento, Ficino, Pico della Mirandola—, desde su acendrad cristianismo español —malagueña por el encuentro significativo de su madre andaluza «desde hace quinientos años» con su padre extremeño «desde hace cuatrocientos años»— explica la angustia de la historia moderna en íntima relación con la absolutización de la Razón y el alejamiento de la búsqueda del Ser. Al hacerlo, vuelve a los orígenes de la filosofía y de la poesía, al «pasmó extático» que propulsará reacciones tan diferentes, pero —al fin— reacciones de espiritualidad. Sólo el espíritu y la gracia pueden liberar al hombre y llevarlo, en el caso de la filosofía, al «conocimiento de la unidad» y, en el caso de la poesía, a su gozosa «dispersión» en ella. En ambos casos, para María Zambrano, se trata de una cara de la Divinidad.

Filósofa y poeta, logra reconciliar en su pensar lo racional y lo irracional, la razón y la pasión, en la más asombrosa y paradójica dialéctica cristiana.

II

En la segunda mitad de la década del cuarenta, en su condición vagarosa de exiliada, María Zambrano reside en Cuba. Allí siente latir su «memoria ancestral» y define a Cuba, emocionada, como su «patria pre-natal». Los afines se atraen, y a menudo se encuentran: su actividad intelectual la llevó a frecuentar a los poetas del grupo «Orígenes» y a colaborar con cierta asiduidad en su revista. Ya los poetas de este grupo habían recibido la influencia proveniente de las lecturas de Ortega y Gasset y en María Zambrano veían la emisaria creadora del maestro madrileño. Ella los ve, cautivada, como artesanos artísticos en la función de «salvar el alma»; ellos la ven, deslumbrados,

como la que llega y les revela la naturaleza de su anhelo de trascendencia. «Es en Cintio Vitier, Eliseo Diego, Octavio Smith, Fina García Marruz, donde de modo en cada uno diferente vemos a la poesía cumplir una función que diríamos de ‘salvar el alma’. No parece ninguno de ellos detenerse en la poesía como en su modo de ser, quiero decir, que siendo poetas, no aparecen decididos o detenidos en serlo. Y en Fina García Marruz yo diría que ‘por añadidura’. Ella es quien testimonia de modo más nítido esta actitud, no frente a la poesía, sino frente a la vida. Y como todo lo que se obtiene ‘por añadidura’, puede en un instante cesar o desplegarse en una verdadera grandeza sin mácula. (...) Fina García Marruz, recogida, envuelta en su propia alma, realiza esa hazaña que es escribir sin romper el silencio, la quietud profunda del ser.» (Equil., 1987: 54)

La mujer filósofa advierte a la mujer poeta. Y, para hacerlo, utiliza el término *por añadidura*, significativo también en su personal léxico filosófico. Ya en *Filosofía y poesía* lo define: «El poeta no quiere ser si algo sobre él no es. Algo sobre él, que le domine, sin lucha; que le venza, sin humillación, que le abra-se sin aniquilarle.» (Zamb., 1987: 94). María Zambrano devela la naturaleza poética y vital de Fina García Marruz.

Todos los poetas de «Orígenes» en este tiempo se aíslan del proceso descrito por Ortega y Gasset como «deshumanización de las masas», pero aquellos especialmente mencionados en el lúcido comentario de María Zambrano son los que personalmente reivindican que «vivir es convivir», algo que, como apunta Zambrano, está en el trasmundo de la idea orteguiana. «Vivir es convivir» conduciría, sin mucho esfuerzo, a la *caridad*, otra palabra de la gracia. Son estos poetas, y Fina García Marruz «por añadidura», quienes con más profundidad y lealtad «vivirán y convivirán».

No puede negarse la influencia que la filósofa, de «ojos tan resplandecientes como su apasionado corazón» (Equil., 1987: VII), tuvo sobre los entonces jóvenes —y ocultos— poetas cubanos. Creo que no es posible estudiar su momento poético sin incursionar en la obra de la joven filósofa. Pienso que, especialmente, en el caso de Fina García Marruz.

La poeta retoma la tradición tomista en que «la forma es trascendente con respecto al contenido». «Entre el contenido y la forma, indisolublemente unidos, estará la *palabra mediadora*, es decir, el misterio de la encarnación (...) La palabra es la mediadora entre lo visible y lo invisible, entre la idea y la forma. (...) Por eso, en la palabra poética está contenida la posibilidad de acceder a la *visión*, que es el conocimiento poético por excelencia.» (Arcos, 1990: 137). La poesía, como para Zambrano la filosofía, es visión. En su ensayo «Hablar de la poesía» (1970) afirma: «La poesía no estaba para mí en lo nuevo desconocido, sino en una dimensión nueva de lo conocido, o acaso, en una dimensión desconocida de lo evidente. Entonces trataba de reconstruir, a partir de aquella oquedad, el trasluz entrevisto, anunciador.» Para la poeta, las cosas todas son, en sí mismas, símbolos, y sólo es posible una labor de revelación, de manifestación por la poesía, ya que Creación sólo es una. Zambrano también reconoce como última instancia la Idea (el Ser o el Misterio), y para ella

la palabra introduce, en su incesante continuidad, discontinuidad: «Por eso libra del tiempo». (Equil., 1987: 12-13)

El grado de coincidencias en ambos pensamientos es alto: la auténtica creación como «desprendimiento de una 'mirada' (F. G. Marruz, 1946: 42); el amor que se divide «en un *eros* personal, entrañable, y en un *eros* de la mirada» (Zamb., 1967: 248-249), expresión el primero de la poesía y el segundo de la filosofía.

La angustia, la visión, la mirada, el agónico padecimiento de la historia, las palabras en el tiempo, la salvación del alma, la memoria ancestral, el anhelo de la efectiva trascendencia, la caridad, la libertad, son estaciones por las que transcurren, gemelas, estas dos sensibilidades de mujer: ambas filósofas, ambas poetas.

*Si mis poemas todos se perdiesen
la pequeña verdad que en ellos brilla
permanecería igual en alguna piedra gris
junto al agua, o en una verde yerba.*

*Si los poemas todos se perdiesen
el fuego seguiría nombrándolos sin fin
limpios de toda escoria, y la eterna poesía
volvería bramando otra vez, con las albas.*

Fina García Marruz



Initipi. (1995)

Encuentros que no lo son

Miguel Saludes García

HAY ENCUENTROS QUE PUEDEN RESULTAR EN DESENCUENTROS. ESTO ME ocurrió al leer un ensayo del historiador Rafael Rojas, cubano radicado en México. Dicho artículo apareció publicado en la revista *Encuentro de la cultura cubana*, N° 6/7 del año 97 que tardíamente recibimos a casi un año de la fecha referida. El ensayo en cuestión (Políticas Invisibles) contiene un párrafo dedicado a la disidencia interna de Cuba, en el cual se dan criterios que tienen que ser contestados. En la página 28 se cita a cuatro de los principales líderes de la oposición cubana (Gustavo Arcos, Elizardo Sánchez, Oswaldo Payá y Vladimiro Roca) poniéndoles como personas que hacen todo lo posible por no presentarse como opositores políticos. Mal conoce la situación de quienes, según el Sr. Rojas, se inscriben como activistas sociales o agentes humanitarios, según el caso. Cuando se refiere a esto de «agentes humanitarios», ¿se refiere por casualidad a los defensores de los derechos humanos? Porque si es así, sepa que quienes han seguido ese nada fácil camino en Cuba, han ganado desde el inicio el apelativo de contrarrevolucionarios al servicio de potencias extranjeras, con el que se les acusa y denigra. Por tanto son tratados como opositores políticos. De igual manera han sido tratados todos los que son mencionados en el ensayo. De ellos dice que «cuanto más han alcanzado a ser reformistas fuera del gobierno que buscan un marco de diálogo». Estos reformistas han sufrido hostigamiento, persecución, obstrucción de las vías legales que han utilizado e incluso expulsión de sus centros de trabajo y hasta cárcel. También han sido calificados de opositores al sistema.

Como el mismo ensayista indica al mencionar la palabra «disidencia», este grupo de personas en los que descuellan los cuatro mencionados, disienten, es decir, discrepan, divergen, no asienten a lo que el poder instituido impone. Por tanto se oponen. ¿En qué quedamos entonces? Lo mejor de todo es que no se oculten. Ellos y otros muchos que viven en la isla, a cara descubierta, ponen sus nombres arriesgando incluso la tranquilidad y armonía de sus familias, que son las que más sufren en este círculo de miedo que les atenaza. No, no es «infiltración en la vida civil» lo que se alcanza con su acción civilista, sino abrir brechas en el duro muro que nos rodea, para que esa vida civil que ellos viven, se haga una realidad nacional. No son agentes solapados sino acti-

vistas de aquello que predicán abiertamente. Desde afuera es más fácil hacerlo. Desde dentro es bien difícil lograrlo. No obstante muchos de los que están afuera precisamente porque no han tenido otra opción ante tanto acoso, nos apoyan desde allí donde se encuentren. Este apoyo nos llega incluso de personas no cubanas que radican en esas capitales que el Sr. Rojas menciona y en otras que él no pone. No es que hagan política (una vez más se contradice el autor) para ser recepcionada en esas capitales ya sea Madrid, París o, muy poco, en New York. Es que gracias a esa divulgación de nuestra actividad, podemos respirar algo mejor. En definitiva todos los disidentes del mundo han recibido siempre el apoyo en otras capitales de países que no precisamente han sido el suyo.

También la Seguridad del Estado sabe de nuestras actividades. Aquí radica el carácter cívico de estos hombres. No son clandestinos, ni terroristas. Demuestra que esa actividad y presencia es bien conocida de la población y se quiere evitar por todos los medios el apoyo de la misma. Y aquí viene una frase que es bastante dura y desleal. ¿Qué quiere significar el señor ensayista con que son «presencia fantasmal para la población civil»? Si recurrimos al diccionario de la lengua española vemos que «fantasmal» es relativo a fantasma o visión quimérica. Fantasma es visión quimérica, persona u objeto impreso en la fantasía, espantajo con que se asusta a la gente sencilla, persona grave, entonada y presuntuosa. No Sr. Rojas. Ni son presuntuosos ni están impresos en la fantasía porque son bien reales. En cuanto a la quimera, no por difícil es irrealizable lo que se propone. Creo que esta frase raya en la falta de respeto a esas personas y que con ella se ha querido soslayarles y restarles importancia.

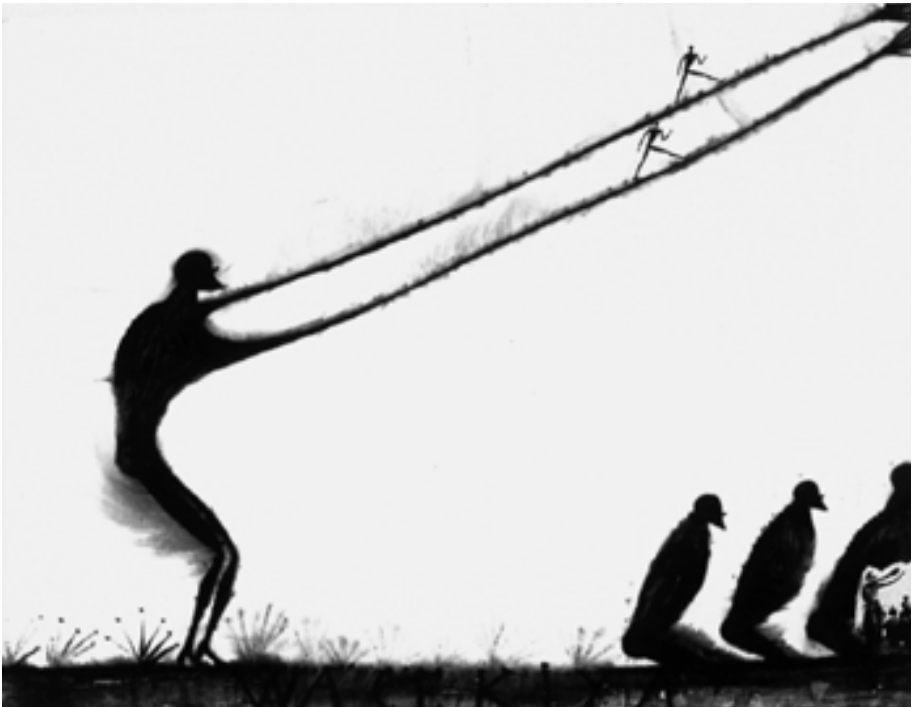
La población sí conoce de la actividad de los disidentes y grupos de derechos humanos. Ellos saben que existen. Pero el miedo impuesto es fuerte. Por ese miedo muchos no actúan, otros callan o se van del país sin levantar el dedo, o bien para apoyarles o bien para defender sus propios derechos e ideas. Algunos, ya en el extranjero, analizan todas las posibilidades de cambio en Cuba, se expresan abiertamente contra el gobierno cubano, cayendo algunos hasta en lenguaje soez, agresivo, con un tono que jamás mostraron acá. Existen los que aleccionan a los de adentro, pero no fueron capaces ni de ir a conocerlos siquiera para saber de sus proyectos, cuando aún estaban aquí.

Cuando la poetisa cubana María Elena Cruz Varela era repudiada fuertemente en las horas más cercanas a su cautiverio, al menos diez personas, no todas de su grupo, mostraron con su presencia en aquel infierno la solidaridad con ella. No eran fantasmas, sino personas concretas.

Podemos respetar todos los criterios, pues ése es el motivo de nuestro actuar. Muchos han pagado un precio alto por esa actitud ya sea en la cárcel o el exilio. Pero hay cosas que por principio no se pueden aceptar y es esa actitud desleal de quienes miran con vista alta a los que en Cuba encuentran fuerza y motivo para, a pesar de lo quimérico, buscar caminos que propugnen un cambio a la democracia. No importan los nombres. Junto a ellos existen otros hombres y mujeres que también se expresan y colaboran. ¿Que no son

muchos? Es posible que sean trescientos o mil, pero no son fantasía. Y si fueron sólo los cuatro mencionados en el ensayo, basta para que sean tomados en cuenta con seriedad y respeto. Reto a los que antes de los años 90 no se arriesgaban a vaticinar cambios en la otrora Europa del Este a que digan el número de disidentes reconocidos internacionalmente en aquellos países. No creo que salga una cantidad muy grande. Por tanto los que en Cuba han tenido y tienen la osadía de poner vida y rostro públicamente para buscar esos cambios, ya sean políticos, defensores de los derechos humanos o por trabajar de manera independiente en la vida cívica, tienen el mérito grande que no puede ser disminuido.

La revista *Encuentro de la cultura cubana* es importante y tiene el mérito de la acogida de la gente que en Cuba puede recibirla, que la leen y pasan los números que a ellos llegan para que otros menos afortunados la conozcan. Sea la revista una voz de éstos que aún no la poseen en Cuba y altavoz de los que ya la tienen pero se le dificulta el expresarla. No sea instrumento del silencio y mucho menos de los que se prestan para aplastarles en medio de tanta desinformación e intereses torcidos.



Wacekiya. (1995)

Un desencuentro superable

Rafael Rojas

A GRADEZCO A MIGUEL SALUDES GARCÍA LA NOTA «ENCUENTROS QUE NO LO SON», en la que critica un párrafo de mi ensayo «Políticas Invisibles». Sus reparos son llamadas de atención, a quienes residimos fuera de Cuba, sobre el cuidado con que se debe tratar una zona tan sensible y mal conocida de nuestra historia contemporánea como es la disidencia interna.

En varias ocasiones he manifestado públicamente mi respeto y admiración hacia quienes, en condiciones más desfavorables que en otros regímenes totalitarios, se oponen, dentro de la isla, al gobierno de Fidel Castro. Sin embargo, también pienso que en una cultura democrática las oposiciones son tan criticables como los gobiernos. La crítica, como decía Octavio Paz, es la brújula moral de la modernidad y si deseamos la democracia para Cuba debemos familiarizarnos con ella desde ahora.

Ese no era, por cierto, el objetivo de mi ensayo. Si se lee todo, y no un párrafo fuera de contexto, es fácil percibir que mi argumento es que la disidencia no logra comunicarse plenamente con la sociedad cubana porque el régimen castrista está estructurado *de jure* y *de facto* para aniquilar cualquier indicio de oposición. Sin derechos civiles y políticos elementales, sin libertades públicas, sin un espacio de opinión, las políticas opositoras se vuelven invisibles, no porque sus líderes se oculten, sino porque carecen de los medios necesarios para difundir sus opciones.

La susceptibilidad que demuestra la reacción de Saludes García alcanza un tono inquietante. Por momentos parece reclamar de los escritores del exilio una glorificación de la disidencia interna. Cuando en mi ensayo digo que esos pequeños movimientos «logran sobrevivir, a duras penas, entre una cárcel y otra» y que «la Seguridad del Estado vigila y castiga sus pasos», estoy mostrando serenamente mi simpatía por aquellos que arriesgan sus vidas en la promoción de las ideas democráticas. Pero admito que, por un recelo condicionado frente al heroísmo político, pude referirme a esa peligrosa labor con frases que resulten altivas o desdeñosas a sus protagonistas.

Creo, con todo respeto, que Miguel Saludes García está mal informado sobre mi trabajo si piensa, como parece insinuar en la última oración de su nota, que soy «un instrumento que se presta para aplastar» a los disidentes cubanos. Una vez más confirmo la tesis de aquel ensayo: no nos vemos.

Privilegio (Fragmentos)

En la muerte de Manuel Granados

EL TÍTULO INICIAL DE ESTOS APUNTES IBA A SER «ABRIL ES el mes más cruel»; con este nombre memorizaba, igualmente, las desapariciones de otras figuras —no sólo hispanas—, especialmente valiosas, que fallecieron durante este mes. No obstante, opté por este otro, más cercano...

Mis reflexiones están basadas en Manuel Granados, quien fue, y es, una indiscutible expresión del talento literario cubano. Personalmente, no pienso que haya extendido una línea ejemplar a seguir (aunque también esto pudiera ser cierto); más bien, creo que su obra —la que mejor conozco—, resulta un frente abierto para todos.

Me excuso de antemano por cualquier extrañeza pero... en realidad estos mensajes los inicié del siguiente modo: «Todavía no voy a escribirlo pero es un recuerdo de hace mucho tiempo y a mí, a pesar de todo, me alteran las amargas sorpresas; el cariño, el amor y la admiración son, por lo regular, siempre indescriptibles. Ya estoy escribiendo sobre mi amigo: me refiero al novelista Manuel Granados (Manolo), fallecido en Francia el pasado 7 de abril de este año, 1998. Me llevaba (¿o me lleva?) 15 años de edad. Recuerdo que nos conocimos más o menos en 1967, quizás antes (todavía no le habían otorgado, en el concurso literario Casa de las Américas, la mención por su notable novela *Adire y el tiempo roto*); entonces aun vivía en un cuartucho de Centro Habana, relativamente cercano al Paseo del Prado.

Recuerdo haberlo conocido junto al entonces poeta Reynaldo Colás Pineda, que reside hoy en la ciudad de Nueva York. No soy capaz de precisar lo que nos leyó aquella noche, sin embargo, más adelante comprendería que Manolo Granados fue, en verdad, y lo será por siempre, *un revolico tropical*.

Manuel Granados Contreras: negro, homosexual (de aquéllos que tienen hijos, pues son casados con mujeres),

Esteban Cárdenas

combatiente revolucionario del monte, la clandestinidad urbana y escritor, elementos que hacen notar, sin dudas, una especial singularidad.

Nuestra amistad, poco a poco, fue creciendo y transformándose en una especie de hermandad, *supra-garantizada*, antes de mi partida de Cuba, el 10 de enero de 1980.

A raíz de la mención que obtuvo por *Adire y el tiempo roto*, a Manolo le fue propiciado —gracias a Haydée Santamaría—, un apartamento en el Vedado, cerca del ICAIC, donde trabajaba. Su casa fue, desde entonces, un punto para reuniones de escritores y artistas, donde se conversaba, se discutía, muchos jóvenes se veían y todos compartíamos ideas.

Manolo intentaba, de una u otra forma, mantener su postura *revolucionaria*; de cierto modo, su propia biografía así se lo exigía; esto era, en la Cuba de entonces —como lo es en la de hoy—, realmente imposible. Sin embargo, la burocracia ideológica castrista prefería tenerlo de su lado; rápidamente lo hicieron miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba y el Instituto del Libro le publicó, también velozmente, un cuaderno de cuentos «no problemáticos». Esto, de acuerdo con la metodología castrista de cualquier momento, lo comprometía al estilo cubano-caribeño con el fenómeno social comunista, algo sin la más mínima relación con la personalidad de Granados y, mucho menos, con sus ideas y el concepto de lo que era para él la auténtica *libertad*. (...)

Manolo escribía a mano, era rápido con el lápiz, algo equivalente a un tornado, un huracán. Trabajaba casi a diario, aparte de ello, para estar más cómodo dentro de aquel violento surrealismo tropical, se distinguió por ser un vertiginoso cortador de cañas de azúcar; supongo que esto último era, a su modo, una manera de probar que el hecho de ser homosexual, negro y escritor, no disminuía para nada su capacidad ante las tareas de los trabajadores del campo en Cuba, país distinguido por sus contradicciones étnicas y un machismo trasnochado. Es cierto, Manolo fue y es —para los que tuvimos la suerte de contar con su preciosa amistad— un ser «de armas tomar», que de una manera por lo general eficaz sabía utilizarlas.

En 1971, cuando el delirio de la ley 1231, conocida como la Ley Contra la Vagancia, y a raíz del arresto de Heberto Padilla y otros artistas e intelectuales, a Manolo Granados también le tocó su pedazo; de acuerdo con lo que me relató después, con él fueron corteses y hasta gentiles. Lo condujeron a la Seguridad del Estado (enclavada en la antigua Villa Marista) en un auto aparentemente civil, y el regreso a su casa fue del mismo modo, claro está, luego de una *sutil conversación* con algunos jefecillos. (...)

Yo, al triunfo de Castro, era sólo un chico, y Manuel Granados era un valeroso hombre de 28 años que con su lucha, sin saberlo o imaginarlo, ayudaba a instaurar el más doloroso período de la historia del país, semejante sólo a los peores tiempos de siglos anteriores, durante el coloniaje español y la esclavitud.

Una imagen que jamás se borrará de mi espíritu, es la última vez que nos vimos en Cuba. Por razones imposibles de esclarecer en estas líneas él y yo, prácticamente, no nos tratábamos. Pero... llegó el 9 de enero de 1980 y yo era

uno de los ex presos políticos *indultados*, maniobreramente, por Fidel Castro, y me iba de la Isla, nada menos que en vuelo directo, rumbo a la Florida. Manolo lo sabía; incluso me había casado con una amiga suya para que ésta pudiera escapar «legalmente» de Cuba.

Ese día, específicamente ese día, Manuel Granados Contreras se apareció sorpresivamente donde yo vivía con su amiga. Venía sin rodeos a recuperar nuestra amistad y, con una muy clara expresión, lo consiguió. En mi caso, lo dejaba *preso* de la revolución y me llevaba conmigo el estupendo regalo de una amistad que nunca, verdaderamente, había muerto entre ambos. Me iba también con la alegría de otro obsequio: la claridad meridiana de que, como yo y muchos otros, Manolo pensaba que todo el enjambre socio-político de Cuba era, simplemente, una patraña afincada en la misma punta de la maraña, en el peor estilo de *nuestra proyección nacional*. Para mí, que salía de Cuba sin saber si volvería alguna vez, aquel fue, ciertamente, uno de los mejores presentes recibidos durante toda mi existencia.

Por los detalles, que bien yo conocía, no me resultó extraña la solicitud de asilo político por parte de mi amigo en España, hace unos años, ni tampoco —en corto tiempo— su casamiento con Dominique, otra francesa, a la que yo también había conocido en La Habana, a través de él.

Luego tuve la satisfacción de ver uno de sus relatos, «Manuelo y la noche», traducido al francés por la profesora Liliane Hasson y publicado por la editorial Autrement en la colección *L'ombre de La Havane*.

Debo añadir que, antes de que todo esto sucediera, la vida tuvo su curso ordinario... Manolo continuaba entrampado por la maraña cubana y yo, en los Estados Unidos, publicaba mis dos libros de poesía, sufría costosos accidentes físicos y conseguía transmitir parte de mi pensamiento. (...)

Hoy, a punto de cumplirse el 103 aniversario de la muerte de José Martí, la compañía de Manolo me auxilia un poco; sobre todo a continuar con mi obligación de seguir escribiendo. Pienso que a ello me impulsa, especialmente, su incomparable recuerdo, lo cual implica para mí, como para todos los que lo conocieron, un inigualable privilegio...



El Rapto. (1996)

José Bedia

La portada de este número de *Encuentro*, así como el resto del material visual, lo componen piezas del artista plástico José Bedia (La Habana, 1959). Bedia es, sin duda, uno de los más importantes artistas latinoamericanos de la última década y uno de los grandes del arte cubano del siglo XX. Sus obras abarcan un amplísimo espectro que va desde la articulación de la nación cubana hasta la persistencia de los usos primitivos en los modelos de la cultura occidental moderna. Desde las tradiciones de África llegadas al Caribe hasta las indagaciones en la cultura de los primeros pobladores del territorio de Estados Unidos. Desde el proyecto de mestizaje de la cultura cubana hasta las transformaciones de ese propio proyecto en los sujetos que se han visto obligados al desplazamiento y el exilio. Desde la ritualización del material artístico hasta la indagación de la relación del hombre con los animales y la naturaleza en general.

Bedia ha sido uno de los artistas más precoces en el mapa del arte occidental en las últimas décadas. Así, ha participado en importantes exposiciones como *Art of the Fantastic*, *Magiciens de la terre*, *Mito y magia en América: los ochenta*, *The Bleeding Heart* o *Defining the Nineties*, además de numerosas bienales, como las de La Habana, Sao Paulo o Venecia.

Con respecto al arte cubano, ha estado en las más importantes exposiciones dedicadas al mismo, desde la antológica *Volumen I* hasta *New Art from Cuba*, *Signs of transition*, *Kuba OK*, *No man is an island*, *15 artistas cubanos*, *Los hijos de Guillermo Tell*, *La isla posible* o *Cuba Siglo XX. Modernidad y sincretismo*.

José Bedia ha conseguido situar su discurso en el centro de las polémicas culturales de fin de milenio y, en medio de la era posmoderna, ha cifrado sin embargo un arte original y absolutamente reconocible en cualquier parte del mundo. Sus exposiciones, su afán coleccionista y transcultural, sus viajes, así como su experiencia del exilio, expanden la obra de este artista más allá de los museos y convierten todo su entorno cultural en un sistema de signos de enorme envergadura vital.



Revista de Occidente

Enero 1999

**WEIMAR, ENCRUCIJADA
DE LA CULTURA EUROPEA
(EN EL 250 ANIVERSARIO DE GOETHE)**

Artículos de

**Bernd Kauffmann, Volkhard Knigge,
Luis Fernando Moreno Claros, Joseph Roth,
José Manuel Sánchez Ron,
Hernán Santiváñez Vieyra, Siegfried Seifert,
Ignacio Sotelo**

Antología con textos de

**Madame de Staël, Johann Peter Eckermann,
Franz Kafka, Walter Benjamin,
José Ortega y Gasset, Thomas Mann,
Bruno Bettelheim, Thomas Bernhard**

Nada es lo que parece

JOSÉ MARÍA GUEL BENZU

Jesús Díaz

Dime algo sobre Cuba

Ed. Espasa, Madrid, 1998

DESPUÉS DE TRES NOVELAS INTENSAMENTE dramáticas, Jesús Díaz parece haber pasado a la comedia. En sus dos primeras novelas (*Las iniciales de la tierra*, *Las palabras perdidas*) se trazaba un poderoso análisis del sentido de lo ideológico en la vida de unos seres humanos comprometidos en ello, un cuadro histórico que se revelaba a través de la indagación en las conciencias de personajes pertenecientes a ese cuadro histórico. En la primera había un intento del personaje por comprenderse a sí mismo, en la segunda un intento de comprender algo que ya había pasado; la tercera (*La piel y la máscara*) echaba la cámara atrás para ampliar el enfoque, pero sin perder de vista la construcción de la conciencia —esto es, el grado mayor o menor de percepción de la realidad— de los personajes. También, en esta última, se armaba un artificio (el rodaje de una película) que empezaba a valorar lo simbólico sin perder de vista el realismo que tan bien maneja Jesús Díaz. Y, como señalaba al principio, con *Dime algo sobre Cuba*, el autor parece buscar otro punto de distancia más, una perspectiva de otro orden, apelando a la comedia.

La historia que cuenta es, en verdad, bastante disparatada y muy propia de una comedia: Un dentista cubano que, por accidente, aparece en la costa norteamericana, decide regresar a Cuba por puro desconcierto personal y allí es recibido como un héroe que le ha hecho un corte de mangas a los gringos. Enviado como premio a un congreso en México, de nuevo su desconcierto y las circunstancias personales le devolverán a los Estados Unidos donde debe aguardar quemándose al sol en la azotea de la casa de su

hermano en Miami para simular ser un balsero y echarse al mar a la espera de ser recogido por un guardacostas americano.

Si tuviera que resumir en una frase el sentido de esta novela yo diría: Nada es lo que parece. Esa es la situación, nada ni nadie es lo que parece, tanto en Cuba como en Miami, tanto en el entendimiento ideológico del mundo como en la fachada de las personas. Desde el médico que es portero en el Hotel Nacional hasta la carrera del protagonista por Mexico D.F. perseguido por unos inexistentes agentes de la seguridad cubana —y no digamos ya la disparatada situación de un tipo viviendo a gatas y a la intemperie en una azotea para poder entrar en USA como balsero—, nada es lo que parece. Y es que en esta historia, lo que se narra admirablemente es la confusión extrema, la desarticulación mental y sentimental del ser humano, de todo ser humano, ante una situación que sólo se alimenta de su propio desencaje, una situación que se ha vuelto contra sí misma en todos los órdenes y ha transformado la realidad en un desencuentro permanente de cada uno consigo mismo. Por eso todo el mundo representa un papel que le permite sobrevivir, pero nada ni nadie es lo que parece.

Y para empezar a fingir y a hacer comedia, los nombres de esos dos hermanos, Lenin Martínez, trasmutado en Leo para vivir en Miami, y Stalin Martínez. La comedia está servida, como se puede imaginar, pero Jesús Díaz decide correr un riesgo importante: Nombres y sucesos van a ser —como propios de una comedia no costumbrista, es decir, que aspira a mucho más que a pintar un «cuadro de costumbres»— simbólicos, van a tener una fuerte carga simbólica desde el primer momento. El riesgo es que el simbolismo convierta a los personajes en cartón-piedra, meras representaciones sin entidad propia. Pero Díaz juega y gana; el personaje de Stalin Martínez no es sólo una creación de acabada complejidad sino que su credibilidad es la que hace que el lector acepte la convención de estar en un escenario de comedia, sin perder de vista el drama de un país dislocado.

Una comedia que poco a poco empieza a ser socavada por la misma realidad que pinta. Sin ese personaje, la comedia lo sería de pe a pa y se quedaría en eso y en una buena resolución; pero a medida que vamos profundizando en las raíces del desconcierto de Stalin Martínez ante su destino, la sonrisa, siempre inevitable a lo largo de todo el relato, se nos empieza a helar en el rostro. El lector no deja de sonreír mientras en la cabeza se le va metiendo lo atroz del material que lo hace sonreír. El personaje se va convirtiendo poco a poco en el resumen de todas sus desgracias, y ahí es donde deviene representación de un trastoque vital y mental que es un emblema de la situación del mundo cubano. Pero, atención, es un emblema *personalizado*. La última astucia de narrador de Jesús Díaz comienza, justamente, en la desoladora despedida en la madrugada de Miami camino del fingimiento de balsero que el protagonista debe cumplir. Cuando salta a la balsa en esa mar picada para quedarse solo y a la deriva, no salta un símbolo —lo que seguiría siendo comedia—, salta un personaje magníficamente creado y el estremecimiento que recorre al lector es, como por arte de magia, coral y personal a la vez. O no por arte de magia sino por arte de Jesús Díaz.

Ni que decir tiene que las escenas que se suceden una tras otra en hábil mezcla de presente y *flash-back* delatan la seguridad de Jesús Díaz en el oficio de guionista. El minucioso destrozo de los míseros lujos de Idalys, su compañera, en un ataque de celos es tan gracioso como patético; la bicicleta que le hace doblemente penoso el proyecto a su trabajo es uno de los varios leit-motifs de una trama perfectamente trazada; las conversaciones en anglo-español y su juego de doble identidad... o detalles tan extraordinarios como que el sobrino americano de Stalin se lo encuentre de golpe en el pasillo y, aterrizado por su aspecto, lo confunda con Castro, lo que posteriormente obliga a su madre a reñirle diciéndole: «He is not Castro. He is your uncle Stalin, okay?»... Son escenas que, con todo lo divertidas que resultan, van construyendo los pilares de la confusión de Stalin Martínez y empujando al lector y al personaje hacia un callejón sin salida.

Decir que Stalin Martínez es, incluso con algún exceso ternurista, el mejor personaje creado por Jesús Díaz, es hablar de la excepcional calidad de esta novela. Esa es mi opinión y quienes conozcan a los poderosos personajes de sus novelas anteriores entenderán el elogio. Pocas veces un autor puede presumir de haber creado un personaje tan singularizado —por su complejidad humana— y a la vez tan ejemplarizante —por su calidad de símbolo— como el que ha conseguido Jesús Díaz. Quizá se deba a que este personaje debía asumir una situación cuyo último fondo es la propia situación cubana. Quizá por eso se lo ha jugado el autor al todo o nada. Quizá por eso ha ganado. ■

Para iniciar las obras

RAFAEL ALMANZA

Cintio Vitier
Obras I, Poética
 Letras Cubanas
 La Habana, 1997, 284 pp.

SÓLO MARTÍ TIENE EN CUBA UNAS *OBRA*S, incompletas, mal organizadas y con una edición crítica que se congeló no sé cuándo. Y Martí es más que un escritor. Maravillémosnos de un país que está en la ruina y no publica las obras completas de sus grandes escritores, ni siquiera ahora que han ido desapareciendo uno a uno sin esperanzas de continuidad. Parece que no hay ni la idea de la majestad cubana que supone la «integral» —para decirlo en términos musicales— de Lezama, Carpentier, Feijóo, Eliseo. Ahora que tantos queremos ser yanquis, malayos o suizos —«no te hagas el polaco», «no te hagas el sueco»—, yo me conformaría con tener esos tomos en mi biblioteca aquí en Camagüey y, desde lejos, contemplarles los lomos. Por el placer de mirarlos, de contarlos, de nombrarlos. En Cuba, para

aspirar al título de escritor que tan pródigamente se reparte hoy, precisamos enfrentar la visión conjunta de esos volúmenes. Para ser escritor en Cuba tenemos que merecer el Nobel y además ni siquiera necesitarlo.

La primera etapa de las *Obras* de Cintio Vitier nos devuelve a ese pasado inmediato en que la literatura cubana era una ceremonia de poder. Que se inicie en vida del autor es lo mejor que nos podía ocurrir, porque a pesar de «la inseguridad inseparable de este género de decisiones» que Cintio confiesa en relación con el diseño de la serie, ciertamente es él quien puede intentarlo idóneamente: la autoconciencia es su emblema. Ningún creador puede saber qué está realmente significando, pero algunos lo averiguan apasionadamente y con algún éxito. Vitier ha hecho de la reflexión sobre su escritura un menester intelectual y religioso de enorme lucidez, sin contacto alguno con el narcisismo postmoderno; por el contrario, como un descubrimiento permanente de la alteridad inseparable de la experiencia poética. Y es precisamente en esa conciencia de sí, que en verdad es la conciencia *de eso*, de lo otro que en la palabra nos busca, donde Cintio ha alcanzado su dimensión mayor; al menos para los tiempos que corren, en que la arrastrada superficialidad del cubano ha conquistado cimas suecas y polacas. Como si todo el poderío de nuestra poesía le hubiese escogido un poco hegelianamente como conciencia de ella, siendo el espejo de la poesía de él, o universalmente de la Poesía.

Sabidamente entonces este primer tomo contiene esa *Poética*, los hallazgos superiores de Vitier en el pensamiento de y desde y para la poesía. Imposible la reseña. No hay en castellano indagación de tanto calado y envergadura en esa dirección; o al menos yo no la conozco. Lezama ambicionó más y a ratos voló más lejos, pero la suya era la poética de él, bastante en él. Quizás lo mismo pudiera decirse de Octavio Paz. La poética de Cintio es la de él y en buena medida la de Eliseo, Fina y Octavio Smith; y esa condición participativa, anunciada en su sentimiento del hecho poético como alteridad, le conduce a la indagación y la argumentación, a la condición del *tractatus* que él

rehuye por desconfianza del sistema y amor al carácter indicial del fragmento, pero que se da en este volumen como suma, abarcadora cuanto fragmentaria. Basta su núcleo, los cuatro ensayos del libro *Poética* de 1961, para poder afirmar que la única estética de la poesía escrita por un cubano, y creo que por un hispanohablante, es la de Cintio. Cuando digo poética entiendo ese alcance, no las actitudes o contenidos de la actitud del poeta, las poéticas particulares o sucesivas de este autor o de otros. En el libro del 61 hay una poética de la memoria, de raíz agustiniana; en todo el volumen hay otras poéticas previas o derivadas de ella, y su historia como vivencia, aprendizaje, vigilancia y desafío de salvación. Pues no olvidemos que si todo allí parte de la poesía, todo busca, por ser poesía, el ser de la poesía, su otro: Dios: necesariamente en la poesía, que está aquí y ahora. En Cuba la única teología existente es la de los poetas: y en este libro abundan muchas sugerencias, muchas asimilaciones que el futuro teólogo cubano, especialmente el católico, tendrá que asumir. En la dirección cristiana del amor al prójimo navegan estos textos, con esos arribos a los nombres encarnados de Juan Ramón, Lezama, Vallejo, Borges, San Juan de la Cruz: la persona de la poesía y la poesía de la persona.

Se dice que en Iberoamérica no hay filósofos, sino pensadores. ¿O estamos comenzando, milenariamente, otra tarea, en otro rumbo y con plenitud mejor? Para entender cabalmente éstas y otras páginas de Cintio hay que haber leído a Aristóteles y a San Agustín; pero también es indispensable conocer la experiencia de un atardecer, cuando lo real oscila en nosotros y parece que se anuncia cualquier advenimiento. Ahora que está de moda la filosofía del sujeto advirtamos cómo Vitier siempre estuvo allí, sintiéndose, experimentándose con todo el ser y con toda la razón; con toda la razón del ser. Chesterton bromea con la amistad de Tomás y Buenaventura: que se llevaban bien porque ambos, proponiendo cada uno lo contrario del otro, todavía no eran santos sino igualmente sospechosos de herejía. La razón de Santo Tomás y la vivencia de San

Buenaventura conviven en este autor en una reconciliación americana que, a pesar de Pascal, no es nunca total ni dulce. Contradicciones, rectificaciones, correcciones de lo ya corregido establecen la sinceridad, la riqueza, la realidad del pensador. Cuando nuevos volúmenes conecten esta Poética con *Lo cubano en la poesía*, las *Críticas sucesivas* (todas, no sólo las ya reunidas en libro), los *Temas Martianos* (que siguen incompletos) y *Ese sol del mundo moral*, se habrá unificado visiblemente un cuerpo de pensamiento estético, filosófico, histórico y religioso verdaderamente azorador, conmocionador, seminal. Lo ¿de-más?, aparte del juicioso prólogo de Enrique Saínz, es ese lujo de los recursos del ensayista, desde el icono como instrumento crítico en «Imagen de Rimbaud» hasta la imitación no paródica sino entrañable del estilo del autor estudiado en «Homenaje a Juan Ramón Jiménez»; o su agudeza para la polémica con Rolando Sánchez Mejías; o el humor inesperado, júbilo de la piedad, en «Borges». Este cultor de la modestia no debe extraviarnos. Cintio va sumando sus obras ante el cielo estrellado; veremos si somos capaces de iniciarlas en nosotros. ■



El reino de la mirada

ALBERTO LAURO

Fina García-Marruz
Habana del centro
Ediciones Unión
La Habana, 1997, 426 pp.

Fina García-Marruz
Antología poética
Editorial Letras Cubanas
La Habana, 1997, 220 pp.

LA VIDA DE FINA GARCÍA-MARRUZ ESTÁ marcada por el signo de la poesía. Tenía trece años cuando, en 1936, arriba a La Habana Juan Ramón Jiménez. Su encuentro

personal con el poeta español ejercerá su influencia decisiva. Desde esa fecha hasta ahora no ha dejado la autora de verter en poemas y prosas sus experiencias, sus vivencias.

Fina ha sido una poeta que no ha tenido ninguna prisa en publicar. Mas bien lo ha hecho a petición de quienes la conocen. Si descontamos *Poemas* (1942) y *Transfiguración de Jesús en el Monte* (1947), plaquettes editadas en tiradas reducidas, sus entregas van a estar separadas por décadas: *Las miradas perdidas* (1951), *Visitaciones* (1970) y *Habana del centro* (1997).

La aparición en 1984 de sus *Poesías escogidas*, recopiladas por Jorge Yglesia y publicadas por Letras Cubanas, puso en actualidad su obra y reclamó la atención de los jóvenes poetas y lectores en general, señalando su importancia dentro del panorama literario cubano y de nuestra lengua. En este título Yglesia se propuso escoger un conjunto de textos que pudieran resistir las exigencias de este crítico implacable, el tiempo.

Habana del centro incluye, como ya lo había hecho en *Visitaciones*, un conjunto de diversos poemarios. Aquí aparecen *Habana del centro*, *De los humildes y de los héroes*, *Viejas melodías*, *Créditos de Charlot*, *Nociones elementales y algunas elegías*, *Física elemental*, *Segundas partes...*, *Oda a Anacreonte* y otros poemas, *Los Rembrandt de L'Hermitage* y *Verso amigo*.

En este libro Fina sigue ahondando en las tres vertientes que Cintio Vitier señaló en una nota escrita para su antología *Cincuenta años de poesía cubana* (1952): la intimidad de los recuerdos, el sabor de lo cubano y los misterios católicos. Vitier ha señalado también su «voluntario impresionismo». Desde esta perspectiva su voz se enriquece en *Habana del centro* con poemas muy próximos a su postura dentro de la realidad cubana actual, pues Fina García-Marruz es de esos autores que se definen no sólo por su actitud estética sino también posición ética.

La nostalgia de la memoria es el marco de cada uno de los cuadernos. Y, con piadosa mirada, nos devuelve las calles de una Habana que ella recorrió con sus familiares y amigos, salvándola para siempre de la destrucción y el olvido. Así, intacta, ella nos de-

vuelve la ciudad que ama, La Habana de los extremos, una demasiado española, La Habana Vieja, otra demasiado norteamericana: el Vedado, Miramar...

Sus libros son verdaderamente inencontrables. Por eso la utilidad de las antologías. A la de Jorge Yglesia se ha sumado ahora la de Jorge Luis Arcos. La selección de Yglesia es una muestra de la parte más lírica de la poesía de Fina García-Marruz. La de Arcos no sólo se ciñe a esta línea sino que abarca otras zonas temáticas de su obra. A Arcos también le corresponde, dentro de la generación más actual de ensayistas y críticos cubanos, el lugar más relevante entre éstos con respecto a la atención brindada a la creación de la autora. Publicó varios artículos y ensayos antes de darnos su libro *En torno a la obra poética de Fina García-Marruz* (Ediciones Unión, La Habana, 1990), texto imprescindible para aproximarnos a una comprensión esencial de la poetisa.

La antología de Arcos, acompañada de un prólogo suyo, recorre todos los cuadernos y libros de la autora desde *Las miradas perdidas* hasta *Verso amigo*. Aunque toda antología es discutible, la de Arcos es fiel a sus propósitos. Ha querido mostrarnos, lográndolo, distintos registros de la voz poética de Fina García-Marruz, sus poemas más representativos dentro de las líneas ya señaladas por Vitier. No obstante, hay poemas que dejan sentir su ausencia, como algunos de los «Sonetos de la pobreza» o un poema tan espléndido como «No debo olvidar que el viento soplaba con impaciencia y furia».

A pesar de la extraordinaria importancia dentro de la literatura cubana, la crítica ha sido más bien reticente a la hora de valorar su obra. Las reseñas y ensayos son escasos. A María Zambrano, Vitier y a José María Chacón y Calvo se le deben las primeras notas críticas. Luego, en su generación, las aproximaciones de Eliseo Diego y, posteriores a la Generación de Orígenes, las de Roberto Fernández Retamar y Francisco de Orúa. A las más recientes promociones se les debe ese renovado interés. Marilyn Bobes, Raquel Carrió, Jorge Yglesia y Jorge Luis Arcos han contribuido a ello, siguiendo la pauta que ya, en 1948, había suscitado su obra en María

Zambrano, que ella testimonia en su ya clásico y memorable artículo «La Cuba secreta».

Fina nos ha dicho en un ensayo sobre su poética: «Poeta es ese extraño cazador que sólo da en el blanco cuando el pájaro salta, libre. Poesía en incorporar, no en destruir, tener la sospecha de que aquel que no es como nosotros tiene quizás un secreto de nuestro nombre».

Toda su poesía busca apresar ese infinito dentro del instante raudo. «Lo eterno en lo fugaz» es uno de sus versos con los que definiríamos su obra, un legado de incalculable valor espiritual para nuestra patria. ■

Las many voces de la tortuga

CARLOS ESPINOSA DOMÍNGUEZ

Peter Bush (compilador)
The Voice of the Turtle
Grove Press
New York, 1998, 384 pp.

SON YA VARIAS LAS ANTOLOGÍAS DEL CUENTO cubano contemporáneo que se han publicado en el extranjero en esta década. Una de las primeras fue *El submarino amarillo* (México, 1993), a la que luego se han ido sumando *La isla contada* y *Cuentos desde La Habana* (España, 1996), *Cuentos habaneros* (México, 1997) y, más recientemente, *Cubana* (Estados Unidos, 1998), ésta última dedicada, como otra anterior aparecida en la isla, *Estatuas de sal* (1996), a hacer balance del aporte femenino en el campo de la narrativa breve. Este interés dista de ser casual, y responde en realidad al tercer período de esplendor que ha conocido el género en Cuba a lo largo de este siglo que está por concluir y del cual se despiden con una salud envidiable.

Algunos críticos, como Leonardo Padura, compilador y prologuista de *El submarino*

amarillo, han señalado ya esta evolución pendular que ha experimentado entre nosotros el cuento, lo que lo ha llevado a alternar etapas de florecimiento con otras de decadencia, en las cuales la producción narrativa ha ido de la cumbre al abismo. Así, las primeras corresponden a las décadas de los cuarenta, los sesenta y los ochenta y noventa, mientras que las segundas vienen a ser las de los cincuenta y los setenta. Coincide el primer gran momento con los años cuando se crea el Premio Alfonso Hernández Catá, que posteriormente incorporó una convocatoria internacional, y que llevó a revistas como *Bohemia* y *Carteles*, a abrir sus páginas a los autores nacionales ante el auge creciente del género. Es entonces cuando se dan a conocer cuentistas tan importantes como Virgilio Piñera, Félix Pita Rodríguez, Dora Alonso, Carlos Montenegro, Lino Novás Calvo, Eliseo Diego, Lydia Cabrera, Enrique Labrador Ruiz, Alejo Carpentier, Arístides Fernández, sin olvidar a ese narrador tan poco ortodoxo que fue José Lezama Lima, buena parte de los cuales aparecen representados en las antologías de Federico de Ibarzábal (1937), Emma Pérez Téllez (1945) y José Antonio Portuondo (1947). El absurdo, el criollismo, el relato fantástico, la narración poética, el expresionismo y las primeras manifestaciones del realismo mágico, son, entre otras, las opciones estéticas que adoptan esos autores, y dan cuenta de la variedad y riqueza alcanzadas por el cuento en esos años. Cumpliendo ese desarrollo oscilante antes apuntado, vino después el reflujo de los aciagos cincuenta, en los que el país vivió un clima político y social poco propicio para la creación literaria y artística. A partir de 1959 y hasta el fin de la década siguiente, la cultura cubana conoció un período de verdadero esplendor, que también alcanzó al cuento. A muchos de los nombres ya conocidos se incorporaron otros nuevos: Jesús Díaz, Norberto Fuentes, Eduardo Heras León, Manuel Cofiño, Antonio Benítez Rojo, Calvert Casey, Reinaldo Arenas, Guillermo Cabrera Infante y Humberto Arenal, quienes marcaron los nuevos rumbos de la prosa de ficción e introdujeron personajes y asuntos nuevos. De especial importancia

fueron en su momento los libros de los tres primeros: *Los años duros* (1966), *Condenados del Condado* (1968) y *Los pasos en la hierba* (1969), respectivamente, que inauguraron una narrativa de la épica y la violencia. Ese desarrollo ascendente se vio brutalmente truncado a partir de los setenta, la etapa en la que en nuestra literatura, con las excepciones de rigor, más se ha acercado al realismo socialista. Fue la mediocre cosecha de la ideologización, el dogmatismo, la desconfliktivización de la realidad y la homogeneización impuestas a la cultura. Se ponían en práctica los lineamientos aprobados por el Congreso de Educación y Cultura de 1971, que algunos justificaron por resultar «absolutamente incisivos, audaces y necesarios en las condiciones históricas que lo hacen acceder a un primer plano»¹. En contraste, en la diáspora se asiste en esos años a una recuperación del género, que cristaliza en títulos como *Erimia*, de Julio Matas, *Los Fundadores: Alfonso y otros cuentos*, de Lourdes Casal, *Vista del amanecer en el trópico*, de Cabrera Infante, *Diez cuentos de Ciudad Amarga*, de Oscar Gómez-Vidal, *Cuentos de aquí y de allá*, de Manuel Cachán, *El esplendor de la entrada*, de José Antonio Arcocha, *Instantáneas al borde del abismo*, de Carlos Alberto Montaner, *Maneras de contar*, de Novás Calvo, y *Ayapá: Cuentos de jicotea*, de Lydia Cabrera.

A fines de los ochenta, una nueva promoción de cuentistas que se dieron a conocer en el decenio anterior, entrega ya sus primeras obras de madurez. Con ellos, la narrativa breve experimentará un notorio cambio de rumbo: interesados en abordar lo dramático-cotidiano, apuestan, como ha apuntado Padura, por otras perspectivas, por tendencias, estilos y temas nuevos, así como por propuestas muy variadas que van del relato fantástico a la fábula satírica, pasando por la reconstrucción histórica y por un realismo interesado en acercarse a un presente complejo, lejos de la retórica de presente luminoso y pasado infame que

¹ Magaly Muguercía: *Teatro: en busca de una expresión socialista*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981, pág. 11.

dominó en los setenta. A ese grupo pertenecen Miguel Mejides, Abilio Estévez, Francisco López Sacha, Senel Paz, Reinaldo Montero, Mirta Yáñez, Arturo Arango, Abel Prieto, Antonio Orlando Rodríguez, Aida Bahr, José Ramón Fajardo y Luis Manuel García, nacidos en su mayoría alrededor de 1950. A ellos se unirán posteriormente los un poco más jóvenes Rolando Sánchez Mejías, Carlo Calcines, José Manuel Prieto, Pedro de Jesús, Verónica Pérez Kónina, Amir Valle, Alberto Garrido, Ronaldo Menéndez, Ricardo Arrieta, Atilio Caballero, Claro Misael Salcines y Manuel Henríquez Lagarde. Unos y otros traerán nuevos aires al cuento, al abordar desde otra óptica aspectos como el sexo, la lucha generacional, el erotismo, la conducta ética, e incorporar personajes hasta ahora marginados por nuestra narrativa: el homosexual, la jinetera, el rockero injustamente perseguido, el joven falto de ambiciones y motivaciones. Una idea aproximada del número de escritores que actualmente practican el cuento, la puede dar el dato de que en la convocatoria de 1990 del Premio Juan Rulfo los originales enviados desde la isla superaron el centenar. En lo que se refiere a la producción intramuros, aunque el cuento sigue siendo el género menos frecuentado por los autores, hay que consignar la salida de libros de autores jóvenes tan talentosos e interesantes como Carlos Victoria, Luis Marcelino Gómez, Luis de la Paz, Reinaldo Bragado, Rolando Morelli, así como los débús, no por tardíos menos gratificantes, de Fernando Villaverde, Nedda G. de Anhalt, Julio Miranda y Manuel Matías Serpa. Menos conocidos, por escribir sus obras en inglés, están también los cubano-americanos Virgil Suárez y Achy Obejas, quien en su primera obra, *We came all the way from Cuba so you could dress like this?*, aborda la temática gay y lesbiana desde el punto de vista del inmigrante latino.

Este es el panorama que ha querido resumir en su antología Peter Bush, quien en lugar de ceñirse a períodos más o menos restringidos, como se hace en los volúmenes citados más arriba, opta por ofrecer una visión de conjunto de prácticamente un siglo. En ese sentido, su selección permite ubicar

a cada autor dentro del panorama de la cuentística nacional y leerlo en relación con otros de sus compatriotas. *The Voice of the Turtle* ofrece al lector al que va dirigida un muestrario bastante completo de la evolución del género. Recoge textos de veintinueve autores, de Alfonso Hernández Catá (1885-1940) a Ricardo Arrieta (1967). Figuran narraciones de maestros indiscutibles e indiscutidos como Novás Calvo, Luis Felipe Rodríguez, Onelio Jorge Cardoso, Piñera, Pita Rodríguez, Benítez Rojo. Hay también una muestra de los escritores del exilio (Carlos Victoria, Fernando Villaverde, Zoé Valdés, Casal, Arenas). Bush tiene además el acierto de incluir nombres que con frecuencia suelen ser olvidados en las selecciones de este tipo, como Calvert Casey, Lezama Lima y Lydia Cabrera. Un último aspecto a destacar es la abundante presencia de creadores de las últimas promociones, que tienen aquí sus mejores representantes en Paz, Sánchez Mejías y Yáñez. A los textos narrativos propiamente dichos, el compilador incorporó otros dos de Octavio Armand («La poesía como *Eruv*») y Severo Sarduy («El estampido de la vacuidad»), cuya inclusión no es explicada en la introducción.

Como sucede con cualquier antología que se respete, se puede discrepar respecto a las inclusiones y omisiones de *The Voice of the Turtle*. Las principales objeciones que se le pueden hacer a la antología de Peter Bush tienen que ver más con los autores que dejó fuera que con los admitidos. Sería menos discutible la presencia del poeta Pedro Pérez Sarduy, a quien no se le conocían antecedentes como narrador, si no hubiese que lamentar ausencias tan notorias como las de Labrador Ruiz, Ramón Ferreira, Díaz, Heras León, Fuentes, Cofiño, Arenal, Eliseo Diego (la de Carpentier se debe a que el antologador no recibió el permiso de los herederos). Por otra parte, la ordenación de los cuentos no sigue un criterio cronológico. Éstos no aparecen distribuidos según el año de nacimiento de los autores. Así, «La voz de la tortuga», de Cabrera Infante (1929) está después de «¿Por qué llora Leslie Caron?», de Uría (1959), y «Sombras en la playa», de Victoria (1950) antes que «El recluta», de Villa-

verde (1938). El orden, si es que hay alguno, tampoco obedece a corrientes estilísticas o temáticas, ni a las fechas de publicaciones de los cuentos: «Concilio y discurso», perteneciente a la obra de Piñera editada póstumamente, es incluido antes que «Tobías», de Pita Rodríguez, que como se indica en el copyright es de 1954. Esas deficiencias no serían tan graves si *The Voice of the Turtle* llevase un prólogo que estudiara y ubicara en su contexto autores y obras. En su introducción, Bush se limita a contar sus visitas a la Cuba del Período Especial, sus encuentros con escritores jóvenes, su asistencia a las reuniones literarias organizadas por la escritora Reina María Rodríguez en la azotea de su casa. Hace algunas referencias a la historia de Cuba, así como a la tradición que entre nosotros ha tenido el cuento. Mas esos apuntes son insuficientes para un lector extranjero que no dispone así de más información que la que le proporcionan los propios cuentos.

De todos modos, debemos agradecer a Peter Bush su gran esfuerzo por poner al alcance del lector de habla inglesa esta muestra del cuento escrito por los cubanos. Un corpus narrativo que, como la tortuga del título, «has a voice but its song resounds in many voices, echoes the exile, the loss, dis-possession and diaspora that reaches from before 1920s to the most recent 1990s». ■

El libro de un hispanista

GUILLERMO RODRÍGUEZ RIVERA

José Olivio Jiménez
*Poetas contemporáneos de España
 e Hispanoamérica*
 Editorial Verbum
 Madrid, 1998, 360 pp.

HACE ALGUNOS AÑOS CAYÓ EN MIS MANOS la *Antología de la poesía hispanoamericana* en la que José Olivio Jiménez había compilado una inteligente selección de la poderosa

contemporaneidad de Hispanoamérica desde Huidobro, Vallejo, Borges y la aparición del vanguardismo, hasta la generación posvanguardista, que reúne obras tan importantes como las de José Lezama Lima, Octavio Paz y Nicanor Parra. Claro que no era la antología que cada cual estime como perfecta (no las hay), pero sigue siendo una de las más serias que se han hecho sobre el período elegido, en un mundo en el que proliferan las antologías.

Varios años después, encontré un lúcido prólogo de Jiménez a un antología de la obra de Eugenio Florit.

Comencé, desde esos trabajos suyos, a relacionarme con la obra crítica de este cubano, radicado por muchos años en los Estados Unidos y España, países en los que ha dejado una brillante huella como profesor universitario.

El libro que ahora presenta la Editorial Verbum, es una compilación selecta de estudios críticos publicados durante varias décadas por este hispanista, por este estudioso de la poesía del siglo XX que, en más de un sentido, sigue un camino entrañable trazado y transitado por importantes hombres de ambos lados del Atlántico.

En este sentido, es imposible obviar la memoria del profesor y ensayista Federico de Onís, también radicado por años en Estados Unidos, el primer hombre, el primer estudioso que comprendió las esenciales afinidades de las tradiciones poéticas de España e Hispanoamérica, a pesar de las lógicas diferencias entre ambas.

Fue Onís uno de los primeros en comprender que esas dos tradiciones constituían una unidad y quien, además de reunir el trabajo de nuestros mejores poetas en su fundacional *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1888-1932)*, editada en Madrid en 1934, estudió y definió las principales tendencias que, a partir del modernismo, se manifiestan en nuestra modernidad.

El sentido de la labor crítica y profesional de José Olivio Jiménez se coloca, sin duda, en la estela dejada por Onís, y tenemos que agradecer que nos entregue ahora estos estudios críticos que se salvan con esta edición de Verbum, de la fugacidad que

forzosamente tiene el trabajo del profesor o la vida de las revistas.

En una inteligente «nota preliminar», Jiménez precisa las razones y el sentido de esta unidad entre poetas españoles e hispanoamericanos. José Olivio Jiménez subraya que ha querido que este libro apareciera justamente en este año de 1998 y afirma:

De lo más oscuro del 98, todo se ha dicho. Es el año en que la amenaza expansionista del Norte logra su primera gran victoria al ejecutar los Estados Unidos («el vecino poderoso»: Martí) su saqueo del Caribe. Pero fue también el año del segundo viaje de Rubén Darío a España, trayendo las buenas nuevas de la renovación modernista (que él y sus predecesores ya habían fraguado), y haciendo sentir así su magisterio sobre los inicios de la poesía hispánica del siglo XX.

A partir de esas caracterizaciones histórica y literaria, Jiménez va presentándonos a un puñado de poetas de los dos vastos costados de la hispanidad. Es el momento en que comienzan a confluír los poetas de la antigua metrópoli y los de las antiguas colonias para conformar una poderosa tradición poética que llega hasta nuestros días. Al reunir estos estudios críticos, José Olivio Jiménez no ha querido una historia de la poesía contemporánea en lengua española. Sus ensayos actúan como acercamientos personalizados a los poetas, a unos cuantos nombres diversos, pero también respresentativos que, de todos modos, ilustran tendencias y modos de ser de la poesía que desbordan las significaciones individuales de los propios poetas.

El volumen se abre con dos estudios que aluden a los que Jiménez coloca entre los «fundadores de la poesía hispánica moderna».

Con mucho tino, escoge a Vicente Aleixandre como punto de partida de la actual poesía española. ¿Quién puede olvidar el papel que desempeñó *Sombra del paraíso* (1944) en el despegue de la poesía española de post-guerra?

«Para recordar a Vicente Aleixandre en su poesía» es un recorrido por la vasta obra aleixandrina que desemboca, viniendo de los orígenes, en sus *Diálogos del conocimiento*.

En Hispanoamérica, José Olivio Jiménez escoge el nombre fundador de Jorge Luis Borges como punto de partida. Pero en el caso del argentino no elige la visión diacrónica, sino una perspectiva sincrónica de lo que llama «la serena plenitud de la poesía borgiana» en *El oro de los tigres* (1972).

Pero casi inmediatamente después, encara las proximidades de José Martí y César Vallejo (apuntando el previo acercamiento realizado por Cintio Vitier), obviamente fundadores y figuras esenciales de nuestra contemporaneidad y de la conformación de nuestra identidad.

Jiménez recorre la complejidad de la poesía de Hispanoamérica y de España en el siglo XX, hasta concluir con indagaciones plenamente actuales, como las realizadas sobre Juan Luis Panero y Luis Antonio de Villena para España, o las de Gonzalo Rojas y Jorge Enrique Adoum.

No olvida Jiménez a «sus» cubanos. Desde el esencial Martí, hasta poetas como Eugenio Florit. Gastón Baquero y Roberto Fernández Retamar. De este último, estudia José Olivio el texto de «Palacio cotidiano», quizá el primer poema en el que el poeta enfila por los caminos de la cotidianidad y sus misterios, que luego serían los tránsitos fundamentales en su obra.

Los estudios van conformando, sin hacerla explícita, una suma del método crítico de Jiménez. Me parece, a la altura de este tiempo, que es uno de los más eficaces entre los múltiples métodos posibles para un crítico. Jiménez explora las múltiples aristas de un poema, de una obra, de un autor. Esos acercamientos no desconocen la huella de una metodología crítica apoyada en el desarrollo contemporáneo de la lingüística. Especialmente, como buen hispano, José Olivio Jiménez atiende a la estilística, que tan hondas y beneficiosas huellas dejó en la hispanística desde los estudios de Dámaso y Amado Alonso.

Esta nota que escribo, no es más que una reseña, pero ella quiere dejar constancia de aquello que, los que nos ocupamos de cualquier manera de la poesía en lengua española (mucho más los que, como él, hemos elegido el camino de la enseñanza), tenemos que agradecer a este crítico cubano y de la

lengua, que demuestra que una gran tradición literaria necesita de una crítica que la fundamente, la explique y ayude a sus lectores y estudiosos a comprenderla que, como decía Martí, quiere decir amarla. ■

Los paraísos artificiales

CARLOS VICTORIA

Benigno Nieto
Los paraísos artificiales
 Ediciones Universal
 Miami, 1997, 484 pp.
 Espasa Calpe
 Madrid, 1998, 394 pp.

LOS PARAÍOS ARTIFICIALES COMIENZA CON LA asfixia de una visita inoportuna. Un matrimonio de funcionarios cubanos que acaba de llegar de un país capitalista visita a una pareja cuya relación se está haciendo pedazos, a causa sobre todo de la situación política. En la sala de un apartamento en La Habana de mediados de los años 60, se desarrolla entre anfitriones y visitantes una ácida batalla de sexo e ideología, donde imperan el temor, el oportunismo, los celos y la frustración, y que termina con un mal sabor para los cuatro protagonistas.

Se trata de una introducción adecuada a una novela que retrata un conflicto insoluble, una áspera desilusión.

Benigno Nieto resume en su amargo libro más de tres décadas de la vida cubana a partir de la historia de una pareja singular: Luis, revolucionario idealista que degenera en cínico, y Anita, muchacha inocente que se transforma en víctima.

La crónica de su noviazgo y matrimonio, repleta de ricos episodios que poco a poco ponen al descubierto la metamorfosis de personas sometidas a una circunstancia política que como un tejido carnívoro lo va devorando todo, tiene un aire de gran tragedia pero a la vez de sórdido drama, matizada por

toques de humor negro y también de momentos muy humanos que endulzan extrañamente la trama sombría.

Nieto sabe que una larga narración como la suya debe cumplir con un primer requisito: atrapar al lector.

Volviéndole la espalda a toda técnica literaria que se interponga entre él y su historia, utilizando el lenguaje como instrumento y no como fin, Nieto va describiendo minuciosamente («con la precisión de un notario y el ojo de un artista», dice acertadamente el escritor Fausto Masó) el laberinto de una historia de amor, que es a la vez el laberinto de una situación social que comenzó como un gran romance y que acabó en una pesadilla de traiciones y decepción.

Los personajes no sólo tienen nombre y apellido: poseen también una vida que los hace únicos y reconocibles. Se mueven, respiran, aborrecen y aman con autenticidad. Son odiosos en sus mezquindades y queribles en sus noblezas.

La trama avanza y retrocede a grandes saltos, con pulso, diseccionando no sólo la realidad que circunda a los protagonistas, sino también los vericuetos mentales y afectivos de esta gente atrapada en una época.

Pero a pesar de ir y venir en el tiempo, de las anécdotas que se superponen continuamente en un espacio casi ilimitado, el lector jamás se siente perdido. La historia sigue paso a paso sin vacilaciones, en medio de un aparente caos, hasta un final imprevisto, y levemente risueño, en un café de París.

Los paraísos artificiales trae a la memoria esos frescos que trazan ciertas novelas clásicas y que añoran muchos lectores de novelas contemporáneas. La materia vital abunda en estas casi 500 páginas. Y un aire explicativo que se cuele inoportunamente a veces en medio de la narración, se ve compensado por la carga emocional, las vívidas descripciones y la firme escritura que Nieto despliega en su libro.

Es innegable que hay algo de ajuste de cuentas en esta crónica exhaustiva, que recoge desde las aventuras de la lucha clandestina contra Batista hasta las guerras del poder luego del triunfo de la revolución. Pero se trata de un ajuste de cuentas lleno

de matices, sin olor a panfleto, y que va mucho más allá de cualquier denuncia esquemática para convertirse en literatura.

Quedan en el lector la impresión de las ilusiones perdidas, de los efectos del implacable tiempo, y la memoria de los habitantes de unos paraísos que a la larga llegaron a ser unos infiernos nada artificiales, sino devastadoramente genuinos. ■

Cine o sardina

ALAN WEST-DURÁN

Guillermo Cabrera Infante
Cine o sardina
Alfaguara
Madrid, 1997, 478 pp.

GUILLERMO CABRERA INFANTE NUNCA HA ocultado su anglofonismo, tanto en la literatura como en el cine. Sobra decir que entre sus autores favoritos se encuentran Hammett, Hemingway, Sterne y Joyce. Su Olimpo cinematográfico lo constituyen Hitchcock, Minelli, Welles, Hawks y Huston. Su libro más reciente, *Cine o sardina*, lo sigue confirmando. Fuera de Manuel Puig no creo que haya escritor latinoamericano más *junkie* del celuloide que Cabrera. Además de sus dos libros que tratan directamente del cine, *Un oficio del siglo XX* (1963), y *Arcadia todas las noches* (1978), toda su obra de ficción está permeada por la forma, los temas y los recursos del cine. *La Habana para un infante difunto*, por dar un ejemplo, capta con gracia e irreverencia esos placeres oscuros del arte más joven, que recién cumplió su centenario.

Cine o sardina, que muy bien podría llamarse *Signo Sardónico* (o tal vez *Singo a la sardana*), contiene un nutrido grupo de ensayos, mini-ensayos, reseñas, necrologías y testimonios que van desde el cine mudo hasta Almodóvar, pasando por Orson Welles, el doblaje, un encuentro con Mae West, siempre escrito en una prosa ágil nada frágil, de

tono socarrón, y, es de esperarse, repleto de juegos de palabras, las cabriolas de Cabrera. (Dichos retozos contagian, y el propio autor dice que la parodia es el mayor homenaje, así que no es por odio que mi paladar por azar palabrea sus discrepancias).

Hay momentos que son geniales, como son los escritos sobre el film noir o la comedia musical. Hay apreciaciones, *insights* que son muy certeras —el ensayo sobre Katherine Hepburn o sus observaciones sobre Barbara Stanwyck, una de las grandes actrices del cine, muy subvalorada por cierto. Pero de igual forma hay ensayos, siempre de amena lectura, que parecen literatura light, que motivan al lector a opinar «It's the movies so let's move on!» Es decir, ¡corten! y al próximo plano.

En otras ocasiones Cabrera irrita (supongo que es congénito al oficio de ser crítico) como en la siguiente frase: «Franz Kafka es el único verdadero escritor metafísico del siglo...» Y ¿qué decir entonces de Broch, Mann, Lezama, Macedonio Fernández, Casetti, Paz, para no hablar de Borges, uno de sus autores consagrados? En otro ensayo muy agudo sobre la música en el cine dice lo siguiente: «... (la música en la ópera cuando no es una gran guitarra para acompañar a los cantantes, ahoga las voces —los ejemplos diversos están presentes en un sólo compositor, Verdi— con un torrente musical y las palabras son ininteligibles: la ópera más que una forma musical es un magma musical)...» No hay duda de que Verdi fue un compositor estentóreo como pocos, pero afirmar que la música en la ópera es mero acompañamiento, o peor, que devora las palabras no es sólo un comentario superficial sino un disparate. Puede ser que en óperas malas existan uno (o los dos) de estos extremos, pero ¿cómo se podría decir semejante cosa sobre *Don Giovanni*, *Otello*, *Pelléas et Mélisande*, *Wozzeck*, *Tristan und Isolde*, y *The Rake's Progress*?

El ensayo sobre música discurre sobre los más famosos compositores del cine: Korngold, Hermann, Rosza y Steiner, artistas que merecen los elogios que han recibido. Pero ¿hemos de olvidar a Michel Legrand, Nino Rota, Howard Shore, Michael Nyman? Para no hablar de Benjamin Frankel (1906-73), compositor judío-británico que hizo más de

cien películas, entre ellas *The Seventh Veil* (1945), *The Importance of Being Earnest* (1952), *The Prisoner* (1954), *Curse of the Werewolf* (1960), *Night of the Iguana* (1964) y *Battle of the Bulge* (1965). La cinta del hombre lobo fue la primera película inglesa con una banda sonora dodecafónica. Por cierto, hablando de británicos, ya que Cabrera se considera muy British aunque no tan *proper* (próspero sí, y con muchos libros), escasea en un volumen tan extenso cualquier valoración sobre el cine británico, aunque, claro está, Hitchcock nació allá (también Cary Grant) y hay un poco sobre Sir Laurence Olivier y James Mason. Pero esta omisión es verdaderamente inexplicable. Será *very British*, pero su nacionalismo es *very skittish*.

Hay otras omisiones también: no hay nada sobre cine latinoamericano (y aquí incluyo a los brasileños) y fuera de necrologías sobre Truffaut y Fellini y un excelente ensayo sobre Almodóvar muy poca mención del cine europeo de los últimos cincuenta años.

Es decir, cineastas como Bergman, Bertolucci, Godard, Fassbinder, Wenders, Wajda, Jancsó, Tarkovsky, Pasolini, Kieslowski, Rivette, Rosi, Straub-Huillet, Greenaway y otros existen en otro mundo o tal vez Cabrera los considera de segunda al lado de Welles, Hitchcock o Minelli.

Lo mejor del libro son los testimonios y algunos son muy conmovedores (sobre Néstor Almendros, Manuel Puig, Guarner), otros más irreverentes (Mae West), informativos (Sam Fuller), pero tal vez el más interesante sea el de John Kobal, biógrafo de Rita Hayworth y coleccionista del mayor archivo de fotos de estrellas de Hollywood. En estos ensayos Cabrera, con soltura y humor evoca y describe personas y situaciones con su enorme don narrativo.

Hay otros ensayos que interesan porque rescatan a personajes olvidados (Fortunio Bonanova), o porque recuentan anécdotas y chismes de películas y actores (Hepburn, *Casablanca*, Chaplin, Welles, y muchos más).



EDICIONES UNIVERSAL, con su filial, Librería & Distribuidora Universal, es una empresa que desde 1965 se dedica a la distribución y edición de libros en español en general y especialmente de autores y temas cubanos. Juan Manuel Salvat, su esposa e hijos, dirigen esta empresa que ha publicado más de 900 títulos de temas históricos, literarios y de aprendizaje.

Solicite nuestros catálogos gratis e información sobre los temas o autores que prefiera.

SERVIMOS PEDIDOS A TODAS PARTES DEL MUNDO

EDICIONES UNIVERSAL
(EDITORES - DISTRIBUIDORES - LIBREROS)

3090 S.W. 8 Street
Miami, FL 33135. USA.

Tel: (305) 642-3234
Fax: (305) 642-7978

e-mail: ediciones@kampung.net

<http://www.ediciones.com>

En estos escritos Cabrera sabe manejar con destreza el detalle curioso, un incidente asombroso, o simplemente recoge algo rasgo que es emblemático de una película, de un actor o actriz o de un director.

Cabrera creció viendo el cine cuando estaba bajo la hegemonía del *star system* y el grueso del libro está trazado por sus luces y sombras. Aunque tiene cierta distancia crítica respecto al fenómeno, la magia de esos tiempos es lo que excita e incita su imaginación. No cabe duda que para él las grandes damas de la época (Lamarr, Lana Turner, Carole Lombard, Hayworth, hasta la Stanwyck) configuran su universo erótico. Diríamos que para Cabrera el séptimo arte es sinónimo de cinerotismo. Con sus despampanantes damas, el mundo de fantasía y deseo que les rodeaba, sus elegantes vestidos y su proyección *larger-than-life*, ¿quién no ha sido seducido, ido y perdido en semejantes ensoñaciones? Pero a veces Cabrera cae en un teque metonímico (las piernas de Cyd Charisse, los labios, ojos y piernas de Ginger Rogers, la nariz de Eleanor Parker, los pechos de Lombard) que abruma. No tengo inconveniente en que se presente una visión masculina del cine, pero Cabrera va más lejos. ¡Dial M for Macho, muchacho!

Un oficio del siglo XX recoge diversas reseñas de Cabrera de 1954 a 1960. Aunque algunas son breves tienen la ventaja de centrarse en una película por reseña (por lo general) y tienen ese aire de estuve-allí-y-lo-vi-cuando-primero-se-estrenó-en-La-Habana. *Arcadia todas las noches*, al contrario, estudia cinco directores (Welles, Hitchcock, Minelli, Huston, Hawks) con más detenimiento, en ensayos que varían de veinticinco a cincuenta páginas. Son de sustancia, de alguna profundidad. *Cine o sardina* no tiene las ventajas de ninguno de los dos, además de necesitar un editor, ya que hay repeticiones de un ensayo a otro. (Esto no es problema de Cabrera, en el mundo editorial hispano en general hay necesidad de buenos editores.)

No obstante los reparos expresados, *Cine o sardina* es un libro escrito con inteligencia y humor por un escritor con vastos (y basto) conocimientos del cine (¡Cabrera admite te-

ner una videoteca personal de más de mil películas!). No hay que estar de acuerdo siempre para darse cuenta que es un libro que instruye y provoca (y que se desboca) al lector a pensar, y sobre todo, a leer. ■

Entre la crónica y la memoria; desde el tronco y la raíz

BEATRIZ BERNAL

Carlos Manuel de Céspedes
Erase una vez en La Habana
Editorial Verbum
Madrid, 1998, 339 pp.

BAJO EL TÍTULO DE *ERASE UNA VEZ EN LA Habana* se reúnen tres textos: «Los difíciles contornos», «Cachita Girón está en vela y medita» y «Las estaciones de Vladimir» que se mueven entre la autobiografía, la crónica, la memoria y la novela-testimonio, como reza en la contraportada del libro.

He leído dos veces esta trilogía. La primera, hace ya cuatro años, en su versión inédita, con los ojos de la crítica literaria que no soy, fijándome en el tema, la estructura, el tono, las voces, los tiempos, el punto de vista, el desarrollo de los personajes y demás curiosidades que uno aprende en los talleres de literatura. La segunda, hace unos días, ya publicada, y con una dedicatoria que dice: «Muy querida Beatriz. Aquí estamos todos. Carlos M.» Y ahora, como antes, creo que no se trata de una novela propiamente dicha, pero sí de una crónica novelada de lo que ha sido la vida habanera durante los tres primeros decenios del castrismo. De una crónica que permite al autor reflexionar e informar verazmente a través de tres historias representativas de la sociedad y las etnias cubanas durante ese periodo: la de los aristócratas blancos de la calle Compostela, la de los mulatos de la calle Tejadillo y la

de los «frikis», versión cubana de los jóvenes de la calle. De una crónica, en fin, que a nosotros, los lectores, no sólo nos informa y nos hace pensar, sino también, nos conmueve.

«Los difíciles contornos», primera parte de la trilogía, nos narra en forma coral (basado en cartas, diarios y memorias de los protagonistas), la historia de Cristóbal Orbe, párroco de la iglesia del Ángel, y de tres familias (Los Varona del Castillo, Los Rojo Hernández y los Aguilar Vázquez) unidas por la tradición, el más profundo afecto y una casa común, la de Compostela 105, vieja y aún sólida mansión de La Habana vieja: «Extraña flor en esta Cuba contemporánea en la que no abundan el amor, la comunicación, la inteligencia, la moderación tolerante y el buen gusto», dice Beatriz Rojo, una de las protagonistas. Y esto es así porque sus habitantes son aristócratas de sangre, de espíritu y de intelecto, «miembros de una especie de la que quedan pocos en esta Habana nuestra», añade. También, porque se preocupan por el derrumbe ético que sufre la isla y porque se niegan a aceptar «la chabacanería y el populismo grosero» que muchos identifican como «lo cubano, lo revolucionario». Aristocracia multifacética que queda reflejada en la descripción que hace Beatriz de la tía Dulce María: «Es la encarnación de la bondad inteligente y elegante. Elegancia, por supuesto, en el ordenamiento del cabello, la forma de pintarse, el vestido, el gesto, la palabra y la atmósfera que porta consigo y proyecta al que tenga sensibilidad para captarla. Elegancia en la flor, en las perlas y en el oro, añejado por el contacto con el cuerpo de varias generaciones de mujeres de la familia del Castillo. Pero, sobre todo, (...) la elegancia interior; la que le admirábamos y nos sumía en sucesivos y frecuentes pasmos (...) Elegancia en el dolor, las quiebras y las frustraciones; elegancia en el gozo, en los ansiados logros y en las realizaciones largamente acariciadas.» Aunque a pesar de dichas virtudes, o quizás por contar con ellas, las tres familias y el padre Cristóbal viven una gran tragedia en la semana del 22 al 30 de mayo de 1980, justo la de la crisis de la Embajada del Perú, los actos de repudio y la subsecuente huída de casi un

cuarto de millón de cubanos por el puerto del Mariel.

«Cachita Girón está en vela y medita», la segunda parte, es un contrapunteo de soliloquios que alternan y sobreponen las meditaciones de ella y su hijo Víctor en una misma noche de desvelos. Con gran riqueza de lenguaje, sirven al autor para contar anécdotas precisas, como la llegada a La Habana de los restos de los soldados que pelearon en Angola o la historia de la bisabuela esclava de Cachita; así como para reflexionar sobre problemas que le duelen o le preocupan: el mesianismo de Fidel Castro, la destrucción arquitectónica de La Habana, la frustración y desesperanza de un pueblo que ve incumplidas las promesas que un día le hizo la revolución, la escapada incesante de los cubanos, sobre todo los jóvenes, en busca de otros aires, la forma cómo se llevará a cabo la transición política cuando ésta acontezca, el papel de la iglesia católica de dicha transición, la debilidad de los grupos de los derechos humanos y los pocos, casi nulos espacios de libertad; o, también, para destacar logros que el autor no querría que se perdieran como la igualdad, el mestizaje y la integración de la población negra a la cubanidad.

Con una estructura muy original, la tercera parte, «Las estaciones de Vladimir», cuenta el via crucis de un «friki», que se ve obligado a vivir inmerso en un mundo de alcohol, droga, prostitución y miseria, via crucis que se hace extensivo al Ruso, al Piraña, a Elvis-Lennon y demás amigos y compañeros de marginalidad. En este relato independiente, aunque ligado con los anteriores por el apoyo que estos jóvenes de la calle reciben del padre Cristóbal y de los moradores de Compostela y Tejadillo, los personajes están espléndidamente delineados.

Solo me resta añadir unas cuantas reflexiones. Esta trilogía rezuma AMOR, así con mayúsculas: amor a Dios (el autor es un sacerdote), amor a la patria, a la ciudad natal, a la familia, a los amigos, al ser humano en general. Y también tolerancia, pues ve con comprensión a todos sus personajes. Y optimismo, pues a todos les da una posibilidad de redención. Además, aborda los temas con una escritura mesurada, equilibrada, medida, que,

aunque a veces resulte culterana (está salpicada de poemas, citas bíblicas y referencias a las lecturas y obras musicales), es siempre fluida. Por último, se trata de un libro no sólo crítico a la situación que vivió Cuba en las tres décadas que constituyen el tiempo de la narración, sino también valiente, muy valiente, porque el autor, que vive en Cuba, expone sin ambages ni contemplaciones terribles acontecimientos que él vivió, violatorios de los derechos humanos, como la creación de campos de concentración para quienes tuvieron «conducta impropia» (homosexuales, religiosos, críticos de la revolución o simplemente aquellos que gustaban de cabellos largos, camisas anchas y pantalones estrechos) durante la década de los sesenta; o los actos de repudio en 1980, cuando la crisis del Mariel. Así, para denunciarlo, pone en boca de otro de sus protagonistas, Julio Antonio Varona las siguientes palabras: «Ahora he visto a cubanos tirar huevos, verduras podridas, palos y piedras contra otros cubanos. He visto casas literalmente rodeadas por perritos rabiosos que, quizás, un día fueron personas o pudieron llegar a serlo. Aullaban día y noche, en turnos rotativos y habían cortado las entradas de agua, electricidad y teléfono, así como toda posibilidad de adquirir alimentos a los aterrizados moradores —niños inclusive— que cometieron el delito de hacer gestiones para emigrar por Mariel. Ya los muros y paredes estaban ornamentados con palabras escritas en tinta negra o roja, calificando a los habitantes con atributos que nunca había osado yo pronunciar y que ahora espetaría a todo el que participa en los repudios. Pero no sería objetivo hacerlo: los perros rabiosos no llegan a la categoría humana de las «putas», los «maricones» y las «tortilleras». ¡Qué dolor y que vergüenza cubana!. He visto turbas arrastrar y golpear a un jovencito que también se quiere ir... Lo he visto todo en la vida: lo más bello, verdadero y bueno y también lo más bajo y cavernario; tanto, que es inimaginable. Me ha sido necesario verlo, oírlo, oler su pestilencia y palparlo para poder admitir su realidad consistente.»

Gracias, Carlos Manuel, por el regalo de tu libro. Por guardar, con tu testimonio, la

memoria histórica de mi isla. Porque, aunque duela, a través de su lectura me has hecho ver a Cuba con unos ojos distintos de los del exilio. Porque, además, me has hecho comprender, dicho en palabras tuyas, que «nadie sustituye a nadie en el afecto». Porque me has transportado —otra vez plagiándote—, «a los cariños de la niñez y de la primera juventud, los que nos han acompañado siempre». Y por hacerme sentir por un rato, como tus personajes: «Del tronco y la raíz. Insustituible». ■

Casey, como una llama.

CARLOS BARBÁCHANO

Calvert Casey
Notas de un simulador
 Editorial Montesinos
 Barcelona, 1997.

A FINALES DEL 97, CALLADAMENTE, APARECieron estas *Notas de un simulador*, editadas y prologadas por Mario Merlino bajo el sello editorial de Montesinos. Pocas reseñas críticas he visto a la largo del 98 acerca de este libro revelador. Sólo, y afortunadamente, algunos artículos, muy personales, de escritores que colaboran de vez en cuando en la prensa. Porque Calvert Casey es un escritor especialmente apreciado por los escritores. Entre ellos uno de Vicente Molina Foix, traductor, por cierto, del último capítulo de una novela que Casey escribiera en inglés, *Gianni*, publicado en el dossier que la revista «Quimera» dedicara al escritor cubano en diciembre de 1982. El capítulo se titula *Pieza Morgana* y cierra, de manera emblemática, la larga antología de textos narrativos preparada por Merlino, dando paso al apartado final del libro, «Notas críticas y paisajes», centrado en algunos de los mejores artículos de Casey, verdaderos y lúcidos ensayos sobre la isla, Martí y los narradores que más hondo penetraron en el estraordi-

nario mundo del autor, concretamente Kafka, Miller y Lawrence.

Italo Calvino, otro cubano muy especial, nacido en Santiago de las Vegas, bien cerca de La Habana, define a la perfección la obra de Casey al decirnos que es un «escritor para quien la literatura era una sutil exploración del límite entre la vida y la muerte». *Piezza Morgana*, su testamento literario, único capítulo de *Gianni* salvado de la destrucción, es una exultante lección de antropofagia erótica, la salvación personal de un ser escindido entre el yo y el otro, afirmación vital en la única realidad incontestable: el cuerpo. «Ya he entrado en tu corriente sanguínea. He rebasado la orina, el excremento, con tu sabor dulce y acre, y al fin me he perdido en los cálidos huecos de tu cuerpo. He venido a quedarme. Nunca me marcharé. Desde este punto de observación, donde finalmente he logrado la dicha suprema, veo el mundo a través de tus ojos, oigo por tus oídos los sonidos más aterradores y los más deliciosos, saboreo todos los sabores con tu lengua, tanteo todas las formas con tus manos. ¿Qué otra cosa podría desear un hombre?».

Son, las ahora transcritas, las primeras y contundentes líneas de *Piezza Morgana*, los restos del naufragio que llevarían a Casey al suicidio, o mejor, como señala Cabrera Infante, al *autoasesinato*. Porque «Calvert Casey no era débil. Era, por el contrario, fuerte como la muerte», se retracta, en cierto modo, Cabrera, su amigo, al final de su ensayo «¿Quién mató a Calvert Casey?»¹. Porque, suprema paradoja, como escribe Casey a propósito de Martí en sus breves y profundos *Diálogos de vida y muerte*, «ante la amenaza al supremo bien de la vida, Martí se pone a sobar la muerte, a hacerla suya mediante la proeza poética morbosa, para destruirla comunicándole la vida, que es su negación y su destrucción definitiva».

Sobador de la muerte, este insólito narrador y extraordinario individuo, vislumbra su propia muerte en relatos de la maestría de *El vengero* y *La ejecución*, ambos también presentes en la edición de Merlino. En el fondo

de estos textos subyace la tragedia primordial de la obra de Casey: la imposibilidad de ser otro, de escaparse de sí mismo. Es entonces cuando el escritor convierte a su propio yo en materia de observación, ya que, como apunta María Zambrano, «el ser se es, no puede pues declinarse».

A Casey lo nacieron en Baltimore, en 1924. Pasó casi toda su infancia y adolescencia en La Habana. Escribió la mayor parte de su obra en español, algo en inglés. Trabajó como traductor en Naciones Unidas y ejerció el periodismo cultural en la primera Cuba revolucionaria, sobre todo en «Ciclón», ya incluso antes del 59, de la mano de Pepe Rodríguez Feo y Virgilio Piñero, y «Lunes de revolución». Viajó por medio mundo, renunció en Cuba a la ciudadanía norteamericana y, abandonado por todas las instancias burocráticas posibles (para la Cuba revolucionaria era pájaro y gusano y para los Estados Unidos un ácrata, amoral y filocomunista), se suicidó en Roma, se autoasesinó, el 16 de mayo de 1969 con una sobredosis de barbitúricos. Muerte de actor, el único ser capaz realmente de declinarse, por usar el verbo de su amiga María Zambrano.

Aprisionado por dos culturas, se sintió cubano hasta la médula, por más que muchos cubanos lo tuvieran por compatriota imposible. En ese contrasentido radica la imposibilidad de ser que embarga al protagonista de *El regreso*. «Decidido el regreso a su patria —anota Mario Merlino—, adopta los hábitos indocumentarios de sus habitantes; siente que recupera (se recupera en) su humor y cordialidad; descubre que simular es hacerse similar a los otros. Pero *similares* son en su aspecto los hombres que, vestidos de uniforme, lo detienen, torturan y ejecutan».

En *La ejecución*, que se abre con una cita de *El proceso* Kafkaiano, Casey lleva la técnica minimalista, de la que es un maestro, a la perfección. El protagonista, Mayer, también tiene nombre extranjero. Mientras se afeita suena el teléfono. Cada vez que levanta el auricular, le responde el silencio. Tres policías aporrean su puerta en tanto cuelga el aparato en la enésima llamada sin respuesta. Los policías sí hablan: «Tiene que venir con nosotros». Nunca sabremos el motivo de la

¹ *Mea Cuba*, Barcelona, 1992. Págs. 131-156.

detención, cuál es su culpa. Lo que sí sabemos es que no cabe la escapatoria. En el reino de lo absurdo su única certeza es la muerte. Y el único y terrible consuelo: «Segundos antes de que, girando a gran velocidad y a enorme presión, el tornillo le fracturara la segunda vértebra cervical desgarrándole la médula, en un movimiento sincronizado con el del anillo que cerró el paso del aire, Mayer tuvo, con más claridad que en ningún otro momento, la sensación de hallarse, como una criatura pequeña e indefensa, en el vientre seguro, inmerso y fecundo de la iniquidad, perfectamente protegido —¡para siempre, se dijo, para siempre!— de todas las iniquidades posibles».

La edición que Mario Merlino ha hecho de los relatos de Calvert Casey, diecisiete en total más media docena de ensayos, ejemplar por muchos motivos², toma su título, *Notas de un simulador*, del relato más extenso en esta amplia antología. Notas, nos aclara el editor, por lo fragmentario y provisional de «eso» que llamamos realidad. Tras este plural de modestia se esconde el simulador, un anónimo oficinista que decide no ir más a su trabajo y convertirse en observador del mundo de los vagabundos, de los mendigos, de los enfermos. Falsamente acusado de homicidio, acabará en la cárcel, desde donde redacta estas notas, a manera de diario recordado; esta búsqueda, entre científica y diáspora, de ese momento último de la vida de todo ser humano, ese instante «de variedad infinita» que precede a la muerte. Llega a convertirse en un verdadero especialista, en experimentado cazador de los síntomas anunciadores del instante postrero. Logra distinguir entre los que «mostraban un egoísmo desenfrenado, como si quisieran acaparar para ellos sólo el último minuto, el más precioso de todos», tan distintos de «los ancianos, los tristes, los desvalidos», los que «parecían no querer otra cosa que compartirlo». Para *cazar* esos instantes finales, simu-

la ser vendedor de productos de aseo, vago-bundo..., incluso crea una biblioteca ambulante con el objeto de alquilar libros a los enfermos terminales. Su insólita experiencia le lleva a sentirse «dueño de la vida y de la muerte», a escrutar ese punto irreversible en el que se fija la mirada del moribundo. En espera de la pena máxima, de nuevo, vuelven las grandes verdades («la historia se hace con la verdad y con las mentiras»), no existe el arrepentimiento porque no hay culpa («mi obsesión no requiere ser justificada, está en el fondo se todas las acciones humanas»).

La ironía preside el final de estas *Notas*, cuando el celador entra en su celda:

«El guardián acaba de entrar. Presiento que seremos amigos. Es lástima que tenga este oficio.. Todo en él respira deseo de vivir. En él saludo a la vida. Pero nunca se sabe...»

Al igual que le sucedió con Lezama Lima, María Zambrano *reconoció* a Calvert Casey el mismo día que se lo presentaron en La Habana: «Si cuando al final me di cuenta de la presencia indeleble de Calvert Casey, vi que arrastraba consigo la herida de la luz aquella, del cielo de La Habana: fuera él donde fuera iría así ardiendo de su invisible fuego, como una llama». Años después, en casa de José Ángel Valente, en Ginebra, una tarde de domingo tras un almuerzo al que no había acudido por haber recibido pocas semanas antes la noticia de la muerte de su madre, Calvert devolvía a María la *Guía espiritual* de Miguel de Molinos. «¡María, qué Himno más védico a la Nada!» —dijo Casey a Zambrano por único comentario.

«A partir de la muerte de Calvert Casey —escribe María en su bello ensayo³ sobre el cubano imposible—, no se podía dudar de que fue el último libro que leyó, el libro que había esperado toda su vida. Imposible igualmente que una y otra vez no me atormentara el que lo hubiese conocido por haber leído aquella página mía, aquella que le diera yo a leer expresamente lo guía en aquel día». ■

² Un solo descuido. En la pag. 16 del prólogo, en la referencia al relato «El amorcito», se habla de «lavarme con agua de vicaría». Debe leerse «agua de vicaría», eliminando ese tilde eclesiástica.

³ «Calvert Casey, el indefenso, entre el ser y la nada», en *La Cuba secreta y otros ensayos*. Vide. crítica en «Encuentro», núm. 6/7 Otoño/invierno 1997. Págs. 247-250.

Cien años de música cubana por el mundo

TONY ÉVORA

Cristóbal Díaz Ayala
Cuando salí de La Habana
 1898-1997: Cien años de música cubana
 por el mundo
 Fundación Musicalia
 Puerto Rico, 1998, 256 pp.

TODAVÍA OLIENDO A TINTA DE OFFSET recibí desde San Juan un ejemplar de este libro, que comenzó a prepararse como parte de una obra en dos volúmenes sobre la música popular cubana. Planificado para ser publicado por la Fundación Autor, filial de la Sociedad General de Autores y Editores (SGAE), cubriendo la presencia de la música cubana en el mundo, el autor descubre que la editorial había cambiado sus planes súbitamente, limitando la obra a las relaciones musicales entre Cuba y España. Molesto por lo que consideró una reducción innecesaria, que afectaba la influencia de la música cubana en otras regiones del planeta, Díaz Ayala retiró su manuscrito y decidió publicarlo por cuenta propia.

Una decisión dura pero muy digna de este gran conocedor de nuestra música (véase mi reseña al primer volumen de su *Discografía de la música cubana*, pág. 258 de *Encuentro* 8/9), quien termina la dedicatoria de esta nueva obra con una clara definición: «A nuestros músicos, que después de nuestros patriotas y mártires, son los que más han hecho por Cuba, especialmente a los que se lanzaron por el mundo a difundirla».

El libro incluye un bien seleccionado CD con 20 números donde revuelan una versión de *La paloma* de principios de siglo y la habanera *Tú* de Eduardo Sánchez de Fuentes en la voz de Chalía Herrera, la primera cubana que grabara en 1898. Un dandón recogido en 1909, que casi plantea si el Dixieland no tomó prestado de esta música.

Otra joya: la grabación original de *Aquellos ojos verdes*, el primer bolero de fama mundial, con su autor Nilo Menéndez y Ernesto Lecuona a dos pianos, y por supuesto, también la primera versión del pregón *El mani-sero* en la voz de Antonio Machín. También recoge el primer número de jazz afrocubano, grabado en 1931 en Nueva York por la orquesta de los Hermanos Castro y algunos números inéditos, como la conga *Se acerca la comparsa*, en la voz de Celia Cruz, para terminar arrollando. Las notas explicativas al CD añaden un toque de cundiamor al final de la edición.

Dividido en siete partes cronológicas, incluyendo el período 1959-97, donde entre otros temas importantes analiza la obra de los compositores de la diáspora, el libro está construido en temas cortos y precisos y escrito en lenguaje ameno. Concluye con una útil bibliografía y una aún más útil discografía, organizada siguiendo las partes de la obra. Ilustrada con más de setenta fotos de artistas, compositores, intérpretes y orquestas, esta obra de Díaz Ayala está en venta en España (ISBN 1 56328 217 8). Estimo que el Apéndice «50 canciones cubanas en el repertorio popular internacional» ofrece una clara idea de la divulgación y presencia permanente que ha tenido la música criolla en los cien años que conmemora el libro.

En su Prólogo, el autor aclara que la exportación de la música cubana no surgió de pronto en el año de 1898, y añade: «En la primera parte analizaremos cómo se fue abriendo paso y creciendo, y sus primeros tiempos, mientras que en las siguientes seguiremos su desarrollo y peripecias hasta los tiempos actuales». De especial interés en la Parte VI son «Las compositoras cubanas por el mundo», donde comenta la ausencia de mujeres autoras en Europa o Estados Unidos, en comparación con América Latina, mencionando entre otras cubanas a Ernestina Lecuona, la hermana mayor de Ernesto y quien le puso de niño las manos sobre el teclado, Naomí Matos (autora de *Veneración: «Y si vas al cobre...»*, que popularizó el Trío Matamoros), Celia Romero, Cora Sánchez Agramonte, Cristina Saladrigas y Lily Batet.

El nombre de Graciela Párraga quedará para siempre unido a *Como mi vida gris*, que cantó tantos años Barbarito Diez, mientras que a Margarita Lecuona se le recordará por *Babalú* y *Tabú*. Desde el exilio han continuado componiendo Trini Márquez, Luisa María Güell y Flor de Loto, sin olvidar por supuesto, las canciones eróticas de Concha Valdés Miranda.

Otra sección que considero particularmente interesante se refiere al desarrollo del cine mexicano (en la década del 40 México produjo casi un millar de películas), y muchos artistas cubanos contribuyeron a un cine desvergonzadamente musical y cabaretero. Comenta Díaz Ayala: «Otro compositor que ayudó mucho al nuevo auge del bolero cubano fue un caso muy curioso: Osvaldo Farrés (1902-1985). Como Agustín Lara, leía música, pero ni tan siquiera tocaba el piano; era en realidad un magnífico dibujante con el don de componer bellas y pegajosas melodías. En 1937 compone un bolero de sabor guajiro titulado *Mis cinco hijos* y de ahí en adelante no parará: *Acércate más*, usada como tema de una película de Esther Williams y Van Johnson en 1940 (*Easy to wed*), *Tres palabras*, que con el nombre de *Without you* apareció en la película de Walt Disney *Make mine music*. Y otros como *Quizás, quizás* (que cantó Sarita Montiel en la película *Bésame*), *No me vayas a engañar*, uno de los grandes éxitos de Machín, y otros muchos».

Como era de esperar, el libro ha sido escrito teniendo en mente al enorme exilio en Miami. Aunque el autor, quien vive en Puerto Rico desde 1960, mantiene una visión global de lo que ha sucedido en los últimos treinta y tantos años, el lector español echará de menos un buen número de coordenadas. Por haber sido producido a la carrera, contiene algunas erratas, y la misma prisa quizá explique por qué Díaz Ayala no aprovechó mejor los pies de fotos para añadirles alguna información de valor histórico. Aun así, por su rico contenido y agilidad de exposición, yo le auguro un gran éxito con esta obra, que debería ser lectura obligada de todos los músicos cubanos que andan actualmente por el mundo. ■

Boleros en el paraíso

LUIS MANUEL GARCÍA

Roberto Ampuero
Boleros en La Habana
Ed. Planeta
Barcelona, 1997, 306 pp.

AUNQUE NO SOY UN ADICTO A LAS NOVELAS policíacas, confieso haber disfrutado con Marlowe más que con los rebuscados crímenes de Poirot y Agatha Christie. Si algo me ha conmovido en la novela negra norteamericana, es su verismo; la noción de estar presenciando la cara oculta de la vida, no menos real que la visible. Una vez aceptada como un dogma la inapelable honradez de ese detective a quien todos vapulean, puede uno transitar la dosificada entrega de información, el embrollo paulatino de la trama hasta el instante final, los whiskies y cigarrillos que van creando en el lector una creciente ansiedad. En sus novelas encontré una prosa ágil y eficaz, parlamentos escuetos y dialectales que reforzaron mi noción de ser un mero espectador de la vida. Y si me refiero a la novela negra, es porque el modelo y la intención de Roberto Ampuero en *Boleros en La Habana* son, obviamente, éstos.

La novela narra el encargo a un detective de origen cubano residente en Valparaíso, de averiguar a quién pertenece el medio millón de dólares, supuestamente hallado en su equipaje por un cantante chileno de boleros, y que se ha refugiado en La Habana tras un (también supuesto) secuestro. De modo que la novela se mueve entre Valparaíso y La Habana, con incursiones a Miami y Montevideo.

Su autor, chileno que ha residido en Holanda, Cuba y Alemania, nos entrega su trama mediante una estructura eficaz y ágil que salta de persecución en persecución: los mafiosos que persiguen al cantante de boleros, el detective cubano que persigue a los mafiosos por encargo del bolerista, y el bolerista que persigue sus fines, al parecer

su propia supervivencia mientras no se demuestre lo contrario. Al final, como es clásico en sus modelos, algunos malos caen, pero no los peores, un telón de corruptela y silencio cierra la trama, y el detective termina más vapuleado que antes y sin un centavo.

Hay elementos en la trama francamente inverosímiles, algunos claves para aceptar tácitamente la historia: No resulta demasiado convincente que Rosales, el bolero, contrate un detective de medio pelo en el otro extremo del mundo, sólo como maniobra de distracción a sus perseguidores. Como resulta increíble que un hombre perseguido por la mafia —y que como sabemos mucho después, conoce perfectamente ese territorio— se dedique a cantar en el cabaret Tropicana, por donde desfilan todos los extranjeros que acuden a La Habana. Publicarse en el *Gramma* habría sido menos extrovertido. Los extranjeros no suelen leerlo. Y que lo contrataran tan fácilmente, sin papeleos ni burocracia, es ya un exceso. Pero todo eso pudiera pasarse por alto, si tuviéramos la voluntad de creer la historia y ella nos convenciera a cada paso.

Pero las dos grandes dificultades de esta novela son su verismo ambiental y su lenguaje.

El primero me hace recordar a Hemingway, quien escribía en inglés novelas de norteamericanos desplazados que movían sus propios conflictos en medio de un escenario exótico. No intentó asumir (suplantar) la identidad y los conflictos de los nativos, que le suministraron los secundarios y la escenografía. Ibsen le había enseñado que sólo se puede escribir de lo que se conoce, y por ello el viejo cubano de su mejor novela, y hasta la aguja, pensaban en inglés.

Lo contrario se nota en la novela de Ampuero. Resulta abrumador el contraste entre la creíble recreación de los altos barrios bajos de Valparaíso (ciudad natal del autor) —el asalto de los cogoteros, por ejemplo—, y esa Habana donde los balseros plantan su improvisado astillero en el patio de la cuartería en plena Habana Vieja —rigurosamente vigilada, según la novela—, se intercambian avíos de fuga al pie de la escalinata universitaria, el sitio menos recatado del

mundo, por no hablar de sus referencias a «Huirra» de Melena, los «babalúas», los «boquerones fritos» en lugar de manjús; o donde el poeta, con una cuchilla apoyada en la yugular, tiene tiempo para reflexionar sobre la anunciada invasión norteamericana que nunca tendrá lugar.

A Ampuero no le basta colocar a «nuestro hombre en La Habana», limitarse a emplear la exótica escenografía, sino que necesita juzgar la situación, colocarse en los conflictos insulares y apostillar de vez en cuando por boca de sus personajes. Pero ahí es donde se traba el paraguas, para decirlo en el buen cubano que le falta al autor de estos *Boleros*. Mientras un parlamento como el del cogotero chileno cuando dice «¡Puchas que anda bien cubierto el jil éste!», nos otorga una noción de veracidad; la afirmación del poeta: «Vengo a menudo (...) Pero siempre gracias a extranjeros. A los cubanos nos está vedado entrar aquí, a menos que paguemos en dólares, empresa más difícil y riesgosa que conseguir doblones», digna de las traducciones de la Editorial Progreso, nos hace sospechar una impostura. Aunque sea cierto. Aún cuando aceptáramos que la expresión del poeta es mera joda culterana, ya va siendo más inexplicable la oralidad de una bailarina de Tropicana, jinetera en sus ratos libres: «Te vislumbro medio pasmado en lo físico y más bien escueto en materia de fantasía, cosa que atribuyo a que careces...» etcétera.

Pero lo más lamentable es esta Habana llena de personajes maniqueos, que consiguieren una jinetera, alquilan su casa a extranjeros o se prostituyen (y que indefectiblemente quieren abandonar la Isla) o los que consideran muertos a quienes se fueron a Miami, llaman compañero incluso al turista, o pertenecen a la Seguridad o las Milicias, y son implacables guardias rojos. Si de algo nunca se enterará el lector de esta novela es de que La Habana está poblada de mulatos ideológicos, azuzados por la picaresca de la supervivencia, y son más bien escasos los blancos y los negros. Su conducta es más sutil que la de esa jinetera actuando contra reembolso. Ellas han patentado el método tangencial, cuando lo que desean es que las saquen de Cuba. Estas breves pá-

ginas no alcanzarían para explicarlo. O que ningún funcionario de la Seguridad le soltará literalmente a un empresario paraguayo que puede lavar tranquilamente sus dólares en la Isla, aunque de hecho se haga. Si algo resta verismo a esta Habana, no son detalles geográficos o términos inapropiados, sino la rara unidireccionalidad de sus pobladores, indefectiblemente sandungueiros (calificativo a mansalva), su conducta maniquea y la simplicidad de sus métodos de supervivencia.

Aunque existen notables (y muy nobles) excepciones, la mayor parte de las novelas policíacas funcionan (o no) estructuralmente, dosificando la trama y concediendo al lector la intriga por entregas. Lo común es que el lenguaje sea un mero instrumento de comunicación, operativo en la medida que cumple su propósito. Pero esta operatividad pasa, ineludiblemente, por convertir el lenguaje en un transmisor tan fiable como una línea de fibra óptica, la huella dactilar de sus propietarios. Cosa que ya sabía Hemingway hace medio siglo. ■

Humanismo frívolo

RAFAEL ROJAS

José Manuel Prieto
Enciclopedia de una vida en Rusia
Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
México, 1998, 200 pp.

EN UN PASAJE MUY CITADO DE *POR EL CAMINO de Swann*, Marcel Proust decía que una buena novela es aquella que causa perturbación o inquietud. En efecto, Franz Kafka nos inquieta y Herman Hesse nos perturba. Leer, según Proust, es sumirnos en un «estado interior» que «duplica todas las emociones», como si soñáramos —dice— «un sueño más claro que los que tenemos dormidos». Ésa es la sensación que queda después de leer *Enciclopedia de una vida en*

Rusia de José Manuel Prieto. Un territorio intelectual tan vasto como la propia Rusia, en sólo 200 páginas, produce la perturbación de una pequeña «cantidad hechizada», la inquietud de un fragmento donde puede acomodarse el mundo.

Hablar de esta novela abierta y circular, sin comienzo ni fin, es una invitación al cierre, a la linealidad; un ejercicio de crítica carcelaria que impondría el «sentido de la fábula», «la tensión del drama», «el momento del clímax» y otras nociones de la narrativa clásica a un texto que huye siempre de Aristóteles, como Virgilio Piñera huía de Newton. Aún así, me gustaría tomar el manojo de llaves del carcelero y proponer un orden —el orden de mi lectura—, siguiendo, acaso, una deshonesta aclaración del autor, que encuentro en la tercera página de su *Enciclopedia*: «estimé más interesante que la reordenación ocurriera en la mente del lector».

José (Josik, Iosip, Joshele, Joseph) es un joven escritor cubano —la nacionalidad de este personaje se refiere sólo una vez en todo el libro: «Borges, un escritor sospechosamente argentino. Yo era, sorprendentemente, cubano» (p. 135)— que vive en San Petersburgo y prepara una novela sobre la frivolidad, cuyo título cautivante, *Pan de la boca de mi alma*, tomado de las *Confesiones* de San Agustín, ilustra, a plenitud, el contenido de su tema, esto es, la espiritualización del apéndice. Este escritor, que ha elegido el nombre de Thelionius Monk para metamorfosearse en la ficción, busca una mujer que reúna los atributos de Linda Evangelista, un personaje inspirado en una de las tantas fotos de dicha modelo que aparecen regularmente en la revista *Vogue*. Un día cree encontrarla en la Avenida Nevsky, se llama Anastasia Katz y toca la flauta en el portal de la Catedral de Kazán.

Thelionius le propone un trato a Linda. Él le comprará —digamos— vestidos Chanel, zapatos Ferragamo, perfumes Hermès, joyas de Van Cleef, la llevará a cenar al Astoria —el mejor restaurante de la ciudad— y, por último, la invitará a un veraneo en Yalta. Ella, en cambio, sólo posará para él, como posa una princesa para un *paparazzi* o una

modelo para un pintor. ¡Posar para una novela! —curiosa noción de la escritura. Mientras el pacto produce los primeros intercambios, él tratará de iniciarla en su filosofía, que es la ética del *dandy*, el saber de la frivolidad, hasta lograr un experimento alquímico, una transmutación: «mezclar en la retorta de un alma joven todos sus conocimientos de DANDY, legar su visión a una niña joven». Al final, Linda, incapaz de distinguir lo excelso y lo rústico, abandonará el experimento, confirmando un desenlace que ya está anunciado por el epígrafe de Baudelaire: «la mujer es lo contrario del *dandy*».

Esta historia proviene de una tradición muy particular, donde se encuentran la tierna misoginia y la pedagogía erótica; pienso, claro está, en la tradición perversa de Goethe, Mann, Nabokov y Bulgakov. La seducción de cualquier criatura, por la vía didáctica, es imposible para el *dandy*, porque el *dandy*ismo, en tanto enfermedad exclusiva de ciertos espíritus delicados, es intransmisible. La altivez aristocrática del *dandy*, como advierte Bataille, se debe a una resistencia moral que hace economías del goce hasta alcanzar la fusión del placer y el saber. Su libido es la curiosidad. Su hedonismo no es nutricio ni telúrico, como el de Sileno, sino escrupuloso y ascético, como el de Sócrates. De ahí que el *dandy* nunca pueda ser un alquimista pedófilo, un Maestro que cautiva el alma de Margarita. Tal imposibilidad es el eje de la historia que nos cuenta José Manuel Prieto.

Pero esa historia de Thelonious y Linda, ese relato sobre la escritura imposible de una novela titulada *Pan de la boca de mi alma*, es sólo una entre varias; ni siquiera podría decirse que es el relato central de *Enciclopedia de una vida en Rusia*. Si no fuera así, es decir, si esta novela fuera la historia de su propia escritura, entonces sería una obra lineal y cerrada que apela a un recurso, bastante manido por cierto, de la literatura y el arte modernos. Me vienen a la mente ejemplos cercanos: *Seis personajes en busca de un autor* de Pirandello, *Y la nave va* de Fellini, *Oppiano Licario* de Lezama y, si aceptamos la interpretación de Michel Foucault, hasta

Las Meninas de Velázquez sería una manifestación del arte dentro del arte. Pero, como decíamos, no es así. *Pan de la boca de mi alma* es un relato dentro de una novela, *Enciclopedia de una vida en Rusia*, que es, a su vez, un conjunto de relatos, una polifonía, un «diálogo a voces», como diría Bajtin.

Esta novela es, por lo menos, cinco cosas más: una enciclopedia, un glosario, una crónica, un archivo y, sobre todo, unas memorias —«yo» es la última palabra del texto. Se trata, en suma, de un diccionario de nociones indispensables para leer una vida en Rusia. De ahí que, en buena medida, su escritura esté dominada por la traducción. Traducir es narrar para el «otro monolingüe», como dice Derrida, controlar la metáfora y abrir un mundo de nuevos significantes. Un diccionario es, de algún modo, el libro fundacional de toda traducción. Y cuando lo que se traduce es una vida, hasta la más insignificante nimiedad se vuelve traducible. Así, Prieto traduce lo mismo palabras rusas, como *babionki*, *bogatir*, *brodiaga*, focos delirantes de su gusto musical, como *Boogie Shoes*, imágenes históricas más densas, como *Occidente*, *Imperio*, *Eurasia*, y conceptos de su filosofía personal, como *Biblioesfera* o *Suma Tecnológica*.

Por el lado de la crónica, este libro explora la idea de que el derrumbe del comunismo soviético fue obra de la frivolidad. A mediados de los 80, la perestroika abrió las puertas del mercado y la moda, y toda Rusia, como tantas veces en su historia, sintió la imantación de Occidente. La magia del consumo, el mimetismo de las costumbres seculares y la *fashion mentality* disolvieron aquella austeridad ideológica que había conectado el autoritarismo de los Zares y el totalitarismo de Stalin en una misma tradición. Según Prieto, con el gas de la Coca Cola, con el humo de MacDonalD, en fin, con las luces del *pret-a-porter* y el sabor de los chocolates suizos, llegó a Rusia un nuevo paganismo. En esencia, se trata de la misma idea que desarrolla el filósofo francés Gilles Lipovetsky en su trilogía *La era del vacío*, *El imperio de lo efímero* y *El crepúsculo del deber*: el hedonismo postmoderno fragmenta la sociabilidad y produce una ética nihilista, «indolora».

«El dilema de Rusia —decía Alexander Herzen— es que parece asiática vista desde Europa y europea vista desde Asia». Esta condición marginal, este dualismo, se extiende como las estepas hasta conformar todo un territorio del discurso. Rusia, al lado de España, representa en la cultura occidental el otro tópico del borde. Una plenitud fronteriza entre el mongol y el normando, entre Gengis Khan y Rurik, entre Bizancio y Roma, entre la Moscovia tártara de Iván Kalita y el San Petersburgo nórdico de Pedro el Grande. Pero lo decisivo en una cultura *liminal*, como la rusa, es, según Herzen, la posibilidad del desdoblamiento, el principio de la simulación y del cambio de piel. Al propio Marx le intrigaba la «extraña mezcla de realeza y esclavitud» que dominaba la historia rusa; condición que, a su entender, impediría la llegada del comunismo a ese país. Sólo que Marx no contaba con el nacimiento de Lenin. También Berdiaev, al igual que Herzen, suponía que la ambivalencia morfológica de Rusia era el resultado de una singular «embriología varego-eslava».

Esta relación especular con Occidente («Occidente —dice Prieto— es el espejo donde Rusia se mira todas las mañanas para reajustar su propia imagen») circunda la novela. Cuando Linda le confiesa a Thelonious que se va a Nueva York, que abandona el experimento, éste intenta disuadirla: «yo vengo de un país esencialmente frívolo... Tampoco hay nada en Occidente». Los arquetipos se enfrentan de un modo binario: José, el *nierus* (no ruso), el sospechoso de impostura, el *Pseudo Dimitrius*, viene de Occidente y encuentra una cultura que reniega de sí. Nastia, una alegoría de Rusia, va de Oriente a Occidente, abandonando su hibridez euroasiática. Uno y otra son como trenes que se cruzan a toda velocidad. Estos desplazamientos le imprimen a *Enciclopedia de una vida en Rusia* cierta consistencia antropológica, cierto humanismo frívolo, que contrasta con el aturdimiento moral de la más reciente narrativa.

José Manuel Prieto ha escrito, pues, un libro que es una rareza dentro de la literatura latinoamericana. Una novela como és-

ta, concebida al calor de las mejores lecturas, se rebela contra el canon narrativo que hoy domina el mercado editorial. Aquí hay una cultura, un registro amplio de inscripciones, que van de San Agustín y Santo Tomás a William Blake y Walt Whitman, pasando por lo mejor de la literatura rusa (Pushkin, Gogol, Turgueniev, Dostoievsky, Nabokov...). Eso que Julia Kristeva llamó *intertextualidad*, en su libro *Le texte du roman* (1970), y que ha provocado una especie de frenesí retórico en la crítica literaria de las últimas décadas, es una técnica constitutiva, orgánica, de esta novela. Me atrevería a decir, incluso, que dicha técnica logra, aquí, más fluidez que en otras novelas canónicas de América Latina, como *Rayuela* y *Paradiso*, ya que la primera se basa en el *collage* y la segunda en la cita. Los textos de otros escritores no aparecen en la *Enciclopedia...* como citas o fragmentos de un *collage*, sino como incorporaciones.

Pero esta novela es, sobre todo, una rareza dentro de la más reciente literatura cubana que, a todas luces, está viviendo momentos de gloria editorial. No sólo por su densidad estilística y su refinamiento, sino porque logra algo insólito para un escritor cubano: olvidarse de Cuba. La mejor literatura cubana, en todos los tiempos, se ha centrado en eso que Homi K. Bhabha llama «la narrativa de la nación». Son rarísimos los casos de autores que abandonan la absorbente matriz de la isla, en la trama, el giro, la jerga, el humor y la herencia de sus escritos. *Enciclopedia de una vida en Rusia* es, en este sentido, una novela de la *exterioridad*, un texto que quiere tomar distancia y narrar otro mundo; tal vez, el primer indicio de una literatura postnacional en Cuba. El lector que disfruta la *cubanitis* no encontrará aquí mulatos erotómanos, dramas de exilio, recetas de cocina criolla o citas de escritores cubanos. Encontrará, eso sí, buena prosa y, como por azar, una refutación filosófica del mito de las sirenas, a partir de la letra de una guaracha disonante: «es una bella mujer / con figura de Sirena / y su hermosa piel morena / y cabellos largos hasta ahí. / ¡Ay, yo no sé qué voy a hacer, / porque me tiene loco!» ■

Las relaciones entre América Latina y Cuba. Un análisis pendiente¹

MANUEL IGLESIA-CARUNCHO

Integración económica y democratización. América Latina y Cuba

Coordinado por: Pilar Alamos, Mauricio Font, J.A. Guillón Albuquerque y Francisco León. Editado conjuntamente por el Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, el Núcleo de Pesquisa em Relações Internacionais de la Universidade de São Paulo y el Cuba Project de la City University of New York (CUNY)

I. El libro que nos ocupa inicia una tarea pendiente: el estudio de las relaciones entre América Latina y Cuba y sus perspectivas. Los veintitantos trabajos recogidos muestran un rico mosaico, todavía inacabado, sobre tales relaciones. Y la empresa se inicia con buen tono: por un lado, de respetuosa preocupación por el futuro de los cubanos; por otro, de firme cuestionamiento hacia la política estadounidense, tan amiga de sanciones *unilaterales* a los países cuyos gobiernos no son de su agrado.

La lectura de esta obra es como un sabroso aperitivo que acrecienta el gusto por profundizar en los asuntos abordados y que pone de manifiesto la necesidad de analizarlos más sistemáticamente. Para quienes estén dispuestos a abocarse al quehacer de investigar las relaciones entre Cuba y el Subcontinente —históricas, políticas, comerciales, institucionales, de cooperación, culturales...—, al igual que para quienes simplemente quieren

¹ Los siguientes párrafos constituyen una versión corregida de las palabras pronunciadas en el Instituto Universitario Ortega y Gasset, el 8-6-98, en la presentación del libro de referencia. En el acto de presentación, además de Francisco León, uno de los coordinadores del libro, participaron Guadalupe Ruiz-Giménez, Carlos Malamud, Wolf Grabendorff, Jesús Díaz y Manuel Iglesia-Caruncho.

introducirse de manera superficial en ellas, este libro constituye un buen referente.

II. En el encuentro-seminario que dio origen al libro, no participó —se nos advierte en el prólogo— ningún cubano residente en la isla. Al parecer, como otras veces ha sucedido con determinados eventos internacionales, las autoridades cubanas *desaconsejaron*, o no permitieron, la asistencia de los «de dentro». Cuando esto sucede, es lastimoso, en primer lugar, porque la gente de la isla se pierde reflexiones que les pueden resultar constructivas y valiosas. Pero también, porque dejan de transmitir las suyas propias a los «de fuera», con lo que *la isla se aísla*. Y si los «de dentro» tienen mucho que aprender sobre los *derechos individuales* —económicos y políticos—, también tienen mucho que enseñar sobre los derechos colectivos. Alexandra Barahona del IRELA, se refiere de pasada a este asunto en su interesante artículo sobre la promoción de la democracia en Cuba. No resulta inoportuno recordar aquí que el grado de desigualdades sociales de América Latina es el más elevado del mundo. Algo que no es nuevo: en los años setenta, la relación entre los ingresos de los quintiles superior e inferior de la población —el 20% de mayores ingresos comparado con el 20% de menores ingresos— ascendía en Latinoamérica a 15, 7 veces, frente a 9 veces en Asia, 10 en África y algo más de 7 en los países de la OCDE². Pero en los años 80 y 90, con la excepción de algunos países —sobre todo en el Cono Sur—, la desigualdad aumentó. En la actualidad, según los informes del PNUD³, la relación aludida entre la población de mayores y menores ingresos supera en Brasil y Guatemala, las 30 veces. Estos elevados niveles de inequidad sólo son superados cuando se consideran las distancias de ingresos a nivel internacional: según el PNUD, el 20% de la población mundial más rica supera en más

² Véase Andrés et al.: «Crecimiento y convergencia en la OCDE: la experiencia postbélica». En: *Pensamiento Iberoamericano* Núm. 29. Madrid, 1996.

³ PNUD: *Informe sobre el Desarrollo Humano*. Varios años.

de *setenta veces* los ingresos del 20% más pobre. Los cubanos «de dentro», preocupados tradicionalmente por estos problemas, harían bien en ayudar a reflexionar sobre ellos. En fin, particularmente importante será contar con la percepción «de dentro» sobre lo que se está ofreciendo a Cuba —el fin del aislamiento regional— a cambio de que cambie su modelo, y las ventajas e inconvenientes que se derivarían de ello.

III. Relacionado con lo anterior: ¿Hacia dónde mira América Latina?, ¿cuál es su modelo? Ese proceso de integración actual o «regionalización abierta», como ha sido definido, ¿servirá para avanzar hacia un «crecimiento con equidad» que dote al Subcontinente de un peso específico en la comunidad internacional y que le permita negociar en mejores condiciones con el poder del Norte, o le llevará a imitar el modelo estadounidense y a convertirse en un apéndice de aquella poderosa economía? Y, derivado de ello, ¿gozará de autonomía la región para diseñar y ejercer una política exterior activa en los casos de su incumbencia, como el cubano? En la obra, algunos autores se ocupan de buscar respuestas a estas preguntas, aunque las que encuentran son poco optimistas: así, Francisco Guerra reconoce en su artículo que Estados Unidos tiende a imponer sus políticas en la región; y J. M. Villaso afirma en el suyo que los gobiernos del área, con mayor o menor intensidad, se amoldan a los planteamientos de Estados Unidos, lo que lleva a pronosticar que las relaciones de América Latina y Cuba mantendrán un perfil bajo en el futuro.

Pero en este terreno hay que esforzarse en los análisis prospectivos: ¿qué sucedería, lo que no es imposible, si en México triunfa electoralmente el P.R.D. con Cárdenas, en Brasil el P.T. con Lula, en Uruguay el Frente Amplio con Tavaré, en El Salvador el FMLN o en Chile los socialistas —sin tantas «amaras» con la D.C. chilena—, es decir, ¿qué cambios traería la izquierda —o centroizquierda— latinoamericana en el proceso de integración regional y en sus relaciones con Washington? Y, de importancia para nosotros: ¿Le interesaría a América Latina buscar

un contrapeso en Europa a la enorme atracción gravitatoria, política e ideológica, de Estados Unidos? ¿Podría con ello mejorar su posición propia y negociar desde ella con mayor autonomía? ¿Estaría Europa dispuesta a ello?

IV. Sobre la eficacia de las «presiones» dirigidas al Gobierno cubano, Alexandra Barahona compara el *palo* y la *zanahoria* que, respectivamente, aplican Estados Unidos y la Unión Europea en su política hacia Cuba y concluye que ninguna ha servido. Comparto esa opinión, ninguna sirve. El *palo*, porque como dice un dicho —creo que cubano— «de tanto apretar las tuercas, uno se pasa de rosca». Y Estados Unidos se pasó de rosca con su política de acoso hacia la isla; para los propósitos de cambio y reformas, está *descalificado*, nada de lo que haga servirá. En el mismo sentido, Luis Maira se pregunta en su trabajo si la revolución es permeable a las presiones del exterior. Su opinión, que también comparto, es que el modelo no va a ser desestabilizado desde fuera. También Marifeli Pérez-Stable, en un trabajo lúcido, como todos los suyos, apunta precisamente a que el nacionalismo es una, tal vez la primera, fuente de estabilidad del poder en Cuba. Las presiones servirían, pues, para cerrar filas en torno a Fidel.

Queda pues la *zanahoria*. Pero entre los distintos tamaños de zanahoria, alguno apenas se distingue de un palo pequeño. Por ejemplo, Cuba es el único país de Latinoamérica que no tiene ningún acuerdo de cooperación con la Unión Europea y su firma *está condicionada* a cambios políticos visibles⁴. Mientras, los fondos de cooperación comunitarios que recibe —sobre todo, de ayuda humanitaria— son minúsculos y están congelados⁵. Desde el Viejo Continente, ni siquiera España, su principal donante, es generosa con Cuba. ¿Saben ustedes a cuánto

⁴ «Posición Común» comunitaria de diciembre de 1996.

⁵ Cuba recibió entre 1990-94, tan sólo el 3% de la Ayuda Oficial al Desarrollo comunitaria destinada a América Latina —ayuda que a su vez, es muy inferior a la que se destina a otros continentes—.

asciende la cooperación española con la isla? Piensen que hablamos del país que llegó a enviar 800 mil emigrantes a la isla caribeña después de la Independencia, con toda una historia, idioma y cultura en común, y que es, además, el primer inversor, junto a Canadá, en la isla y el que cuenta con la mayor cuota del mercado cubano —a ningún lugar compra tanto Cuba como a España—. Pues bien, según mis cálculos, poco más del 0,3% de la Ayuda Oficial al Desarrollo total española se dirige en la actualidad a Cuba. *Zanahoria* bien chiquita ciertamente, la nuestra.

Ahora bien, muchos se preguntan: ¿acaso si hubiera una ayuda generosa, no importa lo bien concebida que estuviese en beneficio del pueblo cubano —becas de estudio, créditos para los trabajadores por cuenta propia, productos médicos— no se beneficiaría también a Fidel? Pongamos que la respuesta es que sí. Fidel es capaz de beneficiarse de todo, del bloqueo, del aislamiento, del palo y de la zanahoria, de los amigos del Este y de la visita del Papa. Sin duda ésa es una de sus grandes cualidades. Pero, precisamente por ello, la pregunta correcta no puede ser ésa. Y si se inquiera sobre lo que necesita la población cubana hoy y sobre cómo ayudar de la mejor manera posible a la transición cubana en ciernes, la respuesta sale sola.

V. Enlazando con lo anterior, interesa avanzar hipótesis sobre las perspectivas de futuro entre América Latina y Cuba. Y para ello, hay que analizar intereses comunes, políticos, económicos, internacionales, sociales. ¿Cuánto invierte Latinoamérica en Cuba?, ¿a cuánto ascienden sus intercambios comerciales?, ¿a cuánto la deuda externa?, ¿qué acuerdos institucionales —como los de protección recíproca de inversiones— están en vigor? Mauricio Miranda y Francisco León

ofrecen algunas respuestas. Miranda menciona que sólo un 7% de las exportaciones cubanas se dirige al Subcontinente. La inversión directa en la isla también es escasa, aunque hay algunos intereses mexicanos por medio. Ello supone, al menos en la actualidad, un escaso interés comercial y económico de Cuba por América Latina. Faltaría analizar las potencialidades de ambas partes que puedan incrementarlo en el futuro.

Por otro lado, Francisco León y Mauricio Font apuntan a un tema clave: el problema de la falta de divisas y el excesivo endeudamiento externo de la isla. Éste, junto a la prohibición de crear pequeñas y medianas empresas privadas es, en opinión de muchos, el principal cuello de botella económico de la economía cubana. ¿Podrían los «grandes» latinoamericanos —México, Brasil, Argentina (acreedor de mil millones de dólares de la deuda cubana), Venezuela, Chile— conceder algún balón de oxígeno financiero a la economía cubana, convencer a Europa de que preste su colaboración y exigir el respeto de EE UU a sus decisiones? ¿Podría hacerse todo ello sin imposiciones previas, aunque sin perder la esperanza de gestos de reciprocidad?

Nota final. Si yo fuera cubano —entiéndase: el Gobierno— negociaría con los países desarrollados *ahora*, cuando éstos están interesados en apoyar los cambios en Cuba y el Gobierno cubano actúa desde una posición de poder. Es la única manera de arrancar verdaderas concesiones. Después, una vez que la transición se produce, los países desarrollados se vuelven cicateros. Vean a cuánto asciende el servicio de la deuda externa, todavía hoy, en países que fueron desgastados por la guerra, como Mozambique y Nicaragua. Definitivamente, una buena negociación no debe esperar más, a no ser que se desprecie la herencia para el mañana. ■

Cartas a *encuentro*

✉ Leí de cabo a rabo el número 8/9 de *Encuentro* y me ha encantado. La posición política de la revista es admirable, y como proyecto futuro el único que debe desearse. Pero yo soy más pesimista que Marifeli en cuanto al desenlace. Ojalá me equivoque (...) Por último, no sólo soy nacido, sino educado en Cuba hasta el último año de bachillerato (Jesuitas de Sagua, Instituto de Segunda Enseñanza de Sagua la Grande y Academia Valmaña), nací, por cierto, en Sagua la Grande, en 1943 (...).

ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVARRÍA (Yale)

✉ Siendo como le he dicho un lector empedernido de revistas he (per)seguido la suya por los entresijos de la insularidad y la he encontrado cubana, algo así como si en la obstinación de construir la Isla posible, imaginaria, radicase el conjuro para más que «replicarla», trasvasarla. Ustedes están construyendo una isla completamente diferente a la que ya existía; en ella, a la manera del buen cartógrafo: Dios, no hay límites, ni fronteras humanas o geográficas o económicas. *Encuentro*, y de eso se hablará algún día, ha ido siendo también su escuela de escritura y pensamiento, digamos algo así como su *Weltanschauung*, y el germanismo aquí no es pedantería, sólo que abunda como ningún hispanismo: ideología, ideario, definición de principios.

Encuentro ha logrado provocar ese lugar simbólico «epicentro escriturario insular» que el resentimiento no ha permitido en el espacio de la isla, ni en su reverso (Miami). *Encuentro* de la literatura y el pensamiento cubano; reconocimiento entre los de adentro y los de afuera y aún entre ellos mismos. Con esta revista, me ha sucedido algo extraordinario: he visto materializado un sueño largo y azaroso.

JOAQUÍN BADAJOZ (Pinar del Río)

✉ No descubro algo nuevo si digo que *Encuentro* es la mejor revista cultural y sobre la actualidad cubana que se publica. Además, el tono mesurado de sus artículos, sin caer en extremismos infecundos, refleja las aspiraciones de todos los cubanos, incluidos amplios sectores de personas todavía vinculadas al régimen. Todo lo cual hace de *Encuentro* un verdadero aporte a la reconciliación nacional.

OSCAR ESPINOSA (La Habana)

✉ Hasta nuestras manos ha llegado un ejemplar de la revista *Encuentro de la cultura cubana*. Al leerla hemos comprobado la seriedad, limpieza y universalidad de la misma.

JUAN LEYVA GUERRA (Santiago de Cuba)

☒ Os envío por correo el cheque con una cantidad un poco mayor que el precio normal de suscripción para contribuir —dentro de mis posibilidades— a la edición de esta maravillosa revista. Por favor, aceptad este pequeño «regalo», que es mi expresión mínima de agradecimiento por vuestro meritorio trabajo.

HELENA JARATSÍ (Atenas)

☒ Valgan estas pocas líneas para agradecerles el esfuerzo y entusiasmo de seguir publicando la revista *Encuentro*, cada número aparecido es especial por su contenido, actualidad y por la calidad de las colaboraciones publicadas, sean ensayos, cuentos, la recomiendo siempre a mis clientes interesados en la «realidad y cultura cubana».

La historia la hacen triste los «otros», porque así nos quieren ver, porque creen que «ellos» hacen la historia; Vds. aportan cultura, información, «información real», no virtual, esperanza, y por qué no, también esa sutil alegría de ser y estar.

Frente a cualquier desafío de continuar estoy con ustedes, con el corazón de una librería.

Y como una vez me escribiera un gran escritor cubano, vuelvo a hacer míos los versos de Ho Chi Min... «ahora ni es tan largo el camino ni estoy solo».

MARÍA MARIOTTI-LUY (Librería El Cóndor, Zürich)

☒ Aquí va en aumento la demanda de la revista. Tengo cola de gente para que le dé un ejemplar y hasta hay quien me pide dos. Como algún amigo, residente en la Habana Vieja, que se mueve en un mundo de gente ávida por leer lo bueno que se publica fuera.

Les cuento que hace poco coincidí en un almuerzo con un grupo de personas importantes y fue consenso de los seis asistentes que *Encuentro* es lo mejor que se está editando dentro y fuera de Cuba.

TANIA QUINTERO (La Habana)

☒ Soy un pintor y crítico de arte cubano, que participó del movimiento plástico de la isla a finales de los 80. Cuando la mayor parte de estos artistas se fueron al exilio, por diversas razones yo permanecí en la isla, integrándome al movimiento de oposición pacífica, a principios de los 90; breve militancia que sólo me sirvió para entender un poco más ampliamente el llamado «problema cubano», y conocer el papel que le tocó a mi generación —los nacidos en los años 60— en esa tragicomedia que es nuestra Historia nacional (...) quiero reconocer la importante función de puente intercontinental que está cumpliendo *Encuentro*, uniendo trimestralmente, en un solo haz, todas las ramas y lianas de nuestra Cultura dispersas por el mundo. Recibir los dos primeros números —donados por un amigo de Miami— para mí fue como ser invitado a un *Oxygen Bar* de la cubanidad —que sigue siendo amor, según sentenció un día el profesor Grau, con su voz nasal.

RAFAEL LÓPEZ RAMOS (Canadá)

☒ Agradezco mucho el envío de los ejemplares del número 8/9 de la revista, que para mi interés personal no tiene desperdicio, exceptuando mi artículo «Un enforque indispensable: José Olivio Jiménez sobre José Martí», que ya conozco bien. Con el deseo de seguirnos *encontrando*, reciban mi saludo más cordial.

CARLOS JAVIER MORALES (Universidad de La Rioja)

✉ Deseo alabar su trabajo, y agradecerles este esfuerzo sin par, este maravilloso aporte a nuestras vidas, a nuestra cultura, a la conservación, rescate, terapia, desarrollo y hasta descubrimiento de nuestra identidad (...) Creo que ha sido ese genial «Bar Mañana», el que le dio el tiro de gracia a mis deseos de escribirles (...) Mi generación le pide a los mayores que no callen. Que nos cuenten lo que saben como lo han hecho en tantas ocasiones...

ALEJANDRO LÓPEZ (Mallorca)

✉ He sido una asidua lectora de su revista (...) Vaya sorpresa cuando me he encontrado como colaborador de *Encuentro* a Emilio Ichikawa, quien fue mi profesor y amigo en la Universidad de La Habana.

Quiero agradecerles su revista que intenta abrir un espacio de verdadero encuentro *entre cubanos*, amén de sus diferencias de opiniones, pero con la intención común de construir la Cuba que todavía es posible, mientras no invada la desesperanza el corazón de sus hijos.

ELAINE ACOSTA GONZÁLEZ (Santiago de Chile)

✉ Con gran alegría he descubierto la presencia de viejos amigos entre los colaboradores de *Encuentro*. Ellos son Madeline Cámara, José A. Triana, Rafael Rojas, Iván de la Nuez, Monika Krause, César Mora y Emilio Ichikawa. (...) Reciba usted y el resto de la redacción de *Encuentro* un saludo cordial del equipo de *Cuba Nuestra*.

CARLOS M. ESTEFANÍA (Estocolmo)

✉ Os doy las gracias por el homenaje a Manuel Moreno Fraguinals, y os pido que sigan trabajando como lo vienen haciendo hasta ahora. La cultura cubana y quienes nos preocupamos por ella creemos que era necesaria una publicación como la vuestra. Francamente lo estáis haciendo muy bien y en mi opinión —y esto es lo que me sorprende—, en cada número mantenéis el nivel. Espero que continúen en la misma línea.

JOSÉ MORENO MASÓ (Pineda de Mar - Barcelona)

✉ Considero la publicación muy importante y altamente valiosa, y por ello me gustaría ayudarle en su difusión.

DR. HUMBERTO J. LÓPEZ (Orlando)

✉ Un amigo me facilitó los números 2, 3 y 6/7 de la excelente publicación que usted dirige. Realmente quedé fascinado con el contenido. Sus páginas tienen el poder mágico de hechizar al lector de principio a fin.

De momento, no puedo hacer otra cosa que resignarme al estrecho margen de tiempo de lectura que fija la biblioteca circulante «De mano en mano». Una modalidad muy cubana ajustada a los vientos que soplan, y a los que como yo, no pueden aspirar a suscribirse.

JORGE GARCÍA (La Habana)

☒ Aprovecho la ocasión para felicitarlos por la maravillosa revista, es una pena que hay muchos cubanos que no sepan de su existencia. Ojalá algún día se pueda distribuir en la Isla. Soy amante de la correspondencia y me gustaría que publicaran mi dirección por si hay algún amigo interesado en escribirme.

LÁZARO ABRAHAM GUERRA
(Aptdo. Postal 16001 - La Habana 16 - DP 11600 - Cuba)

☒ Hace dos días llegó el paquete con las revistas *Encuentro*. Toda una revelación y espléndida sorpresa por sus contenidos. Enhorabuena y felicidades por ese gran esfuerzo y trabajo. Encontramos en *Encuentro* ensayos-artículos de fondo serios, de excelente nivel y respaldados por una gran meticulosidad en el trabajo.

JORGE POO - *La Otra Cuba* (México)

☒ Qué decirte que no tengas escuchado ya sobre la revista, yo me quedo con un comentario de Andrés Reynaldo: «... El esfuerzo más serio y ecuménico desde los tiempos de *Orígenes*».

GERMÁN GUERRA (Miami)

☒ A mi llegada a Madrid recibí copias (prestadas) de los últimos tres números de su revista *Encuentro* que me he leído de cabo a rabo.

He quedado muy impresionada con su publicación y deseo felicitarlo por la calidad y variedad de los artículos.

OFELIA MARTÍN HUDSON (Coral Gables)

☒ Leyendo *Le Monde* me encontré un reportaje sobre su revista, donde se daba cuenta de la calidad de su publicación (...) Compré su revista en un quiosco y, efectivamente, pude comprobar su calidad. En la Facultad de Económicas y Empresariales de Santiago (en la que por cierto hay una «misión cubana» de becados del PCC), donde doy clases de «Sociología General», «Sociología de la Empresa» y «Socioeconomía de los movimientos sociales», la he incluido en el programa, dentro de la información relativa a Cuba.

MIGUEL CANCIO (Santiago de Compostela)

☒ No tengo palabras para comentarle *Encuentro*. Sólo le diré que hacía mucho tiempo no me leía una revista de punta a cabo. Muy objetiva y verdadera, muy amena e interesante. Los felicito sinceramente.

TANIA DÍAZ CASTRO (La Habana)

☒ He recibido hoy el paquete con casi todos los números de *Encuentro*. Ha sido para mí una fiesta. Mucho más porque en lo poco que he tenido tiempo de hojear y

ojar hasta ahora, encuentro muchos y buenos amigos, regados por todos los puntos cardinales.

ODETTE ALONSO (México D. F.)

☒ La revista viene a ser casi la única voz de este diálogo silencioso que nos impone (a la vez y) desde lejos, el exilio.

ARMANDO VALDÉS (París)



Kakuisa el Songe, vuela el hierro. (1994)

La Editorial Casiopea quiere aprovechar el año 98 para dar cuenta de una literatura cubana alejada de los tópicos al uso. Estos libros, con su diversidad de estilos, recuperan el sentido cosmopolita y trascultural que fundó la cultura cubana y que le ha acompañado en todos sus avatares.

A partir del 1 de Abril



"Con un lenguaje desenfadado, ríspido y agresivo, cruel y limpio, Juan Abreu nos ofrece el testimonio no del derrotado, sino la furia triunfante del renegado."

RIINALDI ARENAS
Autor de "Antes que anochezca"

"Un libro para pensar Cuba después de la caída del MURO"

"Bontez Rojo escribe de forma maravillosa, con la vida, el estímulo y la densidad de un poema."

JOHN UPDIKE

A partir de Junio de 1998



Cuatro agrupaciones teatrales cubanas
en Madrid

El Grupo Cultural la Ma Teodora, el Teatro Buendía, el Teatro Caribeño y el Teatro El público, son las cuatro compañías cubanas de teatro que se han presentado en Madrid, en el Centro Cultural de la Villa, durante octubre, noviembre y diciembre de 1998. De todas ellas, la primera está integrada por cubanos residentes en Miami y las tres restantes por residentes en la Isla. Los cubanos del exilio miamense se presentaron con «Delirio habanero», obra de gran fuerza dramática en la que se reclama que la insensatez y el disparate del poder omnipotente no destruyan a la cultura; y aunque no tiene el tono definitivo de un texto moralizante, el afán evidente de dar una lección, aun cuando se trate de una lección de reconciliación, le escamotea posibilidades a la dramaturgia. «Delirio habanero» obtuvo veintiún premios y reconocimientos por parte de la Crítica local. En cuanto a Teatro Buendía, se presentó con «Otra tempestad», obra tal vez excesivamente alegórica que propone una visión muy particular de la interrelación entre una cultura que se hereda y otra que se impone. Teatro Caribeño, por su parte, se presentó con «Alto riesgo», obra en la que dos personajes de la Cuba contemporánea hurgan en sus vidas respectivas y en ese destino irracional al que durante cuarenta años ha sido sometida una nación entera. Finalmente, el Teatro El Público se presentó con la obra del mismo nombre, texto de los menos conocidos de Federico García Lorca y que, según Abilio Estévez, es «como si García Lorca se despojara de las máscaras que años de prejuicios y fariseísmos habían colocado sobre su cadáver ilustre». Esta obra (tanto el texto lorquiano como el montaje de Carlos Díaz) plantea un punto de vista conmovedor y en ocasiones patético acerca del amor homosexual. ●

Presentan en Miami libro sobre el embargo

El Comité Cubano por la Democracia (CCD) y el Centro Internacional Olof Palme distribuyeron gratuitamente el libro «Health and

Nutrition in Cuba: Effects of the US Embargo» en un kiosco de la Feria del Libro de Miami. El libro, que se publicará en español la próxima primavera, tuvo una primera edición en inglés dirigida a la opinión pública norteamericana, para dar a conocer en esos medios las consecuencias del embargo sobre la población cubana. Se puede solicitar gratuitamente al Centro Internacional Olof Palme, Box 3221, 10364, Estocolmo. ●

Imágenes originales
de una guerra de hace un siglo

El curador Alfonso Quiroz ha producido para City University Television un programa de treinta minutos de duración en el que ha conseguido incluir filmaciones originales de la guerra hispano-americana. Materiales como «Old Glory and Cuban Flag», «Cuban Ambush», «Cuban Volunteers Embarking» y otros, han permitido reconstruir in vivo un fragmento de aquel episodio. El canal 75 de New York fue el encargado de transmitirlo. ●

Conferencia internacional
sobre Cuba 1898-1998

Del 11 al 13 de noviembre de 1998 se celebró en Bruselas, Bélgica, la Conferencia Internacional «Cuba 1898-1998. Independencia y Soberanía». El evento fue convocado por el Intergrupo del Parlamento Europeo contra el Bloqueo, Cuba Business, Oxfam-Solidarité, el Forum Européen pour un contrat de génération Nord.Sud, OSPAAAL-España y Global Reflexion. El enfoque de la Conferencia fue de carácter académico y estuvo estructurado en cuatro foros: académico-universitario, parlamentario-político, empresarial, y cultural. El objetivo, plantean los organizadores, es contribuir a mejorar el clima de debate sobre Cuba y promover el diálogo en lugar de una política de confrontación. ●

Gira y disco nuevo de Sandoval

El trompetista cubano Arturo Sandoval sigue siendo una de las figuras más importantes

del mundo en este instrumento. Durante el verano ha realizado una gira por España, en la que lo han acompañado músicos de la talla de Steve Winwood y Tito Puente. También ha grabado un nuevo disco: *Hot House* (NK2), de fuerte inspiración latina y de jazz band; para esta grabación ha tenido como invitados a Patti Austin y Michael Brecker. ●

Gran concierto

Chucho Valdés y Dave Valentin se unieron para integrar una banda espectacular que participó del gran concierto que dio lugar al disco *Jammin in the Bronx*. También incluye esta grabación al grupo de Papo Vázquez y la orquesta heredera de Machito. ●

Se reedita al Grupo de Experimentación Sonora

Este grupo musical, que en su momento tuvo una importancia enorme en el panorama cultural de la Isla, se desintegró en la década del 70 a causa de una suma de factores que transitaron desde la burocracia oficial hasta disensiones internas de sus integrantes en cuanto a posturas estéticas. Algunos de estos nombres han pasado a ocupar un lugar muy destacado en la música cubana: Silvio Rodríguez, Pablo Milanés, Sara González, Leo Brower, Emiliano Salvador. Y ahora, veinte años después, Fonomusic lanza al mercado español cuatro volúmenes de grabaciones que recogen lo más representativo de la agrupación. ●

Son cubano y flamenco

Este es el nombre del encuentro que este año ha llegado a España. Diecisiete pueblos de la provincia de Sevilla disfrutaron, del 15 al 26 de julio, de las actuaciones de artistas como Gonzalo Rubalcava, por Cuba, y Chano Domínguez, por España. También estuvieron presentes el Piquete Cubano de Barbarito Torres y el quinteto Son de la Loma, entre otros. La bailaora flamenca Angelita Vargas, acompañada por El Boquerón, el grupo La Susi y el Varilla, aportaron la nota del folklore español a esta curiosa mezcla de ritmos. ●

Sueño Tropical

Diez artistas cubanos se han reunido por vez primera para ofrecer esta exposición que se exhibió en el Casino de Salamanca, del 13 al 24 de julio. Osbel Suárez fue el comisariado de esta muestra que, según afirma, sirve, entre otras cosas, para desterrar los tópicos que sobre Cuba permanecen en nuestra memoria. Los expositores no han estado vinculados por ningún criterio generacional ni de tendencias, lo que ha conseguido que puedan verse juntas obras de Waldo Balart (1931) y de Lissette Susana Matalón de la Torre (1966), además de trabajos de Andrés Lacau, Lorenzo Mena, Armando Mariño, Eduardo Hernández, Diana Fleites o Rafael Diéguez. ●

Joel Jover en La Acacia

El pintor cubano Joel Jover expuso en mayo de este año, en La Acacia, una colección de óleos sobre tela bajo el título de «Demasiado calor». Estas obras, de dibujo sólido, sobriedad en el color, gran formato y expresividad dramática sin concesiones, pueden inscribirse dentro de esa tendencia de la plástica cubana a enfrentar la realidad y opinar acerca de ella a través de metáforas de significado tan directo y evidente que ya han dejado de ser tales. ●

Elpidio Alberto Huerta en The Art Gallery

Con una técnica muy depurada en la que combina fundamentalmente óleo y acrílico sobre lienzo, Elpidio Alberto, pintor cubano residente en Estados Unidos, continúa en su línea habitual de crear espacios ideales para que en ellos se desarrolle el drama que el espectador prefiera imaginar, aunque esta vez esos espacios han dejado de ser apacibles y de alguna manera sólo dan cabida a escenas violentas. Sus cuadros pudieron verse de octubre a diciembre en The Art Gallery de la Florida. ●

Recent Works de Gina Pellón

Esta pintora cubana que vive desde hace varias décadas en París, da la impresión, por

su utilización espléndida del color y por la frescura de su dibujo, de que acaba de salir de Cuba la semana pasada. Durante el mes de octubre último se ha podido disfrutar, en la Elite Fine Art de Coral Gables, de una muestra de sus trabajos más recientes. ●

Los Nuevos desafíos de Osvaldo García

«La singularidad estilística de Osvaldo García —Ogarc— asimila las intervisualidades y las proyecta a este final de milenio con el desenfado de la brisa cubana»; estas palabras de José Prats Sariol califican la muestra que este joven pintor expuso en el Palacio del Segundo Cabo, La Habana, durante el pasado verano. ●

Juntos, pero no revueltos

El pintor cubano Lázaro G. Medina, que reside en España, ha expuesto, en la madrileña galería Detursa, junto a la brasileña Graça Marques y al colombiano Fernando Arjona, durante el pasado mes de septiembre. La obra del cubano, de riguroso dibujo con reminiscencias que van del renacimiento florentino a las plazuelas de Giorgio de Chirico, es de un gran atractivo visual. ●

Segundo Salón de Arte Contemporáneo

Más de 200 artistas de toda Cuba participaron en esta gran fiesta de las artes plásticas cubanas. El Salón no fue competitivo esta vez y contó con una serie de mesas redondas en las que se analizaron teóricamente algunos movimientos pictóricos o la obra particular de algunos creadores. El tema de la muestra central fue «Ciudad, metáfora para un fin de siglo», y se exhibió en los espacios del Centro de Desarrollo de las Artes Visuales. ●

Lejos de Cuba

El museo francés de «Tapisseries» acogió la muestra *Lejos de Cuba*, en la que participaron artistas de la importancia de José Bedia, Ramón Alejandro y Tomás Sánchez, entre otros muchos. Paralelamente, el historiador cubano de arte Enrique-José Varona, Attaché del museo de Estrasburgo, dictó una

conferencia titulada «Reflexiones sobre la pintura contemporánea en Cuba». La exposición fue inaugurada el pasado 7 de noviembre y estará abierta al público hasta el 31 de enero de 1999. ●

Nuevos modelos para una ciudad en ruinas

En el Museo de Artes Aplicadas de Viena se presentó un nuevo proyecto para mejorar la imagen de La Habana. Peter Noever, asesor del Gobierno cubano para la restauración de La Habana Vieja, junto a un grupo de arquitectos, ha promovido esta reflexión sobre el futuro del urbanismo en una ciudad tan fuera de lo común como lo es la capital cubana. Los modelos ya han sido expuestos en Hannover y en Los Ángeles y podrán ser vistos en Cuba durante 1999. ●

La cultura cubana y los profesores de español y portugués

La octava reunión anual de profesores de español y portugués, celebrada en el hotel Eurobuilding, de Madrid, del 31 de julio al 4 de agosto del 98, dedicó un amplio espacio a la literatura cubana. Temas como el teatro contemporáneo en la Isla, la narrativa actual, el exilio y la luz en la poesía cubana o las figuras de José María Heredia y Silvestre de Balboa, fueron ampliamente desarrollados y debatidos por académicos de diversos países. ●

Los más vendidos y leídos en Miami

Una información de *El Nuevo Herald*, aparecida el pasado día cinco de julio, afirma que la novela de Daína Chaviano *El hombre, la hembra y el hambre*, así como *El caso CEA*, de Maurizio Giuliano, *Caracol Beach*, de Eliseo Alberto, *Antología personal*, de Antonio Benítez Rojo y la revista *Encuentro de la cultura cubana*, han figurado en la lista de las publicaciones más vendidas en Miami. ●

Otro premio para Rafael Bordao

Su poema titulado «El robo de la libertad» fue declarado ganador del concurso «Fernán Esquíó», convocado por la Sociedad

Artística Ferrolana y fallado en julio pasado. Se informa que más de 300 originales procedentes de nueve países participaron en el concurso. ●

También otro para Padura

La novela *Máscaras*, del escritor cubano Leonardo Padura, que ya obtuviera en 1996 el premio Café Gijón, ha sido galardonada ahora con el premio Dashiell Hammett, a la mejor novela policial de 1998. *Máscaras* ha sido traducida ya al francés, alemán, inglés e italiano. ●

Premio internacional
a Manuel Díaz Martínez

El Gran Premio Internacional de Poesía Curtea de Arges, otorgado por la Academia Internacional Oriente-Occidente, con sede en Bucarest, recayó esta vez en el conjunto de la obra del poeta cubano Manuel Díaz Martínez. La selección se efectuó entre diez candidatos de diferentes países, y el premio consiste en un trofeo, un diploma y la publicación de un poemario en edición bilingüe. ●

Premio Alba/Prensa Canaria para un cubano

La novela *Prisionero del agua*, de Alexis Díaz-Pimienta, un joven cubano de sólo 32 años de edad y residente en Almería, ha ganado este importante premio dotado con tres millones de pesetas, una escultura del artista canario Giraldo y la publicación de la obra, que trata el problema de los balseros. ●

Se reedita a Carpentier

Alianza Editorial está realizando un trabajo muy encomiable al emprender la reedición de la obra del gran escritor cubano Alejo Carpentier, premio Cervantes. La obra carpenteriana es una de las más ricas producidas en este siglo en lengua castellana, y es una suerte para todos los lectores poder disponer en esta colección de libros de bolsillo de obras de la importancia de *El recurso del método* o *El arpa y la sombra*. También la editorial Seix Barral ha reeditado recientemente esa obra monumental del novelista cubano que es *El siglo de las luces*. ●

El Ballet Nacional de Cuba en Madrid

Durante el mes de agosto han podido verse en el teatro Albéniz de Madrid las representaciones de la principal compañía danzaria cubana, una de las más importantes del mundo. Aunque, según el comentario especializado del periódico *El País* «el juicio científico y la luz moderna en el ballet nos hacen ver hoy costuras demasiado evidentes, cambios gratuitos de concesión al virtuosismo balletómano y fatales coincidencias formales entre las piezas». ●

El Ballet Litz Alfonso

La joven coreógrafa cubana Litz Alfonso ha apostado por lo español y ha ganado. Se presentó con su Ballet en el importante teatro Apolo de Barcelona, en el mes de septiembre, y la acogida no pudo ser más exitosa tanto por parte del público como de la crítica. El espectáculo presentado, dedicado a homenajear a Federico García Lorca, contó con un libreto de Rafael González y la dirección musical de Lourdes Santiesteban. ●

Músicos jóvenes y menos jóvenes

El concierto «Cuba es música» se ha presentado en Tenerife, Canarias, ante más de cien mil espectadores; el 25 de septiembre ha estado en el Palacio de Congresos, en Madrid, y el periplo ha terminado exitosamente en la capital francesa. En este espectáculo han compartido escenario músicos cubanos ya no tan jóvenes, como el Guayabero, con jóvenes de la diáspora, como Gema y Pável. La nota dramática la aportó el fallecimiento repentino de Miguel Ángel Molina, de 67 años, integrante del conjunto tradicional sonero Los Naranjos, fundado en 1926. ●

Alexis Valdés en el teatro Alfíl

El humorista cubano Alexis Valdés se ha presentado en Madrid, en solitario, con su espectáculo «Me sale de mi cabecita». El debut fue el 17 de diciembre, en el teatro Alfíl, y contó con el apoyo del conocido showman español Javier Gurruchaga. De su espectácu-

lo, Valdés dijo: «Todo lo baso en la palabra y en la descomposición de ésta y los conceptos; trato de contar cosas importantes, graves, pero lo hago desde el humor». ●

Francisco Céspedes, ganador
en los Premios Amigo

El cantante cubano residente en México, Francisco Céspedes, resultó ser el gran ganador de la segunda edición de los Premios Amigo, otorgados en Madrid por la Asociación Fonográfica y Videográfica Española (AFVVE). Su álbum «Vida Loca», ganó los premios al mejor solista masculino latino, mejor álbum latino y mejor artista revelación latino. ●

Concluye en México
gira de Premios Alfaguara

Los escritores Eliseo Alberto, de Cuba, y Sergio Ramírez, de Nicaragua, ganadores ambos del Premio Internacional de Novela Alfaguara 1998, concluyeron en la ciudad mexicana de Guadalajara una gira de promoción que los tuvo dando tumbos por 16 países y 200 ciudades de América Latina. Eliseo Alberto está seguro de que, al margen de las opiniones políticas, todos los cubanos volverán a encontrarse en Cuba, y entonces ya no habrá que recordar libros tristes. Eliseo, que reside actualmente en México, asegura que no es un exiliado, sino una bala perdida. ●

Un pueblo de analfabetos funcionales

Según declaraciones a la prensa española, el escritor cubano Pedro Juan Gutiérrez, que acaba de sorprender gratamente a los lectores con su *Trilogía sucia de La Habana* (Ed. Anagrama) está preocupado por la crisis económica que desangra su país, especialmente por su nefasta influencia sobre el desarrollo cultural de Cuba. Gutiérrez sostiene que, si las cosas no cambian, «dentro de unos años seremos un pueblo de analfabetos funcionales». También afirma que esta preocupación es común entre los intelectuales cubanos. «Los niños son los más afectados por esta situación, no hay libros para ellos y

si el hábito de la lectura no se crea antes de los 12 años, ya es muy difícil crearlo».

Gutiérrez, que cree en la fuerza de la literatura, las artes plásticas y la música cubana, piensa que «con la crisis haces escapar tu espíritu adonde puedas. Necesitas una válvula de escape. O te conviertes en un alcohólico». El autor ha explorado los bajos fondos de la Habana Vieja, la miseria y las formas de hacer frente a la desesperación. «Cuando me decidí a hacer literatura pensé que o me entregaba totalmente o no hacía nada. No quiero quedarme a medias, no merece la pena callar lo que hay que decir». ●

Libros recibidos

■ AA.VV.; *Antología Cómica de Ocho Poetas Cubanas*; Ed. Frente de Afirmación Hispanista, A.C., México, 1998, pp. 242. Amelia del Castillo (Matanzas, 1923), Carilda Oliver Labra (Matanzas, 1924), Ana Rosa Núñez (La Habana, 1926), Lalita Curbelo Barberán (Holguín, 1930), Juana Rosa Pita (La Habana, 1939), Zoelia Frómata Machado (Bayamo, 1960), Ileana Álvarez González (Ciego de Ávila, 1967) y Liudmila Quincoses Clavelo (Sancti Spiritus, 1975) son las ocho poetisas cubanas que integran esta antología de edición cuidadosa y elegante. El criterio del antologador Fredo Arias de la Canal no ha sido generacional ni mucho menos sexista. Simplemente ha querido indagar cómo incursionan ocho poetisas cubanas de diferentes épocas en el universo siempre morbosos y laberíntico de los sueños, aunque se hace imprescindible añadir que en esta selección brillan por su ausencia algunas de las voces más significativas de la poesía cubana escrita por mujeres a lo largo del presente siglo.

■ AA.VV.; *Cuentos cubanos*; Ed. Popular, Madrid, 1998, pp. 118. La selección de autores y de títulos no podía ser más certera y afortunada. Ocho narradores cubanos y otros tantas títulos integran este volumen que es desde ya una referencia de primera línea para conocer por dónde anda el relato en Cuba. Y digo el relato en Cuba y no el relato cubano, porque aunque los autores residen

unos en el extranjero, otros en la Isla y otros han muerto, estas ocho narraciones contribuyen de manera muy especial a entender mejor nuestro país, además de a conocer la obra de sus autores Onelio Jorge Cardoso (*En la caja del cuerpo*), Virgilio Piñera (*El balcón*), María Elena Llana (*En familia*), Jesús Díaz (*El cojo*), Reinaldo Arenas (*Con los ojos cerrados*), Mirta Yañez (*A Indalecio le preocupó*), Eduardo Heras León (*Instructor de oficio*) y Carlos Victoria (*Ana vuelve a Concordia*).

■ AA.VV.; *Health and nutrition in Cuba: effects of the U.S. embargo*. The Olof Palme International Center. 184 pp. Este volumen recoge las ponencias del seminario celebrado en Miami en septiembre de 1997, bajo los auspicios del Comité Cubano por la Democracia y el Centro Internacional Olof Palme. El prólogo de René Vázquez Díaz, administrador del proyecto por el Centro Internacional Olof Palme, da cuenta de la amplia temática que se abordó en el seminario, en el que participaron médicos y expertos universitarios, un sacerdote católico y un abogado especializado en los efectos extraterritoriales de la ley Helms-Burton, así como líderes políticos del exilio.

Los textos incluyen el punto de vista del Departamento de Estado Norteamericano (que defendió la política de aislamiento de Cuba a través del embargo) y un esclarecedor informe de la American Association for World Health (AAWH) de marzo de 1997. Entre los cubanos participantes estaban Eliseo Pérez-Stable, M.D., Eloy Gutiérrez Menoyo, Lino Bernabé Fernández, M.D., Rafael A. Sánchez, M.D., y el propio René Vázquez Díaz.

El propósito del libro es analizar de manera cuidadosa y multidisciplinar las siguientes cuestiones:

—El embargo de estados Unidos hacia Cuba ¿Viola las leyes internacionales?

—¿Cuáles son los efectos reales sobre la población cubana?

—¿Es una fórmula adecuada para ayudar a establecer una democracia en Cuba o está generando el efecto contrario?

—¿Puede justificarse desde un punto de vista ético y religioso?

■ AA.VV.; *Integración económica y democratización: América Latina y Cuba*; Ed. Colección Estudios Internacionales, Chile, 1998, pp.

364. A finales del mes de mayo de 1997, tuvo lugar en Santiago de Chile un Seminario Internacional cuyo objetivo principal consistió en analizar si era conveniente o no la participación de Cuba en el actual proceso de integración latinoamericana y caribeña. El presente libro se propone validar si los temas debatidos entonces conservan vigencia un año después. Entre los más de veinte textos de otros tantos autores que integran el volumen, vale la pena destacar «Cambios en Cuba: ni transición ni democratización», de Enrique Baloyra, en el que afirma que «A mí me parece que hay que entender que las transiciones y los momentos de cambio no son lineales: más de lo mismo puede resultar en distinto. Además son procesos iterativos, no es una crisis sino que es una serie de crisis, que va horadando, desgastando, y que lleva de por sí un déficit en la capacidad de respuesta que es acumulativo».

■ AA.VV.; *Reunión de ausentes. Antología de poetas cubanos*, Ed. Término, Cincinnati, Ohio, 1998, pp. 126. Los escritores cubanos Benigno Dou y Fernando Villaverde han sido los encargados de la selección de poemas y poetas que integran esta obra. Y aunque ya se sabe que en ninguna antología están todos los que son, en ésta, al menos, todos los que están tienen derecho a estar. Ya desde el prólogo, Germán Guerra asegura que «Reunir en un volumen de proposiciones antológicas a poetas cubanos que hoy habitan, deambulan, pernoctan y sobreviven en las calles de Miami —ciudad de fantasmagóricas quimeras—, o incluso que han muerto en ella o la recogen al sentirse exiliados sin serlo, ha sido una pretensión marcada por el atrevimiento y la utopía».

■ ACOSTA, ANTONIO A.; *Raíz de flor y café*; Ed. Universal, Miami, 1998, pp. 88. Libro que viene avalado por el el «Primer Premio de Poesía Negra Alfonso Camín», lo es más bien de poesía negrista. Y aquí negrista no significa una clasificación peyorativa, pero sí un signo estético que se mueve fundamentalmente en la epidermis rítmica y cromática de las personas de raza negra. Porque aunque ya desde la «Dedicatoria», el autor se dirija a esos amigos que nada tienen que ver con razas, credos o nacionalismos, su verso se deja arrastrar únicamente por «vai-

venes», «cinturas», «rumberas», ritmos de «retuma y zumba» y todo ese repertorio de negrismos contra el que tan atinadamente alertó Gastón Baquero. José Antonio Acosta dirige el Departamento de Lenguas Mundiales del Emerson High School. Reside actualmente en los Estados Unidos.

■ ALONSO, ODETTE; *Linternas*, Ed. La Candelaria (UNESCO), New York, 1997, pp. 4. Edición limitada de 200 ejemplares, estos once poemas de Odette Alonso, cubana residente en México, arrojan una luz muy sutil sobre esos temas que perduran a lo largo de los milenios: Dios («un adolescente disfrazado»), los viajes siempre soñados por los habitantes de las islas, en este caso la Isla («reconquista del mundo en sentido contrario»), la incertidumbre del porvenir («las brújulas atrofian su certeza»). Odette Alonso nació en Cuba en 1964 y tiene publicados varios libros de versos.

■ AMADOR, DORA; *La sonrisa disidente*, Ed. Universal, Miami, 1998, pp. 246. Las palabras de introducción a este libro son de Álvaro Vargas Llosa: «No hay, en la historia del siglo veinte, un exilio como el cubano. Aunque muchos otros exilios han sido hijos del comunismo, ninguno fue tan solitario, incomprendido, apestado...» Y de eso precisamente tratan los casi cien artículos que Dora Amador ha seleccionado para *La sonrisa disidente*. Columnista de *El Nuevo Herald*, la autora ha abordado, desde 1990, temas muy diversos que van desde la presencia en Miami de la pintura cubana de dentro de la isla hasta una carta al Cardenal Jaime Ortega Alamino, sin dejar de transitar con lucidez y agudeza por el espinoso asunto de las derechas y las izquierdas. *La sonrisa disidente*, en suma, no hace más que reafirmar la ya consabida teoría de que el periodismo es un género mayor desde el que se puede incursionar eficazmente en las demarcaciones del pensamiento y la literatura. Dora Amador nació en Pinar del Río en 1948; en 1991 obtuvo el premio Guillermo Martínez Márquez de la Asociación Nacional de Periodistas Hispanos de Estados Unidos por su reportaje «Los otros cubanos». Actualmente reside en Miami.

■ ARANGO, ARTURO; *Una lección de anatomía*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1997, pp. 146. Lo que en definitiva diferencia un

cuento corto de un cuento largo, de una noveleta o de una novela, no es la cantidad de páginas que integren la obra, sino la estructura de la narración y el diseño de la prosa. Y en este sentido hay que decir que Arturo Arango es un cuentista. No es que este libro presentado como novela se parezca demasiado a los relatos caústicos de *La Habana elegante*, pero la economía expresiva devenida a veces en escamoteo no sólo de recreación sino de información, hacen de esta obra un cuento muy largo que explora de forma amena el disfrute del amor y las amarguras del desamor. Arturo Arango nació en Manzanillo en 1955 y reside actualmente en La Habana.

■ BELNAP, JEFFREY & FERNÁNDEZ, RAÚL, editores. *José Martí's «Our America»*. Duke University Press, 1998. Un grupo de ensayistas de América Latina, el Caribe y los Estados Unidos exploran la obra periodística de José Martí durante sus 14 años de exilio en los Estados Unidos: su crítica del racismo, imperialismo y capitalismo de esta nación; sus advertencias acerca de su expansionismo anexionista; su concepto de las naciones americanas como un complejo sistema de formaciones nacionales, no iguales, pero sí semejantes; su insistencia en el reconocimiento de la diversidad de voces de estas culturas. Jeffrey Belnap y Raúl Fernández han logrado reunir un excelente conjunto de investigadores que analizan la significación de Martí como «latino» en una cultura ajena, así como las afinidades del pensamiento de Martí y los estudios contemporáneos sobre el continente americano.

■ CABRERA DELGADO, LUIS; *Raúl, su abuela y los espíritus*, Editorial Gente Nueva, La Habana, 1998. Como en otras novelas de este autor (Jarahuca, 1945), un viaje estructura una serie de anécdotas simples e ingeniosas, que mucho tienen de la tradición oral criolla. Coherencia entre forma y contenido, puesto que la obra se basa en las creencias populares de nuestros campos. Lo que sí renueva la literatura infantil cubana, es que, como el título sugiere, el niño protagonista anda en busca de su abuela, una espiritista y curandera, acompañado por los cuatro espíritus que se le *montan* a la mujer cuando cae en trance. Aparecidos, almas en pena, güijes

y hasta San Lázaro desfilan a lo largo de la trama, que es circular, pero respunteada de *flash backs* (que trazan la grotesca biografía de cada espíritu), y de referencias a fiestas, costumbres y gastronomía tradicionales. Especialmente circunscrita a la provincia de Sancti Spiritus, la obra engendra un marco temporal ambiguo donde se confunden los cinco siglos de historia cubana.

■ CONTE, ANTONIO Y CORDERO, LUZ HELENA; *Ausencias y Peldaños y Óyeme con los ojos*; Ed. Trilce Editores, Santafé de Bogotá, 1996, pp. 130. Dos poemarios de dos autores conforman este volumen. Y sorprende que, aun cuando se trata de un cubano nacido en 1944 y de una colombiana nacida en 1961, los textos de ambos, aparentemente alejados y hasta opuestos en ocasiones, se integran en una voz común que va más allá de los primores del oficio para adentrarse resueltamente en un mundo de exploración interior.

■ DE CESPEDES, CARLOS MANUEL; *Temas varelianos*; Ed. Comisión de Cultura Arquidiócesis de La Habana, La Habana, 1998, pp. 62. Folleto que recoge las cuatro congerencias pronunciadas por el autor en la Casa Laical de La Habana, con el propósito de dar a conocer mejor la vida y obra de Félix Varela. Tiene mucho interés, por su oportunidad circunstancial, la conferencia final titulada «Vigencia del Padre Félix Varela en la Cuba de hoy», en la que se exploran las posibilidades y la conveniencia de que lo mejor del aporte de este pensador cubano se aplique hoy día en Cuba. Mons. Carlos Manuel de Céspedes reside en La Habana.

■ DIEGO, RAPI; *El sapo hechizado*; Ed. SM, Colección El Barco de Vapor, México, 1997, pp. 64. Que Rapi Diego es un dibujante exquisito es algo que se sabe en Cuba y en todas partes desde hace muchos años; pero que haya combinado las excelencias de su dibujo con una historia suya llena de sutilezas y de claves de gran ternura acerca del tan llevado y traído asunto de la identidad, es ya algo de lo que habrá que estarle siempre agradecido. Este libro es, sencillamente, un libro precioso que todo niño o adulto debía tener. Rapi, (Constante Alejandro) Diego, nació en La Habana en 1949. Actualmente reside en México.

■ DONATE-ARMADA, MAIDA Y MACÍAS, ZOILA;

El suicidio en Miami y en Cuba; Ed. Consejo Nacional Cubanoamericano, Miami, 1998, pp. 86. Investigación muy seria y referencia imprescindible para todo el que se interese por un tema tan controvertido y enmascarado oficialmente por las autoridades de la Isla. La presente obra es minuciosa en los datos que ofrece y permite conocer información acerca de los principales métodos utilizados por los cubanos de dentro y de fuera para quitarse la vida, los grupos poblacionales que más incurren en esta práctica según la región donde residen, la raza, la edad, el sexo, etc. Aunque se trata de un trabajo fundamentalmente estadístico, será la fuente forzosa para futuras investigaciones que puedan ahondar con rigor en la conducta de los cubanos a todo lo largo de la historia de la nación, aunque en el prólogo se precisa que «en Cuba la tasa de muerte por suicidio se triplicó en la década de los 70, y permanece entre las más altas del mundo».

■ DORR, NICOLÁS; *Teatro*; Ed. Unión, La Habana, 1998, pp.158. Tres piezas hasta ahora inéditas integran este volumen: *Un muro en La Habana*, *Juegos sucios en el sótano* y *Confrontación*. Nicolás Dorr es un dramaturgo sobradamente conocido en Cuba desde que, siendo aún un adolescente, estrenó *Las Pericas*, obra considerada ya un clásico de la escena cubana. Tal vez la más sorprendente de estas tres obras publicadas sea *Confrontación*, por ser la única que aborda sin mitificación ni clarines gloriosos la figura de aquella Tamara Bunke, «Tania la Guerrillera», muerta en Bolivia en la época del episodio protagonizado por el Che Guevara. En cuanto a las otras dos piezas, se mueven entre la farsa y el sainete, en ese juego tan de moda en el teatro cubano actual, de criticar el poder absoluto, la burocracia, la ineficiencia, el hambre, la ruina económica y toda la interminable lista de calamidades que asolan al país, pero siempre con un cauteloso sentido de la metáfora. Nicolás Dorr nació en Santa Fe en 1947.

■ ECHERRI, VICENTE; *Historias de la otra revolución*; Ed. Universal, Miami, 1998, pp. 90. El tema de las luchas llevadas a cabo en la antigua provincia de Las Villas después del triunfo de Fidel Castro, denominadas oficialmente como «Lucha contra bandidos»,

ha sido uno de los menos investigados y tratados por la literatura cubana, y los que en un principio intentaron hacerlo con objetividad, fueron gentilmente defenestrados. Este libro de relatos no pretende llenar ese vacío ni decir la última palabra en relación al tema, pero sí se propone rescatar del olvido y la manipulación una guerra que definió muchos aspectos del posterior desarrollo político del país. Vicente Echerrri nació en Trinidad en 1948. Reside actualmente en los Estados Unidos.

■ ESCOBAR, FROILÁN; *La vieja que vuela*; Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1997. Será por su tono mágico que esta obra la publican editores de literatura juvenil, porque la desmesura y subjetividad del discurso, en relación con la anécdota, y el tratamiento del lenguaje bastarían para entregarla al lector adulto. Híbrido de novela, serie de relatos (y testimonio, asegura su autor), *La vieja que vuela* no habla de una bruja, sino de una mujer que flota y recuerda su vida en la Sierra Maestra a fines de los 50. La perspectiva socio-económica difiere poco de la asumida por los narradores de la isla ya en los 60; sin embargo hay una vigorosa innovación gracias a lo mágico y sobre todo al lenguaje, que deviene poético por vía de neologismos y alteración de la sintaxis hasta formar un dialecto supuestamente hablando en las montañas cubanas, pero que indudablemente sólo Escobar escribe. En la versión que saludamos, el autor (residente en Costa Rica desde hace algunos años) completa la edición cubana (1990) con nueve textos que hacen la obra más compleja, más de adultos, ahondando su tono desconcertante.

■ GARRANDES, ALBERTO; *Capricho habanero*; Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1997, pp. 198. Novela de dos protagonistas cultos (un poeta y un periodista) y proyección alegórica, que viene a reafirmar que la expresión en Cuba, a pesar de la aparente «apertura» tiene que seguir transitando por los senderos equívocos de las metáforas y los laberintos. Alberto Garrandes nació en La Habana en 1960 y reside actualmente en esa misma ciudad.

■ GARRANDES, ALBERTO; *Salmos paganos*; Ed. Unión, La Habana, 1996, pp. 96. Volumen compuesto por tres relatos («Durando», «Mar de invierno» y «Kermese») de prosa

singularmente lírica que los coloca a medio camino entre la poesía narrativa y la narración poética. «Mar de invierno» es el único de los tres que resulta más propiamente un relato, en el sentido clásico del término.

■ GAZTELU, ÁNGEL; *Gradual de laudes*; Ed. Unión, La Habana, 1997, pp. 126. Hace ahora 43 años, en 1955, Lezama escribió: «El fervor por la edificación, la entrega a sus oficios, hacen que la poesía del Padre Gaztelu, esté venturosamente más allá del poema, pues un sacerdote católico, vive por la carnalidad de sus símbolos la poesía en su dimensión más costumbrosa y trágica». Y Ángel Gaztelu ha sido, ciertamente, uno de los poetas más importantes de Cuba, aun cuando haya nacido en Navarra, España, y una de las figuras más importantes del llamado grupo Orígenes. Esta reedición de *Gradual de laudes*, servirá, además de como merecido homenaje al poeta, como rescate de lo mejor de nuestra poesía.

■ GONZALEZ, REYNALDO; *Cuba una asignatura pendiente*; Ed. Di7, Islas Baleares, 1998, pp. 259. Recopilación de artículos, presentaciones de libros, ensayos breves, etc., agrupados bajo cuatro subtítulos «Cuba pasado impropio», «El cine ese ojo que nos ve», «Lezama Lima revisitado» y «El debate que nos falta». Todos los textos están caracterizados por la lucidez y la buena intención. Reynaldo González nació en Cuba en 1940. Actualmente reside en la Isla, donde se desempeña como director de la Cinemateca de Cuba.

■ GRAVE DE PERALTA MORELL, LUIS; *La magia del caribe*; Ed. La Otra Cuba, México, 1997, pp. 190. Los libros escritos en prisión generalmente no benefician a sus autores porque con ese mérito adicional suelen quedar relegados a un segundo o tercer plano los valores irreductiblemente literarios que puedan portar. Por eso se recomendaría que este libro se editara en lo sucesivo sin precisar que su autor lo escribió para sus hijos pequeños durante los cuatro años que estuvo preso en las cárceles cubanas. Porque es un buen libro para niños, con una prosa que recuerda por momentos a las mejores del género, independientemente de los accidentes en la biografía del escritor. Luis Grave de Peralta, nacido en Santiago de Cuba, fue detenido en 1992 en Cuba acusado

de «rebelión pacífica». Amnistía Internacional logró su liberación en febrero de 1996.

■ HIRIART, ROSARIO; *Pasión de la escritora Hilda Perera*; Ed. Universal, Miami, 1998, pp. 289. Estudio que se dedica a desentrañar hasta en sus más nimios detalles la obra novelística de Hilda Perera. Lo cubano, lo femenino, lo sensual, son algunos de los grandes temas que la autora escudriña en las páginas de la novelista. Incluye también conversaciones con Hilda Perera, algunos de sus textos más relevantes y una exhaustiva bibliografía. Hilda Perera y Rosario Hiriart nacieron ambas en Cuba y residen fuera de ella.

■ DE JESÚS, PEDRO; *Cuentos fríos (Maneras de obrar en 1830)*; Ed. Olalla, Madrid, 1998, pp. 124. El truco de estos cuentos es que parezca que lo anecdótico no importa cuando en realidad importa tanto como en la más convencional narrativa de referencias. Tal vez la clave para esta especie de prestidigitación haya que buscarla en el pudor. Pedro de Jesús quiere contarnos historias impúdicas desde un pudor irreversible que intenta ocultar a través de una narración atmosférica y de una escritura que sólo se busca a sí misma. Pero todos los escritores, si lo son de verdad, tienen la maldición de Caín: no pueden ocultarse de sí mismos por más que lo intenten, y Pedro de Jesús, por suerte para él y para sus lectores, ocultándose se exhibe y el resultado son estas historias dramáticas y, por consiguiente, creíbles. Pedro de Jesús nació en Sancti Spiritus en 1970. Reside en Cuba.

■ JORGE, ANDRÉS; *Te devolverán las mareas*; Ed. Planeta, México, 1998, pp. 286. Novela culta, refinada, de alquitara factura, que por momentos deslumbra por la limpieza de su prosa y la magia de sus personajes, parece proponerse una versión lírica de la historia. Es la segunda novela de un autor que no ha cumplido todavía los cuarenta años y ya es capaz de desplegar unos recursos estilísticos y una hondura en sus atisbos muy próximos a la madurez. *Te devolverán las mareas* es una obra en la que la persona, representada con mucho acierto a través de arquetipos femeninos, se enfrenta a un destino en el que la Historia no es un pasado que ya ha dejado de existir ni un futuro que se puede prefabricar tercamente, sino un eterno presente en el que se busca afanosamente la libertad.

Andrés Jorge nació en 1960 en San Juan y Martínez. Actualmente reside en México.

■ LESMES ALBIS, MARTA; *Revista de Avance o el delirio de originalidad americano*; Ed. Abril, La Habana, 1997, pp. 30. Este ensayo obtuvo en 1996 el Premio Calendario, otorgado por la Asociación Hermanos Saíz. La autora, Licenciada en Filología por la Universidad de La Habana, se propone indagar, a través de los tres años de existencia de la *Revista de Avance* (1927-1930) el conflicto surgido entre las posturas estéticas conservadoras y ese ideal de renovación y originalidad que por aquellos años estuvo tan presente en el mundo artístico y cultural de nuestro continente. Marta Lesmes nació en Cienfuegos en 1961 y actualmente reside en La Habana, donde se desempeña como investigadora en el Instituto de Literatura y Lingüística.

■ MESA, RAÚL; *Solo contra el mar*; Ed. York Press LTD. Toronto, Ontario, Canadá, 1998, pp. 54. Edición bilingüe inglés-español. Traducción de James Hoggard. Se trata de un poemario muy personal, cuyo significado habría que buscarlo en la poesía misma sin pretender reducirla a ningún otro referente. Poemas como «Desgajado» aluden a un destino del cual el autor se redime gracias a la luz y al verbo: «Desgajado estoy, nadie lo dude, / de un surtidor eterno levantado». Raúl Mesa es profesor de biología en la Universidad de La Habana.

■ MOLINA VASALLO, RAMIRO; *Calor de familia*; Ed. Ramiro Molina Vasallo (Edición no venal), Imprime Albagraf, pp. 260. Como su título indica claramente, el propósito de este libro es recuperar ese «calor de familia» perdido a través de las mil y una vicisitudes de la vida. El autor intenta rescatar la historia de su propia familia, a partir del primer Vasallo llegado a Cuba, hombre al parecer poseedor de una biografía tan larga como atractiva. Narrado con sencillez, más con voluntad narrativa que de relumbrones de estilo, Molina Vasallo consigue un relato entrañable que traslada al lector, sin mucho esfuerzo, a tiempos pretéritos.

■ MOZO, EMILIO M.; *Shakespeare Tropical*; Ed. Departamento de Ediciones y Publicaciones, Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca, 1997, pp. 82. Textos apócrifos de grandes personajes de la historia; poemas en

prosa; prosa poética; averiguaciones sutiles; desconcierto ante la estulticia; juegos intelectuales; revolución que no es tal; exilio. Todo esto es y de todo esto está compuesto este libro que finalmente no es tan sobrio ni mesurado como pudiera parecer, y cuya lectura, sin embargo, proporciona placer estético y sosiego. Emilio M. Mozo nació en Camagüey y actualmente trabaja como catedrático de Español en la Phillips Academy de Andover, Massachusetts.

■ OLIVER LABRA, CARILDA; *Se me ha perdido un hombre*, Ed. Fundación Jorge Guillén, Valladolid, 1998, pp. 82. Este libro ya había sido publicado anteriormente por UNION en 1991, pero constituye el primer libro no antológico que publica en España su autora, además de que para esta edición ella misma ha introducido una serie de correcciones y varios poemas inéditos. Carilda Oliver Labra es ya, por derecho propio, una de las figuras medulares de la poesía cubana de este siglo, y, como ha expresado A. Piedra en su nota a la edición española «un mito viviente, la reacción visceral al lamento de Orestes que hacía de la mujer una rémora en la fortuna de los hombres».

■ PONTE, ANTONIO JOSÉ; *Asiento en las ruinas*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1997, pp. 58. No es Ponte el inventor de esa difícil apuesta consistente en mezclar la información erudita, el dato culto, el saber enciclopédico, con la ropa de andar por casa; no la inventó él, pero se mueve en ella como pez en el agua. Hay un poema en este libro, «Confesiones de San Agustín, Libro IX, Capítulo X», que tiene la rara virtud de tender un puente de sensibilidad a través de las penurias de los tiempos. Poema para leer despacio y para recomendar su lectura. Es seguro que ni la misma Santa Mónica, madre del obispo de Hipona, tendría ninguna objeción que hacerle a estos versos.

■ RODRÍGUEZ SALVADOR, ANTONIO; *Rolandos*, Ed. Olalla, Madrid, 1998, pp. 154. Primera novela de su autor y precedida del premio internacional Salvador García Aguilar 1997. Tiene momentos en que el sentido del humor le otorga alguna ligereza y gracia a la narración. Antonio Rodríguez Salvador nació en Taguasco en 1960 y reside actualmente en la Isla.

■ TUBELLA, IMMA y VINYAMATA, EDUARD; *Cuba es de todos 1898-1998*, Ed. Península, Barcelona, 1998, pp. 120. Resulta de interés conocer la visión que dos especialistas no cubanos tienen de los conflictos políticos de Cuba. El presente libro es un análisis que los autores hacen de las difíciles relaciones de gobierno entre los Estados Unidos y Cuba y algunas reflexiones acerca de las posibles soluciones para estos problemas. Imma Tubella estudió Historia Contemporánea en la Universidad de Barcelona; Eduard Vinyamata es doctor en Ciencias Sociales y periodista.

.....

Pasar revista

■ AMÉRICA LATINA HOY (Nº 17, noviembre de 1977, pp. 108). Revista de Ciencias Sociales coeditada por el Instituto de Estudios de Iberoamérica y Portugal de la Universidad de Salamanca y el Seminario de Estudios Políticos sobre Latinoamérica (SEPLA) de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Destaca en este número el trabajo de Francisco Javier del Río Sánchez, en el que se analizan los cambios más importantes que se han producido en el proceso integrador latinoamericano y caribeño. Directores: Manuel Alcántara y Esther del Campo. Dirección: San Pablo, 26; 37001-Salamanca.

■ AQUÍ LA IGLESIA (Nº 2 / 98). Publicación de la Arquidiócesis de La Habana. Se trata de un breve folleto, de carácter más bien noticioso, en el que se reflejan los aspectos más importantes de la vida de los laicos dentro de la Iglesia Católica. Este número incluye un texto del Cardenal Jaime Ortega en el que afirma que «de la recuperación y la vitalidad de la familia depende en gran medida la felicidad de la nación». Director: Eduardo Mesa. Dirección: Arzobispado de La Habana.

■ ARTE CUBANO (1/1998, pp. 96). Revista cubana de artes visuales. Impresa en Italia con un excelente diseño y muy cuidadosa presentación, es uno de los tantos productos del país que sólo pueden ser adquiridos con divisas. Este número dedica muchas de sus páginas a la Sexta Bienal de La Habana. Direc-

tora Margarita Ruiz. Dirección Ave. 3ra. E/12 y 14, Miramar, Playa, Ciudad de La Habana.

■ CAMINOS (No. 5, 1997, pp. 74). Revista cubana de pensamiento socioteológico. Cuenta en su Consejo Asesor con figuras como Noam Chomsky, Leonardo Boff, Frei Betto y otros. Se trata, cuando menos, de una publicación curiosa y, desde luego, impensable en Cuba una década atrás. El número concluye con una mesa redonda en la que se lanza la pregunta de si existe una crisis en el pensamiento teológico cubano. La respuesta de Loyda Sardiñas se revela como la más coherente y precisa de las que ofrecieron los participantes. Director Reverendo Raúl Suárez Ramos. Dirección Ave. 53, No. 9609 e/96 y 98, Ciudad de La Habana, Cuba.

■ EL CAIMÁN BARBUDO (Año 31. Edición 284). Es de agradecer la inclusión de los fragmentos de entrevistas a Noam Chomsky, en los que pueden apreciarse, entre otras cosas, sus conclusiones acerca del posmodernismo. Director: Fernando Rojas. Dirección: Prado 553 entre Tte. Rey y Dragones, La Habana.

■ CARTA DE CUBA (Primavera de 1998). Revista editada en Puerto Rico y que se propone fundamentalmente proporcionar un espacio a la prensa independiente cubana. Textos de Raúl Rivero, Néstor Baguer, Oswaldo Payá y otros muchos, conforman este número que pone al descubierto muchos de los aspectos más dramáticos de la realidad cubana. *Carta de Cuba* es miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa, está dirigida por un Consejo de Editores y su dirección es P.O. BOX 9352; San Juan, Puerto Rico 00908.

■ CASA DE LAS AMÉRICAS (Nº 209 octubre-diciembre de 1997). Este número compuesto casi íntegramente por un discurso político único, de pronto suena a demasiado viejo, a que no se recicló a tiempo o a que se extinguió totalmente. Los seis textos agrupados bajo el título de «Che siempre», incluidas las palabras pronunciadas por Fidel Castro en Villa Clara al despedir (recibir, dijo) los restos de Ernesto Guevara y algunos de sus compañeros de lucha, tienen ya ese inconfundible aspecto de ropajes de otros tiempos. Director: Roberto Fernández Retamar. Dirección: Casa de las Américas, 3ra y G, El Vedado, La Habana 10400.

■ CLAVES DE RAZÓN PRÁCTICA (Nº 81, abril de 1998). Revista miembro de ARCE (Asociación de Revistas Culturales Españolas). Contiene un magnífico trabajo de Esther Vera y Josep M. Colomer, en el que se analiza con agudeza y mucha información las relaciones entre el poder en Cuba y el Vaticano. Los autores sostienen el discutible punto de vista de que «Si Castro ha dado prioridad a las relaciones con el Vaticano es, sobre todo, porque cree que el Papa puede hacer una presión efectiva sobre los gobernantes de Estados Unidos a favor del levantamiento del embargo y atraer a los gobernantes europeos y latinoamericanos a esa posición». Directores: Javier Pradera y Fernando Savater. Dirección: Gran Vía 32 - 2ª Planta; 28013-Madrid.

■ CORREO DE CUBA (Año 3, Nº 2; Año 4, Nº 1 y 2º Trimestre 1998, Nº 2, pp. 48, 64 y 64, respectivamente). Publicación trimestral adscrita a la Dirección de Asuntos de Cubanos Residentes en el Exterior del Ministerio de Relaciones Exteriores. Revista de cuidadoso diseño y calidad de impresión muy por encima de todas las que circulan en Cuba, pretende ofrecer una visión amable de la Isla. Consejo asesor: Roberto Robaina, Abel Prieto y otros. Dirección: Calle 21 Nº 406 Vedado, La Habana.

■ CUADERNOS HISPANOAMERICANOS (Nº 576 a 580). Se destaca en cada uno de estos números la inclusión de un dossier cuidadosamente elaborado. «Aspectos de la traducción», «La narrativa española actual», «Felipe II y su tiempo» son algunos de los temas generales abordados. En el Nº 576, en el dossier sobre la traducción, se incluye un texto de Salvador Bueno, «Antecedentes de la traducción literaria en Cuba», que rastrea los antecedentes de esta labor entre nosotros hasta 1958. El número doble 577-578 es monográfico y está dedicado al 98 visto desde América. Director: Blas Matamoros. Dirección: Av. Reyes Católicos, 4; 28040-Madrid.

■ CUBAN AFFAIRS (Volumen IV Number 1-2, pp. 12). Boletín publicado por el Comité Cubano por la Democracia. Contiene una entrevista a Roberto Rodríguez Tejera, Director de Radio Martí, tal vez la emisora más escuchada en Cuba. También incluye un artículo muy documentado y hasta chistoso:

«The Cuban Economy: Reform or Continued Decay?», de George Plinio Montalván, que resulta de mucho interés. Directora: Marifeli Pérez-Stable. Dirección: 1755 Massachusetts Avenue, N.W., Suite 324; Washington, D.C. 20036.

■ CUBA ECONÓMICA (Nº 36. 2ª quincena de octubre de 1998, pp. 16). Boletín quincenal de Economía y Sociedad de Cuba. Informa sobre aspectos relacionados con el Turismo, la Salud Pública, la Cultura, etc. Cierra con tres preguntas formuladas al Ministro cubano de Salud Pública, Carlos Dotres, quien culpa al embargo norteamericano de muchas de las dificultades que afronta el sistema sanitario de Cuba, aunque asegura que el país produce entre el 80 y el 85% de los medicamentos que necesita. Dirección: Bárbara de Braganza, 11; Madrid-28004.

■ CUBA FREE PRESS (Nº 1, agosto del 98, pp. 8). Tabloide editado en Miami con el propósito de dar cabida a los textos de los periodistas y escritores independientes de Cuba. Este número contiene artículos de Raúl Rivero, Ana Luisa López Baeza y otros. Dirección: P.O. Box 652035; Miami, FL 33265-2035.

■ CUBA NUESTRA (Nº 12, 1998, pp.32). Publicación del Grupo de Estudios Cubanos en Suecia. Tal vez el mejor modo de abrigarse que han encontrado los cubanos lanzados a vivir en las temperaturas polares de Suecia, es hacer esta revista. En ella, junto a la historia y las tradiciones, se mantiene vivo y saludable el análisis de la realidad cubana actual. El presente número incluye parte de una polémica sostenida entre la revista y el gobierno sueco. Director: Carlos Manuel Estefanía. Dirección: P.O. Box 6508; 113 83 Stockholm-Sweden.

■ DEBATES AMERICANOS (Nº 3 y 4, pp. 200 y 212, respectivamente). Revista académica promovida por profesores universitarios y científicos sociales de Cuba. Estos dos números corresponden a los dos semestres de 1997. En ellas se puede apreciar la coexistencia de textos que hablan de que «la sangre señale el camino», con manifiestas resonancias de culebrón, junto a otros que reflexionan con lucidez sobre el fenómeno del exilio cubano. Director: Eduardo Torres Cuevas. Dirección: Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, L y 27, Vedado, La Habana.

■ ENFOQUE (Nº 62, pp. 46). Boletín de la diócesis de Camagüey. Mantiene su línea ya habitual de no escindir lo pastoral y lo social. Se destaca el artículo «Espíritu Santo y promoción humana», de Ramiro Fuentes Alamo, en el que se llama a enfrentar el desafío de la «cultura de la muerte». Asesor P. Álvaro Beyra Luarca. Dirección: Casa Diocesana Nuestra Señora de la Merced, Plaza de los Trabajadores Nº 4, Apartado 72, Camagüey, C.P. 70100, Cuba.

■ ESCUCHA (Nº XXXII (último), noviembre 1977, pp. 61). Publicación surgida de la colaboración entre Rogés Libres de Mataró en Catalunya y el Centro de Estudios Hispánicos José María Chacón y Calvo, de Santa María del Rosario, Cuba. Contiene una colección de cartas de Dulce María Loynaz a Chacón, compiladas y comentadas por Virgilio López Lemus.

■ ESPACIOS (Nº 3, 3er. Trimestre, 1998, pp. 50). Publicación trimestral del Equipo Promotor para la Participación Social del Laico (EPAS), de la Arquidiócesis de La Habana. Contiene una entrevista exclusiva a Bernard Pinaud, representante para América Latina del Comité Católico contra el Hambre y por el Desarrollo (CCFD). Esta entrevista ofrece información de mucho interés para los cubanos y a través de ella nos enteramos de que el CCFD fue la primera organización de cooperación no gubernamental que entró en Cuba, ya en una fecha tan temprana como 1981. Director: Eduardo Mesa. Dirección: Casa Laical, Tte. Rey e/ Bernaza y Villegas, La Habana.

■ FRAGUA (Nº 8 (A), octubre 1998, pp. 6). Boletín de los ex prisioneros y combatientes políticos cubanos. Se compone casi en su totalidad de chispazos informativos que ilustran el descalabro del proyecto económico y social del régimen cubano. Publica también un comentario más extenso de Rolando Borges, en el que ofrece su punto de vista personal acerca del debilitamiento del poder en Cuba. Dirección: P.O. Box 520562; Miami FL 33152.

■ LA GACETA DE CUBA (Nº 2, marzo-abril de 1998, pp.64). Publicación bimestral de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Mejora *La Gaceta*, y hay que decirlo. Contiene dos excelentes trabajos sobre la TV cubana,

a cargo de Vicente G. Castro y Marié Pereira. «La poesía en las canciones de Pablo Milanes», de Guillermo Rodríguez Rivera vale la pena leerlo, y los versos de César López están a la altura de este poeta que «Sueña sus sueños, viejos, / pero sabe entre brumas su presente». Director: Norberto Codina. Dirección: Calle 17 N° 354, esq. H, Habana 4.

■ HABANERA (N° 4/97, pp.114). Revista publicada trimestralmente bajo el auspicio del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos. Publicación realizada con artificios cosméticos de un nivel comparable al del Hollywood de los años 50, capaz de mostrar unos fondos marinos muy cinematográficos y unas fotos en las que el Che, con rostro de Clark Gable, ilustra un texto de Frai Betto. Hasta Pedro Juan Gutiérrez, que acaba de publicar en España una corrosiva *Trilogía sucia de La Habana*, aparece aquí con cara de turista italiano fumador de puros. Director: Sergio Corrieri. Dirección: Calle 17, N° 301, Vedado, Ciudad de La Habana.

■ EL HERALDO (N° 34, mayo 1998, pp. 20). Publicación de Fraternidad Cubana, Organización de Exiliados Cubanos. Se destaca en este número el artículo de Ariel Hidalgo «El tercer camino», en el que se propone buscar una posible coincidencia entre las concepciones originales del socialismo y del neoliberalismo como vía para lograr un proyecto económico y social razonable y justo. La revista incluye además una amplia información noticiosa cubana, así como trabajos de opinión. Director: Rigoberto Artilés. Dirección: Glanshammsgatan 48, 4TR. 124 71. Bandhagen, Suecia.

■ HERENCIA (N° 1 y 2 de 1998, pp. 42 c/u). Revista editada por el Cuban National Heritage con una presentación impecable y un claro propósito de conservar el patrimonio cultural cubano en el sitio que verdaderamente le corresponde, al margen de tendencias ideológicas o políticas. El N° 1 contiene un valioso trabajo sobre los castillos habaneros, escrito por Antonio Ramos Zúñiga, mientras que en el N° 2 merece mención especial la indagación que hace Narciso G. Menocal acerca de cómo vieron Martí y Casal la pintura cubana. Toda la documentación fotográfica que se publica en ambos números es, además de muy atractiva visualmente, de un

gran valor histórico. Director: Alberto S. Bustamante. Dirección: 300 Aragón Avenue, Suite 260, Coral Gables, FL 33134.

■ LEVIATÁN (N° 71, primavera 1998). Esta revista, «de hechos e ideas», publica en este número un extenso ensayo de Manuel Iglésia-Caruncho y Mari Paz Ramos en el que se aborda con mucha visión política el tema de las relaciones entre España y Cuba al cumplirse un siglo del fin de la guerra entre ambos países. Dirección: Monte Esquinza, 30 - 2º dcha.; 28010-Madrid.

■ LINDEN LANE MAGAZINE (VOL XVIII N° 1, primavera 1998, pp. 28). Tabloide cultural que resulta ya el sobreviviente emblemático de los muchos que en USA han sido, conserva aún mucha de la gracia y calidad con que fue fundado allá por 1982. Este número incluye «La poesía de los cubanos en los Estados Unidos», de Octavio de la Suaree, texto que puede resultar muy útil para comenzar a hilvanar tanto verso cubano perdido por tierras norteamericanas. Directora: Belkis Cuza Malé. Dirección: P.O. Box 331964; Fort Worth, Texas 76163.

■ PALABRA NUEVA (N° 65, 66, 67 y 68, pp. 44 c/u). Publicación del Departamento de Medios de Comunicación Social de la Arquidiócesis de La Habana. Particular interés tiene el N° 65, que publica «La pasión según Martí», artículo de Ileana Álvarez ganador del Premio Nacional de Periodismo 1977 de la Unión Católica de la Prensa, y el Mensaje de los Obispos Cubanos en la fiesta de Pentecostés, que analiza desde el punto de vista de la Iglesia temas tan espinosos y cruciales como la emigración y el futuro de Cuba, o el concepto de amor a la patria. Director: Orlando Márquez. Dirección: Habana N° 152 esq. a Chacón, La Habana Vieja. C.P. 10100.

■ PAPELES DEL NUEVO MUNDO (N° 6, mayo-junio 1998, pp.48). Gaceta Cultural de la Universidad Nuevo Mundo. Nombres de primera línea colaboran en este número: Saramago, García Márquez, Carlos Fuentes, etc., lo que viene a desmentir el aspecto modesto, casi tímido de la publicación. Director: Carlos Olivares Baró. Dirección: Apartado Postal 113-022 Correo Portales 03301 México D.F.

■ PERSONA Y SOCIEDAD (N° 1, abril de 1998, pp. 196). Publicación cuatrimestral del Insti-

tuto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales (ILADES). Se propone la reflexión académica en temas relacionados con sociedad, cultura y ética. Este número publica «Cuba: participación en la revolución y en su transición», de Francisco León y Elaine Acosta, en el que se propone incorporar la herencia de la revolución a la futura sociedad democrática que seamos capaces de construir. Director: Gonzalo Arroyo. Dirección: Almirante Barroso N° 6, Casilla 14446 Correo 21 Santiago - Chile.

■ PUENTE (N° 95, octubre 98, pp. 40). Boletín de la Sociedad Belga de Profesores de Español. Hasta el mes de diciembre este boletín va a estar incluyendo una sección especial titulada «El rincón cubano». En este número se agrupan en ese rincón a los escritores Jesús Díaz, Eliseo Alberto y Justo Vasco, y se comentan sus respectivas novelas *Las palabras perdidas*, *Caracol Beach* y *Mirando espero*. Presidenta: Cristina Defoin. Dirección: Chaussée de Boondael 210A Bruxelles.

■ LA RAMBLA CUBANA (N° 9, sept. 1998, pp.36). Órgano mensual de divulgación de los lazos históricos y culturales entre Catalunya y Cuba. Elaboración conjunta entre la Cátedra de Cultura Catalana «Marià Cubí i Soler», el Instituto de Literatura y Lingüística de La Habana, y Rogés Libres, de Mataró. El número incluye un texto de Estela Pérez Hernández en el que se rastrea con una prosa agradable y concisa la presencia de un repostero y poeta catalán en San Antonio de los Baños, allá por las primeras décadas de este siglo. Director: Jorge Domingo. Dirección: Ave. Salvador Allende N° 710 e/Soleidad y Castillejo. Centro Habana.

■ REVOLUCIÓN Y CULTURA (N° 6/97, pp. 70). Edición financiada por el Centro de Desarrollo de la Educación y la Cultura. Que el arte y la cultura cubanos gozan hoy día de fuerza y madurez sin que importe si es de dentro o de fuera de la Isla, lo demuestra este número de una revista que ha visto tiempos peores. La entrevista a Adria Santana, los cuadros de Bejerano, el artículo de Rufo Caballero, lo hacen a uno pensar con optimismo que el futuro de nuestra cultura no pertenece a los odios del poder ni a las insensateces de la burocracia. Directora: Elizabeth Díaz. Dirección: Calle 4 N° 205, e/ Lí-

nea y 11, Vedado, Plaza de la Revolución, La Habana.

■ REVISTA GALEGA DE ECONOMIA (N° 2, 1997). Publicación interdisciplinar de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Santiago de Compostela. Este número publica un breve ensayo de Miguel Cancio Álvarez sobre la situación económica cubana: «A situación económica de Cuba é desastrosa». Coordinador: Luis Caramés Viéitez. Dirección: Universidad de Santiago de Compostela.

■ TECNICAS Y PERSPECTIVAS SOCIOLOGICAS (núm. 1, pp. 94). Publicación del Equipo de Investigación «Desarrollo y Cambio Social», de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Departamento de Sociología, Universidad de Sevilla. Este número está dedicado a «Cuba. Raíces y perspectivas de un proceso revolucionario» y consiste en un extenso análisis del tema realizado por el catedrático Juan Maestre Alfonso, de la Universidad sevillana. El ensayo concluye con la revalorización de unas palabras que se remontan a 1953 «Pero la historia, esa misma historia, ha pasado ya por un punto de inflexión, y hoy *la historia puede condenar*». Redactor: Juan Mestre Alfonso. Dirección: Ramón y Cajal No. 1, 41005, Sevilla.

■ TEMAS (N0. 9 / 1997, pp. 136). Publicación trimestral dedicada a la teoría y el análisis de la cultura, la ideología y la sociedad contemporáneas. Tiene carácter académico, y la presente entrega incluye una «controversia» acerca de las ciencias sociales en la cultura cubana contemporánea. Director: Rafael Hernández. Dirección: Calle 4 No. 205 e/11 y Línea, el Vedado, Ciudad de La Habana, C.P. 10400.

■ UNION (No. 30 / 1998, pp. 96). Revista de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Tiene este número dos textos que sobresalen por la agudeza y la sensibilidad con que se aproximan a dos figuras monumentales de la poesía *Desnudo hacia la muerte (conocimiento de Vicente Alexandre)*, de César López y *Rilke y Gaspara Stampa, imagen de eco y de químera*, de Omar Pérez. Y hay más cartas que son joyas de Gastón Baquero a Emilio Ballagas, «reflexiones» de Cavafis, y un entrañable homenaje a modo de ensayo ilustrado, de Efraín Rodríguez Santana a

Angel Escobar, poeta cubano que en 1997 optó (¿es eso una opción?) por la desilusión y el suicidio. Director: Jorge Luis Arcos. Dirección: Calle 17 No. 354, Ciudad de La Habana, C.P. 10400.

■ VITRAL (Nº 25, 26, 27 y monográfico sobre Félix Varela). Revista Socio-Cultural del Centro Católico de Formación Cívica y Religiosa. Tal vez sea éste el proyecto más logrado de la Iglesia en Cuba por presentar una publicación rigurosa y seria en todos sus aspectos. Ya antes habíamos elogiado el número especial dedicado a Virgilio Piñera, y ahora entregan otro dedicado a Félix Varela, bajo el título general de «No hay patria sin virtud». También hay que destacar, en el Nº 27, el artículo de María Caridad Gálvez «Hacia una sociedad sostenible», en el que analiza algunos aspectos estructurales de la economía cubana actual. Director: Dagoberto Valdés. Dirección: Obispado de Pinar del Río, Calle Máximo Gómez Nº 160 e/Ave. Rafael Ferro y Comandante Pinares, Pinar del Río, Cuba.

.....

Convocatorias

INVESTIGACIÓN

■ Premio Alonso Quintanilla. Dotado con un millón de pesetas. Tema: España e Hispanoamérica. Extensión máxima 200 folios. Cierra el 30 de agosto. Fundación de Cultura. Ayuntamiento de Oviedo. C/ 19 de julio, s/n. Teatro Campoamor, 5a. planta; 33002-Oviedo.

■ Premio internacional Elio Antonio de Nebrija. 4 millones de pesetas. Para hispanistas extranjeros de ejemplar trayectoria en el campo de las humanidades. Fecha límite: 15 de septiembre. Candidaturas a proposición institucional mediante formulario oficial. Servicio de Relaciones Internacionales de la Universidad de Salamanca. Patio de Escuelas, 2; 37008-Salamanca.

INFANTIL Y JUVENIL

■ Jaén. Narrativa Infantil y Juvenil. Dos millones de pesetas como parte de los derechos de autor en la primera edición de la obra en Alfaguara. Extensión máxima de 80

folios y mínima de 150. Originales por duplicado. Cierra el 22 de mayo. Fundación Caja Granada. Reyes Católicos, 51 - 2º; 18001-Granada.

■ Ala Delta de Literatura Infantil y Juvenil. Dos millones de pesetas y publicación de la obra por Edelvives. Entre 80 y 140 folios. Cierra el 31 de mayo. Cada concursante puede enviar cuantos originales desee. Editorial Edelvives. Xaudaró, 25; 28034-Madrid.

■ Leer es Vivir. Infantil. Dos millones de pesetas divididas en millón y medio para el ganador y medio millón para el finalista. Máximo de 50 folios. Dirigida a lectores de entre 6 y 11 años. Cierra el 31 de mayo. Editorial Everest. Manuel Tovar, 8; 28034-Madrid.

■ Leer es Vivir. Juvenil. Dos millones de pesetas divididas igual que el anterior. Extensión máxima de 100 folios. Para jóvenes mayores de 11 años. Misma dirección del anterior.

NOVELA

■ Premio Distel. Dotado con 5.000 marcos además de la traducción, publicación y divulgación en idioma alemán. Novela de serie negra ambientada en latinoamérica. Máximo 140 folios y mínimo 100. Distel Verlag. Sonnengasse 11; D-74072 Heilbronn.

■ Premios Tiflos. Un millón y medio de pesetas. Entre 150 y 250 folios. No se devuelven originales no premiados. Cierra el 31 de marzo. Organización Nacional de Ciegos (ONCE), Sección de Cultura. Prado 24 - 2ª Planta; 28014-Madrid.

■ Premio Ateneo de Sevilla. 7 millones de pesetas en concepto de anticipo de los derechos de autor. Mínimo de 150 folios. Originales por duplicado. Cierra el 15 de abril. Ateneo de Sevilla. Secretaría. Tetuán, 7; 41001-Sevilla.

■ Premio Jaén de novela. 4 millones de pesetas en concepto de derechos de autor de la primera edición. Mínimo de 200 folios y máximo de 300. Originales por duplicado, cosidos o encuadernados. Cierra el 22 de mayo. Editorial Debate (Premios Literarios Jaén), O'Donell, 19 - 1ª Planta; 28009-Madrid.

■ Premio Fernando Lara. 20 millones de pesetas en concepto de derechos de autor y edición de la obra con un mínimo de 5 mil ejemplares y máximo de 150 mil. 200 folios como extensión mínima. Originales por duplicado y encuadernados. Certificado que ga-

rantice no tener comprometidos los derechos de la obra ni estar pendiente de otro fallo. La admisión finaliza el 1 de junio. Editorial Planeta. Córcega, 273-279; 08008-Barcelona.

NARRATIVA

■ Premio Internacional de Cuentos Max Aub. 400 mil pesetas y edición de la obra premiada por Pre-Textos. Entre 5 y 15 folios. Originales por quintuplicado. Cierra el 15 de marzo. Fundación Max Aub. Cronista Jaime Faus, s/n; 12400-Segorbe.

■ Premio Clarín. 150.000 pesetas y trofeo. Se podrá enviar un solo cuento de entre 3 y 6 folios. Originales por quintuplicado, con firma o pseudónimo. Cierra el 30 de abril. Asociación de Escritores y Artistas Españoles. Leganitos, 10; 28013-Madrid.

■ Concurso internacional Guardo. 150.000 pesetas y cerámica de Guardo. Máximo de 4 folios. Cierra el 1 de mayo. Grupo Literario Guardense. Apartado de Correos 51; 34880-Guardo.

■ Premio Internacional Demetrio Cañizares de Relato. 150.000 pesetas y diploma y accésit de 75.000 y diploma. Extensión máxima de 10 folios. Cierra el 31 de julio. Asociación Cultural Unión Federal de Policía. Plaza de Carabanchel, 5; 28025-Madrid.

■ Certamen Internacional Miguel de Unamuno. 400.000 pesetas para el premio y dos accésit de cien mil cada uno. Extensión máxima de 10 folios de 22 líneas cada uno. Originales por duplicado. Cierra el 31 de julio. Caja Duero, Obra Social y Cultural. Pl. de los Bandos, 15-17; 37002-Salamanca.



Moana Nkenko Mbisi *La Bana*. (1995)

COLABORADORES

- Alejandro Aguilar** (Camagüey, 1958). Su último libro publicado es *Paisaje de arcilla* (1998). Reside en La Habana.
- Rafael Almanza** Economista y escritor cubano. Reside en Camagüey
- Jorge Luis Arcos** Crítico cubano. Dirige la revista *Unión*. Ha publicado *En torno a la obra poética de Fina García Marruz*. Reside en La Habana.
- Emilio de Armas** (Camagüey, 1946) Poeta. Ha publicado, entre otros, el poemario *Blanco sobre blanco*. Reside en Miami.
- Beatriz Bernal** Profesora de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, y Directora de sus Cursos de Verano. Ha publicado la novela *Rabo de nube*. Reside en Madrid.
- Olga Cabrera** Historiadora cubana. Actualmente es profesora de la Universidad Federal de Goiás, Brasil, país donde reside.
- Esteban Cárdenas** (Ciego de Ávila, 1945). Ha publicado los poemarios: *Cantos del centinela* (Miami, 1993) y *Ciudad mágica* (París, 1998).
- Jorge Dávila Miguel** (Santiago de Cuba, 1949). Columnista del *Nuevo Herald*, comentarista radial y escritor. Reside en Madrid.
- Jesús Díaz** (La Habana, 1941). Su última novela es *Dime algo sobre Cuba*. Director de la revista *Encuentro*. Reside en Madrid.
- Manuel Díaz Martínez** (Santa Clara, 1936). Poeta. Dirige la revista *Espejo de paciencia*, de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, ciudad donde reside.
- Arcadio Díaz Quiñones** Escritor cubano. Profesor de Literatura en la Universidad de Princeton, ciudad donde reside.
- Carlos Espinosa** (Guisa, 1950). Crítico e investigador cubano. Reside en Miami.
- Tony Évora**. Artista plástico y musicólogo cubano. Su último libro es el ensayo *Orígenes de la música cubana*. Reside en Madrid.
- Lina de Feria**. Poeta cubana. Ha publicado, entre otros libros, el poemario *Casa que no existía*. Reside en La Habana.
- Miguel Fernández** (Sagua la Grande, 1954). Bajo su cuidado editorial ha sido publicado el tabloide *Acento* (Universidad de La Habana). Reside en La Habana.
- Luis Manuel García** (La Habana, 1954). Ha publicado, entre otros, el libro de cuentos *Hab*
- necer*. Miembro del equipo de redacción de la revista *Encuentro*. Reside en Sevilla.
- José María Guelbenzu**. Novelista y crítico español. Ha publicado, entre otras, la novela *El río de la luna*.
- Carmelo Mesa-Lago** Catedrático Distinguido de Economía y Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Pittsburgh, y autor de numerosos estudios sobre la evolución de la economía cubana en la etapa revolucionaria.
- Manuel Iglesia-Caruncho** Economista español. Fue Coordinador General de la Cooperación Española en Cuba de 1991 a 1994.
- Alberto Lauro**. Poeta cubano. Es autor de *Cuaderno de Antinoo* y otros poemarios. Reside en Madrid, donde codirige Ediciones San Roque.
- Juan Antonio Molina** (La Habana, 1965) Crítico de arte y curador independiente. Ha publicado *El voluble rostro de la realidad*. Reside en México.
- Joaquín Ordoqui** (La Habana, 1953). Director de Programa de la Asociación de Televisión Educativa Iberoamericana. Reside en Madrid.
- Carlos Quijano** Economista cubano. Consultor de varios organismos internacionales, y ex funcionario del Banco Mundial como Asesor Principal en la Oficina del Vicepresidente para la Región de América Latina y el Caribe.
- Alberto Recarte** Economista español. Consejero Comercial de la Embajada de España en Cuba de 1974 a 1978. Ha publicado el libro *Cuba: Economía y Poder (1959-1980)*.
- Raúl Rivero** (Morón, 1945) Poeta y periodista. Ha publicado, entre otros libros, *Firmado en La Habana*. Dirige la agencia de prensa independiente Cuba Press. Reside en La Habana.
- Marta Eugenia Rodríguez Gómez** Escritora cubana. Reside en México.
- Guillermo Rodríguez Rivera** (Santiago de Cuba, 1954) Poeta y profesor de la Universidad de La Habana. Ha publicado, entre otros, el poemario *Amor de ciudad grande*. Reside en La Habana.
- Rafael Rojas** (La Habana, 1965). Historiador. La Editorial Colibrí ha publicado su libro *El arte de la espera*. Miembro del equipo de redacción de la revista *Encuentro*. Reside en Ciudad México.
- José Juan Ruiz** Economista español. Secretario General de Economía Internacional y Competencia

de 1991 a 1993 , y miembro del equipo que asesoró al gobierno cubano de 1993 a 1995.

Miguel Saludes García Miembro del Consejo Coordinador del Movimiento Cristiano de Liberación. Reside en La Habana.

Carlos Solchaga Ministro de Economía y Hacienda de España de 1982 a 1993, y director del equipo que asesoró al gobierno cubano de 1993 a 1995.

Ignacio Sotelo Sociólogo español. Ex-profesor de la Universidad Libre de Berlín, donde reside.

Jorge Valls Poeta cubano. Fue preso político en Cuba durante veinte años, experiencia que

ha reflejado en un libro de memorias. Trabaja en la Feria del Libro de Miami, ciudad donde reside actualmente.

Carlos Victoria (Camagüey, 1950). Escritor. Actualmente redactor del periódico *The Miami Herald*. Autor, entre otros, del libro de cuentos *El resbaloso*.

Alan West (La Habana, 1953). Poeta, ensayista y profesor cubano. Su último libro es *Tropics of history*; reside en Estados Unidos.

Rafael Zequeira Narrador cubano. Miembro de la redacción de la revista *Encuentro*. Reside en Madrid.

D I S T R I B U I D O R E S

Murcia, Albacete

DISTRIBUCIONES ALBA, S.L.
Avda. San Ginés, 147, Nave D
30169 San Ginés
Tel.: (968) 88 44 27

Valencia, Castellón

ADONAY, S.L.
Castan Tobeñas, 74
46018 Valencia
Tel.: (96) 379 31 51

Sevilla, Córdoba, Huelva, Cádiz, Ceuta, Campo de Gibraltar

CENTRO ANDALUZ DEL LIBRO, S.A.
Polígono La Chaparrilla,
parcela 34-36
41016 Sevilla
Tel.: (95) 440 63 66
Fax: (95) 440 25 80

Asturias

DISTRIBUC. CIMADEVILLA
Polígono Industrial Nave 5
Roces, 33211 Gijón
Tel.: (98) 516 79 30

Madrid, Toledo, Cuenca, Ciudad Real, Guadalajara

DISTRIFORMA, S.A.
Abtao, 25, patio interior
28007 Madrid
Tel.: (91) 501 47 49
Sistema de Telepedido:
fedd0051@fedecali.es

País Vasco

PASAIA DISTRIBUCIÓN
San Pedro 11, 2º
Pasai San Pedro
(Guipúzcoa)
Tel. y Fax: (943) 39 08 17

Cataluña y Baleares

DISTRIBUC. PROLOGO, S.A.
Mascaró, 35
08032 Barcelona
Tel.: (93) 347 25 11

Canarias

LEMUS DISTRIBUCIONES
Catedral, 29
38204 La Laguna
Tenerife, Canarias
Tel.: (922) 25 32 44

Granada, Almería, Jaén, Málaga,

CENTRO ANDALUZ
DEL LIBRO, S.A.
Carrión-Los Negros, 19
29013 Málaga
Tel.: (95) 225 10 04

E X P O R T A D O R E S

PUVILL LIBROS, S.A.

Estany, 13, Nave D-1
08038 Barcelona
Tels.: (93) 298 89 60
Fax: (93) 298 89 61

CELESA

Moratines, 22, 1º B
28005 Madrid
Tel.: (91) 517 01 70
Fax: (91) 517 34 81

EN PRÓXIMOS NÚMEROS

HOMENAJE A JULIO MIRANDA

JESÚS DÍAZ, IVÁN DE LA NUEZ, RAFAEL ROJAS
Polémica sobre diáspora y literatura

ROBIER RODRÍGUEZ LEYVA

Pan con hormigas

CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES

La Iglesia Católica en Cuba: cien años después
y a las puertas del tercer milenio

VICENTE ECHERRI

De la plantación a la nación:
un viaje de ida y vuelta

